ENVER HOXHA

Las tramas anglo-americanas en Albania

Memorias

La versión electrónica del libro
fue creado por
http://www.enverhoxha.ru

ENVER HOXHA

Las tramas anglo-americanas en Albania

Memorias de la Lucha de Liberación Nacional

INSTITUTO DE ESTUDIOS MARXISTA-LENINISTAS
ADJUNTO AL CC DEL PTA

CASA EDITORA «8 NËNTORI»
TIRANA, 1982



«LAS TRAMAS ANGLO-AMERICANAS EN ALBANIA» es un nuevo libro de la serie de Memorias del camarada Enver Hoxha correspondiente a la época de la Lucha de Liberación Nacional.

Se reflejan en él acontecimientos vividos e impresiones personales, acompañados de conclusiones aleccionadoras para cualquier época, sobre la actividad hostil, abierta o camuflada, de la burguesía anglo-americana contra nuestro Movimiento de Liberación Nacional, nuestra revolución popular y contra Albania socialista. En ese enfrentamiento aparecen claramente: por un lado, los planes diabólicos, los esfuerzos, las maniobras y las acciones concretas del imperialismo anglo-americano destinados a poner a Albania bajo su égida y, por otro, la vigilancia y la lucha resuelta del Partido Comunista de Albania, de su Secretario General, camarada Enver Hoxha, dirigente del Ejército y del Frente de Liberación Nacional de todo el pueblo albanés patriota, para descubrir, desenmascarar, frustrar y desbaratar la táctica y la estrategia imperialista contra Albania.

Estas Memorias han sido escritas por el autor en 1975 y ven ahora la luz en albanés y en varias lenguas extranjeras.

I

UN POCO DE HISTORIA

Albania, objeto de regateos del «león británico». Disraeli y Bismarck: «No nos interesamos por unas cuantas chozas albanesas». Zogu — la política de «puertas abiertas». Chamberlain y la ocupación fascista de Albania. La coalición antifascista. Vigilancia del PCA. El Intelligence Service prepara contingentes para Albania. La sección «D» y el SOE. Alarma en Londres. Nuevos planes, viejos objetivos.

En el curso de los pasados siglos y hasta nuestros días, el pueblo albanés ha sido constantemente blanco de los ataques de los gobiernos sucesivos de la Gran Bretaña, desde los anteriores gobiernos imperiales hasta los últimos gobiernos reales. Los tories y las diversas corrientes políticas, que mantenían en pie el imperio, y posteriormente los dos partidos que se han turnado en el gobierno, el conservador y el laborista, en sus in-

numerables negociaciones con las otras grandes potencias para preservar la hegemonía mundial del «león británico», han considerado siempre a Albania como un objeto de regateos.

Los gobiernos ingleses, que han velado sin excepción por el dominio del capital británico sobre el mundo y sobre los pueblos, no sólo no habían reconocido a Albania, al igual que a muchos otros países, como un Estado y como una nación que, haciendo innumerables esfuerzos y sacrificios, ha luchado durante siglos contra los diversos ocupantes para ser libre y soberana, sino que incluso consideraban a los habitantes de este «país de las águilas», como un pueblo salvaje, bárbaro, sin cultura, a pesar de que éste, aunque pequeño en número, se mostraba indomable y no menos culto que el pueblo de Escocia o de Cornouailles.

Debía transcurrir largo tiempo antes de que algunos raros publicistas, algún estudioso diletante o algún gran poeta de la gran época romántica como Byron, arrojaran un poco de luz ante el pueblo inglés sobre Albania y los albaneses, sobre su cultura, su carácter firme y generoso, sobre su hospitalidad y su benevolencia hacia los amigos, así como sobre el espíritu de combate, áspero e inflexible, que siempre les ha caracterizado frente a numerosos y feroces enemigos.

La política imperialista, esclavizadora y co-

lonialista de Inglaterra se imponía a numerosos países y pueblos. Esta recurría a miles de subterfugios para apoderarse de las riquezas del mundo, para engordar a lores y barones, para elevar la «gloria» y el poderío del imperio. Como una mala hierba, se extendía por múltiples países. Bajo el disfraz de la ciencia enviaba misiones para descubrir el Africa, y allá donde iban, los «científicos» ingleses plantaban la bandera de John Bull[1], tras ellos venían los regimientos de los lores que aplastaban las rebeliones de los cipayos[2] y ocupaban la India, venían los Kitchener[3], que exterminaban a los bóers a sangre y fuego. Lord Beaconsfield (Disraeli) y Gladstone llegaron incluso a añadir a los numerosos títulos de la reina Victoria, el de emperatriz de la India. Este colonialismo saqueaba las fabulosas riquezas de la India, las piedras preciosas de Birmania y de Africa del Sur, expoliaba el oro de estos países, esclavizaba a sus pueblos espiritual, económica

1 Calificativo satírico de Inglaterra y del burgués inglés. Es el nombre del personaje que representa la figura de un burgués testarudo, necio e interesado, en el panfleto político *La historia de John Bull* del iluminista inglés del siglo XVIII J. Arbuthnot.

2 Insurrección nacional en la India (1857-1859) contra los dominantes ingleses, en la que participaron campesinos, artesanos, y sobre todo soldados (cipayos) hindúes, etc.

3 De H. Kitchener (1850-1916) — lord y mariscal de campo inglés, ministro de la guerra (1914-1916), brutal colonizador de Africa

y físicamente. E Inglaterra utilizaba a los habitantes de los países que sometía a su yugo como carne de cañón para sus propios designios.

En sus guerras coloniales contra el resto de las potencias imperialistas, Inglaterra colocaba en primera línea, para que fueran las primeras en caer, a las formaciones hindúes, a los lanceros de Bengala, a los afganos y a otros pueblos oprimidos, cuya sangre no tenía para ellos más valor que la de un perro. Y esas guerras coloniales eran desarrolladas para que las llanuras de Inglaterra pudieran convertirse en campos de golf para los lores, para que el pan y todas las materias primas para su industria pudieran llegarle de sus colonias, de todo su imperio, donde según canta Kipling, el ardiente defensor de la expansión y del colonialismo británico, *chantre** del imperio en *El libro de la jungla,* «el sol no se pone jamás». De hecho en este imperio se aplicaba la ley de la selva. Todo estaba y debía ponerse a su servicio. La burguesía inglesa utilizó hasta la teoría de Darwin para legitimar sus monstruosos crímenes. Desnaturalizándola, inventó el «darvinismo social» para «justificar» la supresión o la asimilación de un pequeño pueblo por un pueblo más grande y más poderoso, sosteniendo así la concepción reaccionaria según la cual «el pez grande se come al chico».

* Francés en el original — cantor.

En tales condiciones y aplicando estos métodos, Inglaterra, a través de su Intelligence Service (SIS[1]), penetraba en todas partes, descubría yacimientos de petróleo, ocupaba Persia y otros países, se oponía a los objetivos de la Rusia zarista, defendía el imperio otomano incluso cuando éste se convirtió efectivamente en el «enfermo del Bosforo»; se asociaba a la Alemania de Bismarck en el Congreso de Berlín en 1878, atacaba, en su propio interés, el Tratado de Paz de San Stefano, vigilaba con gran celo el Mediterráneo, sus posiciones estratégicas en los Dardanelos, en Suez, en Gibraltar, guardaba el Golfo Pérsico, y, entronizada «reina de los mares», se convertía en promotora de la política de las cañoneras. Ella provocó el «incidente de Fachoda»[2] y muchos otros hechos del mismo género.

En esta Inglaterra, convertida en una de las principales potencias colonizadoras, donde los duques nadaban en oro y las duquesas se cubrían de joyas, se puede imaginar la poca importancia

---

1 Secret Intelligence Service — Servicio Secreto de Información (británico).

2 En septiembre de 1898, el ejército inglés, que pretendía ocupar todo el valle del Nilo, intimó al ejército francés en Fachoda, Sudán, a abandonar inmediatamente este centro habitado. En marzo de 1899 los gobiernos inglés y francés acordaron que Inglaterra se quedaría con el valle del Nilo, y Francia con las regiones occidentales del Sudán.

que se concedería a Albania, a su heroica lucha por la libertad y la independencia.

En cada momento clave de nuestra historia, y particularmente cuando el pueblo albanés se batía heroicamente con las armas en la mano contra el imperio otomano, Inglaterra siempre tomaba partido por Turquía. En el Congreso de Berlín, el Primer Ministro inglés, favorito de la emperatriz Victoria, Lord Beaconsfield, quien, de regreso a Londres, declararía pomposamente que había logrado una «paz honrosa», no se dignó, al igual que el canciller alemán, el príncipe Bismarck, fundador del II Reich, ni siquiera a escuchar a la delegación que la Liga Albanesa de Prizren[1] había enviado a Berlín para reivindicar y defender los derechos de nuestro pueblo. En estos difíciles momentos, cuando este sufrido pueblo se había levantado en armas contra los turcos y los perros chovinistas servios al servicio de los imperialistas, para luchar contra el desmembramiento de su patria entre servios, montenegrinos, turcos y otros, para conquistar la autono-

---

1 En vísperas del Congreso de Berlín, que revisaría las decisiones del Tratado de San Stefano, el 10 de junio de 1878, en la ciudad de Prizren se reunieron delegados procedentes de todas las comarcas albanesas y resolvieron crear una unión política y militar, que recibió el nombre de «Liga Albanesa de Prizren» y que luchó por el autogobierno, la unidad nacional y la defensa de la integridad territorial de Albania, amenazada por los designios chovinistas de los Estados vecinos.

mía, Bismarck y Disraeli respondían desdeñosamente a nuestros gloriosos abuelos: «No nos interesamos por unas cuantas chozas albanesas».

Más tarde, los delegados de nuestro pueblo, Ismail Qemali e Isa Boletini, viajaron a Londres y demandaron a Edward Grey, Ministro de Asuntos Exteriores, que Albania fuera defendida. «No permitimos, le dijo nuestro gran diplomático Ismail Qemali, que ustedes desmiembren Albania. Tomaremos las armas como siempre lo hemos hecho y combatiremos». El ministro inglés se hizo el sordo.

Los predecesores de Lloyd George en Londres, éste mismo y sus secuaces más tarde en Versalles, amputaron Albania, y fue preciso que nuestros padres, como siempre, empuñaran las armas para luchar contra los ocupantes. Después de la Primera Guerra Mundial, igualmente, los ingleses se encontraron en el proscenio para intrigar contra nuestro país metiendo sus manos y sus espías del Intelligence Service en Albania. No lograron cambiar el rumbo de la insurrección en Vlora en 1920, que acabó por arrojar al mar a las tropas invasoras italianas.

El Intelligence Service, con el ministro de Gran Bretaña en Albania Ayres, hizo todo lo posible por debilitar al Gobierno Democrático de Fan Noli en 1924 y por obtener de él la concesión del petróleo en Patos, Ardenica y otros lugares.

Ahmet Zogu, que después de acceder al poder con la ayuda de los imperialistas, se autoproclamó rey de los albaneses, practicó con la Gran Bretaña y los Estados Unidos, al igual que con otros países, la política de «puertas abiertas» y concluyó tratados y acuerdos con ellos. El objetivo de estas dos potencias imperialistas era apoderarse de nuestra costa, que domina el canal de Otranto, transformar Albania en una cabeza de puente para penetrar en los Balcanes, explotar sus recursos naturales, etc. Zogu les reconoció la cláusula de «nación más favorecida», lo que facilitaba enormemente la entrada de sus capitales en Albania. Llegó aún más lejos en este sentido concediendo a la «Anglo-Persian Oil Company» el monopolio casi absoluto de la explotación del petróleo en Albania y concluyendo con Inglaterra un acuerdo comercial provisional que, en 1931, fue reemplazado por un tratado de navegación y comercio sobre la base de la «reciprocidad» y de la cláusula de «nación más favorecida». Para formarse una idea de qué clase de reciprocidad se trataba, basta recordar que, en 1932, Albania importó de Inglaterra mercancías por un valor de 1.586.200 francos oro, y exportó a Inglaterra sólo 6. 665 francos oro. El ministro inglés en Albania Sir Robert Hodgson, que fue en los años treinta íntimo consejero de Zogu, aplicó fielmente la política antialbanesa de su gobierno. El imperialismo inglés, a través de sus oficiales adjuntos a

Zogu, Percy, Sterling, Hill, Cripps, etc., hacía uso, junto con él, del látigo, la prisión y la horca para reprimir cualquier movimiento del pueblo albanés. La Italia de Mussolini, con la ayuda de sus amigos, y la connivencia de los ingleses, cuando éstos se repartieron con los italianos las zonas de influencia, se aseguró la concesión del petróleo albanés, hasta entonces en manos de la «Anglo-Persian Oil Company».

En idéntica situación se encontraban las relaciones de Zogu con los Estados Unidos. Este sancionó legalmente el status de «nación más favorecida», reconocido al gobierno norteamericano por una carta del gobierno albanés de junio de 1922, entregándole prácticamente las llaves de Albania. Se trataba de uno de los documentos más vergonzosos y más funestos para la independencia de nuestro país. América, por su parte, jamás reconoció a Albania el derecho al status de «nación más favorecida». Seis meses después de su acceso al poder, Zogu daba en arriendo por dos años a la «Standard Oil Company of New York» 51.000 hectáreas de tierras por 30.000 dólares y rebajaba los aranceles para las importaciones norteamericanas.

Además, Zogu abrió las puertas a los agentes de espionaje norteamericanos, que venían en calidad de misioneros, como fue el caso de Kennedy, de filántropos y educadores como Ericson y Harry Fultz, director de la escuela técnica de

Tirana, un cuadro importante de los servicios de información norteamericanos. Todos éstos y otros no se limitaban a un trabajo de información, sino que, como demostraron más tarde los sabotajes de Maliq, de Kuçova (hoy Ciudad Stalin) y el proceso de los diputados traidores, etc., habían preparado a su gente para que trabajara en el futuro, abiertamente y bajo cuerda, contra el pueblo albanés y el poder popular que éste erigiría.

Los imperialistas anglo-americanos, esos enemigos brutales y jurados del pueblo albanés, han utilizado siempre a nuestro país como moneda de cambio para sus transacciones internacionales. Cuando el sátrapa Zogu estaba en el poder, se esforzaron por someter directamente a Albania en lo económico, político y militar, pero chocaron con la competencia de otros países capitalistas, especialmente de la Italia fascista. En los años 30, a causa de la crisis general del mundo capitalista y del reparto de las zonas de influencia entre las grandes potencias imperialistas, y sobre todo como resultado de la penetración en gran escala del capital italiano en Albania, los lazos económicos entre Albania por un lado, y la Gran Bretaña y los Estados Unidos por otro, decayeron. Zogu, que se transformó en un instrumento directo del fascismo italiano, abrió de par en par las puertas a éste para la colonización de Albania, que no fue más que el preludio de la ocupa-

ción. Pero el tiempo demostraría que los anglo-americanos no renunciarían nunca a sus objetivos sobre nuestro país, aunque, desde luego con fines premeditados, dejaron a Italia actuar libremente en Albania.

Con todo, el gobierno inglés veía con satisfacción que Zogu fuera un lacayo y agente de Mussolini. A Inglaterra le interesaba que Italia ocupara Albania, porque su plan era azuzar al fascismo italiano y al nazismo alemán, a los que ella financiaba, contra la Unión Soviética.

Este plan quedó confirmado por la actitud indiferente de Chamberlain cuando Mussolini atacó nuestro país el 7 de abril de 1939. El Premier británico, que estaba perfectamente al corriente de lo que iba a suceder, se fue aquel día a pescar. Era él precisamente quien había aprobado el «Anschluss»[1], quien había firmado el acuerdo de Munich, quien había vendido Checoslovaquia, antes de entregar, finalmente, a Churchill las llaves de la defensa del imperio.

Declarando el 6 de abril ante la Cámara de los Comunes que la Gran Bretaña no tenía «ningún interés directo» en Albania, el Premier inglés le dejaba las manos libres a Mussolini para llevar a cabo sus planes en relación con nuestro país. Esta

---

1 Anschluss-alemán. Unión. En marzo de 1938, la Alemania hitleriana alentada por Inglaterra, Francia y los EE.UU., se anexionó Austria tras la máscara del Anschluss.

actitud de Inglaterra le interesaba mucho a Italia, ya que legalizaba sus intereses particulares en Albania.

El día de la invasión de Albania por los camisas negras italianos, Mussolini envió un telegrama a su homólogo británico, Chamberlain, para decirle que los acontecimientos de Albania no influirían sobre las relaciones entre sus dos países, no tendrían repercusión alguna sobre el statu quo en Europa y en el mundo. Esto ocurría un año después de que, en el marco de la rivalidad imperialista, ante una guerra inminente se firmara el acuerdo entre la Gran Bretaña e Italia para el mantenimiento del statu quo en el Mediterráneo. ¡Este es el valor que tiene la firma de semejantes acuerdos entre lobos imperialistas! La historia abunda en ejemplos que muestran que los acuerdos y los tratados entre las potencias imperialistas no son más que expedientes, compromisos para una reconciliación pasajera, pero que son violados tan pronto cambian las situaciones o prevalecen otros intereses.

Al día siguiente de la agresión contra Albania, el gobierno inglés entró en regateos con Italia a expensas del pueblo albanés. En compensación por la retirada de las tropas italianas de España y la garantía de la independencia de Grecia, la Gran Bretaña reconoció la ocupación fascista de Albania.

Sería superfluo que me extendiese sobre el

desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, pero pienso que es conveniente evocar algunos momentos clave para comprender mejor la actividad de las misiones inglesas en Albania en el tiempo de la Lucha de Liberación Nacional.

Es sabido que los esfuerzos de la Inglaterra de Chamberlain y de la Francia de Daladier, supuestamente con objeto de aplacar el apetito de Hitler de «espacio vital», fueron en vano. La reunión de Munich y el guiñapo de papel que salió de ella y que Chamberlain, al descender del avión, agitaba ante el pueblo inglés como un «documento histórico» que pretendidamente garantizaría la paz. no eran más que una bandera blanca que Inglaterra izaba ante el nazismo agresor.

La burguesía inglesa y francesa esperaba que la máquina de guerra hitleriana se dirigiera contra la Unión Soviética y, en ese sentido, hicieron todo lo posible por azuzar a Hitler contra ella.

Inglaterra pensaba poder matar dos pájaros de un tiro: tanto a la Unión Soviética como al III Reich. Pero las cosas no fueron como pensaba Londres.

La demanda de la Unión Soviética de que Checoslovaquia fuera defendida por las armas según los tratados fue rechazada por la Francia burguesa. Frente a la amenaza de la Alemania hitleriana, Stalin propuso a Inglaterra y a Fran-

cia la formación de un frente común, pero estas dos potencias capitalistas se burlaron de esta propuesta salvadora, porque, como señalé más arriba, abrigaban esperanzas de que Hitler atacaría a la Unión Soviética. Fue entonces cuando ésta concluyó con Alemania el Tratado de no agresión. Fue éste un tratado necesario que le daba tiempo para preparar mejor su defensa.

La guerra de Hitler siguió un camino diferente del que pensaban los imperialistas ingleses y franceses, ya que después del ataque e invasión de Polonia, aquél se volvió contra Francia que capituló casi sin combatir. La Alemania hitleriana se disponía a atacar también a Inglaterra, que se quedó sola en la guerra. No obstante, Alemania calculó sus fuerzas, especialmente aéreas y navales, y, violando el Tratado de no agresión, se volvió alevosa y furiosamente contra el país de los soviets.

La Alemania hitleriana estaba clavando sus garras en todos los países capitalistas de Europa y amenazaba a las propias Islas. Las colonias inglesas y las posesiones norteamericanas en el Pacífico caían una tras otra en manos del Japón militarista. En estas condiciones, asustados de las peligrosas proporciones que habían adquirido los ataques «relámpago» de los hitlerianos, por temor a que. vencida también la Unión Soviética, Alemania adquiriera mayor fuerza y se hiciera aún más difícil hacer frente a sus ataques, los

cabecillas imperialistas juzgaron necesario proceder a un equilibrio de fuerzas, y, esta vez seriamente, Inglaterra y más tarde los Estados Unidos de América, se vieron obligados a volverse hacia la Unión Soviética para coordinar la lucha contra el fascismo. Así fue creada la Coalición Antifascista Anglo-Soviético-Americana contra la peste nazi, que atacó y ocupó también Yugoslavia y Grecia. Entretanto el pueblo albanés se había levantado contra la Italia fascista que nos había atacado y ocupado con anterioridad.

En su Lucha Antifascista de Liberación Nacional el pueblo albanés no estaba solo. A su lado se alineaban, en primer lugar la Unión Soviética con Stalin a su cabeza, todos los pueblos del mundo que luchaban contra el fascismo, incluyendo al pueblo inglés y norteamericano. Nosotros formábamos parte de la gran Coalición Antifascista, de la alianza entre la Unión Soviética, los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Nosotros debíamos considerar esta alianza beneficiosa y necesaria para la destrucción de la bestia nazi y apoyarla, de ahí que explicáramos su importancia en el Partido y entre el pueblo.

En la apreciación de esta alianza no debíamos ser sectarios ni liberales, pero, considerándola beneficiosa, en el marco de la lucha contra el nazismo, era preciso que no olvidáramos nunca lo que representaban para nuestro pueblo los gobiernos de los Estados Unidos de América y

de la Gran Bretaña, que no olvidáramos nunca su naturaleza brutal, opresora, capitalista y colonialista, que no olvidáramos nunca las innumerables heridas que padecía nuestra patria a causa de ellos. Debíamos tener confianza en nuestro Partido, en nuestro pueblo, en nuestro fusil, en la Unión Soviética y en Stalin. La libertad deberíamos ganarla con lucha, a costa de sangre y sacrificios y jamás debíamos permitir que los enemigos extranjeros jugaran con los destinos de nuestro país y nuestro pueblo como en el pasado.

En uno de sus discursos Churchill había lanzado la consigna: «Que arda toda Europa». Con esta consigna se proponía dos objetivos: primero, que los pueblos combatieran al fascismo alemán, «ayudándoles» con armas y misiones militares, y segundo, que estas misiones, allí donde fueran lanzadas, organizaran la reacción proinglesa, combatieran a los partidos comunistas y a los frentes de liberación nacional dirigidos por estos partidos. Con otras palabras, mientras se declaraba «que arda toda Europa», el verdadero objetivo era sofocar las llamas que se habían encendido y que las misiones enviadas por doquier alcanzaran los objetivos dictados por el War Office, el Foreign Office (FO) y el Intelligence Service. Se pretendía que los pueblos, y también los comunistas, resultaran debilitados por la guerra, y que la reacción saliera fortalecida, es decir, que

el higo madurara y cayera directamente en la boca de los ingleses.

El lector me permitirá exponer muy brevemente la historia de los planes elaborados en Londres contra nuestra Lucha de Liberación Nacional antes de la llegada a Albania de las misiones inglesas.

Ya en octubre de 1939, con el objetivo de obtener datos sobre el terreno acerca de la situación en nuestro país, el gobierno inglés nombró un cónsul general con sede en Durrës. Pero Londres no se contentó con este acto que, de hecho, equivalía a un reconocimiento del nuevo status de Albania. En la primavera de 1940 pidió a sus servicios secretos en Belgrado que preparasen un informe sobre la evolución de los acontecimientos en Albania y dio instrucciones para que se creara, aneja a la Sección «D», una oficina para Albania. Este trabajo fue encomendado a Julian Amery, que hasta entonces se había ocupado de la prensa y la propaganda en la legación británica en Yugoslavia. El informe fue preparado con la ayuda de Gani y Seit Kryeziu, bastardos de la familia feudal de los Kryeziu de Kosova, espías consumados, que después de haber cambiado muchas veces de patrón se colocaban ahora al servicio de los ingleses.

Una oficina análoga para Albania fue creada en Atenas, teniendo como consejero a la vieja

agente inglesa señora Hasluck, otra en El Cairo junto al Estado Mayor Aliado, al mando del mayor Cripps, antiguo instructor de la gendarmería de Zogu. Así el Intelligence Service creó su red en torno a Albania y se disponía a introducir en ella sus agentes. La oficina para Albania de la Sección «D» conectó directamente con distintos elementos, emigrantes albaneses, viejos «amigos» de Inglaterra, «monárquicos», «republicanos», «intelectuales liberales», etc., que vivían en Yugoslavia y los agrupó en torno suyo creando una especie de organización, denominada «Frente Unido», con todos aquellos elementos que soñaban con que volviera la situación de 1924, cuando la reacción exterior e interior había organizado la entrada de Zogu en Albania.

En aquel momento Zogu, después de recorrer como un bandido diversas capitales europeas con el oro robado, fue a parar a Londres con todo su séquito. El gobierno británico veía en él una carta quemada, ya que estaba desacreditado, no gozaba de la simpatía del pueblo albanés y en el interior del país no existía ningún partido a su favor. Londres había sido informado de este estado de cosas por medio de su Consul General en Durrës. Por eso, quiso expulsar de Inglaterra a Zogu, quien, percibiendo el peligro, hizo saber a los gobernantes ingleses que pretendía ponerse al servicio de los planes militares de los aliados a la cabeza de los alba-

neses en el extranjero. Después de esto el Foreign Office reconsideró su actitud. Le permitió establecerse en Inglaterra, con la condición de que no tomara parte en actividades políticas sin su consentimiento. Las arcas de oro que Zogu había llevado consigo pueden haber jugado su papel en este viraje del Foreign Office. A pesar de todo, el gobierno inglés se reservaba el derecho de utilizar la carta de Zogu cuando se presentaran tiempos mejores. Según Londres él podía servir como figura que agrupara en torno suyo a diversos elementos que utilizaría en favor de sus intereses en caso de derrota del nazismo alemán y si, como en el pasado, se creaban nuevamente condiciones favorables.

De cualquier forma, por el momento, los ingleses no podían servirse de él. Se debía trabajar bajo cuerda con algún otro para llegar hasta él. Aparte de los Kryeziu, los ingleses empezaban a pensar en Abaz Kupi, quien estaba «contra» los italianos y a favor de Zogu, como la persona adecuada para maniobrar. De este modo Londres dio instrucciones a la Sección «D» en Belgrado, que ya se llamaba Departamento de Operaciones Especiales[1], para que estableciera contacto con él. Amery fue a Estambul y junto con Sterling, otro ex instructor de la gendarmería de Zogu, que ahora actuaba en Turquía, se entrevistó con Abaz

1 Special Operations Executive (SOE)

Kupi. Después de un corto regateo, Amery partió con él hacia Yugoslavia desde donde le introduciría en Albania, junto con numerosos «patriotas» y «políticos», para organizar a viejos oficiales de Zogu, bajraktars[1] y otros elementos ¡en la «lucha contra el ocupante»!

Entretanto Zogu, temeroso de ser expulsado, ignorando los planes que se tramaban, y para dar una prueba de fidelidad a los aliados, propuso a Londres abrir un frente de lucha en Salónica, colocándose él mismo a la cabeza de los albaneses que se encontraban en Estambul. Temiendo un enfrentamiento político con Grecia, Londres solicitó el beneplácito del gobierno griego. El Primer Ministro Metaxás se negó y torpedeó el plan de Zogu. De modo que este servil soldado de la Gran Bretaña quedó nuevamente a la expectativa.

Para el SOE de Belgrado las cosas marchaban con más rapidez que antes. En torno a él iban agrupándose numerosos elementos, entre los cuales, además de los hermanos Kryeziu y de Abaz Kupi, también Muharrem Bajraktari, Xhemal Herri y otros. La mayor parte habían sido hombres de Zogu. Un buen día apareció ante el SOE el «comunista» Mustafa Gjinishi, cuya presencia regocijó sobremanera a los ingleses. La dirección

1 Bajraktar, jefe de bajrak: Unidad militar y posteriormente administrativa, creada en la división territorial de algunas comarcas de Albania en las que había vestigios de organización tribal, patriarcal y que reemplazó a esta organización.

de la oficina para Albania del SOE en Belgrado había pasado ahora a manos de Oakley Hill, quien había permanecido en Albania durante ocho años como organizador de la gendarmería de Zogu.

Juzgando favorable la situación para actuar en el interior de Albania, Hill, a la cabeza de una pequeña fuerza compuesta por elementos agrupados y financiados por él mismo, penetró en el país en abril de 1941. Todo esto se hacía para «salvar» a Albania de los fascistas italianos, aunque de hecho lo que se pretendía era crear las condiciones adecuadas para que en el futuro nuestro país entrara en la esfera de influencia inglesa y para evitar la posible creación de otro centro de resistencia fuera del control de los ingleses que pudiera combatir a los ocupantes y neutralizara la influencia de la Gran Bretaña. Pero en la difícil situación que se produjo, especialmente con la entrada de los alemanes en Yugoslavia, cuyo ejército no resistió más de una semana, el plan del teniente coronel Hill estaba fracasando. Esto le obligó a reunir por última vez, en Tropoja, a los cabecillas del pequeño grupo con el que había entrado en Albania, encomendando a cada uno tareas concretas: Gani Kryeziu debía trabajar en Kosova, Abaz Kupi iría a Kruja, cerca del gobierno de Tirana, mientras que Mustafa Gjinishi penetraría en las filas de los combatientes comunistas albaneses. Su tarea consistía, por

el momento, en luchar bajo el disfraz de un «ardiente patriotismo» y cuando las condiciones maduraran, sacar los cuernos al sol como los caracoles después del rocío.

Mientras estos «patriotas», cada uno con su bolsa de libras esterlinas, se distribuían por Albania, el oficial inglés volvió a Belgrado donde se rindió «con todos los honores» a los alemanes y, con la mediación de la legación americana en Yugoslavia, después de cierto tiempo, se encontró sano y salvo en Londres.

La resistencia y la lucha armada de nuestro pueblo contra los ocupantes fascistas, iniciadas el 7 de abril de 1939, continuaron sin interrupción, ampliándose y reforzándose aún más, especialmente con la formación del Partido Comunista de Albania el 8 de noviembre de 1941. Tras esta fecha histórica la lucha del pueblo albanés entró en una nueva fase, más violenta, sólidamente organizada, sometiendo a duras pruebas a los ocupantes, a los quislings y los traidores, lo que no podía por menos de suscitar inquietud en el mundo burgués.

En el curso del año 1942, el Foreign Office manifestó un mayor interés por la cuestión albanesa. Había tenido conocimiento de la creación del Partido Comunista de Albania. Hacia finales de 1942, su interés se transformó en inquietud, particularmente con las noticias de que el Partido Comunista de Albania había organi-

zado la Conferencia de Peza y dirigía el Frente de Liberación Nacional y que el Movimiento de Liberación Nacional adquiría una gran amplitud. Todo esto había sucedido después de que Churchill declarara que «El gobierno de Su Majestad tiene la cuestión de Albania en el corazón». La alarma estaba dada. El SOE de Estambul había propuesto la creación de un gobierno albanés con la ayuda inglesa; el SOE insistía en que este gobierno incluyera también a Gani Beg Kryeziu y Mehmet Konica. Se envió una carta a Muharrem Bajraktari a través de Mihajlović, con quien colaboraba, en la que se le decía «a Ud. le corresponde dirigir la lucha» y se le aseguraba que Zogu ya no regresaría a Albania.

Los acontecimientos se precipitaban. En noviembre de 1942 los aliados desembarcaban en el Norte de Africa. El 17 de diciembre el Ministro inglés de Asuntos Exteriores leía ante la Cámara de los Comunes una declaración, aprobada a comienzos de diciembre por el Gabinete de Guerra, en la que se hablaba del «deseo» del gobierno inglés de que Albania fuera liberada y su independencia restablecida y del examen de la cuestión de las fronteras en la Conferencia de Paz. El gobierno soviético hizo pública, asimismo, una declaración expresando su sincero deseo de ver a Albania liberada, recuperada su independencia, ensalzando y evocando con simpatía nuestra lucha contra los ocupantes. El gobierno de los

EE.UU. realizó también una declaración sobre esta cuestión. Sin duda, estas declaraciones constituían un apoyo moral y político para nuestra Lucha de Liberación Nacional, una promesa de independencia para el país al acabar la guerra, y contribuían a reforzar la posición internacional de Albania en un momento en que todos los pueblos se habían levantado contra el fascismo y el nazismo.

La situación revolucionaria en Albania suscitó debates en los medios londinenses relacionados con la cuestión albanesa. Sin embargo, para ellos era reconfortante y esperanzador el hecho de que sus amigos, Abaz Kupi y Mustafa Gjinishi, hubieran logrado entretanto introducirse en el Frente de Liberación Nacional, y que, fuera del Frente y como contrapeso a su influencia, se hubiera creado una organización autotitulada Balli Kombëtar (Frente Nacional), a la cabeza de la cual se había colocado gente conocida por el Intelligence Service británico: feudales, terratenientes, grandes comerciantes, bajraktars, intelectuales burgueses, clérigos de la alta jerarquía y otros enemigos jurados de los comunistas.

En estas circunstancias Inglaterra decidió enviar misiones militares a Albania. Su objetivo sería hacerse, sobre el terreno, una idea precisa de la situación, enviar a su centro datos exactos sobre los vientos que soplaban aquí, saber qué era realmente el Movimiento de Liberación Na-

cional, crear vínculos con el Balli Kombëtar, ayudar a los «amigos» enviados por el SOE y, sobre todo, bajo la máscara de la «ayuda», como en todas partes, hacer todo lo posible por el fracaso de la revolución popular.

Estos eran los objetivos esenciales de las misiones inglesas que llegaron a Albania, unas por tierra a través de Grecia, otros por el aire.

En estos recuerdos, evoco precisamente la lucha pérfida que realizaron estas misiones, aunque sin ningún éxito, ya que todos sus actos, todos sus planes, fueron frustrados por nuestro Partido y nuestro pueblo. La amarga historia del pasado no debía repetirse y no se repitió.

Nuestro Partido y nuestro pueblo vencieron a los fascistas italianos y a los nazis alemanes con el fusil, y al imperialismo norteamericano-inglés gracias a una resistencia heroica y a una diplomacia firme e inteligente, inspirada en el marxismo-leninismo y apoyada en la gran experiencia del pueblo mismo y de sus grandes hombres a lo largo del tiempo.

II

UNA MISION MILITAR NO INVITADA

Extensión de nuestro Movimiento de Liberación Nacional. Maniobras de la reacción. La primera misión militar inglesa en Albania — McLean. Las zonas controladas por los guerrilleros no son una fonda con dos puertas. Vanas promesas. «Paseos» de los oficiales ingleses — en busca de sus «amigos». La reacción se reanima. McLean solicita una entrevista urgente: «Un general encabezará la misión». «¿Cuál es su centro, señor mayor?». Medidas para paralizar los planes diabólicos del Ministerio Británico de la Guerra.

El Partido y el pueblo albanés libraban una dura lucha no sólo contra el ocupante italiano y los quislings, sino también una aguda lucha política contra el Balli Kombëtar. A lo largo y ancho del país, habían sido formados destacamentos y batallones guerrilleros, que atacaban al ejército

italiano en las carreteras, en sus cuarteles, en. todas partes. Los guerrilleros desarmaban los puestos de la gendarmería quisling y se armaban combatiendo. Nuestra lucha había superado la fase de las acciones de la guerrilla urbana, que jamás cesarían, aun cuando la lucha armada en las montañas adquiriera vastas proporciones a nivel de destacamentos y batallones. Nuestro Partido se ampliaba al extenderse a las unidades militares y a las aldeas, donde se crearon células y se pusieron en pie consejos de liberación nacional. La propaganda sobre la lucha contra los ocupantes adquirió gran envergadura. La juventud de las ciudades y del campo engrosaba las filas de los combatientes. Regiones enteras fueron liberadas y el pueblo de estas zonas ya no debía pagar impuestos a nadie; fueron suprimidos los diezmos. En estas regiones las tierras de los colaboracionistas y de los traidores pasaron a ser propiedad libre para los campesinos que deseaban cultivarlas.

El enemigo italiano hacía grandes esfuerzos para aplastar el Movimiento de Liberación Nacional de nuestro país, sobre todo intentando dividirlo. Es por esta razón que los fascistas italianos intensificaron su colaboración con el Balli Kombëtar. En febrero de 1943, por recomendación de Faslli Frashëri y de Stavri Skëndi, Musa Kranja. uno de los cabecillas de Balli Kombëtar en el distrito de Korça, acompañó al oficial italia-

no Angelo de Mateis para ponerle en contacto con Safet Butka, a fin de conseguir que este último se uniera a los ocupantes contra el Movimiento de Liberación Nacional. Un mes después, Dalmazzo, comandante en jefe de las tropas italianas en Albania, firmó con Ali Këlcyra el protocolo de triste memoria «Dalmazzo-Këlcyra», en cuyos términos el Balli Kombëtar aseguraba al ocupante que ejercería toda su influencia para hacer que cesaran los actos de sabotaje y los ataques contra él. Lo mismo hicieron con los alemanes. Fue Mithat Frashëri quien firmó «por el Comité Central del Balli Kombëtar» la circular en la que se decía entre otras cosas: «Puesto que nuestro país tiene la más urgente necesidad de orden y disciplina, se recomienda a todos los comités, comandancias y destacamentos del Balli Kombëtar suspender toda operación contra las fuerzas alemanas». Existen numerosos documentos de este género que hablan largamente sobre el «patriotismo» de los cabecillas del Balli Kombëtar, pero no es el momento de extenderse al respecto.

A finales de abril de 1943, el Comité Regional del Partido para Gjirokastra nos hizo saber que un grupo de militares ingleses dirigidos por un tal Bill McLean, de grado mayor, armados y equipados con un radioemisor, había penetrado en nuestras regiones liberadas a través de la

frontera griega. Pretendían ser la misión militar oficial enviada al lado de los guerrilleros albaneses por el Cuartel General de las fuerzas aliadas del Mediterráneo instalado en El Cairo.

Recomendé a los camaradas del Partido del Comité Regional de Gjirokastra que bloquearan en Zagoria a esos ingleses llegados de Grecia y les interrogaran detalladamente para averiguar quiénes eran, cómo se llamaban (verificando su identidad en los documentos oficiales), de dónde venían, quién les dirigía, cuál era su verdadera misión, etc.

—Vosotros —les decía a los camaradas— hacedles una serie de preguntas para que comprendan que no se entra fácilmente en las zonas controladas por los guerrilleros, que estas zonas no son fondas con dos puertas y que, para circular por ellas, es imprescindible un salvoconducto especial del Alto Mando Guerrillero. Todo esto debe hacerse —proseguía—, de modo que los ingleses se den cuenta desde ahora que no les estará permitido actuar a su antojo en nuestro país. Sed muy correctos con ellos y dadles de comer si no traen víveres. Pero no aceptéis dinero por ello en caso de que os lo ofrezcan.

Los camaradas siguieron fielmente las instrucciones. El grupo de militares británicos fue bloqueado por los guerrilleros en una zona del distrito de Gjirokastra y habiendo constatado que el país tenía dueño, el 1 de mayo de 1943 se vio

obligado a dirigir al Consejo General, autoridad suprema de la Lucha de Liberación Nacional en Albania, una carta firmada por Bill McLean, en la que éste, después de indicar que el Cuartel General de El Cairo le había enviado, en su calidad de oficial superior de enlace, para establecer contacto con el movimiento de resistencia en Albania, añadía: «Deseo vivamente entrevistarme cuanto antes con su Consejo para recibir de él información que enviaré a El Cairo, a fin de que les sean enviados aprovisionamientos. Su Movimiento será pues aprovisionado por El Cairo. Debo discutir con ustedes cuestiones importantes. Mi deseo es entrar en el centro de Albania». Al parecer el SOE, instalado en El Cairo, había encontrado el pretexto para penetrar en Albania: enviar a sus agentes como representantes del Cuartel General de las Fuerzas Aliadas del Mediterráneo, con el objetivo de penetrar «en el centro de Albania», para tomar contacto con sus viejos agentes y engrosar sus filas con nuevos elementos, recibir de ellos información y encomendarles nuevas tareas a fin de organizar en Albania, bajo la dirección y el control de las misiones inglesas, un movimiento conforme a los intereses de la política y de los planes estratégicos de la Gran Bretaña.

En nuestra respuesta les decíamos que estábamos de acuerdo con que tal misión se instalara junto al Consejo General de Liberación Nacional,

pero que no podíamos recibirla, mucho menos en el centro de Albania, si no llevaba consigo mandatos oficiales debidamente certificados por el Cuartel General de las Fuerzas Aliadas del Mediterráneo.

Los miembros de la misión de McLean permanecieron donde estaban hasta que su Cuartel General les envió los mandatos en cuestión. En junio, los camaradas de Gjirokastra, siguiendo nuestras instrucciones, después de haber adoptado medidas para garantizar su seguridad en el trayecto, les condujeron hasta nosotros, en Labinot. Llegaron muertos de cansancio. Les recibí al segundo día de su llegada. McLean se presentó como jefe de la misión. Parecía joven, no superaría los treinta años. Delgado, ni alto ni bajo, tenía facciones correctas, rostro afeitado, fino y frío. Era rubio y de ojos azules e inteligentes, en los que brillaba una mirada de lince. McLean, como supimos más tarde, era miembro del «Scots Greys» y se había adiestrado y curtido como agente en las guerras coloniales en Palestina y otros lugares.

Le pregunté cómo había viajado.

—Como un guerrillero —me dijo—, pero en Gjirokastra los guerrilleros me retrasaron mucho, haciéndome perder un tiempo precioso. Nuestro Cuartel General en El Cairo está inquieto.

—Usted es oficial y conoce los reglamentos del tiempo de guerra, le repliqué. No es fácil para

un desconocido pasar la frontera en una zona donde operan fuerzas militares. El enemigo intenta siempre infiltrarse, informarse sobre la situación y sabotearnos o golpearnos por sorpresa, pero los guerrilleros albaneses no se duermen. Usted pudo experimentarlo cuando entró en nuestras zonas. Ciertamente, ustedes no eran enemigos, pero dado que no se les conocía, era preciso verificar su identidad. Ustedes no nos habían prevenido, y nuestros camaradas de Gjirokastra no han hecho más que cumplir con su deber. Nos excusamos por haberles retrasado. Tranquilicen a su Cuartel General haciéndole saber que se encuentran en manos seguras, entre sus aliados, junto al Alto Mando Guerrillero.

Cerrada esta cuestión, ahora debía explicar el objetivo de su llegada: lo que pedía, lo que haría, etc.

Le pregunté: —¿En qué consiste su misión?

El mayor McLean (más tarde sería coronel y después de la guerra diputado del partido conservador) me dijo en esencia:

—Somos la primera misión militar inglesa enviada junto a los guerrilleros albaneses. Nuestro gobierno nos envía para que pongamos en su conocimiento la situación en el país, la lucha de su pueblo contra el ocupante italiano y, hecho esto, para que transmitamos a nuestro Cuartel General sus puntos de vista sobre la guerra y sus necesidades y demandas para proseguir la lucha.

—Pero ¿qué saben ustedes de la lucha del pueblo albanés contra los ocupantes y los colaboracionistas en nuestro país?

—No sabemos nada —respondió sonriendo.

—Entonces, puesto que no saben nada, en lo que respecta a Albania, habrán quedado en los tiempos de Chamberlain.

Los ojos de McLean se enfurecieron como los de un gato encolerizado.

—Pues bien —continué—, desde el 7 de abril de 1939, cuando Chamberlain pasaba su week-end de pesca, y hasta hoy, el pueblo albanés ha estado luchando sin cesar contra los fascistas italianos, los quislings y los demás traidores.

Le hablé detalladamente de la titánica lucha de nuestro pueblo, pequeño pero valiente. Le hablé de los actos de heroísmo del pueblo y de nuestros guerrilleros, así como de las atrocidades, masacres e incendios perpetrados por los italianos y sus lacayos. Le llamé la atención sobre los métodos de la propaganda fascista destinados a dividirnos, a desmoralizarnos, pero que no habían tenido éxito en nuestro país, porque el Frente Antifascista de Liberación Nacional y las fuerzas guerrilleras los habían puesto al desnudo frustrando continuamente los planes de los enemigos.

—Pero ¿dónde encuentran las armas, señor Hoxha? —me preguntó McLean—. Rusia está

lejos y no se las puede enviar. ¿Tendrán ustedes fábricas de armas aquí, en las montañas?

—No, no tenemos fábricas de armas en nuestras montañas, pero las tenemos en el pueblo. Es cierto que el sátrapa Zogu, diez días después de su llegada al poder en 1924, decretó el desarme general de la población, pero de hecho los albaneses, como siempre, ocultaron sus armas, ya que jamás nadie había podido desarmarlos. Se trata de una tradición que han heredado de generación en generación. Al respecto, —proseguí—, cuentan que ocurrió un episodio interesante en Londres, entre Edward Grey, su antiguo ministro de Asuntos Exteriores, y nuestro patriota y combatiente Isa Boletini. Era un tiempo en que negros nubarrones cubrían nuevamente el cielo albanés, cuando Albania estaba presa en el torbellino de la rapacidad de sus vecinos chovinistas y cuando la Conferencia de Embajadores de 1913 dejaba injustamente fuera de las fronteras estatales de Albania la mitad del país, y ¿a quién?, a Kosova y otras comarcas, donde se regó con sangre cada palmo de tierra para lograr la liberación de Turquía. Los patriotas Ismail Qemali e Isa Boletini también viajaron a Londres para entrevistarse con Grey, en aquel momento presidente de la Conferencia de Embajadores. Querían protestar ante él por la injusticia que se estaba haciendo a nuestro país, y ponerle de manifiesto el juramento solemne de los albaneses de batirse

hasta el fin por la reunificación de todos los territorios de sus antepasados. Antes de entrar en la oficina de Sir Edward Grey, Isa Boletini, siguiendo las instrucciones de los guardias, dejó su pistola en el vestíbulo. Después de la entrevista, Grey le dijo bromeando: «Finalmente, señor Boletini, hemos conseguido aquí en Londres lo que los bajás turcos no han podido lograr». Boletini comprendiendo que su ministro hacía alusión al hecho de que había sido desarmado, fijó la mirada en sus ojos y le respondió sonriendo: «A fe mía que no, nunca he sido desarmado, ni siquiera aquí en Londres» y sacó de su seno otra pistola cargada.

—Aquí tiene, señor mayor, esta tradición es una de nuestras «fábricas» de armas. Nuestras «fábricas» de armas, proseguí, son asimismo los depósitos de municiones de los italianos en sus puestos y en las ciudades, son nuestras acciones en las vías de comunicación y en los campos de batalla. Cuando comenzamos la lucha, no teníamos suficientes armas, pero nuestro pueblo tiene una canción que dice entre otras cosas: «Si os faltan armas buscadlas, arrancádselas a ese perro». Eso es lo que nosotros hemos hecho y estamos haciendo. En el combate, en nuestras acciones, atacamos a los italianos y les arrancamos las armas de las manos.

Usted mencionó Rusia. Yo tengo que decirle que si Rusia estuviera cerca, estamos convencidos

de que nos las habría dado, porque es nuestra aliada al igual que ustedes. También ustedes deben dárnoslas, porque las necesitamos. Las armas no se comen, sólo sirven para luchar. Y nosotros las queremos para eso.

—Estoy autorizado a decirle, señor Hoxha —me respondió McLean—, que en la medida de nuestras posibilidades daremos armas a todos los que se baten.

—Me da usted una buena noticia —le dije—. Aquí en Albania combaten únicamente los guerrilleros y el pueblo organizado en el Frente Antifascista de Liberación Nacional.

— Pero, señor Hoxha —objetó el mayor inglés—, me parece que también hay otra organización que se bate aquí, en Albania, y que se llama Balli Kombëtar.

—Vea usted, señor mayor —le respondí—, como en realidad no lo ignora todo sobre Albania. Está usted informado sobre los ballistas[1] y puesto que quiere saber mi opinión acerca de ellos, *se* la diré: Es verdad que existe el Balli Kombëtar, pero sus cabecillas están ligados a los italianos, no luchan contra ellos, sino que se organizan para combatirnos con las armas. Si hacen la «guerra», es contra la carne asada de

1 Miembros de Balli Kombëtar.

las gallinas, los gallos y el ganado que roban a los pobres campesinos.

Y le expliqué bien al inglés, quien con seguridad ya lo sabía, lo que era el Balli Kombëtar.

—Por si usted no lo sabe —le dije irónicamente— le informaré que también existen los zoguistas[1], acaudillados por Abaz Kupi, alias Bazi i Canës, quien forma asimismo parte de nuestro Frente de Liberación Nacional.

Naturalmente, esto también lo sabía, pero yo insistí:

—Sabía usted esto, ¿no es cierto señor mayor?

Esta vez se vio obligado a reconocerlo.

Se cerró también este capítulo.

McLean continuó:

—Señor Hoxha, nosotros no haremos política aquí, somos únicamente soldados y no nos interesa más que todo aquello que tiene carácter militar.

—¿Qué entienden ustedes por «todo lo que tiene carácter militar»? —le pregunté.

De nuevo sus ojos adquirieron un aspecto de severidad.

—Nos interesamos por todos los datos militares, concernientes a los ejércitos italiano y alemán —me respondió—. Nos interesan las fuerzas establecidas contra ustedes en Albania, la de-

---

1 Partidarios del rey Zogu.

nominación de las formaciones, su armamento, las tácticas que utilizan en los combates en las montañas, etc.

—Ahora le comprendo —le dije— y estaremos dispuestos a informarles sobre todos esos puntos.

—Señor Hoxha —prosiguió McLean—, usted comprende que Albania es pequeña en el mapa, pero es grande cuando se la recorre a pie, por tanto nos resultará difícil cumplir debidamente nuestra misión sin ser secundados por otros camaradas.

—Tienen ustedes en nosotros a compañeros de combate, somos sus aliados en la lucha contra el enemigo común —le dije.

Yo sabía a dónde quería llegar, por eso, de puntada en puntada, me puse a hablarle de la situación en los frentes de la guerra y le pedí que me explicara cómo se desarrollaban los combates en otros países, cómo se batían los guerrilleros griegos y yugoslavos (yo estaba al corriente de ello, pero quería saber como lo juzgaba él).

Pero el oficial, astuto como era, ordenó con prontitud sus pensamientos, y finalmente me dijo:

—Hace tiempo que no recorro las montañas a pie y no estoy en condiciones de informarle.

Y llegó donde quería:

—Solos, difícilmente podremos salir airosos. Ciertamente sin su ayuda no podemos hacer

nada, pero estamos encargados de rogarles que estudien la posibilidad de que se lancen algunas otras misiones más, de forma que podamos ayudar mejor a sus fuerzas guerrilleras.

—Esta es una cuestión que podemos estudiar y conversar sobre ello en otra ocasión. Pero —le dije al mayor McLean— volviendo a lo que usted acaba de decir, a saber, que ustedes no se van a ocupar de política, debo primero indicarle que no permitiremos que se haga en nuestras filas política a favor del ocupante y de sus instrumentos. Nosotros no permitimos que se hable o se haga propaganda a favor del enemigo, cualquiera que sea la máscara tras la que se oculte. Lo que nosotros permitimos sin reserva en cambio, es la lucha política e ideológica contra los ocupantes fascistas y sus lacayos.

La segunda cuestión que debo precisar, es que su misión no debe inmiscuirse en nuestros asuntos internos. Demandarán todo lo que necesiten por intermedio de nuestro Mando o de nuestros delegados en las regiones donde ustedes se encuentren.

Otra importante cuestión concierne al objetivo de su llegada: deben suministrarnos armas, municiones y ropa. Presentaremos nuestras demandas sin tardanza. Y terminé diciendo:

—Mayor, estoy convencido de que todo irá bien entre nosotros. Como puede usted ver las condiciones para un buen entendimiento entre

nosotros no son complicadas, son fáciles de aceptar y observar, basta la buena voluntad.

El mayor McLean dijo:

—Estamos de acuerdo. Empecemos el trabajo. Permítannos lanzar unas cuantas misiones más, y desígnennos las zonas y los puntos donde podremos hacerlo.

—Claro que sí —dije yo—, estudiaremos y designaremos los lugares de lanzamiento, pero primero es necesario ensayar en esos lugares el lanzamiento de material de guerra y después el de oficiales ingleses, ya que las vidas humanas valen mucho más que las armas, ¿o no es así?

McLean no sabía qué decir. Nuestra conversación terminó y acordamos encontrarnos en otra ocasión.

Enseguida puse al corriente a los comités regionales del Partido, así como a las comandancias de las unidades guerrilleras, de la llegada de la misión militar inglesa junto a nuestro Cuartel Guerrillero. Les expliqué el disfraz que habían utilizado al venir y que, aun considerándolos como nuestros aliados contra el mismo enemigo, era necesario sin embargo no olvidar jamás su naturaleza de clase, sus designios en contra de nuestra lucha, de la Unión Soviética, del comunismo. Les hice saber, asimismo, que ya en la primera entrevista con los ingleses, había puesto freno a sus intenciones que consistían única-

mente en desarrollar una actividad de información y de espionaje contra nuestra Lucha de Liberación Nacional, nuestro Partido y nuestro Ejército Guerrillero de Liberación Nacional. Ellos querían reunir informaciones sobre todo, conocer nuestra fuerza, nuestras tácticas y nuestra estrategia. Pretendían conseguirlo «en plano amistoso», en su calidad de grandes «aliados», en la lucha contra el mismo enemigo, el nazifascismo, pregonaban que habían venido para ayudarnos con armas, vestimenta, y que no pudiendo suministrarnos víveres, nos enviarían de cuando en cuando una pequeña cantidad de su «caballería de San Jorge» (es decir, libras esterlinas) para que pudiéramos abastecernos sobre el terreno. Por otra parte, prometieron popularizar nuestra Lucha de Liberación Nacional.

Pero también explicaba a los camaradas que habíamos tomado todas estas bellas palabras con gran reserva, que no nos tragábamos fácilmente estas «promesas». El jefe de la misión, Bill McLean, se indignó al ver que le atábamos corto y que estaba rodeado de guerrilleros fieles y vigilantes, es decir que no podía moverse a su gusto y que habría de recoger la «leña» que le dejaran nuestros camaradas y no lo que él quisiera. Por eso yo les recomendaba ser a la vez correctos y muy vigilantes con los ingleses.

—Es posible, les decía, que vengan con nuestro permiso algunas misiones inglesas a las zonas que están bajo nuestro control. En lo que se refiere a la actitud a observar con ellos, la consigna para todos es: **¡corrección** y **vigilancia!** En ningún caso se debe permitir que los ingleses metan las narices en nuestros asuntos internos. Es preciso guardar el mayor secreto sobre todos los asuntos del Partido: su organización, sus órdenes, sus directrices, sus reuniones, el momento, el lugar y el objetivo de éstas. Ninguno de ellos, sea procomunista o no, debe conocerlos. **Para ellos nosotros somos todos guerrilleros.** Es necesario guardar secreto sobre las cuestiones de orden militar como la organización del ejército guerrillero, su número de unidades, su composición, las órdenes de operaciones, el aprovisionamiento, la cantidad y el tipo de armamento, así como otros datos de carácter interno. Si quieren asistir a nuestros combates, llevadles, **pero que se** les **avise en el último momento** y **de ningún modo se les revele de antemano el plan operacional de los combates.** Dadles sin vacilar todas las informaciones que podáis sobre el ocupante. Evitad que se introduzcan en la masa de los guerrilleros, que se pongan a perorar allí, a hacer promesas o que se dediquen a acciones perjudiciales. Pedidles con insistencia que os lancen armas.

Así advertí a los camaradas que estuvieran atentos y preparados frente a las maniobras

de los agentes del Intelligence Service, quienes, más tarde, seguramente intentarían corromper individuos débiles y vacilantes.

En un encuentro presenté a McLean a Myslim Peza, que nosotros llamábamos Babë (papá) Myslim. Las primeras palabras que éste dijo al oficial inglés fueron: «Queremos que nos lancen armas, si es que son buenos amigos», y, mostrándose diplomático, añadió: «Y yo creo que lo son». Mustafa Gjinishi hacía de traductor.

Por último presentamos a McLean una lista de armas que solicitábamos y le dijimos: «Es en Peza, antes que en otro lugar, donde deben comenzar a lanzarnos armas, ya que es aquí donde se ha efectuado el primer disparo guerrillero contra los invasores fascistas».

McLean prometió hacerlo. Algún tiempo después nos lanzaron una cantidad de armas que no representaba siquiera la quinta parte de las que habíamos pedido; eran todas ellas armas ligeras con poca munición, así como algunas cazadoras y unos cuantos pares de medias. Fue lanzada al mismo tiempo una nueva misión inglesa, acerca de la cual ya habíamos dado nuestro consentimiento.

— Si ustedes lo permiten, quisiéramos enviar esta misión a Dibra, junto a Baba Faja y Haxhi Lleshi —nos dijo McLean.

Lo discutí con Myslim y decidimos permitirlo.

— Haxhi y Baba Faja sabrán cuidar por sí solos del «amigo» que les va a visitar y que tiene bigotes tan rojos como teñidos de alheña —me dijo Myslim.

—Nos va a hacer falta también —dijo McLean— que otra misión se establezca junto al señor Myslim Peza, ya que con él se encuentra el más importante núcleo de los guerrilleros.

—Si a Myslim le parece bien, que decida él mismo —le dije.

—De acuerdo, camarada Enver —afirmó Myslim y, dirigiéndose a Mustafa Gjinishi, dijo: —Traduce esto al señor: Acepto esta misión, a condición de que no esté compuesta de más de tres personas y no se inmiscuya en nuestros asuntos, que tenga contactos únicamente con el comisario y conmigo, no mantenga ninguna relación con los reaccionarios ni con los enemigos, y se nos lance armas.

Si el señor acepta estas condiciones, camarada Enver —señaló dirigiéndose a mí—, yo también estoy dispuesto a aceptar.

Al traducir las palabras de Babë Myslim al inglés, Mustafa Gjinishi vacilaba, enrojecía, se cogía la punta de la nariz con los dedos y tosía de vez en cuando para aclararse la voz.

—Por supuesto, aceptamos esas condiciones

—dijo el mayor inglés que apenas podía contener su irritación.

Cuando llegué al distrito de Korça para tomar contacto con los camaradas del Partido y las fuerzas guerrilleras comandadas por Teki Kolaneci, Riza Kodheli, Josif Pashko, Agush Gjergjevica, Asilan Gurra y otros comandantes y comisarios de guerrillas y batallones, supe que estaba por allí también McLean. En ese momento, la guerrilla ballista de Safet Butka y el zjarrista[1] Fetah Butka, valiéndose del buen nombre de Sali y Gani Butka, patriotas del pasado, rondaban las aldeas de Kolonja hablando mal de nuestro Partido y del Frente de Liberación Nacional, y colaboraban con la Italia fascista. Lo mismo hacían en todas partes los ballistas y cierto número de guerrillas suyas recién formadas. Esto hacía también Ali Këlcyra en algunas regiones del Sur del país, Zenel Gjoleka en Kuç de Kurvelesh, los Koço Muka en la costa sur y los Qazim Koculi en Vlora y otras zonas. Del mismo modo, erraba por la zona de Korça un tal Rahman Zvarishti, elemento inestable, que tiempo atrás había mandado un grupo guerrillero pero que acabó uniéndose al Balli Kombëtar. Para los ba-

1 Así eran denominados los miembros del grupo trotskista «Zjarri» (El Fuego), que se autotitulaba «Partido Comunista Albanés». Fue desbaratado por nuestro Partido en marzo de 1943.

llistas con sus feces blancos con el águila bicéfala, ésta era la fase en la que intentaban presentarse como una organización nacional. Aunque se hacían pasar por patriotas, era evidente que se apoyaban en los beyes, agas e intelectuales vendidos y corrompidos, a los que nada vinculaba con el pueblo y con su lucha, sino que, por el contrario, todo les ligaba al ocupante italiano contra el pueblo.

Un día, estando yo en Vithkuq, donde tenía una reunión con Josif Pashko y otros camaradas, McLean vino y me halló allí. Encargué a los camaradas que le condujeran a una zona alta y apartada, pero que no estuviera lejos de Leshnja, y ello por una razón que explicaré más adelante. Le llevaron a la aldea de Shtylla.

Subí hacia Shtylla, fui a visitarle y vi que le habían reservado dos habitaciones confortables, adecuadas para su trabajo y las comunicaciones por radio. Le invité a cenar en casa de Behar Shtylla, que me albergaba. Naturalmente, durante la comida, salió la conversación de las armas.

—Korça, un distrito tan combativo —le dije—, no posee ninguna metralleta de fabricación inglesa. Los guerrilleros se quejan y reclaman que se les lance armas a todo precio.

McLean, como de costumbre, hacía malabarismos con las palabras, «explicando» esto y aquello.

—Si no manda Ud. lanzar armas aquí —le

dije bromeando—, los habitantes de la región no le dejarán partir, le harán preso. —Después, dirigiéndome a Teki y a Behar, dije: —Mañana, lleven al mayor a ver el llano de Leshnja, está cerca de aquí y es muy adecuado para lanzar armas.

Al día siguiente, el mayor fue a visitarlo y cuando le vi regresar, le pregunté:

—A ver, ¿qué le pareció?

—El lugar es bueno —dijo.

—Entonces —le dije a Teki—, presente al señor McLean sus necesidades de armas.

Teki no había olvidado nada de pedir al inglés. «Pidámosle siempre, me dijo, aunque sabemos que no nos lo enviarán todo».

Al ver nuestras demandas, McLean abrió los ojos y dijo:

—Hace falta por lo menos una treintena de aviones para transportar esto.

—Envíennos diez —le dije—. Lo mejor, mayor, sería que usted hablara con el comandante Teki y se pusieran de acuerdo—. Teníamos como intérprete a un compañero originario de la región de Devoll llamado Plaku[1], que había cursado sus estudios en la escuela técnica americana de Tirana en los tiempos de Zogu.

Finalmente, hubo un lanzamiento de armas en Leshnja.

---

1 Jorgo Plaku, mártir de la Lucha de Liberación Nacional.

Habíamos decidido atacar a los italianos en la carretera Janina-Korça-Manastir. Nuestras fuerzas llevaron a cabo felizmente esta acción, resultando numerosos enemigos muertos, camiones quemados y fusiles capturados.

Eran los tiempos en que tratábamos de que las guerrillas del Balli Kombëtar entraran en guerra contra los ocupantes. Con este objetivo algunos representantes nuestros fueron a conversar con Safet Butka. Pero éste rehusó. El inglés, al saber esto, me rogó que le dejara ir, en compañía del comandante Teki, a convencer a Safet Butka.

—Pierde usted el tiempo —le dije—, ellos no combaten; pero a pesar de todo vamos a satisfacer su deseo.

McLean fue, conversó con Safet Butka, pero éste reiteró su negativa a combatir.

—Entonces, ¿se ha convencido ya de que yo tenía razón? —pregunté al mayor que se encontraba cabizbajo ante mí a su regreso de Safet—. Ellos no están por la lucha —le dije.

Hasta entonces habían llegado a cuatro o cinco los grupos de la misión inglesa en nuestro país. McLean era su jefe y Mustafa Gjinishi amigo de aquél.

Un buen día, McLean me hizo una proposición «¡interesante!»:

—He pensado, señor Hoxha, que, para eliminar la burocracia, sus demandas de armas y de

municiones no sean presentadas necesariamente a través de su Estado Mayor General, sino desde las mismas zonas de operaciones donde se encuentran nuestras misiones. Del mismo modo —añadió altivamente como si acabara de descubrir América—, que los suministros se hagan directamente sin pasar por su Estado Mayor General. Esto acelerará...

—No —le interrumpí—, no lo permitiré jamás. No esperaba esta reacción y me clavó los ojos asombrado. Luego, viendo el completo fracaso de su «espíritu fecundo», bajó la cabeza y, después de una pausa, cambió de tema. Su diabólico designio se esfumó antes de que acabara de expresarlo. Con esta táctica sutil, pretendía obtener la «autorización oficial» para tomar en sus manos, por otros caminos, la dirección de la lucha de nuestro pueblo con el objetivo de eliminarla. Y no sólo eso, con ello se proponía además corromper nuestras filas por abajo, comprometer con dinero a los elementos insuficientemente formados y disponer de ellos, cualquiera que fuera el desarrollo de los acontecimientos. Pero también en este camino Albión sufrió un fracaso.

Cuando organizamos la Primera Brigada en Vithkuq, invitamos también a McLean. Asistió a la fiesta y a la ceremonia de entrega de la bandera de combate de la Brigada.

En una ocasión McLean fue a Shpirag. Le pusimos como intérprete a Koço Tashko. Desde

allí había bajado para observar las posiciones de Kuçova. A su regreso, Koço, irritado y acobardado, vino a decirme:

— Busca otro intérprete para el mayor, camarada Enver, yo no voy más con él. ¿Sabes lo que hace? Sube a una colina descubierta, y pasándose una banda roja sobre el pecho, se pone a escrutar el horizonte con sus prismáticos. Si nos exponemos así, un día los alemanes acabarán por matamos.

—Pero ¿por qué se pone la banda? —le pregunté.

—Para hacer ver que es un oficial —me dice Koço— y para que, en caso de peligro, no le maten, le hagan prisionero. Pueden no matarlo a él, pero a mí, me dejan seco en el sitio.

Recibía numerosas informaciones de los camaradas haciéndome saber que las misiones inglesas, dondequiera que se hallaran, hacían todo lo posible por establecer contactos con la reacción, intentaban meter las narices en nuestros asuntos y disputaban con nuestros camaradas.

En agosto de 1943, viendo los manejos de las misiones inglesas para contaminar a nuestra gente y el peligro que representaban sus ingerencias en nuestros asuntos internos, tuve que poner en guardia a nuestros camaradas de la base y hacerles saber claramente, una vez más a través de una carta, que si los ingleses habían venido a

nuestro país, era en su propio interés y para meter los narices en nuestros asuntos internos, que habían incumplido sus promesas de enviar armas y dinero. Les decía: «Tienen tendencia a interrogar a todo el mundo, a cada guerrillero, a cada comandante de guerrilla, para enterarse bien e intentar meter sus manos en nuestro ejército y nuestro movimiento. Hay que poner a su servicio algunos buenos camaradas que les acompañen en sus desplazamientos y les impidan entrevistarse con personas que en vuestra opinión no deben encontrar»*. Siempre les recomendaba que no les proporcionaran ninguna información sobre nuestros asuntos internos.

En muchas ocasiones mantuve ásperos debates con McLean no sólo porque no enviaban armas, sino también a causa de sus numerosas tentativas de establecer contacto a todo precio con el Balli Kombëtar, la reacción de Albania del Norte y los cabecillas de la reacción en Dibra y Macedonia. Desde Mat me llegaban noticias de que la misión inglesa hacía allí la ley y que los zoguistas recibían armas en abundancia.

Terminados los trabajos de la Segunda Conferencia de Liberación Nacional de Labinot fui a Peza con algunos camaradas. Habían transcurrido pocos días desde la capitulación de la Italia

---

* Enver Hoxha, *Obras,* ed. albanesa, t. 1, pág. 342

fascista y debíamos seguir de cerca los acontecimientos en la capital, qué iba a hacerse con el ejército italiano allí, qué rumbo tomaría la situación en los Balcanes tras estos acontecimientos, qué actitud adoptarían los aliados, quienes, según se decía, iban a desembarcar por estos parajes.

En esa época, las presiones y las ingerencias de los oficiales ingleses se habían intensificado. Pero nuestro Partido luchaba y vigilaba. Numerosos camaradas de nuestros regionales y formaciones militares nos informaban con indignación sobre estas actividades de los «aliados». Me escribían desde Vlora que el inglés que se encontraba allí exigía que se ejecutaran sus órdenes, ya que ¡las recibía del «gobierno británico»! «¡No ataquen ni desarmen a los italianos!», decía a nuestros camaradas, «no tiendan emboscadas más que a los convoyes alemanes». «Si atacan a los italianos, no les prestaré ayuda». Y aún más, el informe continuaba con amenazas del inglés: «No ataquen Vlora porque nosotros desembarcaremos en ella» o «si ustedes quieren actuar, que venga un delegado del Frente y otro del Balli Kombëtar para que discutamos con vistas a la unión y a un ataque conjunto sobre la ciudad a cargo de ambas organizaciones». Se trataba de órdenes en oposición a la línea de nuestro Partido y a las instrucciones del Consejo General de Libe-

ración Nacional. Pero los camaradas de Vlora no le hacían ni caso al inglés. Cumplían sin vacilar nuestras recomendaciones.

Del mismo modo, me hacían saber de Pogradec que el capitán inglés Smiley había ordenado al mando guerrillero de esa región que no se abriera fuego sobre los italianos y que los guerrilleros se alejaran de las proximidades de los cuarteles.

Por todas esas razones, y para recordar una vez más a los ingleses que existía un límite que no debían trasponer, a comienzos de octubre de 1943 envié una carta a los comités regionales del PCA en la que les hacía saber, entre otras cosas, que las misiones inglesas eran únicamente representantes del ejército inglés y que, como tales, debían apoyar a los que se batían contra el ocupante, pero que no tenían ningún derecho a inmiscuirse en nuestros asuntos internos. Les orientaba que se les hiciera ver claramente nuestra posición frente a los ballistas y a los demás traidores, y se les advirtiera que habrían de responder de todo lo que hicieran en favor de estos últimos y en perjuicio de la lucha del pueblo albanés ante su gobierno y ante nosotros. De ninguna manera —escribía a los regionales del Partido— se les debe tomar como árbitros para resolver los problemas entre nosotros y el Balli Kombëtar, estas cuestiones las solucionamos no-

sotros mismos, estamos en nuestra casa y somos nosotros los que hacemos la ley según los intereses de nuestro país, de nuestro pueblo y de nuestra lucha.

«Conocemos bien a los anglo-americanos, remarcaba en mi carta, y no olvidamos ni por un momento que son capitalistas, que están contra el comunismo, contra el socialismo; ni ellos olvidan quiénes somos, ni nosotros olvidamos quiénes son. Actualmente somos sus aliados contra el fascismo italiano y el nazismo alemán y permanecemos fieles a esta alianza. Pero jamás hemos permitido ni permitiremos que intervengan en los asuntos internos de Albania. El amargo pasado de nuestro pueblo ya no se repitirá más. El Partido Comunista de Albania y el pueblo albanés no lo consentirán.»*

Cada vez que tropezaban en algún escollo, los ingleses desviaban la ruta y hacían su oficio, intentaban dividir y engañar a nuestra gente mediante trucos.

McLean y sus compañeros sondeaban el terreno, pero no encontraban donde hacer pie.

Un día de octubre mientras conversaba con Babë Myslim, un comandante de batallón vino hacia nosotros con una pequeña bolsa en la mano.

—¿Qué es eso? — le preguntó Myslim.

—Libras esterlinas en oro —respondió.

---

* Enver Hoxha, *Obras,* ed. albanesa. t. 1, págs. 435-436.

—¿Dónde las has encontrado? —le pregunté yo.

—En un rincón de mi tienda. Llovía, el mayor inglés pasaba por allí y se metió en ella para no mojarse. Cuando escampó, él se marchó, pero dejó esto.

—Escucha —le dije—, ve a buscar al intérprete e id los dos a su vivienda, entregadle este dinero y decidle: «La próxima vez, señor mayor, no «olvide» su dinero en nuestras tiendas, podría encontrarse con desagradables sorpresas».

—¡Infames! —se desahogó Babë Myslim—. No es la primera vez que hacen esto.

—Sí —asentí—, me acuerdo.

Nos encontrábamos en una pequeña aldea de Peza. Myslim, algunos otros camaradas y yo estábamos sentados alrededor del hogar en el cuarto del fuego de un aldeano pobre, cuando apareció un guerrillero sin aliento:

—Babë Myslim —dijo—, el oficial inglés que acaba de partir para Gretse ha dejado este saquito en el lugar donde estaba su tienda.

—Déjame ver lo que hay dentro —dijo Myslim, que lo abrió y derramó sobre una piel de cabra el contenido. Eran libras esterlinas.

Myslim ensombreció, se levantó y dijo al guerrillero en tono tajante:

—Coge esto, date prisa, alcanza a ese perro y le dices que no siembre su dinero en el camino,

que no tragamos esto y que los albaneses no venden su alma por dinero.

—Así es, Babë Myslim —le dije. Que aprenda el inglés que sus piezas de oro no pasan con los verdaderos albaneses.

No era la primera vez que Myslim Peza mantenía una actitud así, resuelta, categórica e inteligente.

Una vez el mayor inglés Seymour dirigía una carta al camarada Myslim Peza desde la aldea de Gretse, en la que se quejaba de que nadie le proporcionaba informaciones, nadie escuchaba sus instrucciones, que no le mostraban los planes de ataque contra los alemanes, etc., y, pidiéndole estos planes, añadía astutamente: «Te dirijo esta carta, porque tú eres, como yo, un militar, y espero que comprendas esta difícil situación mejor que los demás, que no tienen tu experiencia en la guerra y en otros terrenos». ¡Encontró iglesia en que rezar! ¿Y en quién? ¡En Babë Myslim, en este patriota, en este valeroso y destacado combatiente de nuestro pueblo! Myslim le respondió de tal modo que el zorro del Intelligence Service no se atreviera a volver a la carga.

Dondequiera que iban, sobre todo cuando realizaban «acciones», destruían puentes o carreteras, dejaban o echaban como si nada diversos objetos, paquetes de cigarrillos, conservas de carne y otras cosas con la etiqueta «Made in England», para que los ocupantes comprendieran

que los autores eran ingleses, para que se los persiguiera, sin importarles los incendios y las represalias contra la población de las zonas en que actuaban. El punto culminante de sus «acciones» fue el bombardeo, a mediados de octubre de 1943, del «aeródromo de Tirana» por aviones ingleses y americanos. Según nos informaron los camaradas de Tirana, habían bombardeado todo un barrio de la ciudad, matando e hiriendo a cientos de habitantes y causando daños materiales incalculables. Inmediatamente después de enterarnos de esto, enviamos una nota de protesta a la misión militar inglesa, concluyéndola en estos términos: «Informen a El Cairo de este hecho y que nuestra protesta llegue a las autoridades competentes con el fin de que estos lamentables actos no se repitan sobre la población civil, pero que sean golpeadas con una violencia cada vez mayor las instalaciones militares enemigas». En respuesta, la misión inglesa envió a su amigo Mustafa Gjinishi una hoja escrita en inglés para que la tradujera a fin de reproducirla y distribuirla en Tirana. En ella se decía entre otras cosas: «Nuestros pilotos pondrán todo el cuidado posible para no ocasionarles accidentes, pero ustedes, por su parte, deben ayudarles no permaneciendo cerca de las instalaciones militares». ¡Qué lógica!

¡He aquí la contribución de las «acciones» de los ingleses en Albania!

Hacia la primera semana de octubre de 1943, Bill McLean solicitó un encuentro conmigo invocando «una cuestión muy urgente» que debía comunicarme en nombre de su centro de Londres.

Le hice esperar dos días para darle a entender que me tenía sin cuidado la «cuestión muy urgente» de Londres, del mismo modo que Londres no se preocupaba por satisfacer nuestras demandas verdaderamente muy urgentes de armas y municiones. Los ingleses y el jefe de su misión junto a nosotros, Bill McLean, mentían continuamente, se limitaban como siempre a dar promesas, pero sus aviones no acababan de llegar «a causa del mal tiempo», porque «Inglaterra suministra armas a toda Europa», porque «las personas encargadas de satisfacer las demandas del Frente de Liberación Nacional no son muy diligentes» y otras patrañas semejantes completamente gastadas. De hecho, los ingleses sólo nos habían lanzado hasta entonces algunos centenares de fusiles, muy pocas municiones y algunos trastos viejos, lo justo para poder decir que «les hemos enviado algo». Pero los pocos fusiles que recibíamos de ellos, se convertían rápidamente en «chatarra» por falta de municiones. Nuestra fuente de armas, como señalé más arriba, eran los depósitos del ocupante que atacábamos, los campos de batalla y los prisioneros.

Nuestras disputas y choques con los ingleses eran frecuentes. Les pedíamos armas, ellos nos

mentían y raras veces, después de riñas y disputas, nos daban algunas simples metralletas usadas y mandaban uno o dos aviones para que nos lanzaran alguna ropa.

Nuestras disputas giraban asimismo en torno a la cuestión de Radio Londres, que muy muy raramente mencionaba la lucha contra los ocupantes en nuestro país y, cuando lo hacía, la atribuía al Balli Kombëtar. En estas condiciones, estrechábamos aún más el cerco en tomo a ellos y les hacíamos más difícil la circulación. Ellos hacían grandes esfuerzos por establecer contactos con gente camuflada, enviada por los cabecillas del Balli Kombëtar, ya fuera en el distrito de Korça, en el de Tirana o el de Dibra. Naturalmente, tuvieron una entrevista especial con Abaz Kupi (junto al que más tarde permaneció el propio Bill McLean) y, a través de él, tomaban contacto también, a nuestras espaldas, con los quislings de Tirana, con los cabecillas de la reacción en el Norte y sobre todo en Dibra, y con Muharrem Bajraktari. Por nuestra parte, veíamos claramente cuál era la política de los ingleses. Organizaban la reacción, se esforzaban por lanzarla a luchar contra nosotros, y por conseguir que, junto a los italianos y a los alemanes más tarde, nos golpeara a muerte, de forma que, al ser liberada Albania, las tropas inglesas pudieran intervenir como «libertadoras» y que los nuevos quislings ballistas tomaran el poder. Pero

no lo consiguieron. Nuestro Partido fue más fuerte que los alemanes, los italianos, los ballistas, los zoguistas y los ingleses.

Por todas estas razones, los sucesivos encuentros que mantenía con los ingleses comenzaban y terminaban en querellas, comenzaban con nuestras demandas y terminaban con sus falsas promesas.

Estaba convencido de que Bill McLean, al solicitar este encuentro conmigo, no tenía nada que decirme, a no ser una nueva promesa falsa.

Le hice una acogida correcta pero fría. El inglés, por el contrario, me estrechó la mano con la sonrisa en los labios. Sus ojos brillaban como los de un zorro, era inteligente pero tenía un alma negra. Esta vez el gato había ocultado sus garras y maullaba dulcemente. Me había convencido de que cuando McLean, el agente del Intelligence Service, sonreía, había que desconfiar, porque su sonrisa ocultaba pérfidos objetivos.

Le invité a sentarse y le puse delante mi tabaquera de hojalata para que liara un cigarrillo, aunque sabía que no fumaba ni bebía una sola gota de nuestro *raki.* Comía invariablemente tabletas de chocolate que le lanzaban los aviones junto con efectos personales. Para eso la pérfida Albion sí disponía de aviones, ¡pero no los encontraba para lanzarnos armas a quienes combatíamos al fascismo!

—Ha solicitado usted, señor McLean, entrevistarse conmigo, porque debe comunicarme una cosa muy urgente de Londres. Le escucho —le dije.

—He recibido, señor Hoxha, un telegrama urgente de Londres hace dos días, pero a usted no le ha sido posible recibirme inmediatamente, porque está, lo comprendo, muy ocupado. Es una gran noticia para ustedes y para nosotros —me dijo.

—¿Se trata de los aviones cargados de armas que tanto necesitamos? —le pregunté.

—No, señor Hoxha, es otra noticia incluso mejor que el envío de armas, viene un general con su estado mayor. Con su llegada —dijo Bill McLean sonriendo— todas sus exigencias serán sin duda satisfechas.

Dejé que prosiguiera:

—El general se llama Davies, es un militar reputado y capaz, que conoce bien Albania y le tiene un sincero cariño—. Y, en el mismo tono, para persuadirme, continuó durante largo rato elogiando al general.

—El jefe de su estado mayor es coronel, se llama Nicholls —y se puso a elogiar también a este oficial—. Solicito, señor Hoxha —continuó McLean—, que dé usted las órdenes precisas al mando guerrillero de la zona donde tendrá lugar su descenso a fin de que sean tomadas todas las medidas necesarias.

Cuando terminó, tomé yo la palabra:

—¿Podría decirme junto a quién ha sido enviado este general con su estado mayor?

—Junto a usted, señor Hoxha.

—Lo comprendo bien, pero quisiera saber si es enviado al lado del Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional o al lado del Consejo General de Liberación Nacional.

McLean, astuto como era, adivinó mi intención, reflexionó un instante y después respondió:

—Al lado del Estado Mayor General de los guerrilleros albaneses, por eso es un general, es una personalidad militar y no política.

—Es difícil disociar —le dije— las cuestiones militares de las cuestiones políticas. Por nuestra parte, no las separamos, pero ustedes tienen sus propios principios y sus propias reglas. Quisiera hacerle una pregunta.

—Adelante, señor Hoxha.

—¿Quién le envía a nuestro lado?

—Nuestro centro.

—¿Cuál es su centro?

Embarazado, se preguntaba si debía responder Londres o El Cairo. Al cabo de algunos instantes dijo:

—Londres.

—Es decir ¿le envía el Ministerio de la Guerra del imperio británico? —le pregunté de nuevo.

—Sí —dijo a media voz.

—Ahora lo tengo claro —le dije— y me

agrada que me haya aclarado este punto, porque para nosotros tienen importancia los lazos y la colaboración con Inglaterra en tanto que aliada en la lucha contra el enemigo común.

La cara de McLean ensombreció ligeramente tras estas palabras mías. Se había visto obligado a reconocer cosas que no tenía interés que se precisaran. Para nosotros estaba claro que los ingleses no querían que estos lazos fueran considerados como un reconocimiento oficial por parte del gobierno de Londres, sino simplemente como una colaboración militar con el Cuartel General Aliado del Mediterráneo, establecido en El Cairo. Por eso hurgué en este asunto desde el comienzo.

—Señor McLean —le dije— quisiera todavía hacerle una observación. Entre aliados la amistad y la corrección exigen que, antes de que establezcamos el lugar donde descenderá el general con su estado mayor y antes de que yo avise al mando guerrillero de la zona para que adopte las medidas pertinentes, su Ministerio de la Guerra solicite a nuestro Estado Mayor General el permiso para enviar esta misión; que obtenga nuestro previo consentimiento sobre la llegada a nuestro país y junto a nosotros de este grupo de oficiales ingleses conducido por el general Davies. Esto, debe comprenderme, no es una demanda de pura formalidad, sino una importante cuestión de principios.

El agente del Intelligence Service reflexionó

un momento y sin tardanza, sonriendo bajo su bigote rojizo, respondió:

—Por supuesto, señor Hoxha, así es. Es precisamente lo que ha pensado también nuestro Ministerio, pero yo olvidé, llevado de mi alegría y mi entusiasmo, transmitirle íntegramente el contenido del mensaje de Londres— y, desplegando una hoja de papel que tenía en la mano, empezó a leer un pretendido pasaje donde se solicitaba mi consentimiento.

—Entonces, todo está en regla —le dije—. Las competencias, los derechos y las obligaciones del general Davies y de su estado mayor, creo que los discutiré con él después de su llegada. Si es así (y McLean asintió con un movimiento de cabeza), ¿en qué fecha llegará y dónde le parece bien que descienda?

McLean me dijo que la fecha exacta me sería comunicada más tarde.

—Por el momento no he sido informado acerca de la fecha, pero en lo que concierne al lugar de su descenso, continuó, ustedes mismos podrán fijarlo. Conocen sus regiones mejor que nadie.

—¿Cuántos aviones llegarán? —pregunté.

—No estoy en condiciones de decírselo, pero puede ser que sea más de uno.

Nos trajeron café y, liando un cigarillo, buscaba en mi mente un lugar apropiado y seguro para el aterrizaje, con objeto de evitar cualquier

incidente, ya que asumíamos la responsabilidad.

Después de reflexionar, le dije a Bill McLean:

—Que descienda en la llanura de Biza.

—¿Dónde se encuentra esta llanura? —preguntó, simulando ignorarlo.

Abrí un mapa que llevaba en mi carpeta y se lo mostré. Después de decirle que el lugar, independientemente del hecho de que se encontraba cerca de Tirana y de Elbasan, era seguro, ya que toda esta zona estaba liberada, había destacamentos guerrilleros en toda ella y toda su población estaba con nosotros, continué:

—Puede asegurar a su Ministerio de la Guerra que todo irá bien.

Veía que cada vez que le nombraba al Ministerio de la Guerra no le caía bien, su frente se arrugaba. Parecía que se daba cuenta de haber cometido un error confesándome que su centro era el Ministerio de la Guerra de la Gran Bretaña y yo se lo repetía constantemente para atormentarlo, tal como hacía él mintiendo constantemente a propósito de las armas y las municiones.

—¿Está de acuerdo sobre el lugar? —le pregunté.

—De acuerdo —dijo McLean—, informaré al centro.

—Yo también avisaré al comandante y al comisario de la zona donde tendrá lugar el lanzamiento y les diré que tomen medidas. Les avi-

saré que entren en contacto con usted, pero le ruego que vaya algunos días a Çermenika para discutirlo con ellos.

Este fue el último encuentro que tuve con el mayor McLean, en su calidad de jefe de la misión inglesa.

Al ser reemplazado por el general marchó a Londres, y, después de haber sido bien catequizado allí, regresó nuevamente a Albania en abril de 1944 y se estableció junto a Abaz Kupi. Por medio de Abaz Kupi y de la reacción se hizo encubiertamente amigo de los alemanes y se compinchó con ellos. McLean, el cabecilla de esta manada de lobos, dejó ver su verdadera catadura, la de nuestro enemigo jurado. Acerca de su actividad en esta manada y de sus pastores, encabezados por Abaz Kupi, hablaré más adelante en un capítulo especial.

El grupo del general inglés no vendría a Albania como una partida de «bandoleros», como lo había hecho el grupo de McLean. En cualquier caso, los ingleses estaban ahora obligados a avisarnos, a solicitar, si es posible decirlo así. los tres cuartos de un permiso para entrar en Albania, pero al mismo tiempo se esforzaban por no dar ni la menor señal de un posible reconocimiento por su parte de nuestra Lucha de Liberación Nacional. Con seguridad, tenían sus planes preestablecidos y venían a nuestro país para

conocer los nuestros, para obstaculizar su realización y crear la impresión de que eran el factor principal de nuestra lucha de liberación, de que nuestra lucha y nuestra victoria dependían de ellos. Guiados por estos objetivos, intentaban preparar un terreno favorable a sus intrigas.

Naturalmente, nosotros obstaculizamos sus siniestros fines.

Después de despedir a McLean hice llamar a Kadri Hoxha, comandante del Estado Mayor del Grupo de Guerrilleros de Elbasan, y conversé personal y largamente con él de forma que todo le quedara claro. Le puse al corriente del próximo descenso en Biza del general de brigada Davies, a quien él llamó sencillamente «brigadier Davies».

El comandante del grupo guerrillero conocía el inglés por haber estudiado en la Escuela Técnica americana de Tirana, por eso le dije riendo:

—Podéis llamar a Davies «brigadier», pero cuando los ingleses sepan más tarde que la palabra «brigadier» designa en nuestro país a un suboficial, no les gustará este apelativo y ellos mismos reclamarán que se le dé tratamiento de general.

Kadri, con su modo malicioso de reir, guiñando un ojo, me dijo:

—Pierde cuidado, sabré como actuar.

Sin embargo, le aconsejé que se mostrara correcto con el general, que conversara calmadamente con él, sin revelarle nada concreto sobre nuestras fuerzas guerrilleras en esta zona, sobre nuestros destacamentos, sobre los centros de reagrupamiento y de aprovisionamiento, en una palabra, le encomendé no decir nada que pudiera constituir un secreto militar. Asimismo le encomendé que hablara al general sobre nuestra lucha contra los ocupantes, sobre la traición del Balli Kombëtar y su colaboración con las fuerzas del enemigo, sobre la confianza del Frente de Liberación Nacional en la gran alianza soviético-anglo-americana y le repitiera insistentemente que teníamos necesidad de armas, que no nos eran enviadas, etc.

—Te comprendo *querido* —me decía él, según tenía costumbre de llamar a sus interlocutores—, haré todo lo que me dices.

—Hablad poco y dejadle a él que hable. Si el general no habla, provocadle para que lo haga.

Le di estas instrucciones aunque estaba seguro de que los ingleses conocían a la perfección la táctica que recomendaba, pero mi preocupación era que los nuestros obtuvieran mucha información a cambio de poca.

Le dije que transmitiera mis saludos y deseara la bienvenida al general cuando llegase y le recomendé satisfacer las necesidades de nuestro huésped, pero con una indiferencia cortés, a

fin de que no pensara que éramos sus lacayos, sino que nos considerara como aliados en la lucha. Que el general se entere, desde que descienda, que entre los albaneses la generosidad del dueño de la casa se inspira en su hospitalidad tradicional.

—Tendrá necesidad de algunas personas que le sirvan, de un cocinero y de algún otro que le abastezca de verduras, pero ante todo, le recomendaba, debe encontrársele vivienda. Todo ello deberá pagarlo a peso de oro. Es tiempo de guerra, ellos tienen libras esterlinas y nuestro pueblo es pobre.

—Te comprendo *querido* —fue el estribillo de Kadri Hoxha.

—Más tarde veremos su actitud ante nuestra lucha, ante la política del Frente de Liberación Nacional y también ante los ballistas y la reacción y en función de esta actitud sabremos definir nuestro comportamiento.

Todos los que le acompañen deben ser buenos, inteligentes, prudentes, discretos y cien por cien fieles a nosotros —le recomendé al comandante.

—Está claro, *querido.*

—¿Dónde piensas que se podría, por el momento, instalar al inglés? —pregunté a Kadri Hoxha, fingiendo no adivinar el lugar que me indicaría.

—En Orenja, *querido* —dijo y me guiñó el

ojo riendo ladinamente y retorciéndose el fino bigote—. El general estará allí como en una jaula.

—De acuerdo —le dije— instaladlo en Orenja, en casa de tu amigo Beg Baila. Me han dicho que el general es de edad avanzada. Ya que también Beg es viejo podrán tomarle gusto a la conversación, así que ten cuidado, no dejes que Beg coquetee demasiado con el general.

El comandante del grupo sonrió.

—Bromeo para pincharte —añadí—, porque es tu amigo, pero sé que Beg Baila es simpatizante de la Lucha de Liberación Nacional.

—Ante todo —continué— debemos ponerle como enlace a un camarada que conozca bien el inglés, que permanezca siempre a su lado y lo enlace a él y a su estado mayor con el Consejo General de Liberación Nacional y con el Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional. He pensado en el camarada Frederik Nosi.

—Has pensado bien —me respondió.

Frederik Nosi es de la familia de los Nosi. A esta misma familia pertenecía también Lef Nosi, quien tenía influencia en la ciudad y en toda la región de Elbasan, sobre todo en Shpat. Era un conocido intelectual burgués, astuto y antipopular; se había opuesto al levantamiento campesino de Haxhi Qamili. En los tiempos de Zogu continuó enriqueciéndose. Respetado por el régimen como un hombre de la tendencia contraria a Verlaci, se convirtió más tarde en una personalidad

del Balli Kombëtar, opuesto a nuestro Partido y al Frente de Liberación Nacional. Persistiendo en su traición, Lef Nosi llegó a colaborar incluso con los alemanes; lo capturamos y lo juzgamos. Bajo el régimen de Zogu, Lef Nosi debió ser agente del Intelligence Service, ya que cohabitaba y colaboraba con una inglesa, la señora Hasluck, que convertida en su amante vivía desde hacía tiempo en Elbasan, donde había alquilado una casa. Se ocupaba pretendidamente de investigaciones antropológicas, coleccionaba flores y mariposas, reunía el folklore, pero de hecho, tal como se comprobó más tarde, trabajaba para los servicios secretos ingleses. La señora Hasluck permaneció en Elbasan hasta la víspera de la ocupación de Albania por Italia fascista en 1939. Después de dejar Albania, esta vieja agente de los servicios secretos ingleses se estableció en El Cairo, donde instruía a las misiones inglesas enviadas a Albania durante la Lucha de Liberación Nacional.

Frederik era un intelectual patriota. Después de haber hecho sus estudios primarios en Elbasan, había sido enviado al «Robert College» de Estambul, donde los cursos eran impartidos en inglés, lengua que dominaba. Más tarde, terminó la carrera de Derecho en Italia, y fue nombrado juez en vísperas de la ocupación de Albania por la Italia fascista.

Frederik odiaba a Lef, estaba en franca oposición a él. Era un hombre progresista, con pun-

tos de vista revolucionarios; quería ser comunista y militó en el grupo «Zjarri». Cuando este grupo fue desenmascarado y reducido a cenizas por el Partido, Frederik fue uno de los camaradas honrados que abandonó el grupo, entró en el Partido, y luchó y lucha con fidelidad en sus filas sin vacilar jamás.

Recuerdo que, después de escribir en *Zëri i popullit* mi artículo «Unas pocas palabras sobre algunos servidores del fascismo: el Grupo «Zjarri»», cuya esencia era precisamente que se abriera fuego contra el «Fuego» (Zjarri), ya desbaratado por completo, cuando regresaba de Korça a Labinot, en Polis, en la casa de Myftar Hoxha encontré a un joven con una cartera en la mano. Le pregunté:

—¿Quién eres?

—Soy Frederik Nosi —me respondió—, me he unido a los guerrilleros y he sido admitido en el Partido—, y me habló de su actividad.

Yo había oído su nombre, ya que figuraba en nuestras listas de los miembros de «Zjarri», pero en el curso de este encuentro en la casa de Myftar me causó una buena impresión y no me equivoqué.

Este era, en pocas palabras, Frederik Nosi al que iba a nombrar enlace junto al general Davies.

Conocía la vida de Frederik y estaba convencido de que era fiel al Partido. Pensaba que

cuando se le propusiera al general Davies como enlace a este joven, el inglés poniendo cara de Buda, se sentiría en el «séptimo cielo» y pensaría: «¡Curioso, la casualidad me trajo el bien al alcance de la mano! ¡¿El sobrino de Lef Nosi, amigo de la señora Hasluck, conmigo?!» Posteriormente hice esta proposición al general, quien no pudo ocultar su satisfacción. Pero se equivocaba. Frederik Nosi no fue ni se hizo jamás suyo.

Hice llamar a Frederik, le indiqué la misión que le encomendábamos, le especifiqué las tareas, le hablé de la importancia, de los peligros y las ventajas que encontraríamos y le pregunté si estaba de acuerdo con la misión.

—Plenamente, me respondió, soy soldado del Partido e iré a donde quiera que me encargue. Cumpliré mi tarea con honor. —Y así la cumplió, con honor, como un patriota y un leal hijo del Partido.

Estaba convencido desde antes, que la llegada a Albania de esta misión inglesa al mando de un general no aportaría ningún provecho notable a nuestra Lucha de Liberación Nacional. Con seguridad el general practicaría con nosotros la misma estrategia y la misma táctica que habían practicado sus predecesores, es decir, nos ayudaría con una pequeña cantidad de armas, de municiones y con alguna ropa, lo justo para justificar su llegada y su presencia junto a nosotros, nos

daría asimismo unos cuantos centenares de libras de oro para decimos: «Procuren comprar armas de contrabando de los soldados ocupantes», etc. La verdadera tarea de las misiones militares inglesas, tal como se desprendía de sus tentativas camufladas, era informarse sobre la situación, la organización, los efectivos y los cambios de las fuerzas del enemigo, así como sobre la situación, la organización, las acciones y el número de nuestras fuerzas guerrilleras, sobre la estrategia y la táctica de nuestra dirección en la guerra. Tenían como tarea enterarse de la situación, la fuerza y la influencia del Balli Kombëtar y de los demás grupos reaccionarios que operaban en nuestro país y, en función de estos datos, establecer su estrategia y su táctica con vistas a una intervención en Albania.

¿A qué conclusiones había llegado yo en cuanto a la actividad de los ingleses? Independientemente del hecho de que se batían contra la Italia fascista y la Alemania hitleriana, independientemente de que eran nuestros aliados y combatíamos al mismo enemigo, pretendían debilitar nuestra Lucha de Liberación Nacional, debilitar y. en caso de que fuera posible, eliminar la influencia de nuestro Partido, reclutar agentes y espías en las filas del Frente, sobre todo entre los comunistas, para debilitarnos, destruimos, crear grupos y fracciones y preparar así un terreno que permitiera a sus oficiales hacer la ley en

nuestros destacamentos, hacer de ellos «comandos» para acciones de sabotaje y de información en interés del imperio británico y en detrimento de la independencia de nuestro país.

Entre sus planes figuraba tomar contacto y establecer lazos con los hombres de Zogu, los cabecillas del Balli Kombëtar, los bajraktars y los quislings y, junto con ellos, crear en Albania una fuerza militar-política contra el Partido Comunista y el Frente de Liberación Nacional. Querían tener dispuesta esta fuerza, política y militarmente dirigida por ellos, para empeñarla directamente contra nosotros en el mismo curso de la Lucha de Liberación Nacional y sobre todo en vísperas de la Liberación, a fin de arrancarnos el poder de las manos u obligarnos a compartirlo con la reacción.

El Partido y yo mismo, en mi calidad de Secretario General y responsable de las fuerzas armadas guerrilleras, teníamos el deber, sagrado deber, de detener, paralizar y aniquilar los planes diabólicos de los ingleses. Y este deber sagrado lo hemos cumplido con pleno éxito. El Partido, gracias a su lucha heroica y a su vigilancia revolucionaria, salvó al pueblo y a la patria de numerosas y peligrosas trampas tendidas bajo cuerda por los seudoaliados ingleses. Los imperialistas ingleses no lograron alcanzar ninguno de sus objetivos.

Precisamente por estas razones nos inquie-

taba la llegada del general Davies. No era enviado a Albania para nada. A buen seguro, su centro juzgaba que «las condiciones habían madurado» para emprender acciones ulteriores. ¿Cuáles serían estas acciones? Teníamos el deber de descubrirlas.

Con toda seguridad este general era enviado por su centro para coordinar mejor la actividad de las misiones inglesas en nuestro país o para tratar de ampliarlas y multiplicarlas de cara a nuevas tareas, a nuevas situaciones. Nos incumbía descubrir también estos designios.

Nuestra Lucha de Liberación Nacional había adquirido impulso e importantes proporciones. Nuestros destacamentos, batallones y otras formaciones guerrilleras asestaban duros golpes a la Italia fascista. El Frente de Liberación Nacional era ya una realidad, una poderosa y vasta organización política, que se extendía cada vez más y lanzaba al pueblo a la lucha contra el ocupante. Los quislings estaban siendo desenmascarados uno tras otro y se turnaban en el poder. El Balli Kombëtar estaba cada día más desprestigiado, ya que no luchaba contra el enemigo, sino que colaboraba con él y con los quislings, y de hecho era a nosotros a quienes combatía con las armas y con la propaganda. Todos los bajraktars del Norte estaban con el ocupante y en lucha abierta, armada, contra el Partido Comunista y el pueblo. La Italia fascista se aproximaba a su fin,

la Alemania hitleriana sufría rudos golpes y derrotas sucesivas.

Precisamente en esta situación descendía en Albania este general inglés que venía seguramente a pescar en río revuelto.

Por todas estas razones, junto con las medidas adoptadas para recibirlo en la zona de Elbasan, tomé inmediatamente otras de carácter político, organizativo y para garantizar la información. Convoqué a Peza al secretario político del Comité Regional de Tirana del PCA, Gogo Nushi, y después de ponerle al corriente de los acontecimientos, le recomendé organizar y poner en movimiento nuestro servicio de información en los medios «demócratas» proingleses, o entre los cabecillas del Balli Kombëtar, para averiguar si tenían conocimiento de la llegada de la misión encabezada por este general y de los motivos de su llegada. Y le recomendé que me hiciera saber cuanto antes toda información que recogieran directa o indirectamente.

Asimismo puse al corriente al camarada Haxhi Lleshi, de forma que estuviera atento y pusiera gente en movimiento para informarse sobre estas cuestiones penetrando en el círculo de los bajraktars de Dibra.

Envié un enlace a Baba Faja y le hice saber que además de la tarea ya mencionada, debía, después que descendiera el general, hacer controlar con sus hombres todos los caminos y los

senderos de Martanesh y no permitir a ninguna persona sospechosa entrar en Biza y tomar contacto con los ingleses. Advertí igualmente a los camaradas comunistas de Shëngjergj, a fin de que controlaran los movimientos de los ballistas, de los Mema y compañía.

De forma particular, conversé largo rato con Mustafa Kaçaçi, comisario del Destacamento Guerrillero de Mat, a quien di la instrucción de estar atento a los rumores y a los movimientos de los zoguistas de Mat y en particular a los de Abaz Kupi.

Antes de que el general Davies descendiera en nuestro país, recibí dos informaciones: una de Mat y otra de Shëngjergj. La primera hacía saber que en el curso de un «banquete» el bajraktar Bilal Kola había dicho que «Su Majestad el rey Zogu I trabaja por Albania, piensa en nosotros y nos enviará próximamente a un personaje importante».

La información de Shëngjergj indicaba que algunos cabecillas ballistas de la aldea de Shëmri habían dicho: «El inglés nos va a ayudar a nosotros, porque está con nosotros y no con los comunistas».

Era probable que los servicios secretos británicos hubieran puesto al corriente a su gente aquí. Esto sería verificado más tarde.

Así terminó la fase de preparación de la llegada del grupo del general inglés Davies a Albania durante la Lucha de Liberación Nacional.

III

LA LLEGADA Y EL FINAL SIN GLORIA DEL GENERAL DAVIES

Biza — cuartel del general inglés. ¿Por qué? Vieja cantilena — las promesas. Dos horas como un molino sin grano. «¡No Zogu, sino los zoguistas!». «Le han engañado, sobre las «batallas» del Balli Kombëtar, general.» «Quiero mostrar el camino al Balli Kombëtar». El *smog* **y los trucos de Radio Londres. Las cinco verdaderas razones de su venida. Una cena en casa del inglés. Sus entrevistas con los cabecillas ballistas y zoguistas. Las tentativas de pasar al Sur. Al general se le caen las agallas. «¿Quién perdió la guerra? ¿Nosotros rendirnos? ¡Jamás! Ud., señor general, es un derrotista, un capitulador.» El fin: la rendición del general.**

Una noche de luna, el equipo del general Davies descendió sin incidente alguno en la planicie de Biza. Según me informaron, nada más

tomar tierra les había dicho con fanfarronería a nuestros camaradas: «Soy el primer general inglés que se lanza en paracaídas en Albania.» Al día siguiente, en compañía del jefe de su estado mayor, coronel Nicholls, había ido de caza, pero estaba contrariado pues no había matado nada. «¡Vaya general, vaya!, me dije, tú vas de caza mientras nuestra gente muere». Aquellos días encargó que le consiguieran también un perro. Poco después le trajeron de Tirana o no sé de dónde, un buldog al que bautizó con el nombre de «Biza». Más tarde, desde un avión procedente de El Cairo le lanzaron un precioso collar para el perro y el general, cuando salía de paseo con él, se divertía al ver que el buldog enganchaba a los campesinos por los pantalones bombachos. ¡Qué le íbamos a hacer! Así se había formado el general, no se podía divorciar de su mundo burgués. Desde Elbasan me informaron asimismo que el inglés había preferido establecerse en Biza y no en Orenja como le habían propuesto nuestros camaradas. Había pedido que esta cuestión, a ser posible, fuese examinada más tarde.

Los camaradas, según las instrucciones recibidas, le habían prestado toda la ayuda necesaria para instalar las barracas y las tiendas de campaña y para satisfacer todo el resto de sus necesidades en gente para ayudarle, en bestias de carga y víveres. Todos los gastos se cargaron en la cuenta del inglés.

El deseo del general de instalarse en la planicie de Biza, batida por los vientos y la nieve, pensé, no era producto del amor a la naturaleza y al bosque, ni de sentimientos románticos, porque sin duda alguna este general no era ni Byron ni Shelley. Otras intenciones le habían empujado a instalarse en Biza. Con plena seguridad Mc-Lean había mentido al fingir que ignoraba dónde estaba situada la planicie de Biza.

Por supuesto la planicie le gustó para levantar su cuartel a causa de su posición estratégica. Allí los aviones ingleses podían arrojar materiales para su equipo en cualquier momento. Por otra parte, este lugar, situado en el interior de nuestras zonas liberadas, convenía a los objetivos del general, porque estaba cerca de Tirana, cerca de Shëngjergj y de Shëmri donde tenían sus guaridas los ballistas y desde donde el inglés, independientemente de que se presentaba como «agregado» a nuestro Estado Mayor General, podía comunicar más fácilmente con las zonas del Norte y sobre todo con Mat y Dibra.

De todo ello se desprendía que el general tenía como tarea establecer contactos con las misiones inglesas que se encontraban en nuestro país o con las que, quizá más tarde, él mismo podía demandar que viniesen, y a través de ellas tomar contacto y colaborar con los traidores, con los quislings, con la reacción zoguista y con los bajraktars del Norte, que estaban vendidos al

ocupante. Es por eso que avisé a los camaradas que se mantuvieran vigilantes en tomo a Biza, verificaran con quién se entrevistaban los ingleses y le hicieran comprender claramente al general que, teniendo la misión de permanecer con el Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional y en las zonas liberadas por los guerrilleros, no debía moverse de Biza sin establecer contacto oficial con los delegados del Estado Mayor.

Más tarde, los camaradas me notificaron que estaba de acuerdo en sostener un encuentro con los delegados de nuestro Estado Mayor, que había solicitado entrevistarse incluso conmigo y que por el momento le intranquilizaba la organización del trabajo para arreglar su cuartel, los establos y el aprovisionamiento de carne y de verduras.

«Es un glotón» me informaba nuestro comandante de zona, «y por lo que se refiere al envío de armas para nosotros, continúa con la misma canción de los otros oficiales ingleses: ¡promesas!».

Bien, entonces, que el general comiese y bebiese, que se refrescase con los manantiales y el viento de Biza. Yo establecería la fecha de nuestro encuentro cuando me conviniera y cuando pasara por Labinot. Ya que también él traía exclusivamente promesas, nos tenía sin cuidado que esperara, porque estábamos llenos de preocupaciones. No teníamos tiempo para gastarlo

en palabras vacías mientras la lucha contra los enemigos y los traidores se desarrollaba con violencia.

Tras acabar mi trabajo en Peza pasé a la región de Elbasan para enlazar con la organización del Partido, con los camaradas dirigentes y con los batallones y destacamentos de dicha zona. Era necesario que vitalizáramos aún más la organización del Partido, la ampliáramos en bastantes aldeas en que las condiciones se presentaban cada vez más favorables para la extensión del Partido. En las comarcas de Elbasan, como Dumrea, Çermenika y Polis, contábamos con buenas bases, que debían extenderse aún más a lugares como Librazhd, Shpat y otros. La organización del Partido de la ciudad debía desempeñar un papel revolucionario y movilizador aún mayor y especialmente debía activar a la juventud, que era despierta y combativa. Tenía incluso el plan de entrar varias veces en la ciudad para entrevistarme con cierto número de patriotas con el fin de ponerles en movimiento y ligarles aún mejor con el Partido y con la lucha, así como para celebrar algunas reuniones con los dirigentes de la juventud de la ciudad y, en lo posible, también con grupos de muchachos y muchachas.

El centro desde el que nosotros organizábamos el enlace más rápido y en mejores condiciones con Elbasan y las demás ciudades estaba, como se sabe, en Labinot. Cuando nos amenazaba algún

ataque del enemigo nos retirábamos más al interior, a la región de Shmil.

En Labinot había planeado también la entrevista con el general Davies. Pensé asistir a esta entrevista no sólo en calidad de dirigente de la Lucha de Liberación Nacional sino también en nombre del Frente Antifascista de Liberación Nacional, por eso llevé conmigo al Dr. Nishani, a Sejfulla Malëshova, Spiro Moisiu, Kostandin Boshnjaku, Nako Spiru, Spiro Koleka y Mustafa Gjinishi. Este último, debía servirnos también como traductor. El se alegró de que lo llevara conmigo y lo manifestaba, pero también aunque lo ocultase, sentía que se abrasaba por verse con los ingleses. Esta ocasión me ofrecería la posibilidad de observar con más cuidado las reacciones de Mustafa ante ellos.

En la tarde del 31 de octubre el general Davies asistió al encuentro en la hora fijada. Le acompañaba el jefe de su estado mayor, coronel Nicholls. Le estreché la mano y le dije:

*—How are you? How do you feel in Albania?** Se lo dije en su lengua porque cuando estudiaba en el liceo había aprendido con el tío Loni un poco de inglés, como lengua extranjera.

El general esbozó una sonrisa y me dijo:

*—I didn't know you spoke English, you speak it...***

---

* ¿Cómo está Ud.? ¿Cómo se encuentra en Albania?

** No sabía que habla inglés, Ud. lo habla...

—Está Ud. bien informado, no hablo inglés —le interrumpí—, pero éstas son algunas palabras que recuerdo desde la época de la escuela media. Hablo francés, y si Ud. lo conoce, podemos conversar en la lengua de Voltaire.

Sonriendo me dijo:

—He leído a Voltaire, pero no conozco su lengua.

Davies era un hombre de mediana edad, más bien redondo, con la cara igualmente redonda, con una nariz un tanto hinchada y roja (al parecer le gustaba el whisky). No tenía la mirada sombría y maliciosa de McLean, en bastantes ocasiones sus ojos aparecían sonrientes, y sabia ocultar su pensamiento y sus sentimientos. «Yo» era la palabra más utilizada de su diccionario. Vestía uniforme de campaña, pantalones bombachos, polainas y botas gruesas de invierno, con la caña de color crema claro. Además una guerrera de color caqui como las que nos habían lanzado para los guerrilleros. Llevaba en la cabeza una boina negra con la insignia de la RAF[1] y en la chaqueta dos o tres condecoraciones. Sostenía un bastón en la mano, seguramente para apoyarse al andar y no un bastón corto como era habitual en los oficiales ingleses. Debía haber rebasado los cincuenta.

—Adelante, general Davies, le escucho, Ud.

1 Royal Air Force.

es un digno representante de uno de nuestros aliados, Inglaterra, en la guerra contra los fascistas italianos y los nazis alemanes.

—Ante todo —inició la conversación el general—, quiero rendir homenaje a la lucha de los patriotas albaneses, que han sacrificado voluntariamente la comodidad, la riqueza y la vida en defensa de su causa. Junto a los movimientos de los demás pueblos, las potencias aliadas consideran el movimiento albanés de una gran importancia, especialmente para los Balcanes.

Después, pavoneándose, con aire pomposo y en tono grave, como para decir: «Dense cuenta con quién tienen que vérselas», prosiguió:

—Me siento muy satisfecho de haber sido elegido para encabezar la misión aliada... He sido elegido en virtud de mi pasado de soldado. (¡Qué ironía! Estuvo a punto de decir por sus méritos en la represión del movimiento de liberación en Mesopotamia y Palestina contra el yugo colonial británico.) En Londres y El Cairo he tenido conversaciones con oficiales y hombres de Estado de elevado rango. El propio Churchill se hubiese entrevistado conmigo si no estuviera en la Conferencia de Quebec, cuando yo me preparaba para venir aquí. En El Cairo, el señor Casey, ministro de Estado para el Medio Oriente y el comandante en jefe Wilson, mantuvieron encuentros conmigo. En este momento el señor Eden, el

señor HulI y el señor Molotov están reunidos en Moscú, tal como yo con ustedes aquí. . .

Intervine para no permitir que continuaran semejantes fanfarronadas:

—Escucharemos con atención y con mucho gusto cuáles son sus tareas concretas y el objetivo de su venida a nuestro país. Desearíamos escuchar de su boca, en calidad de oficial superior autorizado, el estado de las hostilidades en otros países, la correlación de fuerzas entre nuestros enemigos comunes y nuestros grandes aliados. Cada cosa que Ud. nos diga, nos interesará, porque nos pondrá en conocimiento de la situación de la lucha antifascista y la política internacional. Libramos una lucha común contra el mismo enemigo, por ello le aseguramos que hablaremos sincera y francamente, de la misma forma que deseamos que nos hable Ud. Debemos ayudamos mutuamente en esta gran guerra para derrotar al fascismo tanto en el terreno militar como en el político.

—Yo soy un militar —comenzó a decir Davies— y no un político, e incluso puedo afirmar que no me dedico en absoluto a la política, porque como Ud. sabe, señor Hoxha, nuestro ejército es apolítico.

—Esto se lo he oído decir también a su colega —le respondí—, pero sería más exacto decir que Uds. tratan de «mantener al soldado fuera de la política», o más exactamente, hacer que aplique

en silencio la política de sus oficiales, quienes no son apolíticos, sino que siguen fielmente la política de su gobierno. Perdóneme, no quiero ofenderle, continué, pero lo que acaba de decirnos no puede ser cierto en absoluto, porque es imposible separar las cuestiones militares de las políticas. Usted como militar debe conocer perfectamente las célebres palabras del prusiano Clausewitz a este respecto, ya que fue igualmente un militar: La guerra es la continuación de la política por otros medios. En todo caso, durante nuestras conversaciones y nuestra colaboración, usted mismo tendrá la ocasión de constatar que la política está estrechamente vinculada con la guerra. Usted mismo de buen o de mal grado se verá involucrado en ella. No puede ocurrir de otro modo.

Riendo el general Davies continuó:

—Ustedes, los comunistas, mezclan mucho estas dos cuestiones, por supuesto es un asunto suyo, pero nosotros, los ingleses, no hacemos eso, de lo contrario nos acusarían de intervenir en los asuntos internos de los demás, y nosotros no queremos hacerlo.

—Esa expresión y esa afirmación me agradan —le dije—, porque según parece el imperio inglés ha cambiado de política. Ello sería razonable ya que los pueblos despiertan y ya se marcha el tiempo de intervenir en los asuntos internos de los demás. De todos modos —continué, sin

entrar en discusiones académicas—, me satisface y tomo nota, que el general Davies y todos los oficiales ingleses que dependen de él no se inmiscuirán en nuestros asuntos internos.

Le pedí excusas por mis interrupciones y el general Davies prosiguió:

—Nosotros libramos una lucha común, porque tenemos el mismo enemigo. Este es sumamente fuerte y, como saben, ha penetrado en los territorios de Rusia, ha ocupado Francia y todo el continente. En cuanto a nuestro país, Hitler no consiguió ocuparlo y ahora luchamos en el mar, en el océano y en el aire y ayudamos con todas nuestras fuerzas a todos los pueblos del mundo que luchan contra el nazismo. América, una gran potencia militar, política y económica es también nuestra aliada. Sin su ayuda resultaría sumamente difícil la victoria en esta guerra.

Y así, con frases semejantes, el general continuó hablando durante unos veinte minutos. Después pasó al grano:

—He sido enviado junto a ustedes para, en la medida de nuestras posibilidades, ayudar a la lucha del pueblo albanés que es nuestro aliado, y a quien siempre hemos deseado y deseamos lo mejor. Yo dirigiré todos los grupos de oficiales de las misiones inglesas que se encuentran aquí, todas ellas recibirán órdenes mías. Tengo la seguridad de que obtendré el respaldo del Mando Gue-

rrillero que usted dirige, de que seré ayudado a conocer la situación del país, a fin de poder informar a mis superiores, quienes desean conocer mejor la situación para organizar y coordinar la ayuda a los combatientes albaneses.

Quiero dejar claro y decirle francamente, señor Hoxha —continuó el general—, que tanto en El Cairo como en Londres existe confusión en torno al problema albanés, allí no saben bien si se lucha, cómo se lucha y quién lucha en Albania. En Londres dicen que la lucha la llevan a cabo los zoguistas, algunos dicen que existe una organización de patriotas nacionalistas denominada Balli Kombëtar, otros dicen que los que luchan son comunistas, son los guerrilleros que Ud. dirige. Creo que esta confusión es debida también al hecho de que nuestras misiones aquí son escasas, de forma que, por un motivo o por otro, no han tenido la posibilidad de conocer la situación debidamente.

—Si he sido enviado junto al Mando Guerrillero, señor Hoxha —continuó el agente de Intelligence Service británico, general Davies con la insignia de la RAF en la boina—, es para que haga desaparecer el *smog* de Londres y lleve allí un rayo de sol de Albania.

—Habla usted como Shelley, general —le dije—, parece que esta inspiración y estas frases poéticas le vienen del cielo, siendo como es usted oficial de la RAF.

—Oh, no, señor Hoxha —dijo—, la insignia de la RAF es un distintivo honorífico que me han concedido por lanzarme en paracaídas.

«Puedes hablar todo lo que quieras», me decía yo, «en todo lo que me dices no hay una palabra de cierto».

El general Davies prosiguió:

—Considerando las cuestiones bajo el prisma de la lucha guerrillera, y siendo que me han enviado adjunto a ustedes, desearía, con su permiso, establecer también contactos con las demás corrientes antifascistas que luchan contra el ocupante, como por ejemplo, con el Balli Kombëtar, con los zoguistas o con alguna otra corriente, si es que la hay. Esto lo haré —prosiguió el general—, y compréndanme bien, en interés de nuestra lucha común, pero también en interés de la propia Albania. Ahora bien, en esta empresa, además de la voluntad de combatir contra el nazismo alemán no me guía ningún otro interés. Ya he terminado, señor Hoxha —me dijo el general Davies sonriendo.

—Le he escuchado con atención, general —le dije—, escúcheme ahora Ud. a mí, por favor. Hablaré un poco más largamente, independientemente de que soy representante de un pueblo pequeño. Nuestro pueblo, pequeño en número ha luchado durante toda su vida. También su pueblo ha combatido, pero las luchas de nuestros pueblos han tenido un carácter diferente. Nuestro país

ha sido ocupado numerosas veces, pero siempre hemos combatido a los enemigos, les hemos expulsado de nuestro territorio y no hemos mezclado jamás nuestra sangre con ellos.

El pueblo albanés posee una larga historia. Es uno de los más antiguos pueblos de los Balcanes, que, en cada época, aunque numéricamente pequeño, ha mostrado su vitalidad resistiendo a toda costa los intentos de exterminarlo y ha luchado contra numerosos y feroces enemigos que no han logrado sofocar sus sentimientos de libertad. Durante 500 largos años imperó el régimen feudal militar otomano. Ni la sangre, ni el asesinato, ni el fuego pudieron someter jamás al albanés. El pueblo albanés conservó intactas su lengua, su cultura, sus antiguas y brillantes tradiciones. Toda su historia está escrita con sangre, y también hoy, amasa su libertad con su propia sangre. Gracias a la lucha cruenta, gracias al combate sostenido con el fusil y la pluma, en 1912 fue proclamada la independencia en Vlora, donde Ismail Qemal izó la bandera nacional, la bandera de nuestro héroe nacional, Skënderbeu, quien en el siglo XV luchó durante 25 años contra los ocupantes otomanos.

Pero aún después de ello la pequeña Albania se convirtió en campo de batalla y objeto de los fines rapaces de las grandes potencias y de sus satélites. A pesar de todo, nuestro pueblo también hizo frente a estos designios e intrigas. En 1920,

en la batalla de Vlora, arrojó al mar a los invasores italianos.

A continuación le hablé sobre el régimen de Zogu, de la forma en que fue llevado al poder por los enemigos externos e internos del pueblo albanés.

—Bajo su régimen —continué—, el país fue completamente arruinado. La independencia no existía más que sobre el papel y el pueblo sufría mil penalidades. Albania era política y económicamente dependiente de las grandes potencias, quienes la utilizaban como mercancía. Las escuelas eran extremadamente pocas, el 85 por ciento de la población era analfabeta. La política interna del sátrapa Zogu era una política de represión de los derechos del hombre, una política de corrupción, de horca y cuchillo, contra toda persona sencilla y patriota, contra todo lo nuevo y progresista. La agricultura estaba completamente abandonada, el campesinado era explotado hasta la médula con los medios medievales más brutales. En todas partes reinaba el hambre, las enfermedades y la incultura. La industria era insignificante, existían únicamente algunos talleres donde los trabajadores hacían jornadas agotadoras a cambio de un salario ridículo. El país no contaba ni con una sola vía férrea.

El paro era endémico y el albanés se veía obligado a emprender el camino de la emigración hacia Egipto, los Estados Unidos de América,

Argentina, incluso Australia y, a pesar de ello, como dice el poeta de nuestro Renacimiento Nacional, Çajupi, «su monedero era como una cabeza de ajo». Bajo el régimen de Zogu los fascistas italianos se hicieron los dueños del país. Los recursos de nuestro subsuelo eran, igualmente, explotados por ellos.

La Italia fascista, con el apoyo de los notables del país, trajo colonos italianos y expulsó a numerosos campesinos de sus tierras. Practicando el dumping asfixió el mercado albanés y absorbió toda la materia prima. Este régimen abrió las puertas a la ocupación. Zogu no permitió al pueblo que luchara, saboteó el ejército, se apoderó del oro, producto de la sangre y el sudor del pueblo albanés, abandonó el país y hoy vive rodeado de lujo con su mujer, su hijo y sus lacayos en Londres. A las desgracias de nuestro pueblo se han venido a sumar también las de esta guerra.

Pero el pueblo albanés, como ya habrá usted escuchado y como va a ver con sus propios ojos ahora que está aquí, según tiene por costumbre, se ha levantado contra los ocupantes y está luchando con abnegación junto a sus grandes aliados. Está decidido, y tiene confianza en que, del mismo modo en que venció al fascismo italiano, clavará el puñal en el corazón al ejército hitleriano y conquistará la libertad. Está convencido de que eliminará junto con ellos la opresión y la explotación interna. Le espera un porvenir ra-

diante. Todas las riquezas del suelo y del subsuelo estarán en manos del pueblo. ¿Ve usted estos bosques? Llegará un día en que los explotará para construir fábricas, edificios, escuelas, hospitales, para traviesas para nuestras vías férreas, llegará un tiempo en que éste y otros lugares con manantiales cristalinos se convertirán en centros turísticos en los que descansarán los trabajadores...

También su país ha sido ocupado por extranjeros, también allí se han desarrollado guerras. Y quién no ha penetrado en la Isla: los celtas, los romanos, los vikingos, los llamados «Northmen» y otros. Ahora bien, los reyes y las reinas de Inglaterra, las altas capas del país han mantenido dentro a los invasores, se han conciliado, han convivido y se han mezclado con ellos, adoptaron al mismo tiempo el modo de vida de los extranjeros, asimilaron también la política expansionista de los emperadores romanos y de otros.

Como quiera que fuese, desde el punto de vista dialéctico, lo viejo muere y lo nuevo triunfa, de ahí que, con el transcurso del tiempo, las viejas ideas antipopulares son desechadas y, en su lugar, nacen nuevas ideas, cuya justeza es confirmada por el tiempo y de forma científica. La historia de la vida y la obra de mi pueblo no es semejante a la del fenix, porque, a pesar de que tras cada ocupación todo parecía estar

perdido, toda esperanza de libertad extinguida, jamás fue reducido a cenizas. Aguila era, águila ha seguido siendo el albanés a lo largo de los siglos.

Usted, general, dijo que Inglaterra siempre ha deseado el bien de Albania. Los amigos hablan francamente y me apena decirle que no puedo estar de acuerdo con Ud. en esta cuestión. No quiero hacer una larga historia, pero es sabido que tanto durante la Primera Guerra Mundial como en el Tratado de Versalles, Inglaterra consideraba a Albania como un país salvaje y como un objeto de regateo, entregando un pedazo a Italia, otro a Grecia y otro a Yugoslavia. Albania y el pueblo albanés, que luchaba por la existencia en sus territorios, eran vendidos por medio de tratados abiertos o secretos. Y ¿por qué remontarnos tan lejos? Cuando la Italia fascista nos atacó, su Primer Ministro, Chamberlain, no movió ni un dedo, ni siquiera la caña con que pescaba. Pero se puede pensar que si Chamberlain vendió a Checoslovaquia, Austria, firmó el acuerdo de Munich, y arriesgó incluso la propia isla de la Gran Bretaña, ¿como no iba a vender a Albania? Esto es cierto. Por supuesto, respecto al pueblo inglés nosotros tenemos una apreciación y una opinión diferentes de las que tenemos por quienes le dominan.

Sentimos respeto hacia el pueblo inglés, que, al lado de los gloriosos pueblos de la Unión So-

viética, está luchando valerosamente y aporta una valiosa contribución a la destrucción de la Alemania hitleriana. El es nuestro aliado. Estimamos en mucho su lucha. Inglaterra es el único gran país de Europa Occidental que resistió a Hitler con valentía y a costa de grandes sacrificios. No se doblegó, supo batirse en retirada, pero también atacar. Este hecho no lo hemos negado y jamás lo negaremos. Winston Churchill, que dirige la lucha de su pueblo, que ha salvado la Isla, no es como Chamberlain. Mas la guerra, a nuestro entender, es extremadamente compleja y difícil.

La política, señor general, no puede disociarse de la guerra. Una política errónea y traidora condujo a Francia a la catástrofe. No podemos considerar buena la política de los Estados Unidos de América en aquel período en que, incluso cuando Francia era sometida por el nazismo alemán y su Isla era amenazada, la embajada americana permanecía en Vichy, junto al traidor mariscal francés, Petain.

Ahora que luchamos juntos, en el mismo frente, contra un enemigo brutal, lo venceremos. porque somos más fuertes. Usted mencionó de pasada la lucha de la Unión Soviética. Yo querría subrayar que la Unión Soviética lleva a cabo una lucha heroica y que su Ejército Rojo es invencible. Perder una o cinco batallas, no significa perder la guerra. Bonaparte ganaba todas las batallas, pero fue el pueblo ruso quien,

como dice nuestro pueblo, «lo puso patas arriba». El nazismo será vencido y destruido por la Unión Soviética y por todos nosotros, los pueblos que luchamos y que somos aliados de ella.

Debo señalar, general, que es bueno que disipe el *smog* que ha envuelto Londres en torno al problema albanés. Esto dependerá de los informes que usted haga. Pero, independientemente de ello, puedo asegurarle que los acontecimientos en nuestro país seguirán su curso según la voluntad del pueblo albanés, que esta vez decidirá su propio destino por medio del fusil. Yo, general —continué—, no puedo estar de acuerdo con lo que ha dicho acerca de la imposibilidad de que el señor McLean y el resto de los oficiales ingleses que han venido a nuestro país conocieran la verdadera situación, comprendieran cómo se desarrolla la lucha antifascista en nuestro país, quién lucha y quién no lucha, quién combatió contra nosotros en colaboración con los fascistas italianos, quiénes son los que al lado de los nazis alemanes nos atacan y quiénes los que se preparan para combatirnos junto con los alemanes. Al señor McLean y a los demás oficiales británicos les hemos aclarado estos problemas en numerosas ocasiones, incluso, por su propio deseo, hemos permitido al señor McLean que fuera a estimular a algunos destacamentos ballistas en Korça para que se uniesen con nosotros en la lucha contra el enemigo, y ellos no sólo se han

negado, sino que incluso han atacado a nuestras fuerzas. Esta es también mi respuesta a su duda sobre que las misiones inglesas «hayan podido no estar debidamente informadas». La verdad es que si no han informado verazmente, es porque no han estado predispuestos a hacerlo. Nos alegramos de que Ud. tratará correctamente este problema.

El general Davies se inclinó nuevamente y dijo: *«Thank you!»*

—Usted, general — continué—, habló de los zoguistas y dijo que ¡ellos combaten! Semejante cosa no es cierta ahora ni lo ha sido nunca antes. Los zoguistas, con Zogu a la cabeza, como he dicho antes, durante años consecutivos han reprimido al pueblo albanés, ellos han matado y han chupado la sangre a nuestro pueblo. Fue Zogu, ese criminal, verdugo, ladrón, aventurero y traidor el que se ligó a Italia contra nuestro pueblo, quien le vendió nuestro país y preparó la ocupación de Albania. Lo repito: En aquel momento trágico el monarca vendido saqueó el oro del pueblo y fue a pedir refugio en su país. Este señor feudal cruel, agente de Austria-Hungría, agente de los servios y de los rusos blancos de Wrangel, agente de Mussolini y verdugo del pueblo albanés, pretende ser ¡rey de los albaneses! Zogu y su adepto, Abaz Kupi, constituyen una «dinastía» abyecta. ¡En qué posición tan ridicula caen aquellos que apoyan a Zogu en el extranjero

y piensan sacarlo como un comodín en el juego que quieren entablar a expensas del pueblo albanés! Ahmet Zogu es una carta definitivamente quemada, general. Hasta las piedras de las calles se han enemistado con él y no hay ni que hablar de los albaneses, que si le capturaran le despedazarían. Me apena, general, que nos hablase aquí de un bandido.

—Por favor, señor Hoxha —me interrumpió el general—, yo no le hablé de Zogu, sino de los zoguistas.

—General —repliqué—, si usted me habló de los zoguistas, me habló también de Zogu. Es un error pensar que los zoguistas están luchando, jamás han luchado ni quieren luchar contra los ocupantes. El Frente de Liberación Nacional les ha hecho un llamamiento a que se lancen a la lucha, incluso su cabecilla, junto al cual se ha establecido una de sus misiones, participó en la Conferencia de Peza, fue elegido miembro del Estado Mayor General y no sólo no se equivocó «disparando» una sola vez contra los ocupantes, sino que se retiró del Frente y está organizando las fuerzas reaccionarias contra nosotros.

General Davies —proseguí—, ha llegado el momento de que los representantes de los grandes países capitalistas cambien de opinión y de posición hacia los demás pueblos, y sobre todo hacia los pueblos pequeños; deben convencerse de que los pueblos ya no pueden continuar soportando

la opresión, la explotación de las fuerzas capitalistas, coloniales, actuando al antojo de aquéllos, es decir, en resumidas cuentas, estando sometidos a sus órdenes y deseos y esperando a que su destino sea decidido por un lord Beaconsfield o un Bismarck, un Lloyd George, un Clemenceau o un Sonnino, un Chamberlain o un Daladier. No, eso ya no sucederá nunca más. Se debe acabar con las ilusiones de que los grandes vuelvan a dar a Albania como jefe a un príncipe Wied o a un Ahmet Zogu y el pueblo albanés diga «amén» y se prosterne. Quien conoce la historia de las luchas seculares del pueblo albanés se convence de que nuestros antepasados jamás han bajado la cabeza. Tampoco nosotros, sus descendientes, lo haremos. Discúlpeme pero me veo obligado a mencionar el pasado. Lo hago no porque Ud. no conozca la historia, sino porque al ser la primera vez que viene a nuestro país, es mi deber hablarle francamente al representante de un país aliado, para acabar con las ilusiones que quizás se ha forjado con la lectura de libros o informaciones de autores ingleses de tiempos pasados o de otros más recientes. Uno de estos últimos «autores» es la señora Hasluck, amiga de un personaje ballista llamado Lef Nosi. Ella recorrió toda Albania en los tiempos de Zogu para «conocer» el país y coleccionar flores y mariposas, y ahora da «lecciones» a los oficiales de las misiones inglesas, antes de que vengan a Albania. Usted, gene-

ral, es libre de pensar como quiera, de tener y mantener sus puntos de vista, pero nosotros tenemos también el derecho de tener los nuestros; estamos en nuestro país, Uds. son nuestros amigos y nuestros aliados en la lucha contra los nazis alemanes y lo que nos aproxima es la lucha antifascista común.

—Es precisamente esa lucha lo que nos une, es por eso que debemos colaborar —dijo el general Davies.

—Entonces —le dije—, permítame, general, que le haga una breve exposición de nuestra Lucha de Liberación Nacional y de sus objetivos. — Y le hice una viva descripción de la lucha que desarrollaban a todo lo largo y ancho del país nuestros destacamentos, batallones y brigadas contra el ejército del ocupante alemán. Le hablé de la historia de los duros combates contra los italianos y los gobiernos quislings al servicio del enemigo, de las intrigas innumerables, los acuerdos abiertos y secretos de los cabecillas nacionalistas ballistas y zoguistas con la Lugartenencia, con el general Dalmazzo, así como de su colaboración con el ocupante en la lucha armada contra nosotros. Hablé al general inglés, que hacía gestos de impresionarse ante estos acontecimientos como si los escuchara por primera vez, sobre la justa política de nuestro Frente Antifascista de Liberación Nacional y su llamamiento a todos los albaneses honrados sin distinción de clase, de credo

religioso, de convicción política y de ideas a unirse y luchar en este frente común.

—En cuanto al Balli Kombëtar, que le ha sido presentado a usted como organización de los nacionalistas, le han informado mal, general —proseguí—. Ellos no tenían organización, sino que la crearon más tarde como reacción contra el Frente de Liberación Nacional. Por el programa que publicó y por la denominación misma de Balli Kombëtar que se dio, se comprende que dicha «organización» es una unión política multicolor y que no tenía por qué crearse cuando el pueblo disponía ya de su dirección y estaba luchando por liberarse. Tanto su nombre como su «decálogo» han salido de los despachos de la Lugartenencia y de los quislings traidores. Dicha «organización» ni con su programa, ni con su nombre infunde temor al ocupante. De hecho su apelativo Balli Kombëtar no dice nada, ya que hasta los quislings, los verdugos y los espías pueden formar parte de esta «organización» cuando quieran.

—Señor Hoxha —intervino el general—, el Balli Kombëtar puede ser una reacción contra el Partido Comunista que Ud. dirige pero no contra el Frente de Liberación Nacional.

—Es una reacción contra los dos, general —repliqué—, tanto contra el Partido Comunista de Albania como contra el Frente de Liberación Nacional, que luchan juntos contra el ocupante.

El Balli Kombëtar está contra los que combaten al enemigo y está en pro de los que no lo combaten. Lo que digo está corroborado en la práctica con hechos concretos. El Balli Kombëtar no ha disparado ni un solo tiro contra los ocupantes, por el contrario lo ha hecho contra nosotros. El Frente de Liberación Nacional le invitó a luchar contra los ocupantes, aunque fuera aisladamente, porque la lucha nos uniría, independientemente de las divergencias. A pesar de ello los ballistas rehusaron el camino de la lucha, porque estaban de pies a cabeza con el enemigo. Esto, general, para explicarlo mejor, es como si Uds., los ingleses, nos dijeran que no están de acuerdo en formar parte de un frente antifascista y luchar contra la Alemania nazi, porque ¡la Unión Soviética, que es comunista, forma parte también de dicho frente! Es como si hicieran el siguiente razonamiento: Puesto que la Unión Soviética es un Estado comunista, ¡nosotros lucharemos hombro a hombro con Hitler! Nuestro pueblo ilustra bien esta actitud hostil del Balli Kombëtar, favorable al ocupante, con un refrán que dice: «Para hacer rabiar a su suegra se acostó con el molinero». Pues bien, el Balli Kombëtar, por hacer «rabiar» a los comunistas y al Frente de Liberación Nacional, se une con el nazismo alemán contra su propio pueblo. He aquí, general, lo que es el Balli Kombëtar. Nosotros estamos en lucha con esta «organización» traidora y con sus cabecillas trai-

dores por las fuertes razones que he señalado. Ellos nos combaten junto con los alemanes, es decir están del otro lado de la barricada. A los elementos que desertan de esta «organización» los admitimos en el Frente a condición de que luchen contra los enemigos. Si no combaten contra los alemanes y les capturamos con las armas en la mano, les consideramos como sus mercenarios y les tratamos en tanto que tales.

Actuando de este modo los cabecillas ballistas traidores y sus amigos quislings, instruidos por sus patrones, a pesar de que ven que han perdido la partida, imaginan que trabajan para el futuro. Son la más negra reacción, representan a los beyes, los agas, los comerciantes que han oprimido al pueblo y que sueñan con continuar haciéndolo también mañana, pero bajo la etiqueta «nacional», «nacionalista», «democrática» y lo que es más importante para ellos, bajo la etiqueta «anticomunista». Pero al pueblo albanés ya no se le puede tener agarrado por las narices, ve claramente que los comunistas albaneses han puesto su vida al servicio de sus intereses. El pueblo está unido como la carne a la uña con el Partido Comunista que le dirige. La negra reacción quisling, ballista y zoguista no puede concebir esta estrecha unión, no la entiende ni puede entenderla jamás correcta y realmente, porque ni siquiera puede imaginar donde están sus raíces. La reacción interna siempre se ha apoya-

do en la reacción extranjera y en los ocupantes de nuestro país. Este apoyo tradicional forma parte de su segunda naturaleza. Sólo así han conseguido dominar al pueblo y piensan que sólo así pueden dominarlo.

Los reaccionarios piensan, por un lado, que el pueblo es ignorante, imbécil, destinado a vivir siempre oprimido y esto, según ellos, es indiscutible. Por otro lado, se imaginan que gozan de influencia entre el pueblo, que éste va a decir a los traidores, a los señores feudales, a los beyes, a los usureros chupasangre: «Vengan pues, estoy impaciente porque me sometan de nuevo a su yugo, porque me arrebaten el pan de la boca, porque me chupen la sangre y me arranquen la vida». Por estas ilusiones se guía la reacción albanesa. ¿Me comprende, general? —le pregunté.

—No, no le comprendo bien —me respondió.

—Entonces —le dije—, voy a explicarme mejor: La negra reacción albanesa, quisling, ballista, zoguista, etc., aprovecha la colaboración con los nazis alemanes, las ofensivas que éstos emprenden contra nosotros, para destruir nuestros lazos con el pueblo, eliminarnos y mañana, cuando el nazismo sea definitivamente derrotado, disponer de un ejército fascista organizado y apoderarse del poder. Abriga dos esperanzas: liquidar la lucha del pueblo con las armas alemanas, y apoyado por la reacción mundial, conservar el

poder después de la derrota de Alemania. Pero lo malo es que, como dice nuestro pueblo, «ha hecho los cálculos sin contar con el amo». Ella es incapaz de liquidar la lucha del pueblo, y el pueblo jamás le permitirá que tome el poder, porque la reducirá a cenizas. La reacción extranjera en la que ha depositado sus esperanzas, cuando cambie de camisa, no podrá acudir en su ayuda, porque nuestro pueblo en armas le habrá dado ya su merecido.

En el curso de una pausa que hicimos para tomar té, participaron también en la conversación el Dr. Nishani y otros, que añadieron consideraciones en el espíritu de los problemas que yo había planteado.

Poco más tarde reanudamos nuestra conversación.

—General —comencé—, estamos convencidos de que con su llegada, nuestras relaciones se fortalecerán. Puede imaginar que para nosotros, los guerrilleros albaneses, la lucha ha sido y sigue siendo dura desde todo punto de vista. Nuestro principio es la lucha incesante, violenta y sin compromiso alguno contra el ocupante. Somos un pueblo al que en el pasado han desollado, empobrecido, quemado y arrebatado todo. Lo que tenemos lo defendemos con las uñas. No disponíamos de armas para nuestro combate, las que tenemos se las hemos arrebatado y continuamos arrebatándoselas al enemigo, a quien combatire-

mos sin escatimar nada. Comemos el pan de maíz y las cebollas que el pueblo pobre comparte con nosotros de todo corazón. Nuestros guerrilleros, aún en estas condiciones, son indoblegables. Ud. sabe que la guerra precisa armas y municiones para poner fuera de combate al mayor número posible de enemigos. Nosotros somos aliados y como tales les hemos pedido y seguimos pidiéndoles armas, una cierta cantidad de indumentaria y nada más. Por desgracia, sus oficiales, que pretenden haber venido a ayudarnos, discúlpeme general, pero le voy a hablar sin rodeos, nos han dado más promesas que ayuda. Esto no es un comportamiento serio. A lo sumo nos han lanzado desde el aire unas pocas armas y una cantidad ridicula de municiones. Esta ayuda en armamento es tan pequeña, que no tiene peso alguno. Hay un refrán, general, que dice: «En los males se conoce a los amigos leales». Nosotros somos un pueblo que jamás pedimos limosna, tampoco pedimos tabletas de chocolate, ni bizcochos, sino armas para liberar la Patria del enemigo común. Uds. vinieron a nuestro país y nos prometieron armas, entonces mantengan su palabra y dénnoslas.

Permítame que le exprese la opinión de nuestros guerrilleros: «Los oficiales ingleses que han venido dicen que nos ayudarán con armas, ¿pero dónde las tienen, por qué no nos las dan? Entonces ¿por qué han venido aquí? ¿O es sólo para hacer volar los puentes que unen las zonas

guerrilleras?». Y en realidad así fue como actuó el oficial inglés llamado Smiley quien, por su propia iniciativa, hizo volar el puente de Haxhi Beqari, sin ningún valor estratégico para el enemigo, lo que ha causado grandes daños a la población de las dos comarcas que unía, así como a los guerrilleros.

Con toda razón plantean estas preguntas los guerrilleros. Pero, general, tenemos la convicción de que con su llegada, esta situación acabará y de ahora en adelante nos enviarán armas y municiones.

Nuestra opinión es que, simultáneamente, Uds. deberían cesar el lanzamiento de armas a los reaccionarios albaneses, colaboradores de los alemanes, que las utilizan para combatirnos. Puedo decirle que nuestro Estado Mayor General y nuestros guerrilleros, que sacrifican su vida por la liberación de la Patria, están indignados por este comportamiento irresponsable de los oficiales ingleses que se encuentran aquí.

La última cuestión que quería plantearle es la de Radio Londres. Cuando carecían de informaciones acerca del desarrollo de los acontecimientos en nuestro país, no teníamos pretensión alguna hacia ella, pero ahora, cuando tenemos junto a nosotros varias misiones inglesas, no podemos admitir su posición dudosa. Dicha Radio no sólo habla muy raras veces de la lucha heroica que llevan a cabo los guerrilleros albaneses, sino

que incluso cuando lo hace, da a entender que quienes combaten contra el nazismo son los ballistas y los zoguistas. Esto es escandaloso, general, esto es una mentira y una gran ofensa para nosotros que estamos luchando. En vez de decir la verdad y hablar de nosotros, ¡su Radio habla de los que se han unido con los alemanes! Por eso protestamos enérgicamente sobre esas mentiras de Radio Londres, que haciendo propaganda en favor de la reacción, no tiende más que a desorientar al pueblo albanés. Ya terminé, general —le dije—, y le agradezco la atención que me ha prestado.

Durante todo el tiempo, mientras Mustafa Gjinishi traducía, el oficial inglés Nicholls, que acompañaba a Davies, tomaba notas.

El general tomó nuevamente la palabra y me dijo:

—Señor Hoxha, excúseme por no poder responder a su queja sobre Radio Londres, porque, primero, no he escuchado la emisión que transmite en lengua albanesa, ya que, como Ud. sabe, ni yo ni mis oficiales conocemos su lengua, y segundo, como le he dicho, yo soy un militar y Radio Londres es una institución civil en la que no pueden intervenir los militares. En nuestro país, señor Hoxha, hay democracia y división del trabajo.

—Por supuesto, que hay división del trabajo —le dije—, pero ¿puede decirme quién infor-

mó a Radio Londres sobre los combates de Vlora, que fueron librados por los guerrilleros y que, sorprendentemente, se radiaron como combates librados por los ballistas? Son sus oficiales con sus potentes emisoras quienes transmiten estas noticias.

—Señor Hoxha —fingió explicarme el general—, nuestros oficiales transmiten sus informaciones al War Office. (En vez de pintarse las pestañas se arrancó los ojos.)

—Y el War Office las transmite a Radio Londres, eso lo entiendo bien —intervine—, pero entiendo también que las informaciones de sus oficiales, de las que se sirve su Ministerio de la Guerra, son falsas.

—Oh, no, señor Hoxha —dijo el general—, tal vez las tergiversan los albaneses que trabajan en la BBC.

—Entonces, échenles de allí.

—A pesar de ello yo informaré sobre lo que me ha dicho —y continuó—. En lo que se refiere al envío de armas, nosotros queremos ayudar a todos los que luchan, pero comprenda Ud. que son muchos. Lanzamos armas en todas partes: en Francia, en Yugoslavia, en Grecia, en Holanda, etc., etc., y también en Albania. Comprendo que quizá a Uds. no les hayan lanzado muchas armas, pero el motivo no es que no queramos, sino que no disponemos de la cantidad necesaria, y lo que nos lo dificulta aún más es la carencia de avio-

nes, el mal tiempo y el fuego de la artillería antiaérea del enemigo. Comprendo sus urgentes necesidades, porque las armas son el elemento capital para luchar y le aseguro que lanzaremos armas únicamente a aquellos que luchan contra los nazis alemanes y no a los demás. De todos modos —dijo el general, resumiendo en pocas palabras esta cuestión tan importante para nosotros—, examinaré en detalle y atentamente sus demandas e informaré de ello al War Office en Londres.

Ahora bien, señor Hoxha, tengo otro problema que quisiera discutir con usted.

—Adelante —le dije—, le escucho.

Sospechaba que lo que me iba a decir era en sustancia todo el objetivo de su venida a Albania.

—Señor Hoxha —comenzó el general inglés—, escuché con atención todas sus argumentaciones en relación con la lucha contra el fascismo italiano y alemán. En Londres estamos convencidos de que el pueblo albanés lucha contra los ocupantes de su país y que esta lucha se ha ampliado y fortalecido. Tanto a ustedes como a nosotros nos interesa que esta guerra termine lo antes posible, pero eso no se puede lograr sin derrotar a la Alemania hitleriana, sin derramar sangre y sin hacer sacrificios. Estoy de acuerdo con Ud. en que todo el pueblo debe unirse en esta lucha antifascista y para que esto se logre todos deben convencerse de la necesidad de la lucha.

Comprendo perfectamente el gran esfuerzo que ha hecho el Frente de Liberación Nacional en este sentido y los éxitos que ha logrado, pero en Londres opinan que deben hacerse más esfuerzos. Londres piensa que en Albania existe un gran número de nacionalistas, no comunistas, que por una u otra razón todavía no se han lanzado a la lucha. Estas personas quizá no están aun persuadidas de la necesidad de emprender el camino del honor, la lucha contra el ocupante. ¿No será preciso, señor Hoxha, enseñarles ese camino?

—Lo hemos hecho desde el momento en que nos invadió Italia, el 7 de abril de 1939 —le respondí a este supuesto general diplomático, que no era más que un zorro viejo—. Hemos hecho innumerables esfuerzos, hemos hablado individualmente con esas gentes, les hemos llamado a participar en las reuniones y mitines, incluso en reuniones importantes, donde podían hacer uso de la palabra, manifestar sus puntos de vista, sin que estuvieran obligadas a comprometerse, hemos decidido igualmente emprender acciones conjuntas, y esto lo sabe bien su antecesor, el señor McLean, pero ninguna de nuestras propuestas ha sido aceptada por aquéllos por quienes usted se interesa. ¿Y por qué? Porque todos los que Ud. dice que tienen en sus venas sangre albanesa o que son demócratas, no son más que colaboradores del enemigo, fascistas y antialbaneses

recalcitrantes. —Y enumeré una por una todas las vilezas del Balli Kombëtar.

—Fueron ellos quienes volvieron sus armas contra nosotros —le dije—, quienes concluyeron el acuerdo Dalmazzo-Këlcyra para aplastar el Movimiento de Liberación Nacional y vivir en amistad con los italianos; quienes en febrero de 1943 enviaron a Musa Kranja acompañado por un oficial superior del SIM a encontrarse con el ballista Safet Butka, para aliarse con él contra nosotros; quienes junto con los fascistas incendiaron comarcas enteras y asesinaron jóvenes y ancianos.

Cuando llegaron los alemanes, general, sus esperanzas, agazapadas con la capitulación de Italia, se reanimaron, y así se convirtieron también en instrumentos de los nazis. Disponemos de documentos que prueban su cooperación con ellos. Si Ud. quiere, podemos dárselos. Para nosotros esto está claro, por eso hemos cortado todos los puentes con ese apéndice de la Gestapo y de la Wehrmacht que es el Balli Kombëtar. Unicamente tenemos un deber hacia los albaneses equivocados a quienes llamamos constantemente a abandonar las filas de la traición de sus cabecillas.

—Exactamente, señor Hoxha —intervino el general—, debemos hacer la última tentativa a fin de que yo pueda convencer debidamente a Londres de que estos elementos no están por la

lucha contra los nazis alemanes. Ud. comprende que yo debo escuchar también sus razones y esforzarme por convencerles de que combatan. Por ello solicito su opinión y su autorización para entrevistarme con los cabecillas nacionalistas y convencerles de que abandonen el camino erróneo que han emprendido. Le aseguro que vendré a informarle punto por punto de los resultados de las conversaciones.

—General —le repliqué—, como ha declarado, Ud. es agregado junto a nosotros, por ello no esperaba tal propuesta de un oficial superior aliado. (De hecho no sólo la esperaba, sino que sabía que éste era el objetivo principal de su llegada.) Desde el momento en que está agregado junto a nuestro Estado Mayor, no se le permite que pase desde nuestros territorios liberados al otro lado y converse con los enemigos del pueblo albanés. Esto no es justo ni conforme a los principios. Los gobiernos aliados han declarado que no concertarán compromiso alguno con la Alemania hitleriana. Nosotros consideramos su llegada junto al Estado Mayor General del Ejército Guerrillero, según ha declarado Ud., como una ayuda para aprovisionarnos de armas, municiones y vestimenta al servicio de la lucha común.

—Señor Hoxha —dijo el general—, yo estimo que lo que le he propuesto, también es una contribución a nuestra lucha común.

—Ah, no, se equivoca, general —le inte-

rrumpí—, ni hemos pedido ni aceptamos tal «ayuda», no necesitamos tal cosa. Quiero subrayar que está Ud. asumiendo el papel de intermediario, de conciliador entre nosotros y los traidores de nuestra Patria. No aceptamos ese comportamiento, no solamente de usted, sino de ningún otro. He dicho y vuelvo a repetir que, con los ballistas, los zoguistas y los demás colaboradores de los alemanes no hay y no habrá jamás compromiso. Quienquiera que sea el que intente establecer un compromiso con ellos será un enemigo jurado del pueblo albanés. Ud., general, en un comienzo me dijo que no se dedica a la política, que es simplemente militar, ahora, en contradicción con ello, ¡quiere desarrollar actividades políticas junto a los colaboradores de los alemanes! Ud. me pidió mi opinión y mi autorización y la respuesta es ésta: Su propuesta es inaceptable por las razones que he mencionado, es decir, porque **nosotros no necesitamos conciliarnos con quienes son nuestros enemigos irreconciliables y no aceptamos intermediarios.**

—Comprendo bien su punto de vista, señor Hoxha —intervino precipitadamente el inglés—, pero le ruego que me permita tener sólo un encuentro con ellos, justamente para decirles que deben luchar contra los alemanes y le aseguro que no hablaré en absoluto sobre ningún eventual «acuerdo de reconciliación». Esto no es de mi incumbencia.

—En principio, general, no estoy de acuerdo ni siquiera en que se traslade desde nuestras zonas liberadas a otras —añadí—. Podría Ud. haber ido directamente con ellos, eso sería otra cosa, sin embargo no le puedo mantener como un prisionero. Como se empecina Ud., puede tener un encuentro con ellos, pero un segundo encuentro no se lo vamos a permitir. A Ud. le corresponde elegir: o con nosotros o con ellos. Si está con nosotros permanecerá en nuestros territorios, si está con ellos vaya a los territorios controlados por los alemanes, pero aquí no le permitiremos entrar más. Le repito nuevamente, y estoy absolutamente seguro de ello, que la reacción no entrará jamás en lucha contra los alemanes. Me ha dicho Ud. que me pondrá al tanto de las conversaciones que desarrolle con los cabecillas ballistas. Se lo agradezco, pero no me interesa en absoluto porque desde ahora mismo sé de qué va usted a conversar con ellos.

Así finalizó la primera entrevista con el general inglés. Cenamos con él y al día siguiente Mustafa Gjinishi y algunos guerrilleros le acompañaron hasta su «guarida» en Biza.

Ya se aclaraban aún más las maniobras y los objetivos del gobierno inglés con las misiones supuestamente militares que enviaba a Albania so pretexto de ayudar a la Lucha de Liberación Nacional. El llamamiento a ser vigilantes que había hecho a todos los comunistas, las cartas per-

sonales enviadas a Haxhi Lleshi, Baba Faja, a los camaradas de Vlora, de Elbasan y de Gjirokastra, así como las conversaciones sostenidas con Myslim Peza en torno a la cuestión de los ingleses, habían sido completamente adecuadas. Inglaterra había cambiado provisionalmente de disfraz pero continuaba siendo la vieja Inglaterra que habíamos conocido, imperialista, reaccionaria y opresora de los pueblos. Por supuesto había perdido su potencial económico y militar de antaño, pero las artimañas, las intrigas y el engaño que practicaba eran los mismos e incluso más refinados. Era verdad que Inglaterra se batía contra los alemanes, que era uno de los integrantes del Bloque Antifascista, mas sus objetivos, tanto durante la guerra como para después de ella, eran claros e inmutables. Inglaterra y América deseaban que Alemania resultara vencida en la guerra, pero que ellas se reservaran los beneficios de la victoria, deseaban que la Unión Soviética saliera debilitada y que la reacción de todos los países ocupados por el nazismo no fuera liquidada por las fuerzas populares, sino que, por el contrario, saliera incólume en lo posible y tomara el poder después de la liberación, bajo la etiqueta «democrática» u otras y, en caso de imposibilidad, con la pretensión de haber disparado un par de tiros a última hora, obligar al pueblo a compartir el poder con ella. Este era uno de los principales objetivos de los ingleses y los americanos.

Ya en el curso de la guerra apoyaban a la reacción de diversos países, le aconsejaban que tuviera cuidado, que se organizara con la ayuda de los ocupantes, intensificara de acuerdo con el enemigo los golpes contra los comunistas y las fuerzas populares, participara en la guerra con consignas pretendidamente nacionales, para que, en vísperas de la liberación, se hiciera con el poder, prometiéndole además que para ello contaría con su poderosa ayuda.

Es por eso que los ingleses y los americanos pretendían introducirse de mil maneras en los países ocupados para, por un lado, con el pretexto de la ayuda militar, crear agencias en el seno de los movimientos de liberación nacional con el fin de sabotearlos a ellos mismos y a su lucha y, por el otro, ayudar a la reacción con armas, con oro, con organización y consejos.

Precisamente porque temía esto, le dediqué tanto cuidado e instruí con tanto detalle sobre los verdaderos objetivos de los británicos, a las organizaciones del Partido y a los destacamentos guerrilleros, nada más llegar a Albania la primera misión inglesa capitaneada por McLean.

Todo lo que oímos de boca del general Davies confirmó plenamente nuestras convicciones. No se debía alimentar la más pequeña ilusión sobre que Inglaterra ayudaría a nuestra lucha. No. Como todas las demás misiones, ésta especial-

mente, tenía únicamente los objetivos que expuse líneas arriba. Su misión era puramente política.

Si el grupo del general de brigada Davies vino junto a nosotros era, primero, porque éramos la más grande y la única fuerza militar, politica e ideológica organizada en Albania; no podían enviarle ni con el Balli Kombëtar, ni con los zoguistas, porque sabían que éstos no representaban gran cosa. Segundo, como he dicho antes, enviaron a nuestro lado al general con su estado mayor para informarse acerca de nuestra organización política y militar, acerca de nuestros puntos más fuertes y más débiles, para combatirnos mejor, para someter nuestra Lucha de Liberación Nacional a su dirección política y militar y en caso de que les resultara imposible, comprometer, corromper cuadros y estados mayores con algunas armas, con algún trapo o algunos centenares de libras esterlinas para, desde dentro, hacernos saltar por los aires.

Pero nuestro Partido se mostró vigilante frente a ellos incluso después de la victoria sobre los ocupantes, lo que ha constituido uno de sus mayores méritos. El Partido combatió tanto contra el ocupante de entonces como contra los enemigos camuflados del día siguiente.

Los planes de los británicos en Albania naturalmente fracasaban. Londres estaba inquieto, intercambiaba radiogramas con sus misiones; seguramente las cosas no marchaban según sus

planes, por ello envió al general Davies como jefe de la misión. Londres le envió para que nos dijera que nuestra lucha era bien considerada y para que nos adormeciera, asegurándonos, por decirlo así, que «el general tiene competencia para solventar los desacuerdos que pueden haber surgido entre nosotros y la misión inglesa», y que, en fin, «con su llegada nos vendría una mayor cantidad de armas». En nada de esto teníamos confianza.

Tras la marcha del general Davies, mantuve una larga conversación con los camaradas. Finalmente extraje las siguientes conclusiones sobre los objetivos de su llegada:

Primero, establecer contactos con los cabecillas del Balli Kombëtar, de los zoguistas y por medio de ellos con los quislings, aconsejarles en nombre de Londres la forma en que debían organizarse para estar dispuestos mañana en el momento de la capitulación de Alemania. Asegurarles que gozaban y gozarían siempre del completo apoyo de Inglaterra y América.

Segundo, encomendarles que bajo ningún concepto debían permitir que los comunistas tomaran mañana el poder.

Tercero, darles instrucciones respecto a cómo debían organizar sus fuerzas en la «clandestinidad» y efectuar alguna acción. Con ese fin enviaría junto a ellos algunas misiones inglesas, e incluso posiblemente enviaría otras para organizar y diri-

gir esta actividad. El general les prometería también armas y libras esterlinas. Nosotros sabíamos bien que todos los traidores han vendido siempre su alma y su patria por liras y libras esterlinas. Los ingleses lo sabían también y explotaban esta debilidad suya.

Cuarto, estudiar la situación y la fuerza de diversos cabecillas de la reacción, tantear el terreno, conocer más de cerca las tendencias de unos y otros grupos, la posibilidad de alianzas entre ellos, su reagrupamiento en tomo a una personalidad o a un nuevo grupo menos corrompido como decían ellos. Mi opinión era que los ingleses tratarían de reagrupar a la reacción en tomo a Zogu en tanto que monarca «constitucional», «reformador» y «demócrata» y que el general había venido seguramente para ver qué pensaban los cabecillas traidores de esta idea[1] «genial» de los ingleses. Con el especial cuidado que prestaban a los zoguistas revelaban involuntariamente este plan. Habíamos visto que Abaz Kupi, zoguista, que vino a la Conferencia de Peza y al que nosotros elegimos para el Estado Mayor

---

1 El 19 de noviembre de 1943 el general Davies enviaba a El Cairo un radiograma para transmitir a Londres, y en el que entre otras cosas se decía: «d) ... El [el Movimiento de Liberación Nacional — MLN] es enteramente hostil a Zogu. El Balli Kombëtar acepta tal comité [un gobierno en el exilio] asi como la colaboración con Zogu» *(FO 371/37145-3741. PRO. Extraido de la copia del original depositada en los Archivos del Instituto de Historia — AlH, Tirana).*

General, no disparó ni un solo tiro, no aplicó ni una sola de las decisiones adoptadas en conjunto. Sin embargo McLean tenía clavados los ojos en él. Debíamos instruir constantemente al Partido, al Ejército y al Frente de Liberación Nacional para que ningún cuadro diera un paso en falso por ingenuidad.

Quinto, el general Davies había venido aquí seguramente también para impartir nuevas instrucciones a todas las misiones que se encontraban en nuestro país, convocarlas para que informaran, conocer de su boca la situación y las posibilidades de acción y establecer las debidas conclusiones para el encuentro con los cabecillas del Balli Kombëtar y, después de todo eso, encomendar nuevas tareas a sus misiones de cara a las «nuevas situaciones» que se crearan.

Sin embargo, para poner en práctica todos estos puntos de que hablé, necesitaban hacer algo, aunque sólo fuera formalmente, dar a entender que estaban luchando contra el enemigo, fingir que nos ayudaban, ya que de lo contrario no le resultaría fácil materializar sus planes futuros.

Por eso —les dije a los camaradas—, debemos tener bien presentes sus objetivos, y el tiempo vendrá a confirmar nuestras previsiones. Debemos adoptar todas las medidas necesarias para derrotar al enemigo ocupante y para que los planes secretos, militares y políticos, de los ingleses y sus lacayos, ballistas, zoguistas y bajrak-

tars fracasen vergonzosamente. Solo con una lucha armada enérgica y con lucha ideológica, ambas dirigidas por nuestro Partido, serán desbaratadas y desenmascaradas todas las intrigas de los enemigos. Les venceremos, liberaremos el país, y el pueblo, bajo la dirección del Partido, tomará el poder en sus manos —dije finalizando la conversación con los camaradas, que aprobaron plenamente las conclusiones políticas y organizativas que acababa de enunciar.

El mismo día convoqué a los camaradas con responsabilidad de nuestros destacamentos y batallones para ponerles al corriente de mi entrevista con el general Davies y encomendarles que reforzaran la lucha contra el ocupante y los traidores y elevaran la vigilancia sobre cualquier actividad de los ingleses.

Al siguiente día, por la mañana, Mustafa Gjinishi regresó de Biza. Según nos contó, el general le había ofrecido para desayunar cacao, tabletas de chocolate, torta y mantequilla fresca.

—Entonces —le dije a Mustafa—, ¿qué dijo el general, con qué impresiones se fue?

—Oh —dijo—, estaba a la vez muy impresionado y contento, porque le hablaste francamente y me señaló: «El señor Hoxha defendió bien el interés del Frente de Liberación Nacional. Así quiero que sean siempre las conversaciones con Uds.»

Naturalmente Gjinishi mentía. Desde hacia

tiempo dudábamos de él, pero sería más tarde cuando se probara claramente que era un agente de los ingleses.

Nuestra lucha guerrillera contra los alemanes y sus instrumentos continuaba violenta y sin descanso. Radio Londres continuaba guardando silencio en torno a ella y hablando de la «lucha» que libraban los ballistas y los zoguistas. Las semanas y los meses pasaban. Los ingleses lanzaban metralletas, pero sin municiones suficientes, en alguna ocasión lanzaban algunos trapos viejos o calzado, muy frecuentemente de un solo pie, lo que provocaba la hilaridad entre los guerrilleros que decían: «Por lo que se ve los ingleses quieren que andemos y luchemos con una pierna... Dichosas sean nuestras abarcas con las que han luchado nuestros abuelos». La cantidad de armas, municiones y vestimenta que nos enviaban era irrisoria. Los oficiales ingleses, so pretexto del abastecimiento de armas, intentaban penetrar en nuestros destacamentos para descubrir nuestros efectivos, cómo estaban organizados, dónde se acantonaban, dónde operaban, etc. Pero en todas partes se estrellaban contra un muro de hormigón. Las únicas palabras que los ingleses escuchaban de labios de nuestros guerrilleros eran: «¿Por qué no nos lanzan armas?» Y ellos mentían y se justificaban como siempre.

Los oficiales ingleses pedían informaciones sobre las fuerzas alemanas, pedían que les diéra-

mos las señas y el número de las unidades de los alemanes puestos fuera de combate, todas las cuales les dábamos en abundancia. Querían desplazarse libremente, controlar, tomar contacto con nuestras unidades y como, por supuesto, no les manteníamos encadenados, se lo permitíamos, paseaban por las montañas, las gargantas y las peñas, pero no encontraban lo que deseaban. Siempre tenían como acompañantes a dos o tres guerrilleros, un intérprete y uno o dos campesinos de confianza, que se encargaban de sus mulas. Es decir, en este sentido nuestros camaradas tenían los ojos bien abiertos. Pero alguna vez se relajaba la vigilancia y hubo casos en que los oficiales ingleses agregados a nuestras fuerzas guerrilleras de Dibra, habían escapado al control y logrado relacionarse con los cabecillas de la reacción en Dibra, con Fiqri Dine o Xhem Gostivari, e incluso tomaron parte junto con ellos en un ataque contra nuestras fuerzas en Peshkopia. Envié una carta al camarada Haxhi Lleshi en la que le decía que advirtiera por última vez a los ingleses, les dijera que nuestras balas no harían distinción alguna entre todos los que se unían al enemigo para atacarnos. Era evidente que, también esta vez, las misiones inglesas actuaban, en ayuda de los notables y contra nosotros, aplicando las directrices que recibían.

Nuestras previsiones se confirmaron, ellos eligieron Biza como residencia porque era el lu-

gar más apropiado desde donde el general desarrollaría frecuentes encuentros con las misiones inglesas del Norte, establecería frecuentes contactos con Mat, Dibra y Albania Central. Naturalmente, no hay por qué ocultarlo, todos sus movimientos estaban bajo nuestro control, pero no sabíamos qué hablaban y qué decidían. Nosotros: les observábamos y descubríamos sus decisiones durante su puesta en práctica.

De este modo trabajaba contra nosotros el general Davies. Pero nosotros tampoco dormíamos.

Había pasado algún tiempo tras la entrevista con el general, cuando un día viene Frederik Nosi y me informa que el inglés le había dicho que finalmente había logrado establecer contacto con los cabecillas del Balli Kombëtar, y que ellos habían aceptado un encuentro con él en Shëngjergj. «En este encuentro, había dicho el general, creo que estarán Lumo Skëndo[1], Begeja y algunos otros». Por eso, había recomendado a Frederik que informara a nuestro Estado Mayor General sobre esta cuestión.

Le dije a Frederik que transmitiera al general que nuestro Estado Mayor ponía a su disposición 10 guerrilleros para garantizar su protección contra algún posible ataque de los ale-

1 Mithat Frashëri, presidente del CC del Balli Kombëtar.

manes, pero que el general debía asumir la responsabilidad sobre el encuentro con los ballistas, porque era él quien lo había preparado y deseado contra la voluntad del comisario político del Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional. «Tú —le dije a Frederik, que estaba al tanto de la conversación que había sostenido con el general—, hazte el indiferente, toma el mando de los guerrilleros, ve a ver a Ali Shtëpani, dile que tenga la gente dispuesta para cualquier eventualidad, ocupad las posiciones y escucha con atención todo lo que te diga después el general, pero dando la impresión de que no te interesa mucho. Si te dice que me transmitas sus palabras, dile que «lo mejor sería que se lo dijera Ud. mismo»».

El general Davies tuvo la reunión con Lumo Skëndo y regresó de inmediato a Biza. Le dijo a Frederik: «La reunión ha sido muy animada y el señor Hoxha ha tenido razón en ciertas puntos, pero finalmente conseguí convencerles de que debían luchar». Y, si la memoria no me falla, había tomado un documento por escrito de las promesas que le habían dado. Frederik le había escuchado con indiferencia y le había dicho: «El Balli Kombëtar no combate, está hundido hasta el cuello en la traición, le han engañado». El general de brigada Davies no le dijo a Frederik que me informara pues yo le había dicho que no me interesaban sus conversaciones con los ballistas. Pero

él sabía que Frederik me pondría al corriente.

Otro día viene Frederik y me dice que el general me había invitado a cenar en su cuartel en Biza, junto con los camaradas que estaban conmigo. Acepté la invitación y en la tarde del 11 de noviembre, acompañado por algunos guerrilleros y tomando a Mustafa Gjinishi como intérprete y en su calidad de miembro del Estado Mayor, emprendimos el camino desde Orenja. Llegamos a Biza al atardecer. El general me esperaba sonriente ante la tienda principal, acompañado por su edecán, el coronel Nicholls, del «Coldstream Guards», si no me equivoco. Nos estrechamos la mano y entramos en la tienda, porque hacía bastante fresco. En aquella planicie descubierta, por las noches soplaba el viento.

El general había arreglado bien y de manera cómoda su tienda de campaña. Todo, desde la mesa de campaña hasta las sillas de tijera, tapizadas de hule, era plegable. Sobre su cama estaba el buldog hecho una bola con su precioso collar al cuello. La cena era de alimentos secos, conservas de carne, de pescado, queso extranjero y del país, algunas de nuestras frutas, tabletas de chocolate, cigarrillos ingleses, rakí, whisky y vino. El general me invitó a ocupar la cabecera de la mesa y nos sentamos todos. Nos llenó las copas con whisky.

—A mi sírvame poco —le dije—, porque nunca lo he tomado, aunque le haré el honor

como dueño de la casa. Lléneme el vaso de rakí, que es lo que han bebido mis antepasados, el abuelo y el padre.

—Es Ud. conservador, señor Hoxha —me dijo.

—No tengo por qué no serlo con las buenas cosas de mi pueblo —le dije—. A nuestra patria debemos amarla más que a nuestra vida. Fíjese, Ud., general, se hace traer whisky en avión desde Inglaterra.

—El whisky es una excelente bebida —dijo Mustafa Gjinishi— a mí me gusta mucho.

—Tómalo —le dije—, pero ten cuidado no se te suba a la cabeza, después no podría llevarte hasta Orenja.

Reímos y comenzamos una conversación libre, pero la lengua, como dice el pueblo, va siempre donde duele la muela. Todos pensábamos en política, a todos nos martilleaba el cerebro lo principal, pero lo evitábamos por saber que disputaríamos, ya que en esto nuestros intereses diferían radicalmente. Hablamos primero de literatura, yo sobre la nuestra y él sobre la suya. El no sabía nada de nuestra literatura. Por mi parte la cultura que había adquirido en Francia y los numerosos libros que había leído me familiarizaron también con una serie de autores ingleses.

—Nosotros conocemos bien a Shakespeare —le dije—, no sólo por lo que hemos aprendido en la escuela, sino también a través de la notable

traducción albanesa de sus obras hecha por nuestro poeta, historiador y demócrata revolucionario, Fan Noli. Al igual que Fitzgerald hizo «hablar» a Khayam en inglés, nuestro Noli hizo al gran Shakespeare «hablar» en albanés.

Aquella noche en Biza, mientras soplaba el cierzo, hablamos con el general, entre otras cosas, de las noches de invierno de *David Copperfield,* del humor de Jerome K.Jerome, de Swift y Byron, de Shelley y Kipling.

—Kipling es grande para Uds. general —le dije—, pero yo lo aborrezco, porque es uno de sus escritores que en sus obras ensalza las conquistas coloniales del imperio británico. Prefiero a su gran Byron, a quien la joven generación inglesa ha abandonado para marchar tras poetas y escritores sin valor. Prefiero a Byron no porque yo sea romántico, sino porque ha querido sinceramente a mi pueblo, le ha cantado con gran pureza de sentimientos, e incluso, según he leído en alguna parte, le dio a su hija el nombre de Alba, manifestando así su simpatía hacia el pueblo albanés. Como Ud. sabe en su famoso *Childe Harold* ha cantado también al valor, a la hombría y a la madurez de los albaneses:

Fieros son los hijos de Albania , pero virtudes
No les faltan, aunque pudieran ser más maduras.
¿Dónde está el enemigo que jamas viera su espalda?

¿Quién como ellos soporta las fatigas del
combate?

Su odio es tan mortal como firme su amistad.
Y cuando la gratitud y el honor les llaman
a derramar su sangre,
Se lanzan intrépidos donde su jefe les conduce».

Hemos conservado intactas estas características de nuestros antecesores, queremos a los amigos y les acogemos generosamente, esperamos a tiros a los enemigos. Usted, general Davies, es nuestro amigo y aliado.

El general se inclinó y dijo sonriendo: *«Thank you»*.

—Byron quería a los pueblos que luchaban por la libertad. El apreciaba esto por encima de cualquier otra cosa y cantaba:

«En los calabozos alcanzas tu mayor brillo,
Libertad,
Porque allí, el corazón tienes por morada,
Un corazón que sólo amor guarda por tí
Y cuando han cargado a tus hijos de cadenas
En las tinieblas de una húmeda mazmorra
Su martirio anuncia a su patria la victoria,
Y vuela en alas del viento tu gloria,
Libertad».

—¿Sabe usted, general, quiénes le fueron más fieles a Byron y no le abandonaron? Dos

valientes albaneses que le había dado su amigo, Ali Pachá de Tepelena. Le querían tanto, que, según he leído en alguna parte, en un momento en que se debatía en un violento ataque de fiebre, por el profundo dolor que sentían por él, amenazaron al doctor que habían llamado: «¡O lo curas o te matamos!».

Nosotros apreciamos a Byron y deseamos que el pueblo inglés quiera al pueblo albanés como él.

—Me ha conquistado señor Hoxha —dijo el general—. Sabía que la literatura francesa le resultaba familiar, pero es usted también un buen conocedor de la nuestra.

—Nosotros, los albaneses, general, estamos sedientos de libertad y de saber y por ambas cosas hemos combatido durante siglos; por ello mismo luchamos hoy y lucharemos también en el futuro, si es preciso —le dije y levanté mi vaso de raki mientras él lo hacía con el suyo de whisky. Tampoco Gjinishi, enfrascado en una dulce conversación con el coronel Nicholls, se quedaba atrás a la hora de beber.

—¿Ha estudiado usted en alguna escuela militar? —me preguntó el general.

—Sí.

—¿Dónde?

—He pasado por la escuela de guerra de mi pueblo, que es una escuela con gran experiencia. ¿Ha oído hablar de Gjergj Kastrioti,

Skënderbeu? —le pregunté—. Se hizo famoso en todo el mundo por luchar contra los otomanos, contra dos de los más grandes sultanes, dirigió veintidos batallas, y no perdió ninguna. El sultán Mehmet Fatiu sometió a Bizancio, pero mientras vivió nuestro Skënderbeu no pudo tomar Kruja.

—Era del Norte —dijo el general maliciosamente.

—Era albanés, —le dije tajantemente, comprendiendo su alusión[1]—, y era un príncipe que se apoyaba en el pueblo. Quería al pueblo y éste le quería a él.

—Su país es hermoso —dijo el general cambiando el curso de la conversación—, por eso lo ha querido Byron. Tenemos en Inglaterra una pintura que lo retrata vestido con traje albanés. Cuando ganemos la guerra, señor Hoxha, espero que me invite a visitar su país —dijo el general esforzándose por dar a la conversación un tono íntimo y alegre.

—Debe venir sin falta y conocerlo mejor, porque nuestro país y nuestro pueblo son maravillosos. No se debe quedar con las viejas impresiones producto de las informaciones tendenciosas de los cónsules ingleses, que con otros fines le hablaban a su Foreign Office de cosas inciertas, o bien de los «coleccionistas» de flores y mariposas que en realidad llevaban a cabo otra activi-

1 A Zogu y Kupi que eran del Norte.

dad. Por supuesto no hablo aquí de estudiosos como Miss Durham que ha recorrido Albania, especialmente el Norte, para estudiar la vida en las montañas y no ha escrito mal sobre ello. Pero los tiempos han cambiado, general. El imperio inglés ha perdido su poderío de antaño a la vez que en nuestro país el poder de los beyes y bajraktars está en su ocaso, el fin de esta lucha será la losa que cubrirá su tumba.

—Señor Hoxha —dijo el general—, es cierto que nuestro imperio Victoriano ya no es lo que fue, pero nosotros somos una monarquía democrática, por así decirlo, en nuestro país no existe uno sino dos partidos, uno es de los laboristas, es decir de los obreros, y el otro es de los conservadores. En nuestro país hay elecciones libres.

—Conozco —le dije— su sistema de democracia, mas en él los trabajadores, como dice un refrán de nuestro pueblo, «tienen las llaves del pajar». En su país existe democracia para los capitalistas, para los lores, pero no para los obreros. Cuando nosotros triunfemos vamos a establecer la democracia, pero no como la de ustedes. En nuestro país existirá democracia únicamente para el pueblo, y «las llaves del pajar» —añadí riendo— las llevarán en la mano los beyes, los agas y los bajraktars, que han oprimido y traicionado siempre al pueblo.

—¿Cómo, señor Hoxha —preguntó el general—, van a confiscarles todos sus bienes?

—Desde luego, general, los malhechores, los enemigos, los que se han manchado las manos de sangre comparecerán ante los tribunales populares, a los demás les pondremos a trabajar, a sudar para que vean lo sabroso que es el pan cuando se gana con sudor.

—Por eso, señor Hoxha, no quieren unirse con ustedes, porque les tienen miedo —dijo el general.

—Está bien que nos tengan miedo. Ellos saben lo que le han hecho al pueblo durante toda su vida, por eso nos temen. A pesar de todo, el pueblo y nosotros les hemos hecho un llamamiento para que renuncien al camino de la traición. Ellos no escucharon, y eso les pesará. En el Frente de Liberación Nacional participan personas de capas ricas, que son patriotas y a los que el pueblo y nosotros respetamos por sus actitudes patrióticas y antifascistas.

—Señor Hoxha —dijo el general—, yo sostuve una entrevista con el señor Lumo Skëndo y otros y les hablé sin ambages ni rodeos, les reproché, les dije que «por lo que yo sé sólo el Movimiento de Liberación Nacional está luchando contra los alemanes, mientras que ustedes no lo hacen», pero ellos me contradijeron y por poco me acusaron de comunista, mas yo insistí en mis argumentos y creo que finalmente les persuadí, me dieron su palabra de que lucharán.

—¿Combatirán contra nosotros? —le pregunté.

—Oh, no, señor Hoxha —dijo el general—, contra los alemanes.

—Entonces, permítame asegurarle que le han engañado, ellos ni han combatido ni combatirán jamás contra los alemanes. Tenga siempre presente lo que le digo. Persistirán hasta las últimas consecuencias en su traición al pueblo, con las armas y con todos los medios a su alcance, en estrecha colaboración con los alemanes.

El general Davies pudo constatar él mismo[1],

---

1 Al respecto habría de escribir a su centro el 17 de diciembre de 1943:

«1. En la actualidad recomiendo un cambio. La situación ha evolucionado tanto en los últimos tiempos que requiere urgentemente desenmascarar al Consejo de Regencia como órgano y personalmente a cada uno de sus miembros. Del mismo modo que al BALKOM (Balli Kombëtar) y a los zoguistas.

2. Todos están colaborando con los alemanes, quienes, después de darles gran cantidad de armas, les están utilizando para custodiar las principales carreteras, desarrollar servicios de policía en ciudades y guiar las patrullas, liberando así a las tropas alemanas de estos servicios.

3. En todas las acciones llevadas a cabo últimamente por el MLN, los guerrilleros han chocado con tropas mixtas germano-ballistas, bien armadas y entrenadas por instructores alemanes. Los combates en Peza y en Dibra, especialmente en esta última zona, han dado múltiples pruebas de una estrecha colaboración germano-ballista.

4. Tanto el BALKOM como Abaz Kupi, me han prometido que combatirán activamente a los alemanes, pero no han realizado ninguna acción en el último mes, pese a haber tenido numerosas ocasiones para ofrecer resistencia a los alemanes.

hasta el momento en que fue hecho prisionero por los alemanes, que los ballistas y los zoguistas no dispararon ni un solo tiro contra el ocupante. La organización traidora de Lumo Skëndo y de Ali Këlcyra prosiguió su traición en gran escala, por lo que el inglés depositaba más esperanzas en la banda de Abaz Kupi, al cual se le agregaron los taimados oficiales McLean y Amery. Si no me falla la memoria, más tarde este último, después de la guerra, desempeñó varias veces carteras ministeriales en los gobiernos conservadores.

Así transcurrió aquella noche en la tienda del inglés Davies. Hacia las once, tras agradecerle la hospitalidad, pedimos permiso al general y nos marchamos de Biza. Hacía fresco y el sonido del viento se acentuaba con el susurro de los árboles del bosque. Mustafa Gjinishi parecía estar en plena forma con los vasos de whisky que había bebido y seguramente también por la conversación, que debía haber sido agradable, con el co-

---

5. Tanto el BALKOM como los zoguistas publican en la actualidad periódicos costosos y ambiciosos que son a todas luces subvencionados por los alemanes. En los ocho números que han aparecido no se encuentra ninguna referencia antialemana. Ambas partes se jactan de que los aliados colaborarán con ellos después de la marcha de los alemanes, invocando como prueba el hecho de que la Gran Bretaña se abstiene de citar al Consejo de Regencia o a otro partido político de Albania. Un ejemplo: el discurso del director de la BBC, destinado a Albania el 28 de noviembre.

ronel Nicholls, en torno a la estufa. No me decía nada de lo que habían hablado, pero le piqué:

—Mustafa —le dije— hablas muy bien el inglés, se ve que has perfeccionado lo que estudiaste en la Escuela Técnica. Yo no entiendo el inglés, pero tengo la impresión de que lo hablas más rápido y con mayor fluidez que Frederik. Cuando haces de intérprete tengo la convicción de que me traduces las expresiones fielmente. Hoy nos dejaste solos con Frederik y le diste cuerda al coronel. ¿Qué decía, Mustafa?

—Pues me hablaba sobre los problemas de la guerra, yo le preguntaba sobre la vida y la biografía de una serie de generales y ministros ingleses como Montgomery, Beaverbrook, Eden y otros —me respondió.

—Buena gente parecen tanto el general como el coronel. El general parece corto de luces, pero encuentra la manera de expresar lo que quiere decir. Sea como sea —dije—, a nosotros

---

6. Hubiera preferido explicarles esto personalmente cuando llegara, pero puede ser que me retrase, y es muy probable que no les vea antes de mediados de enero.

7. Considero que la posición de los aliados debe ser hecha pública inmediatamente, señalando que los quislings, los traidores y los que no combaten a los alemanes recibirán de los aliados el castigo merecido a su debido tiempo... Por eso recomiendo hacer una declaración abierta en favor del MLN». *(Radiograma N°. 3, enviado al SOE en El Cairo con destino a Londres FO 371/37145-3741. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

lo que nos importa es que nos lancen armas y cesen la propaganda de Radio Londres que atribuye nuestra lucha a los ballistas y a los zoguistas.

Caminábamos uno al lado del otro por el bosque, escoltados por nuestros guerrilleros. El viento nos golpeaba la cara y las orejas. Llevábamos las metralletas al hombro. Yo una «Thompson» norteamericana que me obsequió uno de mis camaradas tras una acción contra los alemanes y los ballistas. Continuamos andando en silencio. El whisky que había tomado, el entusiasmo que le hervía por dentro y la marcha nocturna a través del ruido monótono de aquel bosque, todo junto, al parecer estimuló a Mustafa, que comenzó a hablarme sobre la propuesta que por medio del coronel le había hecho el general inglés de que una representación del Frente de Liberación Nacional viajara a Londres para sostener conversaciones con su gobierno. (No me extenderé aquí sobre esta cuestión, ya que me detendré en ello en otro capítulo.)

Las afirmaciones de Mustafa clarificaban y confirmaban mis suposiciones sobre la tarea y el objetivo del general inglés. Asimismo quedaba más claro que Mustafa Gjinishi era un agente del Intelligence Service dentro del Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional.

El enlace de nuestro Estado Mayor con los

ingleses me había informado sobre algunas preguntas que el general le había hecho días atrás: «¿Cuál es la fuerza del Partido Comunista? ¿Tiene lazos con Moscú? ¿Cuál es su posición en el Frente de Liberación Nacional? ¿Tienen relaciones los guerrilleros albaneses con los guerrilleros yugoslavos de Tito?».

Nuestro camarada había dado a todas estas preguntas del agente de Intelligence Service la respuesta merecida ¡He aquí los descubrimientos que quería hacer el «soldado» que «no se metía en política»!

Me puso también al corriente de las disputas que habían tenido lugar entre el general y Baba Faja en relación con sus «paseos». Este le había advertido en numerosas ocasiones que no saliera de su zona porque podía ir a parar a aldeas ballistas y si le ocurría algo, sería él, Baba Faja, el responsable. Pero, el general, todo irritado, le había contestado: «A donde quiera que vaya es responsabilidad mía y no suya, iré también a las aldeas donde el Balli Kombëtar tiene influencia, sin correr ningún peligro».

El encuentro con los cabecillas del Balli Kombëtar, con Abaz Kupi, las preguntas que había hecho y los «paseos» que se esforzaba por dar, hablaban claramente de quién era este enviado del «león británico», que se hacía pasar por un gran *gentleman.*

Recomendé a los camaradas de Elbasan que

vigilaran de manera particular al general y a su estado mayor. Encomendé a Frederik que no perdiera de vista sus movimientos y sus encuentros. Al comandante y al comisario de la zona, que sabían inglés, les recomendé que abrieran bien los ojos, hicieran alguna visita al general y le sonsacaran, pero evitando que él lo hiciera con ellos. Informé nuevamente a los camaradas de Mat, Dibra, Martanesh y Shëngjergj de que las instrucciones que les había remitido respecto a los ingleses continuaban siendo vigentes. Me trasladé a Tirana y de allí a Peza, a casa de Babë Myslim. Pasé revista a los efectivos de la III Brigada de Choque, me entrevisté con los camaradas de su estado mayor, les recomendé que aceleraran y reforzaran la organización de sus fuerzas y estuvieran plenamente dispuestos para que, cuando recibieran mi orden de acción, pudieran actuar allí donde se determinara.

En Peza había falta de municiones. El representante de la misión inglesa allí, un mayor largo como una pértiga con unos bigotes tiesos como pelos de cerdo, mentía diciendo que las armas y las municiones llegarían hoy o mañana. Entregué a Babë Myslim algún dinero para comprar un poco de maíz, sal y cierta cantidad de armas. Organicé varias reuniones con la organización y el Regional del Partido, convoqué a Gogo Nushi y con él, Myslim y Shule adoptamos, los cuatro, diversas decisiones sobre la or-

ganización de acciones militares más violentas en dirección a Tirana y en las carreteras que conducian a ella, sobre el problema del aprovisionamiento y el envío de comisarios a otras unidades.

Tras poner fin a mi trabajo en Peza, ascendí el curso del río Erzen por su orilla izquierda, salí debajo de Petrela, vadeé el río y por el collado de Pëllumbas, pasé a la zona de Elbasan. Ahí me encontré con los camaradas del Comité Regional del Partido que me informaron sobre la situación. Constaté que la moral era en todas partes muy elevada.

El 28 de noviembre de 1943 pasé a Shëngjergj, en la región de Tirana, para participar en la ceremonia de formación de la II Brigada de Choque. A invitación de nuestro Estado Mayor General, asistía también el general Davies. Vio con sus propios ojos la vestimenta y el armamento de los guerrilleros, vio asimismo su entusiasmo, su ímpetu y su resolución de seguir el camino por el que les guiaba el Partido. Pero el burgués sin entrañas no quería saber nada de ello. No pude contenerme más y le dije:

—Lo ve, señor representante de la misión aliada, son muy pocos los que llevan abrigo, casi ninguno tiene zapatos, calzan sólo abarcas de goma o de piel de vaca. El invierno se aproxima y les esperan grandes batallas. Como puede ver su armamento es insuficiente. Uds. no envían nada. ¿Dónde han quedado todas sus promesas?

—Le he dicho anteriormente —me respondió— que no les aprovisionaremos de vestimenta y armas mientras continúen en guerra entre sí.

Exasperado, no pude controlar más lo que decía. Las cosas llegaron hasta tal punto que le advertí: «O cumple sus promesas o se marcha de aquí». Esta protesta, que expresaba la indignación de todos los camaradas, de todos los guerrilleros, colocó al general en una situación embarazosa.

Me despedi de la brigada recién formada y junto con varios camaradas fui a casa de Ali Shtëpani. Allí hablamos con los camaradas sobre la cuestión de Abaz Kupi. Había venido a casa del ballista Osman Mema con un séquito de 100 personas. El día 7 de diciembre tuvo lugar el encuentro con él. Insistía en que nosotros debíamos reconocer al «Legaliteti» y al sátrapa Zogu como rey. Sabíamos perfectamente quién era Abaz Kupi, pero estábamos preocupados por la gente engañada por él. Nos dimos cuenta de que definitivamente las cosas ya no tenían remedio. El Consejó lo excluyó *de jure* de sus filas. Esto representaba una bofetada también para sus amigos, los ingleses. De Shëngjergj fui a Labinot y de allí a las cabañas de Shmil.

Allí decidimos pasar a la región de Korça junto con la III Brigada, que llevaría a cabo acciones de ataque en las carreteras de Bilisht y Kolonja, transitadas por las columnas alemanas.

Debía controlar asimismo la situación de las fuerzas guerrilleras de Korça, la actividad de la organización del Partido de aquella región y conversar con los camaradas sobre el curso para cuadros del Partido que abriríamos en la aldea de Panarit.

Así, antes de que comenzaran las grandes lluvias y la nieve, deberíamos haber vadeado el Shkumbin y, atacando a las fuerzas alemanas en la carretera de Librazhd, atravesar en columnas Polis, Shpat, las comarcas al Sur de Librazhd y después salir a Opar y de allí a Voskopoja. Determinamos el momento de la partida. Avisé a la III Brigada que comenzara la marcha y que estuviera el día que le había fijado en Labinot de Abajo. Ordené a los batallones de Dumrea y de Çermenika que estuvieran dispuestos para la noche en que las fuerzas vadearían el Shkumbin. Comuniqué también al general inglés y a su estado mayor que, si lo deseaban, podían venir junto con nuestro Estado Mayor a la región de Korça. El no ocultó su alegría y me mandó respuesta de que estaría dispuesto en cuanto le avisara.

La partida en el día establecido fue obstaculizada por el propio comandante de la III Brigada, Hulusi Spahiu, que mostró ser un aventurero y que, más tarde, después de la Liberación, terminó como agente de los yugoslavos y fue condenado a prisión. El Mando de la III Brigada no había adoptado ninguna medida de organización*, la

* Véase: Enver Hoxha. *Obras,* ed. albanesa, t. 2, pág. 91

brigada se retrasó, fue atrapada en el camino por una fuerte ventisca, se rompió el secreto y tuvo incluso un choque con los alemanes, de forma que cuando llegó a su destino estaba dispersa. Los guerrilleros debían descansar y reorganizarse.

Si nuestro paso al Sur fracasó fue también porque las informaciones que nos dio el comandante del Estado Mayor del grupo de Elbasan, Kadri Hoxha, eran erróneas. Había subestimado la importancia de esta empresa, permanecía en Orenja completamente indiferente, se dedicaba a parlotear con Beg Baila y los ingleses, mientras el enemigo actuaba y asesinaba a hijos del pueblo. Le envié una carta* en la que le decía sin ambages que la zona de Elbasan continuaba siendo militarmente débil y que la responsabilidad por esta situación y por el fracaso del traslado al Sur del Estado Mayor recaía en primer lugar sobre él. En la carta le subrayaba que varias veces había cumplido yo con mi deber ayudándole y aconsejándole que se preparara para entrar en acción, y que ahora no me quedaba más que informar dónde debía hacerlo, ya que cuantas veces le criticaba y le recomendaba actuar, me repetía las mismas palabras: «Usted no me conoce bien». Pero todo esto, le escribía, lo vas a aclarar allí donde se debe y cuando te convoquen, porque o bien eres incapaz de actuar, o bien eres negligente, y

* Véase: Enver Hoxha. *Obras*, ed. albanesa, t. 2, pág. 95.

no es verdad lo que dices arriba y abajo de que hemos convertido al vuestro en un batallón de enlace. Más tarde, después de la Liberación, este hombre se desacreditó completamente. Mostró su verdadera catadura desarrollando una actividad antiestatal y antipartido, siendo por ello condenado y expulsado de las filas del Partido.

Tras haber finalizado todos los preparativos estábamos dispuestos para vadear el río, ya que, como he dicho líneas arriba, el puente de Haxhi Beqari había sido volado por un oficial de la misión inglesa. Enviamos algunos camaradas a controlar el vado. Era practicable. El paso se haría con rapidez, de noche. Descendimos a la hora fijada, pero antes de haber alcanzado la carretera llegaron los enlaces de vanguardia a informarnos que el Shkumbin se había desbordado. Fui personalmente hasta el vado y constaté que era intransitable. Regresamos nuevamente a la base. Permaneceríamos allí hasta garantizar informaciones suficientes para poder ponernos en camino y decidir por dónde y cómo. Aprovechando el tiempo disponible sostuve una entrevista con el general inglés. Le hablé de nuestra lucha. El me interrumpió haciéndome varias preguntas:

—¿El Movimiento de Liberación Nacional es comunista, señor Hoxha? Finalmente el zorro inglés había descubierto sus baterías. Sabía que esa cuestión le corroía por dentro, por eso le respondí brevemente:

—Su objetivo es vencer al ocupante y a los traidores que se han unido con él, éste es también el objetivo de los aliados, ¿o no es así, general?

No le bastó con eso e hizo otra pregunta más insidiosa:

—Si Uds. toman el poder después de la Liberación, ¿piensan establecer en Albania un régimen semejante al de Moscú?

Era una pregunta que se leía en cada acción y cada pensamiento de los ingleses, y por eso no me impresionó en absoluto.

—Eso —le contesté— lo decidirá el pueblo libre —y repetí una vez más—, libre de los ocupantes y sus lacayos, ballistas, zoguistas y otros. El pueblo decidirá por sí mismo el régimen que desee, eso nosotros lo hemos declarado públicamente; me sorprende, general, ¿cómo es posible que no lo sepa? Y el momento de hacerlo realidad se aproxima. Entonces nuestro pueblo vivirá días felices. El obrero trabajará sin explotadores, el campesinado gozará de su tierra. La vida será feliz para ellos. Sus hijos e hijas irán a la escuela.

El general, para llenar el vacío que quedó tras mi respuesta, murmuró:

—Con la institución de los comisarios políticos en el ejército, el Movimiento de Liberación Nacional sigue el ejemplo de los rusos.

—Esta forma de organización —le repliqué—

ha dado buenos resultados en la Unión Soviética, y los da también aquí en Albania. Luego, ¿por qué no aprovecharnos de su experiencia? ¿Es uno de nuestros grandes aliados, o no es así?

Davies no dijo una palabra más. Y así, sin hablar, nos dirigimos hacia los camaradas que nos esperaban. Habían llegado nuevas informaciones. Por el puente de Murrash era imposible pasar, lo custodiaba el enemigo.

Entre tanto, los nazis alemanes habían concentrado grandes fuerzas en los alrededores de las comarcas de Çermenika, Shëngjergj y Martanesh, y se preparaban para iniciar sus operaciones militares contra ellas. Poco después estalló la operación enemiga. Nos amenazaba un gran peligro. En semejantes condiciones el paso de la carretera Librazhd-Elbasan y la permanencia allí por más tiempo era imposible. Por eso pensamos emprender el camino hacia el Sur pasando por Golloborda, la Pequeña Çermenika, Hotolisht, saliendo a Mokra o Bërzeshta y desde allí dirigirnos hacia la zona de Korça. Así lo decidimos.

El general inglés y su coronel estaban con nosotros. Se sentía contento y esperaba con impaciencia llegar lo antes posible a Korça. Recuerdo que en una conversación que sostuvimos me había preguntado:

—¿Se puede pasar fácilmente de Korça a Grecia?

—Cómo no —le respondí—, pero sobre eso mejor que le hubiese preguntado a McLean, él entró por allí con dos compañeros sin que nosotros supiéramos nada.

Con seguridad el general estaba contento porque se aproximaba a Grecia.

Al parecer, los alemanes habían detectado nuestros movimientos en dirección a Elbasan, hacia Shkumbin y regreso y prepararon rápidamente la ofensiva para aniquilarnos en la región de Labinot, Shmil, etc. Chocaron con nuestras fuerzas guerrilleras de la II y III Brigadas, con los batallones territoriales de Çermenika, Dumrea y otros.

La ofensiva enemiga del 19 de diciembre nos encontró en Orenja. En la tarde de ese mismo día dejamos Orenja y partimos hacia el norte atravesando hayedos. En el bosque nos despedimos del doctor Nishani y de Boshnjaku que eran viejos y el camino muy largo, difícil y lleno de peligros. Les instalamos en Guri i Muzhaqit, una cueva que habíamos arreglado como una habitación, con calefacción, camas, reserva de víveres, etc.

Ya no había ni que hablar de la III Brigada. El Estado Mayor General debería pasar solo, escoltado por los guerrilleros que protegían a sus miembros. Nos guiaba el comandante del Estado Mayor del Grupo guerrillero de Elbasan, Kadri

Hoxha, y un comandante de un destacamento del batallón de Baba Faja. El primero había venido «personalmente» a jugar el papel de jefe, mostrar que conocía el terreno y al mismo tiempo probar sus «habilidades», que nosotros habríamos «desconocido».

Caminamos durante toda la noche por los bosques de Orenja sobre la nieve y en la oscuridad. El día siguiente continuamos nuestra marcha y salimos a Kaptina en la región de Martanesh. La noche se nos vino encima allí mismo, pero no detuvimos la marcha hasta llegar a los bosques de Okshtun. Aquí, después de grandes esfuerzos, pudimos encender fuego, en torno al cual pasamos toda la noche. Al amanecer emprendimos nuevamente el camino y llegamos a Okshtun donde permanecimos una noche.

Desde Okshtun, después de haber consultado con los camaradas de Dibra, decidimos continuar a través de los bosques, descender a la llanura de Studë y pasar a la zona de Librazhd atravesando Letmi, donde los alemanes todavía no habían entrado.

Partimos de nuevo en dirección a la llanura de Studë entre la nieve y el frío. Pensábamos con nostalgia en la agradable noche que pasamos en aquella caliente casa de Okshtun. Momentos como los que pasamos aquella noche eran poco frecuen-

tes para nosotros. Estábamos en guerra y para los combatientes no hay descansos largos. Así, que viese el inglés la gran fuerza moral y física, la férrea resistencia de los guerrilleros, que conociese bien, desde cerca, la constancia de los comunistas que habían hecho y hacían frente con abnegación a los italianos, a los alemanes, al frío y al hambre.

Atravesamos la carretera Librazhd-Dibra en la llanura de Studë y ascendimos monte arriba a Letmi. Cayó la noche estando en los bosques de la montaña de Letmi, donde dormimos apoyados uno en otro. Los ingleses tenían una tienda de campaña y nosotros otra. Ellos comían tabletas de chocolate y bizcochos, y nosotros pan de maíz, un poco de queso y alguna cebolla, pero incluso estos víveres se iban agotando. Ellos tomaban whisky para calentarse, mientras nosotros derretíamos nieve para matar la sed. Al día siguiente continuamos nuestro movimiento hacia Qarrishta. Nuevamente camino, nuevamente nieve y viento del Norte. Frecuentemente, durante la marcha, hube de dar ánimos al general, que había enrojecido y sacaba de vez en cuando una pequeña cantimplora para beber whisky. Nunca tuvo el corazón de decirme: «Eche también Ud. un trago para calentarse, señor Hoxha». Una y otra vez él y su coronel masticaban algo, comían chocolate. En tono de broma, le dije:

—General no se las coman todas de una vez, que con el camino de los guerrilleros nunca se sabe, puede ser largo. Mírennos a nosotros, mientras marchamos no comemos. En realidad no teníamos qué comer.

Cuando llegamos a los bosques de Qarrishta, la vanguardia nos avisó de que no podíamos continuar adelante a la Pequeña Çermenika y de allí a Mokra o Bërzeshta, porque la reacción allí era muy activa. Los destacamentos ballistas de Azis Biçaku y otros estaban en pie y habían ocupado todos los cruces de camino, todos los collados y senderos. Era necesario volver nuevamente a Okshtun.

Avisé al general, que se había quedado atrás, que no era posible avanzar debido a la reacción armada ballista-alemana y que necesariamente debíamos cambiar de rumbo. Al parecer, el general inglés había perdido la paciencia y la serenidad y se había acobardado. Me envió a su ordenanza, quien me dijo que el general quería que le esperara pues deseaba hablar conmigo.

—Le espero, que venga —le dije.

Nos detuvimos y montamos la tienda. El general vino junto con Frederik.

—Se muere de miedo y está que arde de rabia — me dijo Frederik.

—Le daremos una ducha de agua fría —le dije.

Cuando llegó le expliqué tranquilamente que no podíamos avanzar más en aquella dirección.

—Volveremos de nuevo por donde vinimos e intentaremos pasar por otros puntos —le expliqué—. Tomaremos medidas, avisaremos también a Baba Faja.

—Se me acabó la paciencia, señor Hoxha —dijo el general enrojecido.

—Según parece —le dije— ha olvidado los consejos que Kipling, en uno de sus versos, da a su hijo: «Cuando seas capaz de conservar el coraje y la serenidad, aunque a tu alrededor todos los hayan perdido, entonces serás un hombre». ¿Por qué ha perdido Ud. la paciencia? —le pregunté.

—Llevamos varios días con sus noches errando por los bosques y las montañas, entre las tinieblas y la nieve, sin llegar a ninguna parte y a veces creo encontrarme en las montañas de Escocia.

—Estamos en guerra, general —proseguí—. El camino no está sembrado de flores.

—Pero yo quiero avanzar, salir —insistió.

—¿A dónde quiere ir? —le dije—. ¿Se quiere ir solo? ¿Qué es lo que le empuja?

Irritado, me dijo:

—A excepción de mis superiores no rindo cuentas a nadie de lo que hago.

Con sangre fría le dije:

—Yo no quiero que me rinda cuentas, pero Ud. debe saber que somos aliados, que le han enviado junto a nuestro Estado Mayor y que nosotros somos responsables de su vida. Si nos llega a ocurrir algo, será a todos juntos, pero yo le garantizo que nada va a ocurrir.

—No —dijo el general con tono de obstinación, iré a Korça sin Uds.

—Ud. puede desearlo, pero, yo no se lo permito —le dije.

—¿Por qué, soy acaso su prisionero? —alzó la voz el general.

—No, no es Ud. nuestro prisionero, sino nuestro aliado y nuestro amigo y no podemos permitir que le maten los alemanes.

—Mientras no sea su prisionero sino representante de la Gran Bretaña, iré incluso sin su permiso —replicó el general.

—Sangre fría, general —le dije de nuevo—. Si plantea Ud. así el problema, no le prohibimos que se vaya, pero sólo con algunas condiciones: Debe Ud. firmarme un documento en el que se señale que asume la responsabilidad y se marcha del Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional contra mi parecer y el de nuestro Estado Mayor y contra nuestro deseo. Estoy seguro de que va Ud. derecho a la muerte o al cautiverio, es por ello que no le entrego ni a Fre-

derik ni a ningún otro guerrillero, porque soy responsable ante mi pueblo por sus hijos.

El general se quedó estupefacto y viéndose en un gran aprieto, estalló como un loco:

—Señor Hoxha, yo no le entrego semejante documento. Como puede verse, su causa ha tocado a su fin. Han perdido la partida. Los alemanes han emprendido una ofensiva grande y coordinada y sus fuerzas están desbaratadas. Ahora no queda más que irnos y ustedes entregarse. Pero a ustedes se les ha nublado la vista y no ven nada. En vano se esfuerzan, han perdido la guerra, están cercados, les quedan solo dos caminos: morir o entregarse.

Esta vez se acabó mi serenidad. Me puse en pie bruscamente (también Frederik se levantó) y le dije:

¡Escuche, general! ¡Lo que ha tenido la osadía de decirme es el colmo de la traición y la infamia! Pero entérese bien de que nosotros no nos entregamos y ni vaya a creer que nuestra lucha es una causa perdida. Les hemos tratado como aliados, pero, según parece, Uds. no quieren como aliados a los que combaten contra el fascismo. Continuaremos nuestra lucha hasta la victoria total. Uds. deberán responder por la traición que hacen a la lucha de nuestro pueblo. Están desertando de la guerra y Ud. sabe lo que espera a los desertores en el ejército. Entre otras cosas,

son calificados de traidores. Su actuación no es más que deserción de la guerra, traición.

¿Quién perdió la guerra? ¿Quién se entrega, nosotros? ¡Jamás de los jamases! Ud., general, es un derrotista, un capitulador. Los guerrilleros albaneses no han perdido ni perderán ninguna guerra. Hemos abatido a los italianos y les hemos hecho postrarse sin la ayuda de nadie. A los alemanes les golpeamos igualmente sin cesar, y les abatiremos y les haremos postrarse también sin la ayuda de nadie. ¿El albanés entregarse al enemigo? Esto no ha ocurrido ni ocurrirá jamás. Hemos rechazado todas las ofensivas del enemigo. Los ataques que han emprendido contra nosotros han terminado con pérdidas para ellos y con victorias para nosotros. ¿Qué piensa Ud., general, que los guerrilleros se desesperan por estar en los bosques? Se equivoca. Toda nuestra vida ha sido una incesante lucha contra el enemigo, nosotros atacamos las ciudades, las carreteras, hacemos volar puentes y depósitos, matamos a los soldados del ocupante y a sus agentes. Somos dueños y señores de estas montañas, de estos bosques, pero también de las casas dentro de las ciudades. Y Ud. nos aconseja que nos rindamos ¡porque habríamos «perdido la guerra»! La rendición sería un acto indigno para un ejército que jamás claudicó ante los ocupantes. General, esto es una ofen-

sa. El albanés no soporta jamás una ofensa. Perdone, pero creo que ha perdido Ud. la cabeza.

Al general se le cayeron las agallas. Se puso en pie, le dijo a Frederik que me pidiera excusas, que su intención no era ofendernos y se alejó hacia su grupo saludándome con la cabeza. También yo le saludé fríamente, con un movimiento de cabeza.

Reuní a todos los camaradas y les hablé sobre el suceso. Unánimemente, me dijeron: «Le has dado una buena lección».

Partimos. Poco después nos siguió el general con su séquito.

Continuaba nevando intensamente, hacía frío, un frío glacial. El viento del Norte nos golpeaba el rostro como con látigo. Cada cierto tiempo nos deteníamos para continuar marchando seguidamente. En mitad del bosque, bajo las ramas de un árbol, hicimos una pausa más prolongada. Koleka, como de costumbre, dividió en pequeños trozos el pan de maíz que tenía y lo distribuyó entre nosotros junto con una cebolla. Después de comer comenzamos de nuevo la marcha. La nieve caía copiosamente, tanto que no lográbamos orientarnos en dirección a la llanura de Studë. Caminamos inútilmente horas enteras por el bosque y de nuevo nos encontramos en el lugar donde habíamos comido; allí vimos las pieles de cebolla. Nuestro «guía», que se había jactado de conocer

«palmo a palmo» el terreno, perdió los estribos, pero, como de costumbre, se esforzó por mantener el tipo. Entonces tomamos nosotros mismos las cosas en mano utilizando el mapa y la brújula. Después de fatigosos esfuerzos, logramos orientarnos. Por fin encontramos nuestro camino, pero la nieve continuaba cayendo y cayendo. Llegó la noche antes de que descendiéramos a la llanura de Studë. Habíamos caminado durante más de 10 horas. Después de atravesar la llanura emprendimos la ascensión. Era una marcha dura y difícil. Hicimos alto.

Sólo nos había quedado un pan de maíz para todos y dos botes de leche «Nestlé». Los guerrilleros encendieron con mucho esfuerzo el fuego, que fue providencial para nosotros, colocamos la cacerola, derretimos en ella nieve y echamos la leche. En el momento en que la mezclábamos, llegó el ordenanza del general que estaba acostumbrado a comer chocolate y galletas, pero que ahora no tenía nada, y dice:

—Por favor ¿pueden darme una porción para el general?

—Cómo no —le respondió uno de los camaradas y le llenó una cantimplora con leche y le ofreció dos buenos pedazos de pan de maíz para el general.

Pernoctamos en la montaña. Cuando despuntó el día, ante nosotros se descubrió Okshtun.

Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que estábamos en la montaña de Okshtun.

Por la mañana vino el general, nos dimos la mano, y le sonreí como si hubiera olvidado la riña del día anterior. Partimos hacia Okshtun. Las subidas y bajadas eran difíciles. La nieve se había helado. Continuaba el viento del Norte.

—Llegamos general, —le decía dándole ánimos—. Llegamos, un poco más, no pierda el buen humor.

En Okshtun habían avisado a nuestras bases y nos esperaban, e incluso, viendo que tardábamos, habían enviado a su gente, que se encontró con nuestra vanguardia.

Llegamos a la base por la tarde. Los dueños habían salido a la puerta de la casa, a pesar de la oscuridad de la noche y de la nieve. Nos abrazaron, nos condujeron al interior, nos quitamos los abrigos mojados, entregamos los fusiles al jefe de la familia quien los colocó en la pared uno tras otro. En la antesala hacía calor. Nos invadió una gran satisfacción. El general miraba entre contento y curioso, como nos abrazábamos con la gente de la casa, como entregábamos nuestros fusiles, como nos descalzábamos a la entrada de la habitación e intentaba imitarnos.

El jefe de la casa abrió la puerta del cuarto de estar, la habitación con fuego, y nos invitó:

—Pasen, mi casa es su casa.

—Por favor, pase el primero, —le hice el honor al general—. Y entramos en la habitación. Verdaderamente era una maravilla no sólo para el general inglés sino también para nosotros, hijos de este país y de este pueblo. Después de una caminata tan agotadora por los bosques, a campo traviesa, entre la nieve y la ventisca, entramos en una habitación campesina, que hizo al inglés decir: «Qué es esta maravilla, ¿o acaso estoy soñando?».

El dueño de la casa me preguntó de dónde era este señor y qué lengua hablaba. Le presenté al general.

Al fondo, en una gran chimenea, ardía un fuego crepitante que calentaba e iluminaba toda la habitación. Habían encendido dos o tres lámparas de petróleo, y a la cabecera de la habitación habían tendido pieles de oveja blancas como la nieve, y almohadas para apoyarse con fundas limpias. En el centro de la habitación una gran alfombra de Dibra, mientras en las vigas del techo se alineaban como soldados en formación sartas de mazorcas de maíz colgadas una tras otra. No veía ni vigas, ni techo, sólo mazorcas de maíz a las que la luz del fuego daba el color y la luminosidad del oro.

«¡Esto es maravilloso! ¡Esto es el paraíso!» —murmuraba el general—, «ni en sueños podría imaginar una noche de navidad semejante».

—Sí, así son los hogares y los corazones de los albaneses sencillos, general —le dije—, son un verdadero paraíso, sin Demonio ni Dios como en el *Paraíso Perdido* de su Milton. Usted se acordará de los bellos versos llenos de inspiración de lord Byron. En su *Childe Harold* cantaba a las nobles virtudes de los albaneses. A propósito de Harold, escribe: Le acogiron en su hogar con el corazón abierto. Encendieron el fuego, se secaron sus ropas. Le ofrecieron lo que tenían. A esto le dicen amor humano.

—Si, señor Hoxha —dijo el general—, lo que Byron ha escrito sobre ustedes los albaneses, lo estoy viendo en la realidad, y en estos difíciles tiempos que atraviesa el mundo.

—General —le dije—, el recibimiento tan hospitalario del dueño de esta casa me recuerda mis lecturas sobre la vida de Byron. En un ambiente así languidecía en su lecho de muerte el gran poeta inglés que había ido a Grecia a combatir por la libertad del pueblo griego. Cuando, en torno a Misolonghi, combatían los arvanitas de los valientes capitanes albaneses, Marko Boçari, Kollokotroni y otros, en la habitación en que yacía el poeta servían y montaban guardia albaneses, suliotas.

—Me han conmovido sus palabras, señor Hoxha —contestó el general.

—Byron, en sus escritos, habla también de la

generosidad del pueblo albanés. Una vez, cuenta él en un pasaje, viajando por Albania le sorprendió la noche en una aldea y se vio obligado a refugiarse en una casa, donde fue recibido con gran cordialidad. Al día siguiente, antes de partir, Byron sacó dinero para pagar, pero su anfitrión indignado le dijo: «No, el albanés no quiere dinero, quiere amigos». Y Byron fue siempre un verdadero amigo de los albaneses.

El dueño de la casa puso la mesa según la costumbre de la región de Dibra. El general se incorporaba sobre sus rodillas, se llevaba la mano al corazón en señal de agradecimiento cada vez que el anfitrión le ofrecía cigarrillos o brindaba con su vaso. Nuestra fatiga desapareció inmediatamente. El general abría los ojos asombrado.

—¡¿No logro entender —dijo él—, si estamos aquí en una ciudad o en una aldea?!

—Estamos en una aldea cuyos habitantes han combatido por la libertad de generación en generación. Son pobres, pero cuando les visitan amigos o camaradas hacen lo imposible para tratarlos dignamente. Es así como nuestro pueblo conserva las tradiciones de sus antepasados.

—¡Qué extraña cultura es la suya —dijo el general—, qué gentileza!

Escuchando estas palabras del general me vino a la memoria otro episodio sucedido en esos tormentosos días y que los camaradas me habían

contado con detalle. Como ya he dicho, nos habíamos visto obligados a pasar la noche en el bosque de Okshtun. En torno a nosotros, por todos lados, el suelo estaba cubierto de nieve. A pesar de encontrarnos en medio del bosque, no encontramos leña seca por ninguna parte. Con gran dificultad conseguimos encender una hoguera arrancando girones de nuestras camisas. Un poco más allá, el grupo del general encendió también una hoguera. Pero, ¿qué había ocurrido? Uno de nuestros guías se había aproximado al fuego de los ingleses para calentarse, y el coronel Nicholls, manifestando la mezquinidad de su mundo, lo había echado con las palabras más ofensivas.

Así, en aquella fría noche de invierno, en aquella casa dibrana, olvidamos por algunos instantes las grandes dificultades de la guerra, hablando de literatura, de poesía y poetas, de enseñanzas de la historia.

Al día siguiente, mientras comíamos, vino nuestro entrañable compañero, el combatiente y escritor Haki Stërmilli, vestido de aldeano, con ropas viejas, de forma que resultaba difícil reconocerle. Le presenté al general.

—¿Usted ve a este hombre? Es escritor —le dije—. Dejó su casa, su familia, su tranquilidad y se lanzó a la lucha; no es comunista, pero si un gran patriota y demócrata revolucionario. Después del derrocamiento del Gobierno demo-

crático burgués de Fan Noli en 1924 por las fuerzas reaccionarias de Zogu, Haki Stërmilli se vio obligado a dejar su tierra natal y andar por Europa como exilado político. En Yugoslavia fue detenido por la policía y entregado al rey Zogu, que lo hizo encarcelar. La vida de la cárcel, los sufrimientos y las torturas padecidos allí, están narrados en su diario *La Cárcel.* Más tarde escribió una novela que ha alcanzado resonancia. *Si fuera varón* en la que trata de la doble opresión, en la familia y en la sociedad, de las mujeres albanesas y de su emancipación, las cuales, como Ud. ha podido constatar, hoy han empuñado las armas y se baten valerosamente codo con codo con los hombres. Este compañero abrazó plenamente las decisiones de la Conferencia de Peza y en la actualidad es miembro del Consejo General de Liberación Nacional, organizador de la Lucha de Liberación en esta zona, va de aldea en aldea, habla con los campesinos, les explica la importancia de nuestra lucha, les organiza, y ellos, inspirados en el ideal de la defensa de la Patria, se lanzan a la lucha contra los alemanes. Los nazis, junto con los cabecillas de la reacción de Dibra, lo persiguen, pero no pueden hacer nada contra él porque está estrechamente ligado con el pueblo, con los comunistas. Nos queremos como camaradas, como hermanos.

En compañía de Haki pasamos muy buenos

momentos. El le habló al general de la vida infeliz en que los feudales, los notables y la religión habían sumido al pueblo, le habló del régimen sanguinario de Zogu y le hizo una síntesis de su novela *Si fuera varón.*

La estancia en Okshtun fue verdaderamente agradable. La hospitalidad y el patriotismo característico de Dibra disiparon nuestra gran fatiga y olvidamos por unos momentos los pesados sinsabores de la guerra. Dormimos y descansamos a más y mejor. Pero, según las informaciones que me llegaban, la ofensiva alemana proseguía, apoyada por mercenarios de Fiqri Dine y de otros bajraktars. Era peligroso prolongar la estancia allí. Por ello decidimos partir hacia Kostenja. Me entrevisté con el general inglés y le dije que ascederíamos hacia algunas casas de Kostenja donde estaríamos más seguros, descansaríamos y con seguridad encontraríamos rápidamente el camino para continuar con nuestro plan.

Ascendimos así a los apriscos de Kostenja. Dejamos al general y a su estado mayor en una casa, y nosotros nos instalamos en la de Qazim Peshku, comandante de compañía del destacamento de Martanesh. Permanecimos allí varios días, reposamos y recuperamos fuerzas. Ahora el general no tenía de qué quejarse respecto a los víveres, nuestra retaguardia le abastecía bien con nueces, patatas, membrillos, jalea, carne y raki.

Nos pusimos en contacto con los camaradas del Partido y nuestras fuerzas en Shmil, Labinot, etc., y nos enteramos de que la campaña de los alemanes había finalizado sin éxito. Encomendé a los camaradas del Partido que notificaran a la I Brigada que pasara a Letme, Kostenja, Martanesh, Orenja y Shmil, limpiara estas zonas de alemanes y ballistas y viniera al encuentro del Estado Mayor General. Decidí que pasáramos de Kostenja a Shmil, para desde allí encontrar algún corredor en dirección a las zonas de Korça.

Informé al general de este proyecto y le pregunté si deseaba continuar la marcha con nosotros, en caso contrario podríamos encontrarle un refugio desde donde podría partir cuando él quisiera en dirección a la región de Korça. Me respondió que lo pensaría y que me daría a conocer su respuesta.

Entre tanto el camarada Sami Baholli y otros camaradas del Partido de esas zonas habían preparado en Shmil las bases para todos nosotros. De allí emprenderíamos nuestro nuevo itinerario. Sami nos hizo saber que todo estaba listo.

Después de terminar todos los preparativos para proseguir el camino a través de la nieve y el viento helado, fui a la casa donde se albergaba el general. Me senté. Me ofreció un cigarrillo y hablamos de nuestro plan. Estaba preocupado,

miraba al coronel y parecía como que le pidiera permiso.

—Que el coronel decida —me dijo. El coronel estaba sentado en una banqueta.

Riendo le dije: —Quiéralo o no el coronel... —y di una palmada en la rodilla de este último, pero antes de que terminara la frase lanzó un grito y se puso a gemir.

—Perdone —le dije—. ¿Le hice daño? ¿Qué tiene?

—Estoy muy enfermo, señor Hoxha —me respondió—. No puedo ni moverme. Temo que mi pierna se gangrene.

—Pero, coronel, ¿cómo es posible? — exclamé asombrado—. ¿Por qué no nos han avisado antes para que adoptáramos medidas urgentes? General, debemos salvar la vida del coronel, ¿nos permite actuar?

—Pero ¿qué pueden hacer?

—Primero le verá el doctor Dishnica, después yo pienso hacerlo transportar cuanto antes a Tirana donde tenemos a nuestros médicos —le respondí.

—¿Pero tienen esa posibilidad? —preguntó asombrado el general.

—En pocos días podemos hacerle entrar en Tirana y operarle inmediatamente —le dije.

Después de consultar con Nicholls, el general me dijo que nos agradecerían que lo hiciéramos

cuanto antes y que deseaban que el coronel se alojara en casa de uno de sus amigos, un bey de Jella, si no me equivoco.

—Como quieran —le respondí y sin pérdida de tiempo envié correos a los camaradas de la región de Mat y de Tirana para que organizaran el alojamiento y la operación del coronel. El general me agradeció el cuidado que mostrábamos por el coronel y la rapidez con que actuábamos para salvarle, y me dijo que en estas condiciones, hasta que sanara el coronel, no podría alejarse de las cercanías de Tirana.

—Es natural —le dije—. Entonces ustedes se quedarán con Baba Faja. No tardará en venir, si es que no ha llegado ya. Con él y con sus fuerzas, permanecerán ustedes aquí o se trasladarán a una zona próxima.

Vino Baba Faja y tomó contacto con el general. Nos despedimos. Le estreché la mano diciéndole: «Hasta la vista, en la zona de Korça». Pero ya no nos volveríamos a ver.

En aquellos días el teniente inglés Trayhorn se había entregado a los alemanes. Por lo visto les había revelado todo acerca del general, el lugar dónde se encontraba y su plan. Al día siguiente de nuestra partida, el 8 de enero, los ballistas de Aziz Biçaku y un pelotón de soldados alemanes se abalazaron sobre los apriscos de Kostenja donde se encontraban los guerrilleros y el

general inglés, con sus cuatro hombres. Los guerrilleros, al mando de Baba Faja, iniciaron el combate en todas direcciones. Este último a la vez que dirigía los combates, golpeando al enemigo para romper el cerco y penetrar en un bosque próximo, defendía al general y le abría paso. Gritando «cuiden del general», Baba Faja se batía en primera línea para cubrir la retirada. Junto a los guerrilleros Nicholls y otro oficial inglés luchaban por romper el cerco. Mientras combatían, los guerrilleros advirtieron que el general no caminaba con ellos. Algunos volvieron en su busca, pero quedaron asombrados al verle apoyado en el tronco de un árbol con una cinta de satén rojo en el pecho, que les intimaba, haciéndoles señas con la mano, a que se marcharan. Entre tanto, Frederik que combatía junto a Nicholls, escuchó al general que decía al coronel:

*—Go on. I'm hit. Yon take charge!**

*—Very good, sir, goodbye!*** —le había respondido el coronel.

Alemanes y ballistas cayeron muertos y muy pronto no se escucharon más disparos. El enemigo se retiró. Después de la batalla los guerrilleros advirtieron la ausencia del general inglés. Este, agotado, completamente desalentado, había arro-

---

* Váyanse, estoy herido. ¡Tome el mando!

** ¡Muy bien, señor, adios!

jado las armas y se había rendido sin disparar un solo tiro.

Recibí el informe del suceso en Shmil, cuando habíamos tomado todas las medidas y hecho todos los preparativos para emprender la marcha hacia la región de Korça. El general, que nos había aconsejado rendirnos, hacía tiempo que proyectaba su propia rendición y, habiendo encontrado el momento propicio, la puso en práctica.

A pesar de sufrir de las piernas, el coronel no se rindió, sino que rompió el cerco y se ocultó en el bosque, porque sabía la suerte que la Gestapo reservaba a un oficial superior del SOE. El propio general se lo había expresado a Frederik durante una conversación. Pero tuvo también otro motivo para no rendirse. Según una tradición del ejército inglés, cuando un superior cae prisionero, el oficial de rango inmediatamente inferior ocupa su puesto. De este modo, Nicholls sería automáticamente general y jefe de la misión inglesa en Albania, y así fue en efecto. Mas asumiría esta función sólo unos pocos días. Con las piernas gangrenadas, habiendo perdido todo contacto con el representante del Estado Mayor de nuestro Ejército de Liberación Nacional, encontró asilo en los alrededores de Tirana, a través del Balli Kombëtar y del Legaliteti, en la casa de un tal Toptani,

ballista y proinglés, donde, según supimos más tarde, murió, siendo enterrado en secreto.

Si los ballistas rodeaban al coronel de todo este cuidado era para disculparse ante los ingleses por haber entregado al general Davies a los alemanes. Sin embargo, los ingleses no condenaron públicamente a los ballistas, pues no querían que éstos quedaran desacreditados por completo y continuaron manteniendo relaciones con ellos. La granujada fue puesta al descubierto por los propios alemanes, quienes para mostrar que los ballistas estaban con ellos anunciaron ruidosamente la captura del general, llegando incluso a otorgar a Aziz Biçaku la «Cruz de Hierro».

Más tarde, cuando llegué al Sur, me informaron que los camaradas de Tirana habían hecho una tentativa de liberar al general inglés de las garras de la Gestapo, pero no fue posible, e incluso cuatro de ellos habían sacrificado sus vidas en el curso de esta acción.

En septiembre de 1944, el Mando del Primer Cuerpo del Ejército de Liberación Nacional me informó que los guerrilleros habían interceptado en la carretera Kukës-Prizren a tres peligrosas espías alemanas. Por medio de un radiograma muy urgente di a los camaradas la instrucción de intentar canjear a sus prisioneras por el general Davies. El mando alemán respondió que el ge-

neral, consultado al respecto, había rehusado que se llevara a cabo tal cambio.

Nosotros cumplimos con nuestro deber hacia él, pero el general Davies prefirió la cautividad alemana a la libertad junto a los guerrilleros en las montañas de Albania, donde habría tenido que soportar junto a ellos innumerables sacrificios[1].

Este fue el vergonzoso fin de un oficial superior inglés, agente del Intelligence Service, el general Davies.

Con seguridad, si el general inglés, prisionero de los alemanes, rehusó el intercambio que le propusimos, es porque había recibido de Londres instrucciones de discutir con ellos acerca del porvenir de Albania, que preocupaba extraordinariamente a Londres. En la descripción de los acontecimientos he presentado hechos que ilustran esa preocupación.

---

1 El propio Davies en su libro *Aventura Iliria,* afirma que en el campo alemán de prisioneros de guerra la navidad era «más agradable que la última navidad, en que combatíamos contra la tempestad en la cima de una montaña, sin víveres y extraviados». *(Brigadier «Trotsky» Davies, «Illyrian Venture», The Bodley Head, London, 1952,* p. *219).*

IV

MUSTAFA GJINISHI, EL HOMBRE DE LOS INGLESES

Los dos Mustafa. Kaçaçi, fiel hijo del Partido. Los lazos y los encuentros de Gjinishi con los «nacionalistas». La respuesta de Babë Myslim. El «plan» sobre el bajrak Peqin-Darsi. Una «valiosa» proposición: «Enviemos representantes a Londres». La BBC — el ras Tafari. El relato de Tafari: «Cungu me puso en contacto con el consulado turco». Con el documento de la traición en la mano.

Yo no había conocido a Mustafa Gjinishi, ni tampoco había oído hablar de él, no sabía quién era, dónde vivía o a qué se dedicaba antes de la ocupación de Albania por Italia. Había oído hablar bien de su padre. Demócrata, fanolista*, adversario de los beyes, de Vërlaci y de Zogu, había muerto

* Adepto de Fan Noli.

a manos de ellos. Había sido amigo de Myslim y Shyqri Peza, quienes, enemistados con los Vërlaci y los demás beyes, eran, por eso, objeto de continuas persecuciones, unas veces encarcelados, otras huían al monte o se veían forzados al exilio en Yugoslavia. Yo ignoraba que ese demócrata, perseguido y finalmente asesinado por la gente de Vërlaci, tuviera un hijo, llamado Mustafa, que había estudiado en la Escuela Técnica americana de Tirana.

Después de la ocupación de nuestro país por los italianos, Mustafa Gjinishi, junto con Mustafa Kaçaçi y Abaz Kupi, entró en Albania desde Yugoslavia. Naturalmente entraron clandestinamente, pasando la frontera por Dibra, si no me equivoco. Se pusieron en contacto con Haxhi Lleshi, que estaba en la ilegalidad, y vinieron a Tirana, de forma igualmente clandestina. Mustafa Gjinishi estableció contacto con Myslim Peza, que estaba perseguido por los italianos y que también había pasado a la clandestinidad.

A Mustafa Kaçaçi tampoco lo había visto nunca, pero había escuchado su nombre y oído hablar de su lucha contra el régimen de Zogu. Kaçaçi había sido uno de los dirigentes de la insurrección de Fier en 1935. Fue condenado a muerte como demócrata y antizoguista, y mantuvo una excelente actitud frente al tribunal. Posteriormente se le conmutó la pena y, después de permanecer cierto tiempo encarcelado, fue liberado y

huyó a Yugoslavia con la ayuda de sus amigos y compañeros. En la emigración simpatizó con el comunismo y se decía comunista. Gjinishi asimismo decía «soy comunista».

Después de cierto tiempo me entrevisté con los dos Mustafa. El Partido no se había formado todavía y yo establecí contacto con los dos en nombre del Grupo de Korça. En aquel entonces yo no había pasado todavía a la clandestinidad.

Durante mi primer encuentro con estos dos camaradas, conversamos sobre la situación del país y la lucha que debíamos organizar contra los ocupantes. Les hablé brevemente, sin entrar en detalles (sin mencionar sobre todo la organización de nuestro grupo de Korça) acerca de los desacuerdos entre los grupos comunistas. Les expliqué los puntos de vista erróneos de los otros grupos, naturalmente poniendo de relieve que la línea de nuestro grupo era justa, que era verdaderamente comunista, que nuestro grupo estaba ligado al Komintern, etc., etc.

—Nosotros estamos por la lucha contra el ocupante —les dije.

—También nosotros —dijeron ellos— estamos por la lucha, para ello hemos venido y queremos ligarnos con vuestro grupo.

Yo, desde luego, me alegré y acepté también que establecieran contacto con los dirigentes de los demás grupos y tratasen de convencerles de

que nos pusiéramos de acuerdo. Ellos me lo prometieron, pero no lograron nada.

Con Kaçaçi me entrevisté varias veces, él me informaba y finalmente me dijo:

—Escucha Enver, con Qorri (Anastas Lulo) no se puede hacer nada, por eso desígname mi trabajo, mi célula y los contactos. Ten en cuenta mi pierna (cojeaba), no puedo correr y puedo ser descubierto.

Kaçaçi era excelente como hombre, como comunista. Era sincero, se unió al Grupo de Korça y cuando se fundó el Partido, se hizo militante suyo. Más tarde fue nombrado comisario político del batallón guerrillero de Mat, y combatió y dirigió como un comunista resuelto hasta caer luchando heroicamente por la liberación de Kruja. Después de la Liberación, el Partido le otorgó el alto título de «Héroe del Pueblo».

Todo lo contrario ocurría con Mustafa Gjinishi, sin hablar ya de Hasan Reçi. Este último también se hacía pasar por comunista, aunque jamás confiamos en él. Era charlatán, mentiroso, un tipo muy sospechoso. El tiempo lo confirmó plenamente. Era agente de los anglo-americanos y después de la Liberación fue desenmascarado y condenado.

Pero volvamos a Mustafa Gjinishi. Era un hombre inteligente, dinámico, activo, pero presuntuoso, hermético ante nosotros y poco sincero.

Hablaba con grandes gestos para darse importancia. Quería demostrar que tenía vínculos con Myslim Peza y gran influencia sobre él, así como con numerosos círculos «nacionalistas», antifascistas, y daba a entender que en estos círculos su palabra y sus consejos eran tenidos en cuenta. No nos decía nada concreto. Más tarde descubrimos dónde estaban y cuáles eran sus «bases y apoyos».

Supuestamente en la clandestinidad, recorría toda Tirana, con gafas negras, traje azul, unas veces con sombrero, otras con bombachos y gorra, otras con una gabardina blanca y una cartera negra en las manos, en la que llevaba papeles, una pistola turca y dos bombas yugoslavas. Nuestra gente nos informaba que tenía entrevistas con Irfan Ohri, Lumo Skëndo, Sheh Karbunara, Kamber Qafmolla, Abaz Kupi, etc. Se veía con toda clase de gente: beyes, algunos de los cuales estaban abiertamente vinculados a los ocupantes, otros aún no lo estaban en aquella época, unos «candidatos», otros «simpatizantes» de nuestro movimiento, y otros todavía, anticomunistas natos y acérrimos. Qué discutía, qué intrigaba Mustafa con ellos, también más tarde cuando se fundó el Partido, incluso después de ser admitido en sus filas, poca cosa concreta nos decía.

Antes de la fundación del Partido habíamos logrado crear con los diversos grupos una especie de comisión de enlace para la organización de

acciones conjuntas y recuerdo que en una reunión de esa «comisión» a la que asistíamos Vasil Shanto, Anastas Lulo y yo, convocamos también a Mustafa Kaçaçi y Mustafa Gjinishi. En la reunión propuse que organizáramos una manifestación por las calles de Tirana, precisamente aquel día que más tarde sería evocado como el día de la gran manifestación de Tirana y en el que nos enfrentamos en la plaza de los ministerios con las fuerzas del ocupante. Anastas fingió no oponerse a mi propuesta, pero no dejó de invocar la «teoría de los cuadros», así como las expresiones «el enemigo nos descubrirá y nos golpeará», etc., y solapadamente encargó a Xhepi (Sadik Premte) sabotearla. Vasil, un camarada valiente, proletario, que desde la fundación del Partido militó como un comunista resuelto en sus filas hasta caer en cumplimiento de su deber, se pronunció a favor inmediatamente, «pero, dijo, debo consultar con los camaradas», y no tardó mucho en traer una respuesta positiva. Mustafa Gjinishi empezó a hacer retórica y demagogia y a crear confusión, a fin de que no se adoptara ninguna decisión. Entonces le pregunté directamente:

—¿Tú estás por la manifestación o no?

—Comparto el punto de vista de Vasil—dijo.

—Pero Vasil da algunas razones —le dije—, irá a consultar a los camaradas, pero tú ¿con qué

camaradas vas a consultar? Por lo que yo sé y por lo que me has dicho, formas parte de nuestro grupo y por tanto debes someterte a su disciplina.

—No —dijo Mustafa encolerizado—, tengo el derecho de tener mi opinión incluso fuera de la disciplina del grupo, tengo una serie de amigos nacionalistas que ayudan a la lucha y a los que no debemos exponer tan rápidamente. Debemos prepararnos aún más.

—Entonces, Mustafa, exprésate más claramente —le dije—, tú no estás ni con nosotros ni con Vasil. Si Myslim Peza hubiera seguido tus consejos no se habría enfrentado con las tropas del ocupante. Pero lo queráis o no Xhepi y tú, organizaremos esta manifestación y uniremos nuestros esfuerzos a los de Myslim Peza.

Mustafa Kaçaçi se me adhirió inmediatamente y le dijo a Gjinishi:

—Mustafa, no andes con trucos como los que has utilizado cuando estábamos en Yugoslavia. Hemos venido aquí para luchar contra los invasores de nuestro país.

Gjinishi, rojo de cólera, se puso en pie y le replicó:

—No me ofendas, no te permito que me ofendas. Yo estoy a favor, pero debemos tener cuidado porque pueden disparar contra nosotros. ¿Qué quieres decir con los trucos que he utilizado en Yugoslavia?

Intervine impidiendo el giro que adquiría la conversación y nos separamos.

La manifestación se llevó a cabo. A pesar de que los cabecillas del grupo de «Los Jóvenes» estuvieron en contra, la base de los tres grupos se lanzó a la manifestación, salió a las calles sin vacilar y se enfrentó con la milicia y los carabineros del ocupante.

Transcurrió bastante tiempo, repleto de acontecimientos históricos, siendo el principal de ellos la fundación de nuestro Partido Comunista y nuestra lucha por su construcción y consolidación, por la unidad y la liquidación del espíritu y los métodos de trabajo anticuados de los grupos. El Partido, con dinamismo, con heroísmo, se lanzó a la lucha y a la acción, elevando considerablemente su prestigio entre el pueblo y la confianza de éste en él. Los cabecillas trotskistas con ideas malsanas, como Qorri, Xhepi y los del grupo «Zjarri» se aislaban paso a paso.

Cuando fue creado el Partido, convoqué a Mustafa Gjinishi para que informara sobre su actividad, de la misma forma que hicieron los demás miembros de los grupos que formaron el Partido.

— Sé que tú, Mustafa, nada más llegar, te «uniste» al Grupo de Korça, pero ahora que se ha creado el Partido, desde el momento en que dices ser comunista, comprenderás que debes informarnos sobre tus lazos con diversas personas,

sobre el trabajo que has realizado con ellas, de forma que el Comité Central pueda juzgar sobre tu actividad y sobre tí mismo, y cómo se debe actuar más tarde, es decir, para que se te den directrices — le dije.

Se vio en un aprieto y recuerdo esta respuesta:

—Camarada Enver, yo soy comunista, pero no me habéis dado contactos, aunque mantengo relaciones con numerosos camaradas del Partido y trabajo con ellos.

—Vas por un camino equivocado —le dije—, y debes cortar inmediatamente los lazos organizativos con los demás camaradas, porque ya hemos acabado de una vez para siempre con ese método de trabajo de grupo. No es cierto que te hayas quedado sin contactos. Los tienes conmigo, eso te lo he especificado mucho antes, sin embargo tú has preferido mantener lazos con todos. La disciplina del Partido y sus rigurosas reglas en estos momentos de guerra no permiten semejante práctica.

—¿Aún necesitáis pruebas sobre quién soy? —me preguntó.

—Justamente —le dije— te he llamado para que conversemos juntos sobre el trabajo que has hecho, para que podamos conocerte mejor, y que sea el Comité Central quien juzgue.

Se vio obligado a explicarme algo, poniendo el acento sobre la lucha de Myslim Peza, que

nosotros ya conocíamos suficientemente bien. Pero Mustafa quería evitar rendir cuentas ante el Partido, a la vez que se esforzaba por darnos a entender que era él quien «dirigía» a Myslim Peza y que si nosotros veíamos de forma distinta la cuestión de Mustafa, ¡los lazos del Partido con Myslim Peza se pondrían en peligro!

La impresión que obtuve de él en este encuentro fue mala, pero a pesar de ello yo debía andar con cuidado. Era indispensable descubrir enteramente la actividad de Mustafa Gjinishi y eso requeriría tiempo. En aquel período yo no sospechaba en lo más mínimo que Mustafa Gjinishi estuviese ligado a los extranjeros, pero no era comunista, era un nacionalista ambicioso, aventurero y podía poner seriamente en peligro nuestra causa si no éramos vigilantes y no frenábamos su actividad desordenada. Nos despedimos medio amigos de aquel encuentro, pero estaba claro, y ambos lo comprendíamos, que ninguno de nosotros había quedado satisfecho del otro.

Tenía que continuar trabajando con él pacientemente, y ello no porque nos amenazara con que sin él se ponían en peligro los lazos del Partido con Myslim Peza, puesto que esos lazos eran fuertes y sinceros y nosotros los templaríamos aún más, sino porque queríamos frenarlo en sus errores y aventuras y hacer de él un buen combatiente por la causa de la liberación. Para ello, Myslim Peza por su cuenta, y nosotros con él,

debíamos esforzarnos por conocer mejor a Mustafa. No debíamos subestimar las tradiciones de amistad familiar entre los Peza y los Gjinishi y la simpatía de Myslim hacia Mustafa, como el hijo de su amigo, como «combatiente» antiitaliano y como comunista que pretendía ser. Mustafa tenía el don de la palabra, quería estar al tanto de todo y podía llegar a ser para Myslim, por decirlo así, un «periódico» o una «crónica». Temía que eso sucediera, pero tenía gran confianza en el fuerte carácter y en la rectitud y sencillez de Myslim Peza. Y no me equivoqué.

Retomemos nuevamente a Mustafa Gjinishi. Naturalmente, no tengo por objeto describir detalladamente aquí su vida y su actividad a lo largo de la Lucha de Liberación Nacional, sólo deseo evocar algunos acontecimientos y hechos de aquel tiempo, que nos hicieron enfrentamos a su actividad hostil dirigida contra el Partido y el poder popular de liberación nacional.

Una noche, poco después de la fundación del Partido, cité a Mustafa Kaçaçi en una base clandestina de Tirana. En ese momento los dos luchábamos en la clandestinidad. Conversé con él. Le pregunté sobre Gjinishi y le pedí que me hablara francamente, como comunista, poniendo sinceramente de relieve que el Partido estaba convencido de los sentimientos antifascistas de Gjinishi y de su determinación de combatir al ocupante.

—El pretende ser comunista y se presenta como tal en todas partes y con quienquiera que se encuentra, pero —le dije—, no estamos convencidos de ello y aún debemos ponerlo a prueba para aceptarlo en las filas del Partido. Gjinishi se muestra muy indisciplinado en el cumplimiento de las reglas y las directrices del Partido, trabaja a su antojo, no nos informa sobre sus relaciones y sobre la actividad que realiza y nos ha sucedido con frecuencia que cuando tratamos de entrevistarnos con elementos patriotas, nos dicen: «No hace falta, ya tenemos contactos con Mustafa Gjinishi». ¿Puedes decirme tu opinión sobre estas características que he logrado formular sobre el carácter y el método del trabajo de Mustafa Gjinishi? —le dije a Kaçaçi—, porque también puedo equivocarme, tú le conoces mejor, le has conocido también en la emigración.

Kaçaçi me respondió brevemente:

—En líneas generales no te equivocas. Gjinishi es activo, apto para las combinaciones, no cabe duda alguna que es antifascista y antiitaliano, tiene deseos de combatir, pero a su manera. Cuando estábamos en Yugoslavia actuaba del mismo modo. Estaba en todas partes. Nos veía poco y se entrevistaba con todo aquel que fuera antizoguista, independientemente de quien fuera, bey, aga, albanés o funcionario yugoslavo. Estaba al corriente de todo, tenía también más dinero, mientras nosotros a duras penas conseguíamos

llegar a fin de mes con préstamos de uno y otro lado. Un día vino y me dijo que pasaríamos juntos clandestinamente a Albania, porque allá se había iniciado el trabajo contra el fascismo.

—¿Cómo y por dónde iremos? ¿Quién nos ayudará a pasar la frontera? —le dije.

—No te preocupes —respondió—, me he entendido con Gani Beg Kryeziu. Su gente nos introducirá en Albania y una vez allí podremos encontrar la forma de ponernos en contacto con Aqif Lleshi, Haxhi Lleshi y otros. En cuanto al dinero no te inquietes, he conseguido algo del «Comité» y el resto de Gani Beg.

—Eres formidable, Mustafa le dije —seguía contando Kaçaçi—, lo principal es que regresemos a Albania y muramos allá, en nuestro país, porque aquí, en el extranjero, nos consumimos de aburrimiento. Y partimos. Debo decirte, camarada Enver, que, antes de atravesar la frontera, Gjinishi me dio una bolsa de napoleones de oro, para que la guardara en la alforja de mi mula y, cuando entramos en la patria, la volvió a coger diciéndome: —Este dinero nos servirá para financiar la guerra. Te lo habrá contado —finalizó Kaçaçi.

—¡No —le dije—, lo habrá olvidado o tal vez no tuvo ocasión! Pero esto me escoció. ¡Mustafa Gjinishi había venido del extranjero con oro! ¿Quién se lo había dado? ¿Qué lazos tenía con el feudal Gani Beg Kryeziu, y quién estaba

detrás de esto? ¿Era la reacción servia o los ingleses? Podía no ser ni uno ni otro «...tenía también más dinero, mientras nosotros a duras penas conseguíamos llegar a fin de mes con préstamos...» me había dicho Kaçaçi. ¿Qué debíamos hacer? Había que andar con prudencia y con mucha vigilancia, porque Gjinishi era un zorro.

La lucha del Partido y del pueblo contra los ocupantes y los quislings se agudizaba cada vez más y se ampliaba tanto en la capital como en las demás ciudades. El destacamento de Myslim se reforzaba con comunistas y crecía con guerrilleros procedentes de la ciudad y de las aldeas de Peza. Myslim, ligado estrechamente al Partido, resistía heroicamente. Cuando yo iba con él a diversas aldeas, Babë hablaba con convicción sobre el Partido y el comunismo. Pesa se había transformado en un centro de combate importante para nosotros y muy peligroso para los ocupantes y el quisling Vërlaci.

Paralelamente a la lucha contra los ocupantes y los traidores, el Partido, a través de sus miembros o de otras personas designadas por él, desarrollaba simultáneamente conversaciones y encuentros con personas conocidas, de pasado antizoguista, con «nacionalistas», tal como los llamábamos nosotros. Sondeábamos sus posiciones políticas, su influencia y sus círculos, así como las posibilidades de lanzarlos contra el

ocupante, de ligarlos al Partido en la lucha por la liberación del país.

A pesar de que todavía no lo habíamos admitido en el Partido, habíamos encargado también a Gjinishi que se ocupara de esa labor, supuestamente adecuada para él. Unas veces nos informaba, otras no, pero no renunciaba a su táctica. Veía con celo el hecho de que Myslim, en el que había depositado muchas esperanzas, estuviese estrechamente ligado al Partido a través de mí y de Qemal Stafa. Veía que Babë nos quería y que nosotros le apreciábamos mucho, le respetábamos, le consultábamos, le manteníamos al corriente de todo, independientemente de que no fuera todavía miembro del Partido Comunista.

Gjinishi comenzó a reaccionar frente a estos vínculos: sus visitas a Peza eran más frecuentes y prolongadas y se esforzaba por confundir a los camaradas. Estos nos informaban de ello, pero nosotros les aconsejábamos que fueran pacientes y continuaran teniendo cuidado.

Los lazos y los encuentros de Gjinishi con los «nacionalistas» no sólo no daban ningún resultado, sino que estaban en oposición al patriotismo ardiente y puro de Myslim Peza. Este estaba unido en la vida y en la muerte a los campesinos pobres y odiaba a los beyes y a los intrigantes. Precisamente muchos de éstos eran los «nacionalistas» de Mustafa Gjinishi y de Shyqri Peza.

Mustafa y Shyqri se entendían con ellos a las mil maravillas y trataban de aprovechar, a su modo, sus lazos con Myslim. Los dos, en sus charlas, nunca dejaban de hablar de Irfan Ohri, Qazim Mulleti, de los beyes de Ndroq, a los que Myslim detestaba. Mustafa tenía relaciones íntimas con el aga Petrela, y tenía como base su casa en Tirana. Este aga estaba secretamente vinculado con los beyes de Ndroq y con otros enemigos de Myslim.

Todas esas actividades y posiciones de Mustafa no aumentaban sino que hacían decrecer la confianza de Babë en él. He aquí un suceso, entre muchos otros.

Qemal y yo, guiados por un correo guerrillero, el fiel campesino Rat Mëçalla, salimos de Tirana en secreto, ya que los dos éramos clandestinos, rumbo a Peza. Fuimos a Durakje donde se encontraba Myslim. Debíamos discutir con él sobre la necesidad de reforzar el papel dirigente del Partido en su destacamento, de la reorganización de éste, de la designación del comisario político, del suministro de armas, vestimenta, etc. Nos sentamos los tres en torno al hogar y planteamos la cuestión. Myslim nos escuchó y nos dijo: «Estoy de acuerdo con el Partido, haremos como dice. Tomen las medidas necesarias lo más pronto posible». Atardecía. Era un día espléndido, hacía frío y el fuego del hogar resultaba muy agradable. Babë levantaba de vez en cuando la

cantimplora de rakí, bebía y nos ofrecía a nosotros, que le imitábamos, más por acompañar los sabrosos pimientos fritos en vinagre, que por el rakí.

Cuando ya habíamos terminado, entró en la habitación un guerrillero y dijo:

—Babë, han venido Shyqri y Mustafa.

—Que entren, ¿a qué esperan? —dijo Myslim.

—Saldremos nosotros —dije yo—, podéis tener alguna cosa que tratar.

—No, dijo Myslim, yo no tengo asuntos que vosotros no debáis conocer, o sea que no os mováis.

Cuando entraron, nos dimos la mano y junto con Qemal me aparté a un lado del hogar, cerca de Myslim.

A Shyqri Peza no le gustó que estuviéramos allí. Lo notamos en la expresión de su cara. Shyqri era tan corpulento como delgado Myslim, de cabeza y cara grandes, de pelo tan largo que llamaba la atención, de anchas espaldas y vestido con bombachos que le hacían parecer de edad superior a la que en realidad tenía. Era inteligente, pero de un carácter completamente opuesto al de Myslim.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Myslim dirigiéndose a Shyqri, que estaba calentándose las manos junto al fuego.

—Vengo de Tirana, Myslim. Me encontré con Mustafa en Pequeña Peza y vinimos juntos aquí.

— ¿Qué novedades traes de Tirana? —preguntó de nuevo Myslim.

—Irfan bey Ohri te envía sus saludos —dijo Shyqri—. Se ha entrevistado con Qazim Mulleti. Qazim e Irfan quieren verte en el lugar que tú elijas, para conversar abiertamente, porque ni uno ni otro quieren que los italianos ataquen e incendien Peza, pero a condición de que tú tampoco hostigues a los italianos.

— ¿Y tú cómo has respondido? —preguntó Myslim tranquilamente.

Qemal y yo escuchábamos atentamente.

—No podía darle ninguna respuesta, pero Mustafa y yo opinamos —continuó Shyqri— que no estaría mal que les vieras.

—No se trata, naturalmente, de deponer las armas —precisó Mustafa.

Entonces Myslim, encolerizado se irguió sobre las rodillas y dijo tajantemente:

—Si queréis, id vosotros, Shyqri Peza y tú Mustafa Gjinishi, a entrevistaros y conversar con los traidores, pero no volveréis a poner los pies en mi casa. Decidles que vengan con el ejército si quieren, voy a esperarles con el fusil.

Abracé a Myslim y Qemal hizo lo mismo.

Le tranquilizamos. Shyqri estaba aturdido, y Mustafa había bajado la cabeza.

—No se debe hacer nunca una cosa semejante, señor Shyqri —le dije—. Ni Babë Myslim ni nuestro Partido podrán admitir nunca tal cosa. Estamos plenamente de acuerdo con Babë, pensamos que Ud. Shyqri no ha madurado bien esa idea, es errónea y estamos convencidos de que renunciará a ella. Mustafa debería haberle aconsejado rechazar esa proposición de los traidores antes de llegar aquí.

Para calmar la situación me dirigí a Babë Myslim:

—Esperemos —le dije— que Shyqri Peza, que es nuestro hermano, no cometa de ahora en adelante semejantes errores ni se separe de tí.

A Mustafa le llamamos aparte y le criticamos severamente. Hizo una cierta autocrítica y pensamos que en adelante lo tendría en cuenta. Participó en algunas acciones con la guerrilla de Peza contra los italianos y se le encomendó acompañar a Kajo en algunos atentados peligrosos contra espías. En ese sentido Mustafa Gjinishi no parecía miedoso.

Los puntos de vista y las posiciones políticas de Shyqri Peza, hermano de Myslim, eran vacilantes, él no era decidido y combativo como su hermano, pero su hija y su yerno, Kajo Karafili, estaban unidos a Myslim, al Partido y a la Lucha. Así que a partir de ese momento Shyqri no se separaba de su hermano y de nosotros y seguía a Myslim paso a paso. Cuando yo iba a Peza,

salía para estrecharme la mano y pasaba algún rato conversando conmigo. Cuando organizamos la Conferencia de Peza, Shyqri, naturalmente, no participó en ella, pero se quedó en Peza, apartado, sin inmiscuirse. Durante un intervalo, entre las reuniones, salió de su casa, nos dio la mano y se sentó en una banqueta cerca de mí. Podía haberse sentado junto a Abaz Kupi, pero no lo hizo por respeto a Myslim y por solidaridad con él ante los ojos de los extraños. Pensé que por lo menos lo habíamos neutralizado. Le pregunté:

—¿Qué piensas tú, Shyqri Peza, de lo que estamos haciendo?

Me miró fijamente y dijo:

—Desde el momento en que Myslim está de acuerdo con ello, yo también estoy de acuerdo.

—Te lo agradezco, Shyqri Peza —le dije—, porque la lucha contra el ocupante italiano necesita el apoyo de todos los albaneses de verdad.

Shyqri Peza cayó durante un enfrentamiento del batallón de Peza con los ocupantes.

Mustafa Gjinishi nos exigía constantemente a mí y a los camaradas que le admitiéramos en el Partido. Los camaradas le decían: «Necesitas la aprobación de Enver, con el cual tienes contacto, sólo él puede darte la recomendación». Pero yo vacilaba.

—Mustafa —le dije un día—, tú tienes tus

aspectos positivos, pero al mismo tiempo tienes muchos negativos, que no he cesado de señalarte desde hace tiempo y como camarada. El Partido requiere personas sencillas, disciplinadas y francas. Si me das tu palabra de que vas a corregirte, yo puedo dar la recomendación. Me dijo que sí y me prometió que mantendría la palabra.

Así que Mustafa Gjinishi fue admitido como miembro del Partido en la organización de Peza.

Después de obtener su admisión en el Partido, Mustafa Gjinishi se entregó a la labor para ¡encaramarse a su dirección! Aquí y allá manifestaba su descontento por no formar parte del Comité Central o de algún comité regional. Murmuraba con los demás diciendo: «¿Por qué sólo los Obreros pueden entrar en el comité y los intelectuales no?». A fin de ganarse a los nacionalistas y estimular entre ellos el descontento hacia el Partido, criticaba las proclamas que distribuíamos pretendiendo que ¡no contenían suficiente nacionalismo!

Tanto éstas como otras actuaciones de Mustafa Gjinishi fueron golpeadas en la Primera Conferencia Consultiva de Activistas del Partido (12-14 de abril de 1942).

Estaban sucediendo grandes acontecimientos. Se habían desarrollado los trabajos de la histórica Conferencia de Peza, donde se echaron las bases políticas y organizativas de la unión

del pueblo albanés en el Frente Antifascista de Liberación Nacional y los fundamentos del poder popular. La Lucha de Liberación Nacional se ampliaba. Peza fue atacada. Precisamente dos días antes del ataque fascista, Mustafa y yo, cargando sacos de octavillas, salimos de allí y entramos en Tirana. Nos detuvimos en una vieja fonda que fue una de nuestras bases, dejamos allí las octavillas y nos fuimos rápidamente, porque allí cerca de donde estaban los cuarteles de los italianos, percibí movimientos en nuestra dirección. La fonda fue atacada, el dueño detenido y las octavillas descubiertas. Nako Spiru junto con algunos camaradas habían partido de Peza rumbo a Durrës. En el camino chocaron con las tropas italianas que marchaban sobre Peza y fueron hechos prisioneros.

Alrededor de dos meses más tarde, como reacción contra el Frente de Liberación Nacional, fue creado el Balli Kombëtar, organización de la reacción, de los seudodemócratas, de los beyes y agas pretendidamente liberales, que habían comido en el pasado en todo tipo de pesebres y que ahora, unos abiertamente, otros por el momento indirectamente, estaban ligados al ocupante italiano y a los quislings en el poder encabezados por Mustafa Kruja. El Balli Kombëtar hizo público su programa contra el Partido Comunista de Albania y contra el Frente Antifascista de Liberación Nacional al que calificaba de

«máscara del Partido Comunista». Sus cabecillas lanzaron el «decálogo», que circulaba libremente y que predicaba guerra a la Lucha de Liberación Nacional y a las acciones armadas. A pesar de ello, nuestra Lucha contra los ocupantes había adquirido un gran impulso en todo el país. El Partido Comunista se había convertido en el inspirador y abanderado de la liberación.

Llegó la primavera de 1943 y con ella comenzaron a venir a Albania las primeras misiones «militares» inglesas.

Con la llegada de la misión inglesa, Mustafa Gjinishi se infatuó como un gallo de corral, a pesar de que tanto él como ellos guardaban las apariencias. Mustafa, el «sonriente», el «interesante» y el «sincero», como decían de él los ingleses, tenía la ventaja de hablar inglés. Incluso cuando estaba presente alguno de nosotros, que sabíamos francés pero no inglés, Mustafa podía hablar libremente con ellos o traducía como mejor le pareciera. Eso no me gustaba, ¡pero qué le íbamos a hacer! Intentábamos encontrar relación entre algunos encuentros de los ingleses con personalidades «nacionalistas» y los que anteriormente había efectuado Mustafa con esos elementos, ahora ligados abiertamente con el Balli Kombëtar, pero a pesar de ello todavía no habíamos encontrado el hilo del ovillo.

En Londres, con la ayuda de los ingleses, se

había creado un especie de gobierno francés llamado «Comité de la Francia Libre» encabezado por De Gaulle; allí estaba también la «sede» del «gobierno» del rey Pedro, el rey sin reino de Yugoslavia, que antes de la invasión alemana se había dado a la fuga, la del «gobierno» holandés, la del «gobierno» belga, etc. También el «gobierno» en el exilio del rey Pablo de Grecia se encontraba bajo el paraguas protector de los ingleses. Londres, junto con los reaccionarios y los traidores albaneses, se esforzaba también por crear un gobierno monárquico de Albania dentro o fuera de ella. Al parecer, la restauración de la monarquía estaba en el centro de sus objetivos, ya que imaginaba que el pueblo albanés se «moría» por ella y por aquel criminal de Zogu.

Estos eran los cartuchos que guardaba en el cinturón el Intelligence Service inglés para utilizarlos contra los pueblos en lucha. Nosotros debíamos pues mantener muy en alto la vigilancia frente a las maniobras de los británicos.

Pese a sus esfuerzos no consiguieron crear un gobierno de Zogu en el exilio. Su fracaso se debió a la lucha dura, clarividente, resuelta e intransigente de nuestro Partido. Esto fue lo fundamental.

Después estaba también la cuestión griega. El gobierno griego en el exilio tenía pretensiones sobre Albania del Sur y no reconocía el statu quo anterior a la ocupación. La creación del go-

bierno real albanés en el exilio sería considerada como un golpe del gobierno británico contra esta pretensión[1]. La Gran Bretaña tenía en esa época relativamente más interés en Grecia que en Albania. Pero esto no significaba que hubiese renunciado definitivamente a Zogu[2] para utilizarlo para sus planes.

Semejantes maniobras de los ingleses con vistas a la creación del gobierno en el exilio y la restauración del régimen de Zogu contra la voluntad del pueblo eran muy peligrosas. Un pueblo como el nuestro, con una historia llena de sufrimientos, que había pasado las más duras pruebas, sabría muy bien, bajo la dirección del Partido Comunista, defender sus derechos frente a quienquiera que se atreviese a urdir maquinaciones a sus expensas; sería capaz de decidir por sí mismo el modo de gobierno que le proporcionaría las libertades y los derechos democráticos.

---

1 A propósito del reconocimiento de un gobierno de Zogu en el exilio, en un documento, N° E 48 del Foreign Office, se puede leer: «Con toda seguridad ocasionaría un grave perjuicio a nuestras relaciones con el gobierno griego». *(FO 371/37138-3690. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

2 A. Dew del Foreign Office escribía, entre otras cosas, al secretario de la asociación anglo-albanesa, el 9 de agosto de 1944:

«2 La sugerencia de reconocimiento de un gobierno albanés en el exilio está en continuo estudio, pero no se considera que haya llegado el momento oportuno». *(FO 371/43555-3278. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

El menor error en este sentido y lo veríamos todo comprometido, tal como sucedió con el Partido Comunista de Yugoslavia, el Partido Comunista Francés, el Partido Comunista Griego y muchos otros partidos comunistas que lo perdieron todo. Los ingleses tenían dispuestos a Ahmet Zogu, Abaz Kupi o los Kryeziu. Pero nuestro Partido dio prueba de determinación, de vigilancia ejemplar y de madurez política marxista-leninista, de fidelidad al pueblo y a su propia ideología, el marxismo-leninismo, no hizo ninguna concesión a los ingleses e hizo añicos sus planes.

En un encuentro con el jefe de la misión británica, general Davies, estaba acompañado por Mustafa, que en esa ocasión servía también como intérprete.

En el camino, cuando regresábamos a nuestra base a través del bosque, éste me dijo:

—Nosotros desarrollamos una lucha heroica y llena de sacrificios pero nadie se entera de ello en el extranjero, mientras que los yugoslavos cuentan con su propia estación, que habla seguramente desde Moscú.

—Qué le vamos a hacer, Gjinishi —le dije—, en ese terreno sólo Moscú puede hablar de nosotros, pero no tenemos aquí misión soviética.

No obstante, nosotros continuaremos la lucha, y el mundo se enterará al final de la gran-

deza de la lucha que nuestro pueblo ha llevado a cabo bajo la dirección del Partido.

—Así es —dijo Gjinishi—, estos ingleses que tenemos aquí no nos ayudan, puede ser que tengan órdenes, pero también pueden ser gente lerda, sin espíritu de iniciativa. No entienden la gran importancia de Albania en los Balcanes. Debemos buscar el modo de interesar al gobierno británico aliado en nuestra lucha —dijo Gjinishi.

Para mí, esto fue como la presa en la trampa.

—Sentémonos un rato —le dije—, estamos cansados, fumemos un cigarrillo.

—Pero ¿cómo interesaremos al gobierno británico, Mustafa, has pensado tú en eso? —continué con la conversación.

—Enviemos uno o dos camaradas a Londres —me respondió—, y allí, en nombre del Frente Antifascista de Liberación Nacional, planteemos nuestros puntos de vista, necesidades de armas, de ayuda, que se difunda únicamente la Lucha de Liberación Nacional y se desenmascare al Balli Kombëtar y a los quislings, de lo contrario con esos tipos de la misión inglesa no se puede hacer nada, sólo pelearnos continuamente.

Para descubrir aún más su plan, continué:

—No es fácil, esa gente de la misión nos ha presentado ante sus superiores como rabiosos enemigos de los ingleses. Esto no es factible.

—Si lo solicitamos nosotros —continuó Mus-

tafa—, ellos estarán obligados a transmitir nuestra petición. Propongámoslo una vez, no perdemos nada.

¡Mustafa Gjinishi no tenía ningún pudor! Eso ya se había visto claramente cuando propuso a Myslim Peza que se entrevistara y conversara con Qazim Mulleti e Irfan Ohri. Ahora proponía enviar una delegación a Londres.

—No, Mustafa, no debemos hacer una cosa semejante. No estoy de acuerdo con esa idea —le dije, para no ponerle sobre aviso—. Deja eso, que no nos proporcionará nada.

—Bien —dijo Mustafa—, pero de todas maneras discútelo una vez con los camaradas.

Cuando me encontré con los camaradas, les conté cómo Mustafa había caído en la trampa y les relaté lo ocurrido.

—¡Qué vil! Agente del Intelligence Service, gritó uno de los camaradas y de hecho no se equivocaba.

—Paciencia —dije—, no nos apresuremos, observémoslo y continuemos probándolo.

—Tú todavía como Santo Tomás —me dijo el camarada.

—Cuando hablo así, no se trata de él como persona —respondí—, pienso que nos faltan aún pruebas y hechos para convencer a los que le rodean, que deben ver claramente qué clase de persona es. No os inquietéis —dije a los cama-

radas—, a pesar de nuestros constantes consejos él no renunciará a su peligroso camino. Tendremos ocasión aquí de analizar nuevamente su caso.

Quién sabe cuantas cuestiones tuvimos con él.

Una vez, no recuerdo dónde, Mustafa acababa de llegar de Peza y lo llamé a informarme. Entre otras cosas me dijo:

—Tengo una proposición que estimo importante para el desarrollo ulterior de la guerra en Albania Central.

—Hazla, vamos a estudiarla.

—Mira —empezó—, hace tiempo, desde nuestro último encuentro, estoy trabajando para organizar dos brigadas de choque y he logrado resultados satisfactorios en la región de Darsi. Me he metido también en algunas aldeas más allá del Shkumbin del lado de Çerma. Si tú me firmas la orden, estoy listo para ponerlas en pie, pero voy a pedirte algo más: me das a Kajo Karafili como comandante de una de las brigadas, mientras que para la otra propongamos a un camarada de la zona. De forma que yo, Kajo y el otro camarada que sea designado, cubrimos toda una zona y atacamos las carreteras y las instalaciones militares que son numerosas allí.

—¿De quién dependerán? —le pregunté.

—Directamente del Estado Mayor General, de vosotros —respondió—. Yo dirigiré las ac-

ciones y ejecutaré las órdenes como miembro del Estado Mayor General.

—¿Y Myslim qué hará? —le pregunté, porque para mí estaba bien clara la idea de Mustafa: separarse del mando militar de la zona de Peza, por tanto de la dirección de Babë Myslim, y formar una zona aparte creando brigadas bajo su mando.

—Con Babë mantendremos lazos estrechos, colaboraremos, coordinaremos las acciones —me contestó.

—¿Le has planteado a él esta cuestión?

—No, aún no le he hablado, pensaba que habláramos primero, nos pusiéramos de acuerdo, y después comunicárselo a él —me dijo el astuto Mustafa enrojeciendo.

—No has actuado bien —le dije—. Desde que te metiste en ello no sólo debías habérselo comunicado a Myslim, sino contar con su aprobación y después venir a hablar conmigo. No puedo estar de acuerdo contigo, no en la creación de las dos brigadas, sobre lo que sí estoy de acuerdo y cuanto antes mejor, sino en la creación de otra zona militar paralela a la de Peza, cuando la zona de Peza comprende aquélla donde tú propones organizar una nueva y donde la influencia de Myslim es grande. Eso no es aconsejable, ni correcto. En cuanto a Kajo Karafili no puedo dártelo, porque es uno de los comandantes más

destacados de Babë. Myslim nunca puede permitir que Kajo se vaya de Peza.

—Como conclusión —le dije a Mustafa—, primero debes ir a conversar con Babë Myslim e informarle de que existen posibilidades, y posibilidades probadas, de crear dos brigadas nuevas, que operarán bajo su mando. En cuanto a la creación de otra zona militar y todo lo demás que me has propuesto, es inadmisible.

Mustafa ni habló de ello a Myslim, ni se formaron brigadas, ya que los guerrilleros de la región de Peqin y de Darsi hacía tiempo estaban integrados en las fuerzas guerrilleras de Peza, de Dumrea y parcialmente en los batallones de Lushnja. Mustafa Gjinishi, con sus tendencias caciquiles, trataba de crear su propio bajrak de Peqin-Darsi.

En un encuentro posterior en Labinot, Elbasan, donde se habían reunido algunos miembros del Estado Mayor General para reexaminar la situación político-militar y tomar medidas de cara al futuro, Myslim me llamó aparte y me dijo:

—Camarada Enver, el Estado Mayor General me ha prometido cierta cantidad de dinero para comprar armas, municiones y alguna ropa de reserva para el invierno, porque no estamos bien, pero hasta ahora no hemos recibido nada. Por favor, estudiad la cuestión, aunque ya conozco vuestros apuros, y las grandes necesidades de nuestro ejército a que debéis hacer frente.

—¿Qué he oído, Babë Myslim? —le dije—, esto me sorprende. Hace cerca de dos meses te he enviado con Mustafa Gjinishi 200 napoleones que habíamos prometido a Peza.

—Te digo que no he recibido ni un centavo, —dijo Myslim.

—Decid a Mustafa Gjinishi que venga aquí, —le dije a un guerrillero y llegó Mustafa caminando con desenvoltura, con la cara recién afeitada y blanca de talco.

—Siéntate —le dijo Myslim.

—Mustafa —le dije—, te he dado 200 napoleones para Myslim, ¿por qué no se los has entregado y qué has hecho con ellos?

El muy desgraciado ni siquiera se inmutó y, con el mayor descaro, como era su costumbre, empezó a justificarse.

—Sí, Babë Myslim, es cierto, yo cogí los 200 napoleones pero no te los entregué, porque, aun conociendo las necesidades de Peza... (y nos contó como los había «distribuido», pretendiendo haber dado tanto a «Hasan», tanto a «Hysen», tanto a «Sefer» para comprar esto, aquello, etc., etc.).

Myslim ya estaba hasta las narices y le gritó:

—Mustafa, basta de rodeos, no pretendas tomarme el pelo. El dinero te lo dieron para mí y tú debías habérmelo entregado. En cuanto a

cómo iba a gastarlo, a quién iba a encargar de ello, eso ya lo sabía yo mismo, pero tú ni siquiera me avisas y eso no es honrado. En cuanto regrese a Peza, deben llegar las armas o ser devuelto el dinero.

Esta era la actuación de Mustafa Gjinishi. Pero vendrían otras acciones suyas, aún más peligrosas, que colmarían el vaso.

A través de la BBC, Londres enviaba mensajes todas las noches a toda la red de agentes del Intelligence Service que actuaba en Europa y en los demás continentes en que se desarrollaban combates. Una noche comenzó a transmitir mensajes dirigidos a Albania. Se trataba de mensajes incomprensibles que eran dados periódicamente. Naturalmente eran entendidos sólo por quienes los esperaban. Se hablaba en ellos de «frutas que maduran» y de otras cosas que me resulta difícil recordar. Lo importante para nosotros era descubrir a quiénes iban dirigidos estos mensajes y después tratar de descifrar su contenido. Era difícil. Los miembros de la misión inglesa que eran preguntados directa o indirectamente, naturalmente, guardaban un silencio sepulcral. Dudábamos mucho que los mensajes pudieran estar dirigidos a los ballistas.

Una noche, cuando estaba escuchando la BBC junto con algunos camaradas, ésta dio nuevamente un mensaje para Albania. Esa vez, si no me equivoco, trataba de higos o cornejos que

«habían madurado». El mensaje iba dirigido a Tafari. Me puse en pie de un salto.

—¿Qué te pasa? —dijeron los camaradas.

—Tafari —les dije—, es Mustafa Gjinishi.

—¿Es una suposición? —me preguntaron.

—No— dije, y les conté un viejo episodio.

Poco tiempo después de que hubiésemos fundado el Partido y mientras trabajábamos para fortalecerlo organizativamente, constatamos que Anastas Lulo y Sadik Premte continuaban el trabajo fraccionalista en el seno del Partido y la actividad de sabotaje entre los elementos progresistas que se mantenían cerca de ellos. Por ello convocamos la Conferencia Extraordinaria del Partido que ahora es conocida de todos, donde interrogamos a estos dos y extirpamos el «absceso». Habíamos citado también a esta asamblea a Mustafa Gjinishi, ya que tampoco él era extraño a ciertas implicaciones, pero el problema que estaba sobre el tapete era el de Qorri y de Xhepi.

La reunión se desarrolló largamente en la casa de Zeqi Agolli. Todos estábamos en una profunda clandestinidad. Pero Qorri y Xhepi no confesaban fácilmente. Aturdidos por la densidad del humo de los cigarrillos, nos veíamos obligados, de tiempo a tiempo, a descansar en la otra habitación, donde de nuevo, junto con el café, continuábamos fumando.

Durante uno de esos descansos, Qorri se había sentado cerca de mí y con la cabeza gacha,

con su cara de «serpiente de anteojos», fumaba en silencio. Vino Mustafa, y de pie frente a él le dijo:

—Qorri, di lo que debes decir, que nos estás cansando.

Anastas levantó la cabeza, fijó sus ojos en Gjinishi, le dio una palmada en el anca y le dijo:

—Escucha, Mustafa, escucha tú, «Tafari», ¿quién eres tú para decirme eso?, yo no he hecho nada. Habla de tus cosas, que no las puede lavar ni el río.

Allí escuché por primera vez como Anastas Lulo llamaba «Tafari» a Mustafa Gjinishi. No le di importancia a aquello, porque el nombre ras Tafari o Haile Selassie I era conocido por nosotros desde la guerra de Abisinia.

Pero cuando la BBC mencionó el nombre de «Tafari» en su mensaje, de inmediato me funcionó la memoria y establecí la relación.

—Estoy convencido de ello —dije a los camaradas—, debemos llamar a Mustafa y persuadirlo de que lo reconozca.

—No te apresures —dijo uno de ellos—, claro que lo interrogaremos, pero debemos actuar de forma que el pájaro venga a la jaula, existe el peligro de que se nos escape, porque él ya ha escuchado los mensajes y puede sospechar que hayamos percibido algo.

Aquellos días Mustafa Gjinishi se encontraba

en Tirana. Hacía tiempo que insistía en ir allá a encontrarse con Cungu, quien tenía en sus manos los camiones del ministerio, para arreglar con él el transporte de los cereales que compráramos para depositarlos, así como «para arreglar otros asuntos», como él mismo decía. Le habíamos dado dos días de permiso, pero habían pasado cuatro y todavía no había regresado. Estaba seguro de que no iba a hacer nada porque el problema del transporte de los cereales era simplemente un pretexto para ir a Tirana. Envié una carta* a Nako (Spiru), en la que entre cosas otras le decía que «el asunto de Mustafa no nos gusta. La «Cuestión de Mukje[1]» y la octavilla que se

* Enver Hoxha, *Obras*, ed. albanesa, t. 1, pág. 454.

1 El 1 y el 2 de agosto de 1943, en la aldea de Mukje, región de Kruja, se celebró la segunda reunión de representantes del Balli Kombëtar y del Consejo General de Liberación Nacional. Allí, Ymer Dishnica y Mustafa Gjinishi, sin atenerse a las recomendaciones que habían recibido, cayeron en las posiciones de la reacción. Capitularon ante el Balli Kombëtar considerándolo como una organización antifascista, aceptaron compartir la dirección de la Lucha Antifascista de Liberación Nacional y del poder político con los representantes de esta organización de traidores y aceptaron la propuesta de los ballistas de crear un llamado «Comité de salvación de Albania» con un número igual de representantes de las dos partes, que habría significado la liquidación de los intereses del pueblo y de la patria. Por iniciativa del camarada Enver Hoxha, el Comité Central del PCA y el Consejo General de Liberación Nacional rechazaron el acuerdo de Mukje como un compromiso sin principios y nefasto.

lanzó, nos hacen pensar seriamente en relación con el mensaje de Londres destinado a Tafari y con el gobierno albanés que menciona Radio Londres y que lamenta que no tengamos», etc. Le decía que esto debía hacerles reflexionar también a ellos, porque Mustafa, a mi entender, se conducía como quien tiene la mosca tras de la oreja y es perseguido por el miedo y el terror a ser descubierto. Debemos, imprescindiblemente, controlar sus lazos y sus movimientos pues, aconsejaba a Nako, debemos jugar cuidadosamente con él hasta descubrir sus trapos sucios.

Y así lo hicimos. Esperamos hasta que Mustafa vino a Labinot. Le llamé a la habitación donde yo trabajaba. Fue una noche dramática.

—Mustafa Gjinishi —me dirigí a él—, ¿qué fue lo que transmitió Radio Londres hace unos días? ¿Qué tiene que ver esa transmisión contigo?

—Yo no sé nada, camarada Enver —me respondió todo rojo y, para darme la impresión de que se indignaba por esta pregunta, aunque no podía disimular su inquietud, prosiguió: —¿Por qué me pregunta? ¿De qué sospecha? Yo soy patriota, soy comunista, ¿qué pregunta es ésa?

Mustafa no podía estarse quieto y, ladino como era, trataba de escurrirse como una anguila.

—Gjinishi —le dije—, esta noche debes abrirte al Partido hasta el fin, si no te lo diré yo, y le enumeré una a una nuestras constata-

ciones: las cordiales conversaciones con el coronel Nicholls en Biza, la propuesta de enviar representantes a Londres, la bolsa de monedas de oro de que me había hablado Kaçaçi y así sucesivamente.

—Habla, ¿qué es lo que tienes que decirle al Partido? —le dije en tono cortante.

Como respuesta encendió un cigarrillo.

Yo también encendí uno, como para tomar con más calma la conversación.

—Dime cómo está el asunto —le dije—, cuáles son tus lazos con los ingleses, qué has estado haciendo bajo cuerda, porque de tus explicaciones dependerá también la gravedad de la condena que te aplicará el Partido. Esto tiene mucha importancia para nuestro Partido, por eso explícanoslo todo.

Durante horas enteras Mustafa se retorció como la serpiente cuando le agarras la cabeza. Trató de negar todo. Finalmente, de mal o buen grado, atrapado frente a los numerosos hechos, se vio obligado a confesar y dijo en esencia: Jamás había sido un espía de los ingleses, sino su «colaborador», ¡«por el bien de Albania»! Los primeros contactos con los ingleses los había establecido en Yugoslavia, cuando se había entrevistado con el teniente coronel Oakley-Hill. Este le había enviado a Albania junto con Abaz Kupi.

—Mi crimen —dijo Mustafa— consiste en que no puse al Partido al corriente de ello y de

lo que sucedió más tarde. El Partido me ha advertido como debía, pero yo pensaba y actuaba según mi voluntad y según las decisiones que adopté con Hill.

—¿Qué decisiones eran ésas?

—Habíamos decidido que yo organizara en Albania la lucha con los patriotas, y, si fuera posible, también con los comunistas. Vosotros conocéis más o menos mi actividad aquí, pero no sabéis que desde el exterior vino y se fue clandestinamente un tal Cungu enviado por Londres para ponerse en contacto conmigo. Yo le expuse la situación, mi actividad y lo que pensaba hacer.

—Y Cungu ¿qué recomendaciones te dio?

—Me alentó. Me dijo que continuara por ese camino y me abrió la perspectiva de que más tarde tendríamos mayores posibilidades de acción. Me dijo confidencialmente que debía trabajar con mucho cuidado y persistencia para entrar en contacto con Mehdi Frashëri y convencerlo de que saliera al extranjero. «Naturalmente, continuó Cungu, más tarde organizaremos su salida y la tuya hacia Londres donde Mehdi formará un gobierno albanés en el exilio. En cuanto a si será con Zogu o no a la cabeza, lo estudiaremos, ya que dependerá de las circunstancias que se creen.»

—¿Y luego? —intervine.

—Cungu me puso en contacto con el con-

sulado turco, puesto que éste todavía no había partido y me dio contacto también con otra persona de Tirana. Decidimos utilizar este canal para enviar al extranjero las noticias del país, las informaciones y los informes. Me dio también el código que habéis escuchado en la BBC, «que —me dijo Cungu— escuchará únicamente cuando nosotros hayamos llegado a conclusiones respecto a alguno de los principales problemas sobre los que hemos discutido. No se preocupe —me dijo él—, encontraremos el modo de comunicarle el momento en que debe escuchar».

Esa fue la esencia de la cuestión.

Inmediatamente llamé a algunos camaradas que se encontraban en aquel tiempo en Labinot y les informé con detalle de lo que me había contado Mustafa Gjinishi.

Tras una violenta requisitoria de su actividad, me dirigí a él:

—¿Qué castigo mereces que te aplique el Partido por todo lo que has hecho, por esta traición al servicio de una potencia capitalista extranjera?

—Fusilamiento —dijo Gjinishi, sacó su pistola y la puso sobre la mesa—. Que el Partido decida, y o espero fuera en el patio —dijo y salió.

Después de varias horas de debates, sopesando todo: las circunstancias de la guerra, las relaciones sociales y los conocidos de Gjinishi, su peligrosidad, su actividad traidora, su carácter

fanfarrón, caciquil, la confesión completa de su actividad, decidimos no condenarlo a muerte.

Le llamamos y después de enumerarle, una vez más, una por una sus culpas, le preguntamos nuevamente si tenía algo más que confesar, si estaba arrepentido y si daba su palabra al Partido de que abandonaría para siempre ese camino. Respondió que de allí en adelante permanecería «fiel hasta la muerte al Partido y a la Lucha de Liberación Nacional». Entonces le dijimos que el Partido era generoso y le perdonaba por esa vez y que debía tener claro que aquellas faltas debía lavarlas con pruebas, con lucha. Así me separé esa vez de Mustafa Gjinishi. Pero tampoco después llegó a ser una buena persona, continuó por el camino de la traición, era y siguió siendo agente de los ingleses.

He aquí una actividad funesta y diabólica que, de no haberle cortado los hilos, hubiera ocasionado daños colosales al pueblo, a la patria, a nuestra Lucha de Liberación Nacional. Nada escapó ni escaparía al ojo vigilante del Partido. Las esperanzas de los ingleses y sus agentes se verían frustadas. Ellos no pasarían en Albania. Naturalmente, en torno a esta cuestión, descubrimos incluso detalles que Mustafa se vio obligado a confesar, incluso detalles sobre el hecho de que Qorri conociera su seudónimo. Todo ello resultó para nosotros una gran ayuda, ya que nos empujó a aguzar aún más la vigilancia.

Mayo de 1944. Nos encontrábamos en Helmës, en la región de Skrapar, ocupados en los preparativos del Congreso de Përmet. Había terminado en líneas generales el informe, la declaración y otros de los documentos principales de este importante Congreso, que señalaría una etapa de trascendencia histórica de nuestra Lucha de Liberación Nacional y de nuestro poder popular. Fue un acontecimiento histórico que nuestro Partido había preparado cuidadosamente, gracias a su justa y consecuente línea marxista-leninista y a través de la lucha. La celebración del Congreso tendría grandes repercusiones tanto dentro como fuera del país, y supondría otro nuevo gran impulso a la Lucha de Liberación Nacional contra los ocupantes y los traidores. Pero, por su parte, nuestros enemigos, ya fueran declarados, ya camuflados, ahora presa del pánico, no permanecerían con los brazos cruzados, sino que por el contrario harían todo lo que estuviera a su alcance para sabotearlo.

Precisamente en vísperas de este acontecimiento histórico fue lanzado en Staravecka el teniente coronel Leake[1].

Pocos días después de su llegada, envió a su ayudante para preguntar si podía hacerme una visita de cortesía. Mi respuesta fue positiva y el teniente coronel no tardó en venir. Le recibí en

1 Jefe de la sección para Albania en el Cuartel General.

el centro de nuestro Estado Mayor, que habíamos establecido en la casa del tío Mehmet.

Después de hacerle algunas preguntas sobre el desarrollo de los combates contra Alemania en los diferentes frentes europeos, sobre lo que no me dijo nada concreto (todos los ingleses que nos habían enviado eran especialistas en hablar de todo y en no decir nada en concreto), él me preguntó sobre la guerra en Albania. Le respondí del mismo modo y aprovechando una vez más la ocasión le dije que los «grandes aliados ingleses» no nos ayudaban con armas. Me respondió que no estaba al corriente de esta cuestión y que había venido para ayudar en la lucha contra el enemigo común. Nos soltó unas cuantas mentiras como todos los demás, pero el hecho era, y esto se supo más tarde, que había venido con objetivos totalmente opuestos a los que expresó ante nosotros, es decir no para ayudamos, sino para sabotear la Lucha de Liberación Nacional.

Por lo que pude percibir, estaba al corriente de que íbamos a celebrar un congreso. «He aquí otra señal, pensé, que demuestra que los ingleses deben tener algún informador en nuestras filas»; y este informador era Mustafa Gjinishi. Hacía tiempo que eso estaba más que claro para mí.

El día de nuestra partida hacia Përmet se aproximaba y envié a este oficial inglés una invitación del Frente de Liberación Nacional para que asistiera a nuestro Congreso en calidad de

representante de «nuestro gran aliado, Inglaterra». En su respuesta, además de solicitar una nueva entrevista conmigo, me decía que no podría asistir al Congreso por no tener la autorización de su gobierno.

En la entrevista, después de intercambiar los saludos de rigor, le manifesté entre otras cosas que lamentaba el hecho de que no asistiera al Congreso.

—En mi opinión, teniente coronel, la razón que invoca no se sostiene —le dije—. Todavía le queda suficiente tiempo para solicitar la autorización de su gobierno.

Cuando la cuestión de su ausencia en el Congreso quedó en cierta forma cerrada, el inglés entró en un viejo tema, que las misiones militares inglesas repetían como un estribillo y sobre el que hacía tiempo debían tener clara la respuesta que podían obtener de nosotros. Esos presuntuosos de la vieja Inglaterra todavía no habían entrado en razón.

—Señor Hoxha, tengo una petición para Ud., o por decirlo así, le hago saber que deseo, y que me ayuden Uds. para ello, entrevistarme con el señor Tefik Cfiri y con sus combatientes en Mallakastra; quiero saber lo que piensa y lo que hace e informar a mi gobierno la verdad sobre el Balli Kombëtar.

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza.

Procuré mantener la sangre fría pero finalmente no pude contenerme:

—Vieja canción la suya, teniente coronel —le dije—, la he escuchado tantas veces de ustedes, los ingleses, que ya me resulta repugnante. En resumidas cuentas, usted solicita mantener entrevistas con los enemigos del pueblo albanés, con los enemigos jurados del Frente de Liberación Nacional; solicita entrevistarse con los colaboradores de los ocupantes nazifascistas. Eso es vergonzoso por su parte e inaceptable por la nuestra.

—Usted, señor Hoxha —intervino todo rojo el teniente coronel—, no puede dictar a mi gobierno lo que debe hacer.

—Señor representante del gobierno de Inglaterra, ahora está usted en las zonas guerrilleras. Aquí es el Frente Antifascista de Liberación Nacional y su ejército guerrillero quienes mandan y no su gobierno. Puede usted ir junto al ballista y criminal Tefik Cfiri, colaborador de los ocupantes, puede ir también a Tirana junto a él si es que lo desea, pero sépalo bien, si sale de nuestros territorios liberados, jamás podrá volver a entrar. Aquí el dueño es el Frente de Liberación Nacional del pueblo al que representamos. Le planteo la alternativa muy claramente: o con nosotros, o con nuestros enemigos, ¡elija! Con estas palabras me levanté, dándole a entender que la conversación había terminado. El teniente

coronel mudo ante mi respuesta inesperada, se puso la gorra, se colocó el pequeño bastón bajo el brazo y todavía enrojecido me saludó. «Niko, acompaña al teniente coronel», dije a un guerrillero que, junto con el tío Mehmet, le acompañó hasta la puerta.

Precisamente en esos días había llegado a Helmës Mustafa Gjinishi. Naturalmente relaté a los camaradas lo sucedido con el teniente coronel inglés. Todos se indignaron al conocer sus intenciones y me dijeron que había actuado muy bien, ya que él se había hecho merecedor de ese trato. Mustafa manifestó la misma opinión.

Llegó el día en que debíamos partir hacia Përmet. Estuvimos dispuestos por la mañana temprano y la caravana de guerrilleros y caballos salió de Helmës para descender hacia Staravecka. Otro camarada y yo nos retrasamos un poco en la casa de Nevruz y Nurihane, donde habíamos estado alojados. Mustafa Gjinishi salió el último de la casa del tío Mehmet, después de que la caravana se hubiese puesto en camino, pensando que también nosotros habríamos marchado con ella. Debía estar seguro de que no quedaba nadie tras él. Cuando entraba en la curva tras la que ya no se ve Helmës, salimos nosotros y según descendíamos vimos que, desde abajo, se dirigía rápidamente hacia allí un soldado inglés. Apresuramos el paso y llegamos a tiempo de ver qué hacían. El inglés, rápidamente, entregó una carta

a Gjinishi y con el mismo apresuramiento se alejó. Mustafa volvió la cabeza, se dio cuenta de que habíamos visto todo, se guardó la carta en el bolsillo y continuó el camino.

Cuando nos acercamos y le pedimos que nos entregase la carta, nos dijo: «No la cogeréis mientras esté vivo» y efectivamente no hubo forma de que la entregara. Le criticamos y no dejamos nada sin decirle, él nos contestó únicamente: «Hagan lo que quieran, soy así y así seguiré».

«En Përmet hablaremos de nuevo contigo» fue nuestra respuesta y no continuamos discutiendo con este vil personaje, que seguramente había recibido de los ingleses la orden de sabotear el Congreso de Përmet. Pero nada pudo hacer, no era más que una carta quemada. Nada más llegar a Përmet puse al corriente a Spiro Moisiu y por la noche fui a hablar con Babë Myslim, a contárselo todo. Se puso furioso al extremo. Cuando le dije que de continuar Mustafa por ese camino le haríamos detener y sería juzgado por un tribunal militar, Myslim me dijo: «Quiero que me designen a mí presidente del tribunal». También puse al corriente a Medar Shtylla, que a su vez informó a otros camaradas, sobre los que Mustafa podía tener cierta influencia. De hecho éste abordó a algunos de ellos, pero todos le rechazaron de plano.

El se esforzó por sabotear las decisiones que habríamos de adoptar relativas a nuestro go-

bierno, a Zogu, etc., por sembrar el descontento. Pero no se lo consentimos, seguíamos todos sus actos paso a paso. Al final, cuando ya rebosaba el vaso, le llamé y le dije de manera categórica: «Es la última vez que te advierto, cuidado, no sabotees el trabajo porque daré orden de que te detengan y te juzguen». Pude notar que el miedo le invadía el cuerpo, porque palidecía, miraba de un lado para otro, e intentaba balbucear algo en señal de protesta, pero no pudo. Se alejó con la cabeza gacha y las espaldas hundidas.

El último día del Congreso, mientras comía con un grupo de delegados, me avisaron de la llegada de un teniente coronel inglés que pedía entrevistarse conmigo. «Traíganlo», les dije. Era el famoso teniente coronel con quien tuve la disputa en Helmës por su pretensión de entrevistarse con Tefik Cfiri. Según nuestra costumbre, le invité a comer.

—Llega tarde, teniente coronel —le dije—. Ya todo ha terminado.

El Congreso había clausurado sus trabajos con éxito. Sus resoluciones, surgidas de la boca del fusil guerrillero, eran de una importancia vital para el pueblo albanés. También en el pasado este pueblo había debido celebrar congresos históricos como la Asamblea de Lezha[1], la Liga

1 El 2 de marzo de 1444, los jefes insurgentes albaneses, conducidos por Skënderbeu, se reunieron en una asamblea en Lezha y juraron unir las fuerzas albanesas en la lucha contra los ocupantes otomanos.

Albanesa de Prizren, el Congreso de Lushnja[1], etc., de los que también salieron demandas de ayuda a las grandes potencias. Con el Congreso de Përmet, las cosas cambiaban. Ese Congreso no se dirigió a nadie en demanda de ayuda. Sería el propio pueblo quien decidiría los futuros destinos de Albania. Había acabado para siempre aquel tiempo en que era considerada una «expresión geográfica» o una mercancía. El Congreso de Përmet advirtió a las grandes potencias imperialistas que la historia no se volvería a repetir, los delegados albaneses no volverían a ser despreciados como habían sido antes por Bismarck, lord Beaconsfield y sus sucesores, quienes separaron Kosova de Albania y se la regalaron a los *krajls* de Serbia; que no se volvería a permitir que alguien actuase como Sazanov, ministro de Asuntos Exteriores del zar de Rusia que consideraba a Shkodra como una tortilla para servir al *kñaz* Nicolás de Montenegro. El Congreso de Përmet dijo sin lugar a equívocos a los imperialistas anglo-americanos que sus buques jamás podrían desembarcar en Durrës al rey Zogu como hicieron en otro tiempo las grandes potencias con el príncipe alemán Wied, que fue un juguete en sus

1 Se reunió el 28 de enero de 1920, declaró nulo el Tratado Secreto de Londres de 1915 que desmembraba el territorio albanés. Los delegados procedentes de casi todas las regiones de Albania decidieron salvaguardar la plena independencia y eligieron un gobierno nacional.

manos; que sobre Vlora y Sazan se alzaría orgullosa la bandera de Skënderbeu, la bandera de Albania. El Congreso dijo a los imperialistas que ya había pasado el tiempo de las condenas a muerte de los patriotas albaneses por levantar su bandera en Korça; que en Gjirokastra la bandera de Albania ya no ondearía bajo la «protección» de las bayonetas del general italiano Ferrero[1], ni bajo la amenaza de los venizelistas.

Esas son las resoluciones que firmaron los delegados del Congreso de Përmet, esto es lo que le dijeron al mundo, esto fue lo que dijo a los anglo-americanos y a sus lacayos la orgullosa Albania, combatiente y revolucionaria dirigida por su glorioso Partido.

—Creo que Ud. había dicho que no vendría —dije al inglés.

—No —dijo él— no he venido para el Congreso. Vine únicamente para saludarle.

—¿Dónde piensa ir? —le pregunté.

—Partiré para Inglaterra —me respondió.

—Entonces, buen viaje —le dije— ¿necesita alguna ayuda?

—Quiero ir a la costa sur, allí me recogerá un buque y con él pasaré a Italia, por ello le ruego que me acompañen un par de guerrilleros.

---

1 En junio de 1917, con objetivos imperialistas, Italia escenificó en Gjirokastra la proclamación de la «independencia» de Albania «bajo la égida y la protección del reino de Italia».

—Cómo no —le dije—, y ordené que le acompañasen dos guerrilleros hasta Poliçan, Gjirokastra—. ¿Desea algo más? —le pregunté.

—No —contestó y se fué.

Leake, al parecer, había pensado venir por aquí para enterarse de algo sobre los trabajos del Congreso, tal vez para tomar contacto con Gjinishi y, en caso de que esto resultara imposible, saber qué había sido de las instrucciones que probablemente le transmitía en la carta que le entregó por medio del soldado inglés, y también saber algo del propio Gjinishi después de lo sucedido en el camino.

El teniente coronel no pudo llegar hasta la costa sur, murió en Sheper, Zagorie, durante un bombardeo de los aviones alemanes. Le alcanzaron dentro de la tienda de campaña blanca qe había levantado su colega, el mayor Tillman, contraviniendo los consejos del Estado Mayor guerrillero de la I Zona de Operaciones Vlora-Gjirokastra. Así el enviado de la Gran Bretaña no pudo informar a su centro sobre lo que ocurría en Albania, donde todos los planes de los ingleses fracasaban uno tras otro.

Después del Congreso de Përmet enviamos a Mustafa Gjinishi al Norte, con las unidades guerrilleras. Nuevamente le tratamos con indulgencia. Pero «muda el lobo los dientes pero no las mientes». Tampoco allí, a pesar del duro golpe que había recibido, cesó en sus maniobras y

granujadas para dañar al Partido y ganarse adeptos. Me llegó una información del Estado Mayor de la I División en la que se decía que un día Mustafa Gjinishi, como era su costumbre, había llamado aparte a Haxhi Seseri y se había quejado a él: «Después de lo de Mukje —le había dicho—, el Partido no nos mira con buenos ojos al doctor Ymer y a mí; no me han dado la responsabilidad que me corresponde, mientras que a Haxhi Lleshi le han nombrado ministro del interior. El Partido tiene miedo porque yo tengo mucha influencia y simpatía entre el pueblo... tienen miedo de mí porque simpatizo con los ingleses. En los últimos tiempos he tenido una conversación con el camarada Enver Hoxha, que terminó con una violenta discusión». Y había rogado a Haxhi, proseguía la información, que hablara con Myslim Peza para que éste interviniera ante los camaradas «a fin de que Tafari vuelva cuanto antes a Peza». ¡Sin la más mínima vergüenza ese tipo pedía que Myslim «interviniese»! Pero Babë Myslim, después de todo lo que había hecho Mustafa Gjinishi, no quería ni verle y menos aún tenerlo en Peza.

En agosto de 1944, un oficial inglés me envió un mensaje procedente de su Cuartel General[1], en el que se decía: «Para el general

---

1 El cuartel general del SOE en Bari, Italia, hacía saber a la Misión «Consensus II»:

Hoxha. Con pesar le informo que Mustafa Gjinishi cayó en el frente de la I División. El y Smith cayeron en una emboscada de una patrulla alemana. Smith indemne. Gran pérdida para la causa aliada». Y al final el oficial añadía por su parte: «Mustafa Gjinishi fue siempre un gran amigo nuestro».

De este documento se desprendía claramente la pérdida que significaba para los ingleses la muerte de Mustafa Gjinishi. Y para nosotros era igualmente claro que él fue y continuó siendo, hasta el momento en que cayó al lado de mister Smith, el hombre de los ingleses, su agente y su servidor.

«El 28 de agosto, Smith ha informado lo siguiente: Mustafa y yo, aislados de nuestra escolta, caímos en una emboscada de una patrulla alemana, a una distancia de unas diez yardas. A los primeros disparos Gjinishi resultó herido, y mientras le ayudaba a buscar refugio, una segunda bala le hirió mortalmente. Yo salí indemne». *(Signals from SOE. Headquarters in Bari, ltaly to Mission Consensus II, May-Oct. 1944; N°. 202, p. 53.)*

V

LOS INGLESES Y ABAZ KUPI

McLean: «¿Qué dice mister Kupi?». Abaz Kupi — sus maniobras. La octavilla y el «Legaliteti». La entrevista Kupi-Davies. El aprendiz rinde cuentas ante el maestro. Los trapicheos del «pequeño Zogu» con los ingleses, los alemanes, los ballistas y los quislings. McLean de nuevo en Albania. Nota del general Wilson. Ultimátum al ultimátum. Orden: «Desbaratar a Abaz Kupi y sus bandas». ¿El fin? — Los «pastores» se embarcan, el «rebaño» se dispersa.

En los primeros días de julio de 1943 nos reunimos en Labinot y formamos el Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional.

Terminada la reunión vino a felicitarnos McLean por el éxito logrado. Conocía a algunos de los participantes en la Conferencia, a otros no. Aparentó encontrarse por primera vez con Abaz Kupi, pero noté que sus ojos brillaron de

alegría cuando se vieron. Seguramente habían encontrado antes la manera de comunicarse entre sí.

Abaz Kupi, con su cara astuta y retorcida, sonreía y hablaba amablemente al mayor. Detrás de él, en pie, pomposo, Murat Basha, un ex alto oficial de Zogu, un ignorante. Se presentaba como ayudante encargado de los «planes de guerra» de Abaz Kupi, permanecía en posición de firmes dentro de la habitación tras el «pequeño Zogu», colgándole del pecho los prismáticos de los que no se separaba jamás, quizás incluso dormía con ellos.

Expliqué a McLean que el Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional se proponía ampliar considerablemente la lucha contra los ocupantes, crear brigadas y después divisiones.

—Es por eso que demandamos de Uds. armas y municiones —añadí—, porque lo que nos han lanzado hasta ahora, es tan poca cosa que no vale la pena ni hablar de ello.

—¿No es así, camaradas? —pregunté dirigiéndome a mis camaradas.

—¡Así es! —dijeron todos, a excepción de Abaz Kupi, quien se dirigió a mí con estas palabras:

—Deben lanzar armas y enviar una misión inglesa a Mat, de igual modo que han hecho con el señor Myslim y el señor Haxhi.

—¿Qué dice mister Kupi? —preguntó el mayor inglés, que no pudo ocultar su particular interés.

—Explícale —dije a Mustafa Gjinishi. Después que éste hiciera la traducción, el mayor inglés dijo:

—Satisfaremos con agrado su deseo si el Estado Mayor General nos lo permite.

—¿Lo permitimos? —pregunté al camarada Spiro Moisiu.

—Estoy de acuerdo —dijo Spiro y añadió:

—Ahora, señor Kupi, no te queda otra cosa que decir, ya que tendrás armas y lucharás.

—Para eso estoy aquí —dijo Abaz, con cara de vinagre...

—¿Qué dice mister Kupi? — preguntó nuevamente el mayor inglés.

—Explícale —dije otra vez a Mustafa Gjinishi— la solemne promesa del señor Abaz.

Pero, ¿quién era «mister Kupi»?

Nosotros le conocíamos bien, pero aún mejor le conocía la población humilde de Kruja y de Ishmi, de Durrës y de Kavaja. Este analfabeto, ascendió bajo el régimen de Zogu al rango de comandante de gendarmería. Era la mano fuerte del sátrapa Zogu. Mediante crímenes, abusos y saqueos a costa de la gente sencilla obtuvo el grado de mayor y se enriqueció. Asesinó y bañó en sangre a los campesinos pobres y liquidó a todos sus adversarios, se hizo omnipotente y

ejecutor de las «obras» de su patrón. Por estos méritos, después de haber fracasado en sus intentos de llegar a un acuerdo con el Duce, Ahmet Zogu le confió a Kupi, en los primeros días de abril de 1939, la defensa de su retirada hacia Grecia. Los hijos de esta tierra lucharon en Durrës contra los camisas negras; Mujo Ulqinaku y otros cayeron con el corazón llorando por Albania. También Abaz Kupi dio cinco tiros, pero con fines totalmente opuestos a los de los simples combatientes que derramaron su sangre por la patria. Si se «batió» fue para cubrir la huida de su amo, y apenas tuvo la noticia de que «Su Alteza» había pasado la frontera sano y salvo, puso tierra por medio él también.

Detuvo su carrera en Turquía, y allí, con la sangre del pueblo oprimido, vivía a cuerpo de rey como su señor. Desde allí Abaz Kupi fue llamado a Yugoslavia por los agentes de la Sección «D» del Intelligence Service, precisamente cuando la resistencia de nuestro pueblo había adquirido impulso. Allí le prepararon para regresar a Albania y pescar en aguas revueltas.

Finalmente, con los bolsillos llenos de libras esterlinas inglesas, Abaz Kupi entró en Albania y se ocultó en algún lugar entre las aldeas de Kruja como el cazador al acecho.

Informado de su regreso, Shefqet Vërlaci, en aquel momento primer ministro quisling, le en-

vió, a instigación de los italianos, a su agente Tahsim Bishqemi para aproximarlo. Pero Abaz Kupi era un viejo zorro y no caía fácilmente en la trampa. Conocía de sobra al ex suegro, al adversario y enemigo de la familia de Zogu, a quien por orden de este último había intentado asesinar. Esto, el bey de Elbasan no estaba dispuesto a olvidarlo. A pesar de ello, Bishqemi hizo saber a sus jefes que Abaz Kupi no molestaría a los italianos si ellos le dejaban tranquilo. A los fascistas italianos les gustó esto, porque por el momento no tenían interés en que les surgieran problemas con él, de forma que dejaron a un lado esta cuestión para abordarla de nuevo cuando maduraran las condiciones.

El momento llegó. Vërlaci cayó, fue ascendido Mustafa Kruja (Merlika), aún más feroz verdugo de nuestro pueblo, viejo agente del SIM y viejo amigo de Abaz. Bonita ocasión para que éste saliera de su guarida. Con la mediación de sus cachorros, los dos bastardos se entrevistaron como ladrones en un rincón de Kruja, en la oscuridad de la noche, lejos de ios ojos del mundo. Los dos se conocían bien. Abaz Kupi se esforzó por convencer al otro de la necesidad del retomo de Zogu, pero Mustafa Kruja, que había vendido su alma a los extranjeros por ver llegar su día soñado, no abandonaba el trono tan fácilmente. Hacía sus propios cálculos, diferentes a los de Abaz Kupi y a los del que vivía en los lujosos

hoteles de Londres. Así que no pudieron llegar a un acuerdo como en 1920, cuando con sus viles maniobras, privaron a la región de Kruja de estar representada en el Congreso de Lushnja. Merlika atacó a Abaz Kupi obligándolo a salir de su guarida, donde se escondía al acecho de la caza. El camaleón pensó que había llegado el momento de cambiar de color por algún tiempo. Abaz y sus hombres aprovecharon este ataque para presentarse como adversarios de los ocupantes y de los quislings. Comenzaron a propagar a grandes voces por todos lados que ¡el «patriota» Abaz Kupi estaba combatiendo al fascismo! De esta forma éste engañó y ganó a numerosas personas que verdaderamente querían luchar contra los ocupantes.

En estas circunstancias el Movimiento de Liberación Nacional invitó a Abaz Kupi a la Conferencia de Peza. Aplazó por algún tiempo la respuesta, hasta obtener la aprobación del SOE inglés que le dio la orientación de infiltrarse en nuestro Movimiento y de corroerlo y minarlo desde dentro.

Abaz Kupi hubiese deseado que la Conferencia de Peza fuese una reunión de bajraktars chanchulleros para continuar saqueando al pueblo como antes. Le habría gustado encontrar en Peza al viejo mundo, al mundo seudodemócrata, a los aficionados al compromiso, a los traidores, a los hombres de cien banderas, a los que ven-

dían el honor y la patria por cinco monedas, a los que intentaban que el pueblo continuara en la oscuridad para poder tenerlo más fácilmente asido por el cuello, para convertirlo en esclavo, para extraerle mejor el jugo. Allí, hubiese querido encontrar a sus propios camaradas.

Pero esto, tanto para él como para sus jefes, se quedó en deseos. En Peza se había reunido gente decidida y valiente, la flor y nata del pueblo, los comunistas junto a los demócratas verdaderos e indoblegables, firmes opositores al compromiso sin principios y al fascismo, que representaban a un pueblo entero puesto en pie por la libertad. Abaz Kupi no sospechó que allí se estaban echando los firmes cimientos políticos y organizativos de un gran movimiento que uniría al pueblo en la lucha, las bases de un poder democrático progresista, de un ejército fuerte, que haría frente a cualquier tempestad o tormenta, derrotaría y expulsaría de nuestros hogares a los enemigos más brutales que ha conocido la humanidad.

Abaz Kupi, a pesar de encontrarse en Peza ante algo inesperado, entró en el baile y, como hombre astuto, cumpliendo la tarea que le dictaban su alma y sus patrones, decidió seguir el compás, hasta ver llegar el momento oportuno para él. Fingió aceptar las históricas resoluciones de la Conferencia de Peza, pensando que lo que se había decidido y jurado allí quedaría en papel

mojado y que los jóvenes reunidos, los comunistas y los patriotas arrojados, hermanados por la sangre y los sufrimientos de un pueblo entero, jamás lograrían realizar aquello por lo que habían jurado.

Ese bajraktar ignorante y desalmado no era ni hombre de palabra ni hombre de fusil; era y siguió siendo el hombre de los rincones oscuros y de la traición, esclavo del sueldo extranjero. Nosotros sabíamos esto, por tanto le seguíamos con vigilancia paso a paso. Abaz Kupi se comprometió formalmente a combatir al enemigo, pero en realidad evitaba enfrentarse con él y, hábil como era en las maniobras, intentaba atribuirse a sí mismo los actos de heroísmo y la sangre de los valientes que caían en el campo del honor, en las ciudades y en el campo. Pero tampoco esto duraría mucho. A pesar de sus maniobras, no veía en el Frente de Liberación Nacional ningún rayo de luz para sus tenebrosos planes, por el contrario veía la tumba de sus proyectos y los de sus amos que se mantenían en la sombra.

Abaz Kupi miraba también con malos ojos al Balli Kombëtar. No le parecía que esa organización tuviera la dimensión suficiente como para poder basar en ella la realización de sus objetivos. Sabía que en este cesto de cangrejos había todo tipo de elementos: de los que habían sido antes adversarios de Zogu, porque éste en otro

tiempo les había arrebatado sus poltronas; de los que se presentaban como opositores pero que lo eran sólo de palabra; otros que Zogu había condenado a muerte por haber intentado destronarlo como Nuredin bey Vlora; y aún de los que se habían unido abiertamente con el fascismo y se mantenían a la sombra del Balli Kombëtar, como Mustafa Kruja y Shefqet Vërlaci; así pues, en el Balli Kombëtar se habían refugiado toda suerte de «políticos» reaccionarios y de consumados criminales políticos y comunes. Pero sobre todo Abaz Kupi sabía que en esa organización reinaba una gran anarquía, por lo que no tenía confianza en ella. Había manifestado esta desconfianza al general Davies. También había mostrado su desdén hacia el Balli Kombëtar en Shëngjergj, durante la entrevista que mantuvieron él y Davies con los cabecillas de esta organización, quienes habían puesto como un bombo la cabeza del general con sus discursos sobre la «Albania étnica» y con los argumentos jurídicos que esgrimían para aparecer ante sus ojos como grandes cerebros. Esto se lo había dicho el propio general a Frederik Nosi.

Durante las discusiones entre el general y los cabecillas ballistas, el «soldado» Abaz Kupi no podía estar un momento quieto y no hacía más que entrar y salir del cuarto donde se desarrollaba la entrevista. La actitud de ellos le mo-

lestaba y frecuentemente le guiñaba el ojo al coronel Nicholls para burlarse de ellos.

Este era el hombre en que depositó sus esperanzas la Gran Bretaña para apoderarse de la pequeña Albania. «Italia —pensaban en Londres— será un país vencido; en cuanto a Yugoslavia, con el gobierno de Subašić que maniobrará con Tito y los guerrilleros, estamos seguros de tenerla en nuestras manos; en Grecia esperamos establecer un gobierno bajo nuestra influencia que restaurará la monarquía».

Y con Albania ¿qué harían?

Los ministros y los cónsules ingleses habían servido continuamente y desde hacía tiempo a su gobierno la opinión de que Albania era un país con una población atrasada, analfabeta, sin cultura, incapaz de gobernarse a sí misma y que no podía sobrevivir en tanto que Estado libre e independiente, por tanto debía ser puesto bajo la protección de una gran potencia, que, según la aspiración de los políticos ingleses, ¡tenía que ser Inglaterra y ninguna otra! Para la diplomacia inglesa, la Albania de entonces era una presa acorralada que, a pesar de sus esfuerzos, no podía vivir sola, estaba destinada a caer de una u otra manera en la boca del «león británico». A pesar de que la diplomacia inglesa estaba harta del cuento del régimen de Zogu, encontraba en él un *modus vivendi* para sus planes. A Zogu, le llevaron al poder en una ocasión las fuerzas de Wran-

gel, «pero esta vez —pensaban en Londres— seremos nosotros quienes le hagamos retornar a Albania. Por otra parte fueron el general Percey y el teniente coronel Hill quienes organizaron la gendarmería de Zogu».

La pretendida oposición a Zogu se había derretido como la nieve al sol. Esa «oposición» de otro tiempo se había convertido ya en gobierno quisling, en Balli Kombëtar, etc. «Actualmente la verdadera oposición —pensaba Londres— son los comunistas y el Frente de Liberación Nacional, pero a éstos les quito de en medio». Pero ¿cómo podía hacerlo? La diplomacia inglesa estimaba que el comunismo en Albania era algo importado del exterior, y como tal, no tenía bases en el país. Según ella, ¡el pueblo albanés podía aceptar cualquier cosa, pero el comunismo nunca! Londres estaba convencido de esto, y además partía de lo que estaba tramando en Grecia y en Yugoslavia. Los ingleses pensaban que les resultaría relativamente fácil meter a Albania en el saco a pesar de ver con sus propios ojos la heroica resistencia del pueblo albanés. Su primera tentativa fue la infiltración de sus agentes Mustafa Gjinishi, Abaz Kupi y otros individuos de doble cara en el Frente de Liberación Nacional para minarlo desde dentro.

Cuando veían fracasar este plan, los ingleses concibieron otro. Pensaban que el Frente de Liberación Nacional y la guerra de guerrillas eran

un fenómeno exlusivamente «toskë», es decir propio de Albania del Sur. Por ello en las condiciones creadas, un gran foso debía, según ellos, dividir a Albania en dos partes: Toskëri y Gegëri. El Norte, siempre según ellos, era la cuna de la monarquía, de la «bravura» y de la «hombría», así pues se transformaría en una barricada frente a los comunistas. Esta barricada debería ser construida por sus instrumentos, por la «mano de hierro» de Abaz Kupi, quien se ganaría a los demás cabecillas, combatiría junto a ellos y tomaría el poder, después de lo cual la monarquía sería restaurada, ¡y Zogu, el «rey de los albaneses», volvería a su trono legítimo! ¡El pueblo entero seguiría al rey «reformador», que contaría con la gran ayuda de Inglaterra y América![1]

---

1 En un informe sobre la situación en Albania, escrito el 25 de agosto de 1944 por un norteamericano, se dice:
«...Si la idea de la división del país en esferas de influencias sobre la base Toskë-Gegë (como se indica más arriba) parece sensata, los aliados deberían prestarle un apoyo moral y militar. Deben **impedir** que el MLN ocupe **por la fuerza** las ciudades del Norte que se encuentran en manos de los nacionalistas y utilizar los medios más apropiados para expulsar al MLN si llega a apoderarse de estas ciudades.

6. En el tiempo más breve posible deben ser enviados a Tirana y a Durrës efectivos **norteamericanos** de unos cinco mil hombres a fin de:
a) asegurar una vez más a los albaneses que América... se interesa por su suerte [de Albania].
b) impedir una posible ocupación de las tropas rusas...
c) contrarrestar la posibilidad de que el MLN (si vence a sus

Para alcanzar estos objetivos, Londres volcó todas sus energías, por un lado, en amenazarnos e intimidarnos y, por otro lado, en fortalecer las posiciones de Abaz Kupi en Albania Central y Septentrional. Churchill envió para ello a Julian Amery, el hijo de un miembro de su gabinete, como tutor del «pequeño Zogu» en las «montañas de Albania», como había hecho con su hijo Randolph en relación con Tito.

La reunión de Mukje fue la primera maniobra de Abaz Kupi y Cía para cavar la tumba al Movimiento de Liberación Nacional. Allí intentó hacer del Frente de Liberación Nacional una presa del Balli Kombëtar. El papel de celestinas en el «casamiento» de Abaz Kupi con el Balli Kombëtar lo desempeñaban los oficiales ingleses con McLean a la cabeza, así como su amigo, Mehdi Frashëri, que saldría más tarde a escena en el «teatro» alemán. Los politicastros aventureros del Balli Kombëtar, como Ali bey Këlcyra, Mithat bey Frashëri, Nuredin bey Vlora y otros, olvidaron su enemistad con Zogu. Ante el peligro

---

adversarios) niegue a los aliados el derecho a ocupar Albania. Esta **no** es una posibilidad a excluir.

d) prevenir una guerra entre nacionalistas y guerrilleros más allá de los límites de los territorios que han sido fijados a cada una de las dos partes.

e) tener una fuerza dispuesta a invadir Kosova si las cosas escapan allí a todo control. *(«The Albanian situation — Comments of August 25, 1944» FO 31/43554-3370. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

que representaba el Movimiento de Liberación Nacional estaban dispuestos a vender a su padre y a su madre, con mayor razón a colaborar con Abaz Kupi y no importa con quién más, con tal de que estuviese en contra de este Movimiento. Su objetivo, por el momento, era aplastar el Movimiento, y, en cuanto a las relaciones entre ellos, se ventilarían a expensas de la víctima de siempre, la pobre Albania.

En esta unión de bases podridas quería Abaz Kupi enfangar nuestra lucha. Aceptar el acuerdo de Mukje habría significado capitular ante la reacción interior y exterior, sancionar la derrota fatal del Movimiento de Liberación Nacional. Mukje habría sido la Varkize albanesa. Pero el Partido Comunista no dormía. Denunció inmediatamente la traición de Ymer Dishnica, Abaz Kupi y Mustafa Gjinishi y no permitió que los «padres de la patria» tomaran en sus manos las riendas, ocuparan después las poltronas e hiciesen nuevamente su antojo sobre las espaldas del pueblo.

La capitulación de Italia estimuló aún más el apetito tanto de Abaz Kupi como del Balli Kombëtar. Vieron que el navio se iba a pique y el caballo perdía sus herraduras y rápidamente cambiaron el disco. Decidieron «subir a las montañas», «combatir a los fascistas italianos», para mostrar al pueblo sus «hazañas» y «sacrificios», con la ilusión de que así obtendrían el derecho a ocupar los sillones.

Un día de septiembre de 1943 llegó a nuestras manos un panfletucho que hablaba de ¡la «importante» decisión adoptada en los «montes de la Albania libre» por los «bravos de las montañas», quienes, como siempre que las nubes negras oscurecían el cielo de Albania, se habían levantado una vez más! Los cabecillas del Balli Kombëtar y Abaz Kupi, firmantes del panfletucho, daban la señal de alarma ante el peligro, y los «hombres de las montañas», esos «hombres que se mantenían limpios de la propaganda extranjera», se reunían en asamblea y se juramentaban por la ¡«salvación de Albania»! ¡*O tempora!* ¡O *mores!* No tengo la intención de extenderme mucho sobre esta cuestión en mis memorias, porque la «lucha», la «valentía» y las demás «hazañas» de los cabecillas de Balli Kombëtar las ha descrito muy bien nuestro conocido escritor, Shefqet Musaraj, en el poema satírico *La Epopeya del Balli Kombëtar.*

Con la capitulación de la Italia fascista, Abaz Kupi y sus lacayos se lanzaron como las hienas sobre el caballo muerto. Saquearon a los soldados italianos y equiparon a sus mercenarios con las armas tomadas a aquéllos. No es casual que los oficiales ingleses Hands y Riddel, entonces en Dibra, no quisieran desarmar allí mismo a la división italiana, sino que la enviaran a Mat. Abaz Kupi, que todavía no había roto sus lazos formales con el Movimiento de Liberación Nacional,

cuando le convenía invocaba su autoridad e impartía órdenes en nombre del Estado Mayor General. Lo había hecho varias veces y volvió a repetirlo en Dibra, donde apoyó la orden de los oficiales británicos de que los italianos fuesen desarmados en Mat, su guarida.

Entre tanto los alemanes habían entrado en Albania. Los cabecillas de la traición, Lumo Skëndo, Ali Këlcyra y otros, que habían fracasado estrepitosamente en la maniobra de ganar las montañas, vieron, en la ocupación nazi, la posibilidad de poner en práctica un nuevo plan: sacarse las castañas del fuego con las bayonetas del ejército hitleriano. Lo mismo quería hacer Abaz Kupi para sus propios fines, aunque al mismo tiempo no le gustaba la asociación con el Balli Kombëtar, porque, siguiendo los consejos de los ingleses, quería obtener para sí mismo la preeminencia y aliarse sólo con los alemanes, pero sin dar la impresión de ser su instrumento, como el Balli Kombëtar. Mientras, según las instrucciones de Londres, maquinaba nuevos planes, en septiembre de 1943 le invitamos a participar en la Conferencia de Labinot y a que explicase al mismo tiempo su actitud frente a nuestra Lucha y nuestro Movimiento. Pero no vino. Nos envió una carta de unas cuantas líneas en la que decía: «Estoy de acuerdo con todas las decisiones que se adopten en esa Conferencia; ciertos trabajos me impiden asistir». Ese bajraktar tramposo no asistió a aquella

importante reunión de nuestro pueblo, porque efectivamente estaba ocupado en «otros asuntos», porque, junto con McLean, estaba preparando la creación del «Partido Nacional-zoguista» al margen del Movimiento de Liberación Nacional y en contra de él. No tuvo ningún escrúpulo para violar el juramento que había prestado ante la bandera y el Consejo de Liberación Nacional. ¡Como si fuera la primera vez que pisoteaba esa bandera!

Observábamos que Abaz Kupi se movía, hacía frecuentes visitas al Norte, unas veces solo, otras acompañado por los oficiales ingleses McLean, Hands y Riddel. Pasaban de una región a otra, se ponían en contacto con los cabecillas reaccionarios de Dibra, con Muharrem Bajraktari, con Gjon Markagjoni en Mirdita, con Nik Sokoli en Malësia e Madhe. También en Kosova extendieron su red entre los Kryeziu, que acababan de regresar de Italia, y entre otros reaccionarios. Por todas partes conferenciaban y urdían planes con las gentes vendidas en cuerpo y alma al enemigo, y, a golpe de libras esterlinas, establecían alianzas con ellos a la usanza del viejo régimen, compraban bajraktars corrompidos a base de dinero y con la promesa de altos puestos. Zogu no había actuado de otro modo.

Abaz Kupi pensó que había llegado el momento de jugar abiertamente la carta de Zogu,

puesta sobre el tapete por la reacción y los ingleses. El 18 de septiembre de 1943 fue distribuida una octavilla que anunciaba la creación del «Partido Nacional-zoguista», que adoptaría poco después el nombre de Legaliteti, teniendo al frente a Abaz Kupi y a un tal Xhemal Herri, que el pueblo llamaba Xhemal Horri*. Legaliteti hacía una rimbombante propaganda del rey «genial», de su «obra», de su «solicitud» y la de las princesas ¡por la juventud y el pueblo albanés! Los ingleses trajeron a Abaz Kupi fotografías de «Su Alteza» y la familia real paseando por el «Hyde Park» en Londres, que se reproducían en su guiñapo «Atdheu» (La Patria), que evocaba con nostalgia el tiempo del régimen «legal» de Zogu y no decía ni una palabra contra el ocupante. Después de haber creado el Legaliteti, Abaz Kupi tendría trabajo con los alemanes, no para combatirlos, sino para colaborar con ellos. Según él ¡los alemanes se encontraban sólo temporalmente en Albania, querían únicamente cruzarla; quienes representaban un peligro eran los rojos, supuestamente vinculados con los extranjeros! Esta era también la tesis del quisling, del ciego instrumento de la Gestapo, Mehdi Frashëri, a quien los ocupantes alemanes colocaron a la cabeza de la «Regencia» (llamada a «gobernar» el país en nombre del rey hasta

* En albanés horr: bribón.

su regreso) y que apadrinó a Abaz Kupi ante el mando alemán.

¿Quién era ese individuo que llevaba el apellido Frashëri?

Había sido pachá de Turquía en Egipto y el Libano. Bajo el régimen de Zogu llegó a primer ministro. Con la ocupación de Albania por Italia, los fascistas le enviaron a Roma, le instalaron en el lujoso hotel «Victoria», donde le mantenían de reserva pensando que pudiera serles útil algún día. Y llegó el día en que debía ser utilizado, no por Mussolini que se vino abajo, sino por el mando nazi en nuestro país. Con la intervención de Neubacher, encargado especial de Hitler para la Europa Sudoriental, Mehdi Frashëri fue conducido a Albania hacia el mes de septiembre de 1943. Desde la tribuna de la «asamblea», este «patriota», que se puso enteramente al servicio de la política alemana, también envió felicitaciones a Abaz Kupi por la «lucha» que estaba llevando a cabo. Ahora Abaz Kupi debía jugar dos papeles: uno como colaborador de los alemanes y del gobierno quisling, y otro como colaborador de los ingleses[1]. De esta forma pretendía

---

1 El 15 de marzo de 1944, Boxshall enviaba a Michael Rose, funcionario de Foreign Office, la copia de un telegrama procedente de Estambul, según el cual Rakip Frashëri, había traído a Turquía «una carta de su padre, Mehdi Frashëri, dirigida al presidente turco, en la que se declaraba que Albania, a pesar

hacer realidad el sueño de instaurar el régimen monárquico de Zogu después de la Liberación. Con este objetivo mantuvo algunas entrevistas secretas con representantes militares alemanes y del primer ministro quisling Mehdi bey Frashëri. Se entendió con ellos pero a condición de que no le expusieran. Pero eran inútiles los esfuerzos de Kupi por disimular su colaboración con

---

de encontrarse ocupada por las tropas alemanas, actualmente es independiente y reclama el apoyo de Turquía para tener la posibilidad de participar en las conferencias internacionales de la postguerra sobre los Balcanes, sobre todo en lo que concierne a la eventualidad de una federación. Se cree igualmente que en esta carta se solicita el reconocimiento de Turquía del actual gobierno albanés...

«El gobierno en cuestión se opone a los alemanes, pero es incapaz de expulsarles, y no desea conducir al país a nuevos sacrificios hasta un desembarco de los aliados. Mehdi, que está en continuo contacto con Abaz Kupi y con todo el país, apoyaría a las fuerzas aliadas...

«Rakip ha dicho que Mehdi desearía ayudar a los aliados secretamente y ha expresado su disposición para transmitir cualquier mensaje concreto... Rakip pretende que los alemanes desconocen el contenido de la carta enviada al presidente y pide que se observe el mayor secreto».

Más adelante Boxshall agrega:

«El Cairo ha autorizado a Estambul que envíe a Mehdi Frashëri un mensaje de respuesta indicándole que un oficial inglés de enlace que está al tanto de los asuntos albaneses será enviado muy pronto a Albania. Mehdi Frashëri tendrá la posibilidad de establecer contacto con este oficial por intermedio de Kupi». *(FO 371/43550-3372. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

los alemanes, quienes le suministraban armas, dinero y le permitían abiertamente que publicara su piltrafa «Atdheu» en la imprenta de Malosmani en Tirana. Este órgano del Legaliteti zoguista, circulaba libremente por todas partes. Por tanto, en principio, los alemanes, Mehdi bey y Cía estaban de acuerdo en el retorno de Zogu a Albania. Inglaterra apoyaba también este proyecto que ella había sido la primera en concebir. Como se vio más tarde, ya había entrado hacía tiempo en negociaciones con Zogu. Esto fue confirmado por la marcha del mayor McLean del Estado Mayor General de nuestro Ejército de Liberación Nacional y su posterior establecimiento secreto junto a Abaz Kupi. McLean se convirtió en el intermediario directo entre Abaz Kupi por un lado y Londres y Zogu por otro; él era quien orientaba al primero y actuaba junto con él y los demás bajraktars contra nuestro Movimiento y nuestro Ejército. McLean abastecía a la reacción zoguista con la «caballería de San Jorge», con armas, con municiones, con vestimenta y víveres. Nuestro Estado Mayor General estaba informado de que una misión militar inglesa con McLean y Amery al frente, estaba instalada junto a la banda de Abaz Kupi y los bajratars que le rodeaban.

Constatamos asimismo que Abaz Kupi en su oficio de bandido, de bajraktar, estaba creando

algunos organismos militares y políticos. Creó asimismo una especie de estado mayor y colocó al frente de él a un ex oficial de Zogu, un tal Jahja Çaçi, quien en un comienzo estaba de nuestro lado pero luego se pasó del lado de Abaz Kupi. Este organismo formal, formal porque no se trataba de un «estado mayor» constituido para combatir a los alemanes, sino para organizar comilonas, fue dotado por Abaz Kupi de una base pretendidamente política. En noviembre de 1943, junto con algunos cabecillas reaccionarios y bajraktars, reunió el «congreso» del Legaliteti, que asumió la tarea de separar al pueblo del Partido Comunista, agruparlo en torno suyo y restaurar la monarquía con Zogu a la cabeza. Esta especie de congreso se realizó en Zall-Herr, ante las narices de la Gestapo alemana, que «cerró los ojos». En ese llamado congreso, tramado con toda evidencia para nosotros por los ingleses y los alemanes en colaboración tácita, también estaba presente McLean.

Abaz Kupi, en representación de los zoguistas, comenzó después de esto a celebrar reuniones abiertas con los bajraktars del Norte, naturalmente para unirles contra nosotros y preparar su agrupamiento futuro en torno a Zogu. Esta era la tarea que le había asignado el Intelligence Service. El plan estaba elaborado con esmero.

Mis previsiones sobre las misiones inglesas se confirmaban una tras otra.

El general inglés Davies había venido para obtener un compromiso y una reconciliación entre nosotros, por un lado, y el Balli Kombëtar y los zoguistas, por otro. Yo había rechazado y desenmascarado este plan. Y estaba en lo cierto. El general, a pesar de haber chocado con la firme actitud de nuestro Partido y del Frente de Liberación Nacional, no depuso las armas, e hizo todo lo posible por llevar a fin sus planes. Necesitaba entrevistarse a toda costa con el agente de los británicos, «mister Kupi». Me llegaron informaciones de que un vástago de los Memaj había visitado al general Davies con el supuesto objetivo de llevarle huevos, pero, junto con éstos, el cesto llevaba también una carta de Abaz Kupi para el general. En ese momento Frederik y Nicholls habían marchado a Orenja para acondicionar al cuartel de invierno, y el general, sin el estorbo de nuestro enlace, salió furtivamente para entrevistarse con Abaz Kupi en Shëngjergj.

La entrevista no había durado mucho. El aprendiz rindió cuentas de sus «hazañas» y sus planes para el futuro ante el maestro. El general, tras arrojarle una bolsa de monedas de oro, dio nuevas instrucciones al «pequeño Zogu». Una de las principales demandas de Abaz Kupi era que Zogu enviase desde Londres un mensaje de feli-

citación por el trabajo que se realizaba en su nombre y en su provecho. Esto debía resultarle muy útil a él y a toda la reacción en Albania, para alentar a sus seguidores y para amedrentarnos a nosotros. En la entrevista acordaron, por lo que parece, conversar juntos con los cabecillas del Balli Kombëtar, a pesar de que Abaz Kupi no fundaba ninguna esperanza en ellos.

En las conversaciones sostenidas con los cabecillas del Balli Kombëtar y Abaz Kupi, el general extrajo naturalmente algunas conclusiones de interés. Una de ellas era que ambos grupos debían reconciliarse, organizarse y fortalecerse para garantizar el porvenir. Así la parte que colaboraría con los alemanes y la que estaba bajo la dirección de los ingleses, coordinarían sus acciones para combatir mejor al Movimiento de Liberación Nacional. Naturalmente, en el futuro sería Inglaterra y sus hombres quienes jugarían el papel decisivo, en una palabra, la carta de Zogu predominaría sobre las demás.

La sugerencia de Mustafa Gjinishi, agente de los ingleses, de que el Frente de Liberación Nacional enviara representantes a Londres para entrar en conversaciones con el gobierno inglés, nos aclaró aún mejor la situación. El plan de Davies consistía en establecer en Londres una «coalición» entre el Frente de Liberación Nacional y la más negra reacción.

Como he explicado antes, el general y sus patrones de Londres encajaron nuestra respuesta como una bofetada, ya que con seguridad habian sido informados ya por el agente Mustafa Gjinishi. El comportamiento del general no nos sorprendía. A nosotros nos consideraba enemigos, y a los quislings, a los zoguistas y al Balli Kombëtar aliados de Inglaterra, en los que esperaba apoyarse mañana para establecer su influencia en nuestro país.

La situación creada en Albania obligó al general Davies a decidir su regreso a Londres para informar sobre su actividad. Por eso insistió en ir a cualquier precio a Korça. Ya he evocado este episodio en estas memorias, así como la áspera querella que tuvimos. Con seguridad el general quería pasar de Korça a Grecia y de allí a Londres. Esta fue mi primera deducción. El desarrollo de los acontecimientos me hizo llegar a la conclusión de que la ofensiva alemana para cercar a nuestro Estado Mayor General y liquidar la dirección de nuestro Partido y de nuestro Ejército, así como la entrega del general inglés sin disparar un tiro, a pesar de que los guerrilleros dirigidos por Baba Faja hicieron todo lo posible para sacarle del cerco, podía ser un plan tramado por los ingleses, los alemanes y la reacción interna. Porque ¿cómo explicar de otra forma las palabras del general?: «¡Están perdidos, han per-

dido la guerra, entregúense!». Pero hicimos fracasar su plan, actuamos de tal forma que logramos romper el cerco sin graves pérdidas.

Abaz Kupi había estado actuando durante largo tiempo contra nosotros bajo cuerda, pero ahora se declaró abiertamente. Tres veces le convocamos a un encuentro, pero no venía. Había llegado el momento de apretarle las clavijas, el vaso estaba tan lleno que se desbordaba. Le llamamos por última vez a un encuentro en Shëngjergj, Tirana, en la primera semana de diciembre. Finalmente aceptó. Decidimos que sería yo, con dos o tres camaradas, quienes asistiríamos al encuentro. Sin hacer caso de los peligros fuimos y nos entrevistamos con él. Para demostrarle que íbamos como amigos y que no había motivo para temer, nos hicimos escoltar tan solo por cinco o seis guerrilleros. Esto era peligroso, ya que sabíamos de sobra que era un criminal, pero era indispensable actuar así ante los ojos de la gente sencilla que le seguía. Si Abaz Kupi no cambiaba de actitud, debía ser necesariamente desenmascarado. De hecho, habíamos actuado con temeridad, porque el viejo lobo había apostado en torno a la casa donde tenía lugar la entrevista, un gran número de compinches, asesinos y criminales consumados. Pero, a fin de cuentas, venderíamos cara nuestra vida.

La conversación, que intentaré reproducir

aquí, seguramente con alguna falta por el largo tiempo transcurrido, comenzó y terminó en una atmósfera de tensión.

—Vengo a este encuentro con el Partido de Liberación Nacional en tanto que patriota, como representante del «Movimiento del Legaliteti», que es el partido de Su Majestad Zogu I —empezó diciendo Abaz Kupi.

No perdía el aplomo. Creía que con esa pomposa declaración nos convencería de que habláramos con él como con un igual. Olvidaba que hacía tiempo que le habíamos borrado de nuestra agenda. Lo que nos preocupaba era la suerte de los que continuaba timando y encandilando con palabras vacías.

—El rey es un demócrata convencido —prosiguió él— de una magnanimidad sin parangón. Permite la existencia de diversos partidos demócratas y se digna a reconocer al llamado «Partido de Liberación Nacional» dentro del «Movimiento del Legaliteti».

Hasta ese punto estaba envanecido. Creía incluso poder enseñarnos nuestro lugar.

—Pero, tú todavía eres miembro del Consejo General de Liberación Nacional —le dijimos—. ¿Qué actitud es ésta? ¿Te das cuenta de que estás violando tu juramento ante la bandera y el Consejo de Liberación Nacional? No olvides que el albanés jamás reniega de su palabra.

Notamos que se le secaba la lengua y un momento después echaba una mirada hacia sus acompañantes. Como siempre, Murat Basha estaba sentado a su izquierda, un poco apartado. A su derecha estaba el bajraktar Bilal Kola, que cambiaba sucesivamente de cara y no abrió la boca durante toda la entrevista.

—He abandonado oficialmente ese Consejo en noviembre —nos respondió—. Eso deben saberlo Uds., porque lo he declarado abierta y honestamente.

—De hecho tú mismo te has excluido hace tiempo, Abaz Kupi —le dijimos—, y has estado actuando bajo cuerda, particularmente después de la capitulación de Italia.

—No es verdad —protestó—. Al contrario, después de la capitulación de Italia fui yo quien se batió en Kruja.

Abaz Kupi mentía sin asomo de vergüenza. Creía que protestando y presentando semejantes «pruebas», nos haría ver las cosas del revés.

—Tú sabrás dónde estabas cuando se combatía en Kruja —le dijimos—. El pueblo vio con sus propios ojos quién luchó allá. Fueron los destacamentos guerrilleros con Haxhi Lleshi al frente quienes derramaron su sangre. Tú llegaste al final, únicamente para representar el papel de «libertador».

Abaz Kupi, a pesar de ser un hombre sin

instrucción ni cultura, había adquirido la astucia de un zorro que olfatea el peligro y cuando se sentía acorralado procuraba escurrir el bulto. Así actuaba durante la conversación, de la misma forma en que lo había hecho toda su vida. Pero esta vez el zorro había caído en la trampa y no podía escapar. No le quedaba otra salida que andarse por las ramas.

—Es verdad que he mantenido una actitud fría hacia el Consejo —dijo pasando del combate de Kruja a su posición respecto al Consejo—, pero tenía mis razones. Eso ocurrió a partir de la reunión de Labinot, porque vi que estaba dirigida por principios puramente comunistas. Y eso yo no podía aceptarlo.

—Esa no es razón —le dijimos—. ¿Por qué no viniste a sincerarte con nosotros? Tres veces te hemos invitado a conversar, pero tú ni siquiera te has tomado la molestia de moverte. ¿Qué nombre se le puede dar a eso? También hay nacionalistas en nuestras filas; no son comunistas, pero luchan, no por su cuenta, sino junto a nosotros. Albania no es solamente de los comunistas, sino también de los nacionalistas patriotas, de todo el pueblo. Todos debemos levantarnos y luchar. Pero para vencer debemos estar unidos como un puño. No olvides lo que hiciste en Mukje. Los nacionalistas honestos no son far-

santes como algunos; no colaboran con el enemigo como algunos otros. Tú debes saber lo que espera a los colaboracionistas.

El viejo zorro captó la alusión y saltó como si le hubiesen pinchado.

—Yo les he ayudado con el dinero que recibía de mis amigos y mis colaboradores, de oficiales y suboficiales de la gendarmería y otros, pero ustedes agradecen esa ayuda con balas en la cabeza, como han hecho con Idhomene Kosturi.

¡Qué lejos estaba Abaz Kupi del objetivo de nuestra guerra! Salía en defensa de elementos que de patriotas tenían sólo el nombre, y que de hecho eran colaboradores de los ocupantes. En pocas palabras, explicaba él mismo su naturaleza y las amistades que tenía.

—Abaz Kupi —le dijimos— pensábamos otra cosa distinta de ti. ¿Cómo puedes tomar bajo tu defensa a quienes son indefendibles, blanquear a los que nada podría blanquear? Incluso las aguas del mar no podrían lavar las fechorías de esa gente. ¿Qué crees tú, que no vamos a ajusticiar a los espías, a los traidores y a los esbirros de Mehdi bey, que nos persiguen paso a paso, día y noche? Dices que son tus colaboradores. ¿Te has olvidado de que colaboran también con los alemanes? Idhomene Kosturi que, según tú, sería un patriota, fue nombrado presidente de la «asamblea» creada a la sombra de las bayonetas

hitlerianas. Ahora, francamente, Abaz, ¿con quién estás tú?

—¿Con quién estoy? ¿Por qué me lo preguntáis? Eso es acusarme de traición —exlamó levantándose—. ¿Habéis olvidado mi patriotismo? ¿Olvidasteis que el 7 de abril de 1939 yo recibí a los italianos a tiros?

—Cálmate, no te excites, Abaz —le dijimos—, que conocemos tu patriotismo. Sabemos que has disparado unos cuantos tiros, pero no lo hiciste por amor a la patria, sino para dar tiempo a que huyera tu amo, Ahmet Zogu, vampiro y traidor del pueblo, el que robó el oro, el sudor y la sangre del pueblo. Estuviste disparando el tiempo justo que necesitaba él para pasar la frontera. Después te largaste también tú. Esta es la verdad de tu «lucha» y eso lo sabe todo el mundo.

Era la primera vez que alguien le decía aquello en la cara. ¡Quién no conocía ya su «patriotismo»! Permanecía de pie, con la cara desfigurada, y al final, en voz baja como si hablase consigo mismo, dijo:

—He luchado y lucharé no sólo hasta la liberación de Albania de los ocupantes, sino hasta la liberación de todas las tierras habitadas por los hermanos albaneses.

—El pueblo albanés conserva aún fresco en su memoria el modo en que liberó el régimen «legal» a sus hermanos. Tú recordarás perfecta-

mente cómo «Su Majestad», que volvió al poder con la ayuda de los guardias blancos que le dio Servia, regaló al rey servio Shën Naumi y Vermosh en señal de agradecimiento. En una «liberación» semejante pensáis los del Legaliteti. Tú siempre has aplicado una política personal de bajraktar y jamás has cumplido las tareas que te encomendó el Consejo de Liberación Nacional.

—He declarado que me uní con vosotros únicamente para combatir al enemigo.

—Eso nos has dicho. Pero ¿cuándo combatirás? Olvídate de la lucha en Kruja. Allí no luchaste tú, sino otros. No sólo no estás luchando, sino que nos creas dificultades. Con tu actitud estás privando a una zona entera de que se comprometa totalmente contra el enemigo. ¿No es eso sabotaje? ¿Y del sabotaje de los consejos de liberación nacional, sobre todo en Kruja y Mat, qué tienes que decir?

—¿Por qué me habláis en ese tono? Habláis como si hubiese sido yo quien ha hecho eso. Es el mismo pueblo quien no acepta los consejos, porque se ha dado cuenta de que no tienen inspiración nacionalista, que vosotros a través de ellos pretendéis haceros con el poder. Albania no tiene necesidad de otro régimen. El régimen monárquico, con Zogu a la cabeza, es legal y sobre eso no hay por qué discutir. El retorno de Su Majestad es necesario para que Albania recobre su honor,

violado por un Estado extranjero. No olvidéis que los Grandes también están a favor de ello. Recientemente Su Majestad ha tenido una entrevista de veinte minutos con el señor Churchill.

—En cuanto al régimen que será establecido en Albania después de la guerra, eso lo hemos declarado públicamente. La forma de régimen la establecerá el mismo pueblo. Pero te decimos únicamente esto: los tiempos del rey Zogu ya pasaron. Tú, si quieres, puedes llamarle tu rey. Nosotros luchamos hoy por una Albania independiente, democrática y popular, libre del fascismo. En cuando al modo como un Estado extranjero, que tú no mencionas, expulsó a Zogu y la forma en que éste se fue, lo sabes muy bien. Y en lo que se refiere a la entrevista de que hablaste, debes saber bien tú y cualquier otro, que Zogu puede, si le place, hablar todos los días con Churchill sobre la cuestión de Albania, pero ni uno ni otro pueden decidir sobre sus destinos. Es el pueblo, exclusivamente el pueblo albanés, somos nosotros quienes decidiremos y ningún otro, tanto sobre la guerra, como sobre el futuro régimen —dije elevando la voz. Abaz Kupi palideció y movió ligeramente la mano derecha. Sus ayudantes que le flanqueaban se pusieron en pie de alerta. Pero no nos dejamos impresionar. Estábamos preparados para todo. El Legaliteti ha creado bandas de mercenarios —proseguí—, que

no disparan ni una sola bala contra los ocupantes, sino que están a la espera de que «llegue el momento», mientras Albania atraviesa sus días más negros.

—Si hubiésemos esperado a que «llegase el momento», no habríamos luchado en Qafë-Shtamë y desarmado allí a los italianos —intentó contradecirme.

—También en esa ocasión —le respondí— has actuado a tu antojo, para presumir, y en primer lugar, por la presa, por el botín. En Qafë-Shtamë, los italianos estaban reducidos al estado de un caballo muerto y tú y tus mercenarios os llevasteis las herraduras. Esa es vuestra «hazaña». Y lo hicisteis desobedeciendo las recomendaciones del Estado Mayor. Asimismo, sin el conocimiento ni la autorización de la Presidencia del Consejo General de Liberación Nacional, abusando de tu condición de miembro de esa Presidencia, fuiste a Lura y, junto con Mithat Frashëri, organizaste la reunión con los bajraktars reaccionarios comprometidos en cuerpo y alma con el ocupante. Te convocamos para que nos explicaras todo esto, pero no te dignaste a venir.

—En cuanto a la reunión de Lura, Mithat Frashëri me invitó a ella por carta. Allí fui encargado de mediar ante los notables de Dibra a fin de lograr nuestra unión. Ellos son patriotas y quieren luchar por Albania.

—¿Qué clase de patriotas son ellos, cuando se han unido al ocupante? Tú lo sabías y a pesar de ello te entrevistaste y conversaste con ellos. ¿De qué unión puede hablarse con gente semejante? Todo el mundo sabe que no puede haber unión al margen del Movimiento de Liberación Nacional. Unicamente este movimiento representa al pueblo albanés. Sólo los consejos de liberación nacional son órganos de lucha, son el único poder que expresa la voluntad del pueblo. Cualquier «gobierno» u organización al margen de ellos no puede ser sino un instrumento de compromiso y de traición.

Frecuentemente, cuando me contestaba, Abaz Kupi levantaba la voz y se acercaba a las ventanas, que habían sido dejadas premeditadamente abiertas, de manera que los campesinos armados de su banda que estaban en el patio, escuchasen las declaraciones que hacía en su «defensa» y se convencieran de la talla de su «dirigente». En un momento determinado, dirigiéndose a mí en voz alta, se levantó y me dijo:

—Escucha, señor Hoxha, no serán los comunistas, sino el régimen de Zogu quien proporcionará bienestar al pueblo, quien abrirá escuelas, eliminará los fuertes impuestos y entregará la tierra a los campesinos.

También yo me levanté, y con voz aún más fuerte, cerca de la ventana, le respondí:

—Escucha, señor Kupi, los campesinos pobres recibirán la tierra únicamente de nosotros, del poder popular que se establecerá después de la Liberación. Jamás la recibirán de los zoguistas; Zogu estuvo durante 15 años en el poder y lo único que pensó e hizo por ellos fue engañarles con promesas, diciéndoles que haría la «reforma agraria». Pero era imposible que hiciera eso nunca, hubiera sido un suicidio para él. Los que no sigan el camino del Movimiento de Liberación Nacional, terminarán inevitablemente, hoy o mañana, en el regazo de los enemigos de nuestro Movimiento y del pueblo, y, si se cruzan en nuestro camino, les golpearemos y les aniquilaremos —le dije para finalizar.

La entrevista se había transformado para él en un severo juicio que lo desenmascaraba.

Así fue como dimos fin al encuentro con Abaz Kupi y nos pusimos en marcha. Desde entonces nunca más le volví a ver.

Inmediatamente celebramos una reunión extraordinaria de la Presidencia, le expulsamos de ella y, el mismo día, redactamos una resolución, informando de nuestra entrevista con Abaz Kupi, nuestros esfuerzos para persuadirle de que cambiara de actitud y afirmando en fin la necesidad de desenmascararle ante el pueblo.

Tras la entrevista con Kupi, inmediatamente reapareció en escena el general Davies. Me ima-

ginaba que quería obtener información sobre la entrevista y no me equivoqué. Por primera vez prescindió de los preámbulos y fue directamente al grano:

—Señor Hoxha, ha tenido usted una conversación con el señor Kupi —comenzó el general—. ¿Puede decirme cómo fueron las cosas?

—Hace tiempo —expliqué al general— le habíamos pedido que definiera su actitud hacia el Balli Kombëtar, el gobierno quisling y los ocupantes alemanes, pero él se abstuvo siempre de condenarlos. Disponemos por el contrario de información segura según la cual colabora con ellos en detrimento de nuestra lucha, incluso durante nuestra entrevista se expresó con benevolencia respecto a ellos.

— El señor Kupi me había prometido que solucionaría estos problemas, incluso me dijo que iba a combatir.

—Sí —le dije— de la misma forma que se lo prometieron los cabecillas del Balli Kombëtar; según nos contó, éstos incluso se lo habían declarado por escrito, ¿no es así? ¿Dónde fueron a parar sus promesas? ¿Ve Ud. lo que están haciendo? Exactamente igual es Abaz Kupi, por eso le destituyó el Consejo General de Liberación Nacional y le advirtió que, de continuar por ese camino, le golpearemos.

— Señor Hoxha —dijo el general volviendo

a la carga— le rogaría que influya sobre el Consejo para que posponga el plazo fijado en cuanto a la actitud de Kupi, porque yo voy a conversar de nuevo con él.

—Hemos esperado demasiado —corté yo. Desde hace tiempo viene planteando como cuestión del momento no la liberación, sino el régimen. Para nosotros este asunto ha llegado a su fin. La decisión está tomada. No nos queda más que observar paso a paso su actividad y, en la primera ocasión, golpearle. Esa mula, ese palo quiere.

El general, viendo nuestra determinación, se despidió de mí y se marchó. Su plan destinado a mantener aún entre nuestras piernas a su agente había fracasado.

Durante el crudo invierno de 1943-44 los alemanes y los ballistas desataron una gran ofensiva contra nuestras fuerzas que estaban mal vestidas y hambrientas. Esto contribuyó a que Abaz Kupi ganara terreno. Fue para él un «veranillo» en medio del invierno glacial. Se engañaba pensando que esto era todo y que la victoria le sonreía. Por medio de los oficiales ingleses Abaz Kupi repitió su exigencia de que «Su Majestad» le enviase un mensaje[1] desde Londres, declarando que

---

1 En una carta de Talbot Rice enviada a Howard el 24 de febrero de 1944 se dice:

«Conforme a la decisión que adoptamos en la reunión del

estaba dispuesto a retornar a Albania. Hacía incluso un gran escándalo sobre la entrevista de Zogu I con Churchill, quien le habría prometido que la monarquía más poderosa del mundo haría todo lo posible por sentarle de nuevo en el trono.

A través de los Zavalani[1] y otros pregoneros oíamos voces según las cuales se había pedido también el parecer de Fan Noli sobre la creación de un gobierno en el exilio, encabezado por Zogu,

---

jueves 17 de febrero, nos hemos entrevistado con Zogu y le pedimos que escribiera una carta a Abaz Kupi. En el curso de la entrevista que McLean sostuvo con él, se mostró dispuesto a ayudarnos... *(FO 371/43550-3372. PRO. Extraída de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)* Por otra parte, en una información de Sargent enviada al secretario de Estado el 29 de febrero de 1944, se dice: «...McLean fue a entrevistarse con el rey Zogu y recibió la carta deseada... Sin embargo el texto no es enteramente satisfactorio y, en caso de que se utilice, debe ser modificado. Hemos discutido sobre él con el SOE durante otra reunión celebrada el 28 de febrero y nos pusimos de acuerdo sobre el proyecto reelaborado, adjunto. Si ustedes están de acuerdo, díganle a McLean que vaya nuevamente a encontrarse con Zogu y le pida que modifique la carta conforme a lo que liemos convenido...

Si, después de su regreso a Albania, McLean considera oportuno utilizar la carta de Zogu y, si le autorizamos que se la entregue a A. Kupi, examinaremos encomendar a Tito que al mismo tiempo haga uso de su influencia sobre el MLN». *(FO 371/43550-3372. PRO. Extraido de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

1 T. Zavalani, intelectual reaccionario albanés, al servicio de los ingleses. Trabajaba en Radio Londres en la preparación de las emisiones en albanés.

que había estado de acuerdo y había aceptado ser consejero[1] de ese gobierno! La piltrafa «Atdheu» publicó el mensaje que Noli enviaba con este motivo a Cordell Hull[2]. En un comienzo no lo creimos. ¡No podíamos concebir que este implacable opositor de Zogu pudiera sentarse en la misma mesa y pensar con él sobre los destinos de Albania! Nos parecía increíble que Noli se reconciliase con el asesino de Avni Rustemi y de

---

1 En respuesta a la carta que S. Martini [«ministro de Corte»] enviaba a Fan Noli en nombre de Zogu el 7 de abril de 1943 relativa a la creación de un gobierno albanés, en la que se decía que «al Rey le agradaría ver a vuestra eminencia a la cabeza de este gobierno» *(FO 371/37136-3634. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana).* Fan Noli le escribía el 27 de mayo de 1943: «Estoy dispuesto a hacer todo lo que me corresponda... bajo la dirección del rey Zogu... quiero puntualizar que puedo prestar mis servicios sólo en calidad de consejero debido a mi nacionalidad americana...» *(FO 371/37137-3643. PRO. Extraído de la copia del original que obra en los AIH, Tirana.)*

2 Según este periódico de fecha 12 de octubre de 1943, Noli, entre otras cosas, escribía a Hull: «... iría en interés de las Naciones Unidas reconocer oficialmente al rey Zogu y darle la ocasión de desempeñar su papel para acelerar la victoria que todos esperamos. El rey Zogu está en condiciones de trabajar para los aliados mejor que cualquier albanés o grupo de albaneses... algunos adversarios sinceros del rey Zogu, que han sufrido largos años de exilio por su oposición, estiman que va en interés de las dos partes, de las Naciones Unidas y de Albania, la existencia de un gobierno en el exilio, oficialmente reconocido, bajo la dirección del rey Zogu...».

Bajram Curri, de Luigj Gurakuqi y Riza Cerova, con el que había forzado a centenares de hijos del águila a errar por Europa sin casa ni hogar, perseguidos sañudamente por sus esbirros. Nos parecía asombroso que Noli tendiese la tabla de salvación al feudal sin entrañas que había estado durante quince años chupando la sangre al pueblo albanés. Pero, desgraciadamente, como fue confirmado más tarde, había algo de verdad entre lo que se decía. En qué circunstancias había adoptado Noli esa actitud y cuáles fueron los motivos que le empujaron a ello, eso no lo sabemos. El hecho es que él envió aquel mensaje, independientemente de que el plan para la creación de un gobierno en el exilio jamás pudiera realizarse.

Mientras la reacción del exterior preparaba a los padrinos para que trajeran a Zogu a Albania, la del interior se recobraba. En torno a la figura de Zogu se hacía una bulliciosa propaganda. La gendarmería, bajo la protección de las bayonetas hitlerianas, se reorganizaba como en los tiempos anteriores al 7 de abril, e incluso adoptó el viejo saludo zoguista. Tras un encuentro secreto con Xhafer Deva en una aldea de Kruja, Abaz Kupi se alió con el general nazi Schmoll para exterminar al Ejército de Liberación Nacional. Su colaboración llegó a tal punto que cuando los alemanes hacían prisioneros a algunos de nuestros hombres, les aconsejaban enrolarse en el «ejér-

cito» de *Herr* Kupi, si es que querían salvar la cabeza. En las ciudades circulaban octavillas, «Atdheu» y otros guiñapos que pretendían engañar al pueblo, dar aliento y esperanzas a los zoguistas, sembrar el pánico entre las masas y desorientarlas con el espantajo de Zogu, con el objetivo final de apartarlas del camino justo.

En lo que concierne a los rumores procedentes de Londres, exigimos con insistencia a la misión inglesa que, o bien se pronunciara en favor de ellos, o, en caso de que fueran falsos, advirtiera a Londres que los desmintiese públicamente. Algún tiempo después y por intermedio del mayor Tillman, que lanzó por su propia mano una octavilla en este sentido en Gjirokastra. Londres intentó desmentir los rumores.

Finales de abril de 1944. Mustafa Kaçaçi, comisario del Batallón de Mat, me dirigió una carta en la que me informaba que de nuevo había aparecido por allí el agente del Intelligence Service, McLean. «Encabeza la misión inglesa junto a Abaz Kupi, al que están suministrando por el aire abundante material, me decía, tanto que una parte de él cae en manos de los gendarmes, y otra parte se vende en el mercado donde nosotros mismos hemos comprado varias veces».

Al leer la carta me acordé de las palabras de Davies en la primera entrevista de Labinot cuando nos dijo que a finales de noviembre McLean iría

a El Cairo, de allí a Londres y quizás según él, informaría personalmente a Churchill de la situación en Albania. He aquí que ahora, después de haber terminado el «curso», habían lanzado de nuevo a McLean en Albania, pero ahora con el grado de teniente coronel. Había llegado junto al íntimo amigo de los ingleses con nuevas instrucciones para imprimir un nuevo impulso a los planes de Londres. La permanencia de la misión inglesa junto a Abaz Kupi, su abastecimiento con libras esterlinas y abundante material, la propaganda inglesa, para dar una desmesurada importancia a su figura, así como la operación germano-ballista contra nuestro Ejército, hicieron que el «pequeño Zogu» se sintiese en el cenit de su fuerza y su alegría, y se pavoneara como el gallo en el muladar.

Abaz Kupi no se contentó con sus tejemanejes con los ingleses, sino que intentó también establecer relaciones con la reacción griega. Junto con el Balli Kombëtar y los quislings de Tirana, comenzó a cavar una nueva fosa para nuestro país, partiendo esta vez no del Norte, como en 1924, sino del Sur. Mithat Frashëri envió a Atenas a Dhimitër Fallo; Mehdi Frashëri a su pregonero, Xhavit Leskoviku, y Abaz Kupi «autorizó» como delegado del Legaliteti al ex primer ministro del gobierno de Ahmet Zogu, Koço Kota, para concluir un acuerdo con Ralis y Zerva con el fin de

ahogar conjuntamente en sangre los movimientos de liberación nacional de los dos pueblos, albanés y griego. Este plan preveía la futura conversión de este acuerdo en una alianza greco-turco-albanesa. Pero su misión fracasó. Los documentos a través de los cuales el Comité Central del Balli Kombëtar y el gobierno quisling acreditaban a Dhimitër Fallo como delegado a esas conversaciones con los reaccionarios griegos, fueron capturados por nuestros guerrilleros, y el «delegado» fue juzgado y condenado en el verano de 1944.

He aquí la situación en que se encontraban los «bravos» y el «estado mayor» de Abaz Kupi antes de la ofensiva de nuestra I División en Albania Central y Septentrional. Su «veranillo» tocaba a su fin. El aceite del candil inglés estaba a punto de consumirse.

Después del Congreso de Përmet, ordené a las brigadas de la I División que pasaran a las zonas de la otra orilla del Shkumbin, atacaran a los alemanes y, junto con las fuerzas guerrilleras que luchaban en dichas zonas, limpiaran Albania Central y Septentrional, golpearan a muerte a la reacción, levantaran el poder popular de los consejos de liberación nacional y engrosaran las filas del Ejército de Liberación Nacional con nuevos destacamentos. Dábamos así un golpe decisivo a los planes de los ingleses contra nosotros. La reacción zoguista agonizaba.

Las sombras de la muerte la envolvían. Nuestras fuerzas marchaban sobre Mat y Mirdita, donde se habían refugiado los zoguistas y otros reaccionarios. El pueblo del Norte se levantó en pleno en apoyo del Ejército de Liberación Nacional.

A principios de julio de 1944, el oficial inglés de enlace me pidió una entrevista urgente[1]. Le recibí.

—He recibido un mensaje del Cuartel Aliado del Mediterráneo, en el que se demanda que detengan sus ataques contra Abaz Kupi y otros en el Norte, que son patriotas y amigos nuestros, en caso contrario les serán cortadas las ayudas —me dijo.

—Nuestra División —le respondí— ha recibido orden de limpiar el Norte de alemanes, de mercenarios y traidores, de establecer el poder de los consejos de liberación nacional y lanzar al pueblo a la lucha contra el ocupante.

---

1 En su libro *Sons of the Eagle,* J. Amery, recordando una reunión con los jefes de la reacción, escribe:

«La noticia de la ofensiva de los guerrilleros hizo que nuestra reunión careciera en absoluto de ánimo. Abaz Kupi, Muharrem Bajraktari, Seit Kryeziu, McLean, Smiley y yo estábamos sentados a la sombra de un enorme roble. Los otros jefes de rango inferior y sus correligionarios estaban de pie en torno a nosotros. Ya no se trataba de un llamamiento a la rebelión general de los gegës; todos los jefes, uno a uno, tomaron la palabra... pidiéndonos que interviniéramos para llegar a un armisticio.» (*«Sons of the Eagle», London, Macmillan and Co. Ltd, 1948, p. 202.)*

—Pero se está acercando a Mat, que es terreno de acción del señor Kupi —objetó.

—Mat forma parte de Albania —le corté— ¿por qué no habríamos de pasar allí? Nadie tiene el derecho de impedir que nuestra División cumpla con su deber. No hay por qué condicionar a esta cuestión la ayuda material de los aliados. Abaz Kupi fue miembro de la Presidencia del Consejo General de Liberación Nacional y de nuestro Estado Mayor, pero se lanzó contra el Movimiento de Liberación Nacional, y por ello ha sido expulsado de ambos organismos y marcado con el sello de la traición. Eso lo sabe usted bien.

—El señor Kupi se queja de que su División le ha conminado a que se entregue, o que, en caso contrario, le atacará. Y ni siquiera le ha dado plazo alguno.

—Hace un año que le emplazamos a que se pronunciara en favor o en contra nuestra. Ustedes mismos han esperado mucho, pero nosotros ya no esperamos más. El colabora con los alemanes y nos está saboteando la lucha, nuestro plan estratégico y el de los aliados.

Después de dos días volvió a verme y me dijo:

— Señor Hoxha, el Cuartel Aliado me ha hecho llegar una nota del general Wilson para usted.

—¿Qué dice la nota? —le pregunté sin tur-

barme ya que sospechaba lo que podía contener. La ofensiva de nuestra División en el Norte les hería en lo más vivo.

—La nota contiene tres puntos —prosiguió el inglés—. En el primero, el general Wilson declara que no permite que sus guerrilleros interfieran sus planes estratégicos, no tolera una guerra civil en su teatro de operaciones.

—Esa es una ingerencia inadmisible —le dije—. ¿Cómo es que el general Wilson cree que hay aquí una guerra civil? La única guerra que tiene lugar aquí es contra el ocupante y sus colaboradores, como son el Balli Kombëtar, los cabecillas reaccionarios de Dibra y Abaz Kupi con sus mercenarios. Continúe con el segundo punto, por favor.

—El segundo — dijo él— está relacionado con la ayuda. En caso de que ataquen ustedes al señor Kupi, la ayuda será cortada, se dice en la nota y, sin la ayuda de los aliados, ustedes no pueden hacer frente a los alemanes.

—Que se entere bien el general y cualquier otro —respondí devolviendo la pelota al inglés—, nosotros no iniciamos la lucha porque los aliados estuvieran en guerra, la emprendimos antes que ellos, incluso sin su ayuda ni la de ningún otro. Esa ayuda se nos debe prestar porque redunda también en interés de los aliados, y si se condiciona a nuestra actitud frente a los traidores, continua-

remos nuestra lucha del mismo modo que la iniciamos. Continúe, continúe con el tercer punto —le dije sin dirigirle la mirada.

—En el tercer punto se indica que si el Movimiento de Liberación Nacional no garantiza que no se atacará al señor Kupi, no podrá enviar delegados ante el Cuartel Aliado en Italia —finalizó el oficial inglés de enlace.

—El encuentro de nuestra delegación con representantes del Cuartel General Aliado del Mediterráneo de ningún modo puede ser relacionado con la cuestión de Abaz Kupi. Para nosotros esta cuestión ya no existe, con respecto a ella se adoptó una decisión de una vez y para siempre en diciembre del año pasado, cuando saldamos las cuentas con él. Y el Congreso de Përmet señaló su fin. Nuestra delegación irá a Italia para concluir un acuerdo más completo con los aliados e, independientemente de su amenaza, señor oficial de la Inglaterra aliada, nuestra División continuará su acción.

—Esperen al menos cinco días —intervino él.

—No —le dije—, hemos esperado mucho, Tanto ustedes, como nosotros hemos esperado macho —repetí—. Nadie tiene derecho a impedirnos continuar la lucha para limpiar Mat de colaboradores de los alemanes. Ni el general Wilson puede hacerlo. Esta es una intromisión injustificada —señalé—. Supongamos, como usted di-

ce, que Abaz Kupi no es un traidor. Entonces ¿por qué permanece de brazos cruzados, por qué no lucha contra los ocupantes sino que, por el contrario, junto a ellos, ha vuelto las armas contra el Ejército de Liberación Nacional? ¿No tenemos pues el derecho y el deber de levantar a la región de Mat en lucha contra los alemanes? Estamos en nuestra tierra y actuaremos según los intereses de esa tierra. ¿Por qué interviene así el general Wilson? Continuaremos aplicando minuciosamente nuestro plan estratégico, que por lo demás favorece también la estrategia de los aliados.
—Y no se trata únicamente de mis propios juicios —señalé para finalizar al oficial británico— sino también de nuestro Estado Mayor General, y esto lo sabe usted muy bien, pero ya que esa nota, que quiero tener también por escrito, viene del general Wilson, daré parte de ella a la Presidencia del Consejo General de Liberación Nacional.

El oficial me entregó la nota escrita. En su presencia le eché una breve mirada y constaté que el tercer punto era diferente de lo que él me había dicho oralmente. Eso me indignó, pero a pesar de ello me contuve y le dije:

—Por favor, ¿puede usted venir a recoger la respuesta cuando le avise?

—Sí, por supuesto, —dijo, saliendo a continuación.

Convocamos inmediatamente la Presidencia.

—Nos hemos reunido —dije a los camaradas— a causa de la intervención del Cuartel General Aliado en el sentido de que detengamos las operaciones de nuestra División en el Norte. Como sabéis, después de la operación alemana de junio, nuestras fuerzas recibieron la orden de pasar a la ofensiva en Albania Central y Septentrional y hoy están librando duros combates en esas regiones contra los alemanes, los mercenarios y los gendarmes, que ya son presa del pánico. Nuestras unidades se dirigen hacia Dibra y Mat para ajustar definitivamente las cuentas a los enemigos. Según parece, esto les ha dolido mucho a los ingleses. Así lo manifiesta el general Wilson en la nota que me ha enviado.

Leí la nota y les relaté la conversación con el oficial inglés.

—Los ingleses han intentado reincorporar a Abaz Kupi a nuestras filas[1] —continué—, pero

---

1 En el radiograma N° 174 del Foreign Office enviado a M. Steel en El Cairo, el 6 de febrero de 1944, se dice:

«Acabamos de estudiar el informe de McLean sobre Albania y ya hemos discutido con él.

Su principal recomendación es que el Movimiento de Liberación Nacional (MLN) se amplíe englobando al mayor número posible de nacionalistas. Su idea es que A. Kupi, representante de Zogu... retorne al MLN...

2 Con este fin, como medidas concretas, McLean propone: (1) proceder a un sondeo con Zogu para ver si está de acuerdo;

han chocado con la resistencia de la reacción, y así es como, entre tiras y aflojas, las cosas han llegado hasta el punto en que están hoy. Ahora Abaz Kupi ya no puede reintegrarse, unirse a nosotros, está enfangado hasta los ojos. Y si los ingleses reaccionan así, es porque ven fracasar sus planes. Fueron ellos quienes empujaron a Abaz Kupi a entrar en conversaciones con nuestro Estado Mayor poniendo como condición que asistieran Mustafa Gjinishi, el Dr. Dishnica y Sejfulla, y finalmente yo mismo si es que no podían eludirme. Pero no aceptamos, porque las conversaciones habrían sido un juego a expensas de nuestra lucha. Como sabéis éste es precisamente el juego que se ha hecho en Grecia para dividir al EAM y para infiltrar elementos reaccionarios en sus filas. Ellos comprenden perfectamente qué representa el Movimiento de Liberación Nacional y quieren frenarlo para dar tiempo a que los elementos reaccionarios se separen del ocupante y se introduzcan de contrabando en nuestras filas.

—Los ingleses —proseguí— están efectuando además otra maniobra. Quieren presentar nuestra

(2) encomendar a nuestro oficial de enlace que presente esta propuesta a Abaz Kupi; y (3) encargar a Tito (a través del general de brigada McLean) que haga uso de su influencia sobre el MLN a fin de que sea aceptado el regreso de Abaz Kupi...». *(Outward telegram N° 174,* FO 371/43549-3336. *PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

lucha como un movimiento localizado en el Sur, mientras que en el Norte, para ellos, no existen más que Zogu, Abaz Kupi y sus acólitos y pretenden obligarnos a aceptar a esos elementos como compañeros de lucha. Han hecho lo mismo en Grecia; han practicado la misma política con el EAM, pretendiendo introducir a Zerva, pero Zerva continuó vinculado con Ralis y el ocupante. Los aliados anglo-americanos no han querido que el EAM atacase las zonas en que actúa Zerva, ya que quieren guardarlo como fuerza de reserva. Idéntico objetivo persiguen los ingleses aquí con Abaz Kupi y, para «argumentar» eso, han comenzado a sacar de los archivos los artículos nuestros que llaman a la unión y a transmitirlos por la radio. Pero olvidan que los tiempos han cambiado, que los traidores están ya muy hundidos en el lodazal.

—Londres —dije a los camaradas—, si no logra comprometer formalmente a Abaz Kupi con la lucha, pretende al menos tenerlo de reserva para el futuro. Si combatimos a Kupi es únicamente en tanto que traidor y colaborador de los alemanes. La guerra que libramos contra él y contra toda la reacción no es una «guerra civil», como le interesa presentarla al general Wilson para sus negros designios. No permitimos bajo ningún concepto que se inmiscuya en nuestros asuntos internos. Estamos en el camino justo. Nuestras opiniones sobre este o aquel elemento reaccionario. como Abaz Kupi y otros, no puede hacerlas

cambiar nadie, porque tenemos hechos, documentos, que además hemos remitido a los aliados a Bari y a Londres. Si ejercen precisamente ahora esas presiones es porque les han herido seriamente las históricas decisiones del Congreso de Përmet. Esa es la verdad. Nosotros no nos movemos ni un milímetro de nuestro justo camino, por eso pienso que debemos darles la respuesta que merecen.

Tratamos largamente la cuestión en la reunión de la Presidencia. Todas las intervenciones rechazaron con indignación la pretensión del general Wilson y aprobaron plenamente lo que yo había dicho. Sólo Sejfulla Malëshova trató de filosofar dándonos «consejos» sobre cómo «ser más precisos en algunas expresiones, hacer distinción entre la política de la Gran Bretaña y de los aliados y la de la reacción inglesa de la misión aquí, en El Cairo y otros lugares». Y prosiguiendo en tono de reproche dijo que «debemos convencer a los aliados de la verdadera situación en Albania. Les hemos enviado documentos, pero eso no basta». Hablaba como si no conociese los repetidos enfrentamientos que habíamos tenido con ellos. Terminó su presuntuosa intervención de «gran profeta» asegurándonos que «los aliados acabarán por comprendernos». Esas elucubraciones filosóficas serían el preludio de la actividad y de los puntos de vista prooccidentales de Sejfulla

Malëshova, que adquirirían proporciones escandalosas un año después.

—Conocemos bien la política de la Gran Bretaña, así como sus objetivos, —le repliqué a Malëshova—. Sabemos perfectamente hacer la distinción de la que usted habla, pero por desgracia no existe ninguna distinción. Los representantes de Londres aquí, en El Cairo o en Bari ejecutan con fanatismo las órdenes de su centro y todos somos testigos de ello. Les hemos advertido varias veces, haciéndoles comprender claramente que deben comportarse como verdaderos aliados, pero ellos han intentado siempre inmiscuirse en nuestros asuntos. Los camaradas lo saben perfectamente y no es necesario enumerar los hechos. Churchill y sus enviados en Albania persiguen objetivos diabólicos respecto a nuestro Movimiento de Liberación Nacional, pero nosotros, como dijeron los demás camaradas, no nos amedrentamos ni nos sometemos a sus presiones. Cumpliremos hasta el fin con nuestro deber hacia nuestro pueblo y nuestra patria.

La Presidencia decidió unánimemente redactar una respuesta tajante y enviarla cuanto antes al general Wilson. El documento que preparamos decía en esencia: En Albania no hay riñas y mucho menos guerra civil. En Albania hay únicamente una lucha, contra el ocupante y sus instrumentos, los traidores del país, como el Balli

Kombëtar, el Legaliteti, Abaz Kupi, las bandas de Shefqet Verlaci y los «cabecillas» de Dibra, que colaboran directamente con el mando alemán. No aceptamos órdenes de nadie para liberar a nuestra patria de los ocupantes y los traidores. Albania es nuestra patria y su dueño es el pueblo. Si Inglaterra tiene amigos, ellos deben estar a nuestro lado; los que están con los alemanes son nuestros enemigos y lo son igualmente de los aliados, por eso los combatiremos hasta el fin. Y terminábamos nuestra respuesta: Declaramos con pesar que no podemos aceptar su demanda.

Convoqué a Palmer, le di a conocer el contenido de la carta de respuesta y se la entregué. «Que encajen los ingleses también esta bofetada», me dije. Conocíamos perfectamente su forma de pensar y sus designios, y disponíamos de una nueva confirmación de su flagrante intervención en nuestros asuntos.

Entre tanto escribí a los camaradas de la I División que el general Wilson continuaba su presión para que detuviéramos la lucha contra Abaz Kupi y nos reconciliáramos con él, y que nosotros habíamos rechazado decididamente sus presiones. Les hice saber igualmente que también habían invitado a Abaz Kupi a Italia, que éste había aceptado y se disponía a salir por mar; que estábamos de acuerdo en principio en ir a conversar a Bari para colaborar con los aliados, pero de ninguna manera con Abaz Kupi. «Ustedes, or-

dené, continúen golpeando duramente a las fuerzas del Legaliteti. Recorred varias veces Mat y Dibra, controlad bien los bosques, y golpead con la misma dureza a los cabecillas reaccionarios de esta última.»

Recibíamos numerosas informaciones sobre los movimientos de los oficiales ingleses. McLean recorría todo el Norte de Albania, y lo mismo hacía Smith, agregado ante el Estado Mayor de la I División de nuestro Ejército. Recogían datos, organizaban encuentros con cabecillas reaccionarios. Pero lo que más me preocupaba era la falta de espíritu conspirativo. Habíamos capturado documentos alemanes que indicaban con precisión las posiciones de nuestras brigadas. Sabía también que alguien suministraba datos secretos a los oficiales ingleses y particularmente al mayor Smith. Smith era el admirado de Liri Gega. El era quien, además de otras cosas, le estimulaba el arribismo, que ella llevaba en la sangre sin necesidad de ese estímulo, así como la ambición enfermiza de ser promovida a general, por lo que suspiraba y lo que incluso había manifestado expresamente: «¿Por qué, acaso no puede haber mujeres generales?» Liri Gega sentía debilidad por Smith, no hacía más que hablar de él y decía siempre: «Es inteligente el picaro». Según parece «se contaban sus penas» el uno al otro.

Aproveché el hecho de que Liri Gega radiografiaba sin código al Estado Mayor General, diciendo abiertamente dónde se encontraba, qué hacía, etc., para llamarle la atención sobre lo que podía acarrear la falta de cuidado y de secreto. «En un radiograma muy secreto, le escribí, le informaba sobre la creación del I Cuerpo de Ejército y le recomendaba que esto fuese anunciado únicamente cuando llegasen allí la VI Brigada y el Estado Mayor de la II División, pero resulta que lo sabe inmediatamente Smith, el oficial inglés agregado junto a ustedes». Le pedí que me informara urgentemente cómo se había enterado el inglés. No me envió respuesta. Con un segundo radiograma y en tono tajante exigí de nuevo respuesta sobre esta cuestión. Por fin me respondió que había sido Tuk Jakova, comisario de la I División, quien le había dado al inglés la información sobre la creación del I Cuerpo de Ejército. Pero, como se comprobó más tarde, primero se lo había dicho Liri y después Tuk.

Reiteré la orden categórica que había dado sobre las relaciones con las misiones extranjeras, precisé que sólo las personas autorizadas y no cualquiera debían mantener relaciones con ellos y ser muy mesurados en sus conversaciones. Recomendé al Mando de la I División que no entrara en conversaciones con los oficiales ingleses acerca de Abaz Kupi y el resto de las fuerzas de la

reacción y que, en caso de que los capturasen, les enviasen escoltados por guerrilleros hasta nuestro Estado Mayor General. Reconvine al mando, particularmente a Liri Gega, por haber invitado a McLean a conversaciones, sin nuestro conocimiento. «Ya que le han invitado, les recomendé, no le traigan esta vez al Estado Mayor; en cualquier caso abrevien las palabras con él».

Pocos días después de nuestra respuesta a la nota, el vicemariscal del aire Elliot, comandante de las fuerzas aéreas para los Balcanes, me envió en nombre del general Wilson, comandante supremo aliado para el Mediterráneo, un mensaje, no ya imperativo y amenazador como la nota, sino en tono diplomático, donde se dejaba en silencio la cuestión de cortar las ayudas y pasaba a ser central el envío de nuestros representantes a Bari para discutir en su estado mayor sobre la situación en Albania. Tampoco planteaba la condición de que participase en las conversaciones Abaz Kupi. Al final, de nuevo utilizando un lenguaje diplomático, exigía que yo estuviese al frente de la delegación. Por lo que parece nuestra respuesta categórica les había obligado a reflexionar y habían efectuado una retirada táctica, que sin embargo no debía adormecernos. El zorro jamás olvida su condición.

Decidimos enviar la delegación a Bari. Con-

versamos también sobre las cuestiones que se plantearían. Designamos asimismo tres personas que irían bajo el mando del coronel Bedri Spahiu. Llamamos a los tres y les dimos instrucciones categóricas. «Vosotros —les dijimos— váis allá en tanto que representantes del Mando General de nuestro Ejército de Liberación Nacional y seguiréis la táctica de ellos: no discutir más que cuestiones militares y no políticas.» Les dejamos bien claras las condiciones en que iban a conversar y les recomendamos no dejar lugar para ningún equívoco. «Os presentaréis como representantes de un ejército digno, que ha demostrado su heroísmo en la lucha conjunta contra el Eje, reflejaréis en las conversaciones su perfecta organización, la estrategia y la táctica elaborada por su Mando General. Desde el comienzo plantearéis las siguientes exigencias: El reconocimiento por parte de los aliados del Frente de Liberación Nacional como la única organización que lucha contra los ocupantes alemanes en Albania; el reconocimiento del Ejército de Liberación Nacional como ejército del pueblo y el único que combate al ocupante; su reconocimiento en tanto que ejército aliado; el reconocimiento del Comité Antifascista de Liberación Nacional con las atribuciones de un gobierno provisional del pueblo albanés durante el tiempo de la guerra; la aceptación de una delegación militar permanente del Estado Mayor Gene-

ral del Ejército de Liberación Nacional ante el Cuartel General Aliado del Mediterráneo.»

«La insistencia sobre el abastecimiento de nuestro ejército con material bélico —le dijimos a la delegación— deberá figurar entre los problemas fundamentales. Hacedles entender bien que planteamos esto como una obligación suya, tanto por nuestra contribución como por su promesa pública ante los integrantes de la coalición antifascista, y no como una limosna. Señalad nuevamente que no intenten utilizar el abastecimiento de material bélico para presionar sobre el Frente de Liberación Nacional con el fin de desviarlo de su línea política y militar. Finalmente debéis insistir para que retiren su misión junto a Abaz Kupi.»

Estas fueron las tareas que el Consejo General de Liberación Nacional y el Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional encomendaron a la delegación militar.

Las conversaciones en Bari entre nuestra delegación y la delegación del Cuartel General Aliado del Mediterráneo dieron comienzo a finales de julio de 1944 y continuaron durante el mes de agosto. Yo mantenía contactos constantes con ella y seguía atentamente las conversaciones.

La delegación del Cuartel General Aliado, encabezada por lord Harcourt, teniente coronel inglés, y por el norteamericano Harry Fultz, es-

quivaba nuestras demandas y presionaba a nuestra gente para que aceptara sus condiciones. En particular ejercieron una gran presión en torno a la cuestión de la distribución de las armas. Persistían en que debía hacerlo únicamente la misión inglesa en Albania y no nuestro Estado Mayor General. Había escuchado la misma exigencia de Mclean un año antes, cuando estaba con nosotros, Las cosas llegaron a tal punto que nos amenazaron con la interrupción de las conversaciones. Bedri Spahiu vaciló ante las amenazas y nos decía en un radiograma: «Insistimos en que nos autoricen a concluir el acuerdo bajo las condiciones de los ingleses», porque, según él, con lo que se había logrado, valdría la pena.

Le respondí inmediatamente advirtiéndole que debía permanecer inamovible en la ejecución de las tareas que le habíamos encomendado. «Las condiciones de los ingleses no son tan favorables como para que insistáis tanto en que las aceptemos, le señalé a Bedri. Cierto, la ruptura de las relaciones no es buena, pero en primer lugar debéis persistir en la defensa de la independencia de nuestro Estado Mayor. Debéis lograr la aceptación de esa condición: Una parte de los materiales debe ser distribuida por nuestro Estado Mayor, allí donde convenga a su estrategia y su táctica, la otra parte será igualmente distribuida por nuestro Estado Mayor, pero consultando al jefe

de la misión en Albania. En cuanto a las acciones, serán puestas en práctica después de que las haya estudiado y juzgado realizables nuestro Estado Mayor General. Dejadles claro de una vez y para siempre que aquí quien decide es nuestro Estado Mayor General y nadie más.» De nuevo le recomendé que insistiera en que los ingleses retiraran sus misiones junto a Abaz Kupi y los demás traidores y en que les dijera que sólo así podría establecerse una atmósfera de confianza entre nosotros. «No aceptéis discusiones prolongadas en torno a esta cuestión», recalcaba entre otras cosas.

Después de esas instrucciones, las conversaciones se reanudaron. Bedri Spahiu, muy satisfecho, nos informó en líneas generales al final que se había llegado a un acuerdo, según el cual, se reconocía a nuestro Ejército de Liberación Nacional como el único ejército que luchaba contra los alemanes en Albania y los aliados se comprometían a abastecerle de armas y otro material de guerra, compromisos que como se sabe no se cumplieron nunca plenamente. Nos informó igualmente que había sido aceptada la propuesta de establecer junto al Cuartel General Aliado en Bari una delegación permanente del Estado Mayor General del Ejército de Liberación Nacional Albanés; por lo que se refiere a la exigencia de que el Comité Antifascista de Liberación Nacional fuera reconocido como gobierno provisional, el comandante supremo aliado del Mediterráneo no la había

aceptado. En cuanto a la misión inglesa junto a Abaz Kupi los ingleses habían pedido nuevas pruebas para, según ellos, convencerse de la necesidad de retirarla o no; el acuerdo dejaba en suspenso los demás problemas.

Ya que ellos no aceptaban retirar su misión junto a Abaz Kupi nos correspondía a nosotros actuar.

Convoqué enseguida al oficial inglés de enlace cerca del Estado Mayor General de nuestro Ejercito, el capitán Lyon, y le comuniqué oficialmente:

—El bandido Abaz Kupi y sus compinches, en colaboración con los alemanes, nos atacan con las armas. Son enemigos jurados del pueblo y nosotros les combatiremos en tanto que tales. Una misión político-militar inglesa, al mando del teniente coronel McLean y el capitán Amery está establecida junto a él. Ambos colaboran con Abaz Kupi y otros reaccionarios para organizar y dirigir sus fuerzas contra el Frente y el Ejército de Liberación Nacional. La actividad hostil de esta misión es tan flagrante, que McLean y sus colegas han llegado a participar con las armas en mano en los combates que emprendieron las bandas de Abaz Kupi contra las fuerzas guerrilleras. Hemos puesto varias veces en su conocimiento esta situación y les hemos pedido que adopten medulas para ponerle fin. Como ustedes no quieren tomar nin-

guna medida en relación con esta acción cínica y vil, le comunico oficialmente la decisión del Mando General del Ejército de Liberación Nacional Albanés: «Declinamos toda responsabilidad si, durante los combates para liquidar a la banda de Abaz Kupi, encuentran la muerte los oficiales ingleses que están con ella. No haremos ninguna distinción entre los oficiales ingleses y los bandidos como Abaz Kupi. Si capturamos a sus oficiales, no se los entregaremos, los mantendremos prisioneros y comparecerán ante el tribunal guerrillero como criminales de guerra que han colaborado con el enemigo.» Me levanté y dije al capitán inglés: — He terminado mi comunicación.

El capitán se había puesto pálido.

—General Hoxha —me dijo—, ésta es una decisión extrema y muy peligrosa. Yo pienso que debe retirarla.

—No retiraré ni una coma —le dije—. Son ustedes quienes deben retirar sus misiones establecidas entre los traidores colaboracionistas.

—Señor Hoxha, yo pienso que está Ud. mal informado; la misión de McLean jamás puede actuar contra ustedes. Entendámonos.

—Lo que le digo es más que verdad —le repliqué—. Aquí no se trata de falsa información. Transmita a su mando lo que le dije. Puede pensar lo que quiera, pero déjele claro que yo no me moveré de mi decisión. ¿Por qué no hago esta

acusación en relación con el señor Palmer, usted u otro oficial inglés? Su mando no ha estudiado debidamente las verdaderas razones de nuestra posición, ni los hechos reales que le hemos proporcionado sobre esas personas en repetidas ocasiones. Es por eso que nuestra decisión es inapelable y nadie podrá impedirnos su ejecución. Continuaremos la lucha contra nuestros enemigos comunes. Sé que no le agrada escuchar lo que le estoy diciendo, porque no está acostumbrado a que le hablen así de oficiales suyos que actúan de ese modo, pero no olviden que tampoco los albaneses soportamos que nadie se nos monte encima. Estoy de acuerdo en que ustedes y nosotros mantengamos relaciones sinceras, ya que ello es de interés para ambas partes, pero de ningún modo admito que ustedes respalden y ayuden moral y materialmente a nuestros enemigos, a los instrumentos del ocupante.

—Transmitiré inmediatamente su decisión a mi Cuartel General, —dijo Lyon, y tras saludarme salió.

Ese fue el «incidente McLean», si es que podemos llamarlo así.

Tal como me informó nuestra delegación en Bari, el capitán Lyon había comunicado aquella misma noche el ultimátum a su Cuartel General, que se había inquietado sobremanera y había planteado el tema a debate en la Comisión dé

Asuntos Políticos. Al día siguiente, el vicemariscal del aire Elliot, en presencia de los representantes de Macmillan, ministro residente, del representante de Murphy en Bari, de lord Harcourt, Palmer y otros, había llamado a nuestra delegación y había leído el radiograma del capitán Lyon. Les había dicho que la noticia les había dejado perplejos y todavía no llegaban a entender por qué se hacía tanto ruido, cuando la cuestión de Abaz Kupi se había dejado en suspenso y abierta a debate en el acuerdo. A continuación les había notificado su respuesta con la recomendación de que me la transmitieran. Les dijo entre otras cosas que no admitía exigencias semejantes a la de la retirada de los oficiales aliados, y menos aún que éstos fuesen capturados por la fuerza y conducidos ante el tribunal militar guerrillero; que yo debía retirar mis acusaciones y amenazas y darles plenas garantías de que no adoptaría medidas contra los oficiales aliados en Albania; que sin disponer de esa garantía se abstendrían de cumplir las condiciones del acuerdo y que el teniente coronel McLean, actuando junto a Kupi, no hacía sino aplicar las órdenes recibidas. Finalmente, con cierta diplomacia, Elliot había dicho a nuestra delegación que en estas circunstancias la única alternativa era que quedara retenida en Bari, sin limitar su libertad de movimientos, hasta que la cuestión fuese solucionada de manera satisfactoria.

El vicemariscal Elliot había hecho saber a nuestra delegación que esto sería igualmente comunicado al capitán Lyon, a fin de que lo informara al general Hoxha, sin entrar en discusiones con él, para no dar lugar a nuevos malentendidos. Todo esto me fue transmitido rápida y brevemente por Bedri Spahiu y finalmente, intimidado por la situación, me escribía en tono de reproche: «Usted no se hace una idea clara del entendimiento cordial que hemos concluido aquí», y más adelante, en tono de orden, continuaba: «Si el contenido del radiograma del capitán Lyon corresponde a lo que Ud. ha dicho, considere sin validez su demanda».

Di orden tajante a nuestra delegación de que partiera inmediatamente rumbo a la patria. El Mando Aliado del Mediterráneo no se atrevió a ir más lejos. Ante nuestra determinación se vio obligado a encontrar un *modus vivendi:* Le sería permitido partir a la delegación[1], pero Palmer vendría con ella para conversar personalmente conmigo sobre la cuestión. La delegación fue en-

1 En el radiograma muy urgente que Bari enviaba el 29 de agosto de 1944 a Caserta y al Foreign Office, entre otras cosas se decía:
«4...después de haber considerado la cuestión, hemos visto oportuno no insistir en nuestra decisión mientras los delegados del MLN se encuentren aquí, primero porque Hoxha podría valerse de esto como pretexto para emprender una acción contra nuestro personal en Albania...» *(FO 371/43552-3277. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

viada por mar, y el oficial inglés fue lanzado en paracaídas el mismo día que aquélla llegaba a nuestro Estado Mayor.

Palmer vino y conversó con nosotros. Sus opiniones eran más moderadas que las expresadas en Bari por Elliot ante nuestra delegación. Me dijo que McLean y Amery serían convocados a Bari para rendir cuentas sobre el asunto, pero a pesar de ello los ingleses no retiraron la misión de McLean junto a Abaz Kupi. McLean y Amery, su *éminence grise**, se mantuvieron con él hasta que estuvieron a punto de ser capturados por los guerrilleros.

Al comienzo del otoño de 1944, las fuerzas guerrilleras alcanzaban en el Norte éxitos sucesivos. Estábamos preparándonos para atacar Tirana. La entrada del Ejército Rojo en los Balcanes estaba cortando a los alemanes la vía de retirada hacia su guarida. Habían perdido ya todas las esperanzas. Se encontraban ante su próxima y definitiva derrota y se preocupaban únicamente por salvar la cabeza. En estas condiciones la reacción, estimulada por los ingleses, pensó poner en marcha el viejo juego intentado un año antes, con la capitulación de la Italia fascista, la farsa de echarse al monte. Había incluso consultado a los oficiales ingleses agregados a Abaz Kupi. Los cabecillas del Balli Kombëtar, los regentes quislings

* Francés en el original.

y otros reaccionarios veían claramente también que el caballo alemán daba las últimas boqueadas y hacían todo lo posible para meterse bajo el sobaco de los anglo-americanos.

Según las informaciones que recibía, McLean les había puesto algunas condiciones en la entrevista que sostuvieron en Mazhë, Kruja. En primer lugar, dejar a un lado las querellas intestinas y crear un bloque común contra el Frente de Liberación Nacional; «echarse al monte» para obtener algún crédito entre el pueblo y proporcionar así a los ingleses una justificación por la ayuda que les concedieran. Esto, según ellos, ¡abriría la perspectiva de crear un «gobierno nacional», que lucharía contra los alemanes! Se dieron los primeros pasos de la farsa. Fiqri Dine dimitió inmediatamente después de la entrevista. Preng Previzi se colocó bajo el mando de Abaz Kupi, que sería comandante de las fuerzas del bloque común. Elaboraron también el «plan» para salir a las montañas. Fue creado asimismo una especie de gobierno en la «montaña» de Preza, donde se distribuyeron los «puestos»: presidente de gobierno, Mithat Frashëri, ministro del exterior, Mehdi Frashëri, ministro de justicia, Thoma Orollogai, y así sucesivamente, Jani Dilo y otros «padres» de la patria fueron designados para otros puestos. Todas las esperanzas de esta empresa quijotesca estaban depositadas en el «estado

mayor» que tenía por comandante en jefe a Abaz Kupi.

Los ingleses comprendían que este corral de liebres, que estos «bravos» no harían nada de valor, pero a pesar de ello decidieron utilizarlos, porque era posible que sirvieran a sus planes. No fue casual que eligieran la zona Kruja-Durrës-Ishëm para concentrar el «ejército» del bloque común. No sin objetivos precisos recomendaron a Abaz Kupi que liberara con sus hordas Durrës y el Cabo de Rodon. «Liberando» esa zona de los alemanes que se retiraban, los ingleses querían preparar el terreno para un desembarco. No es por casualidad tampoco que el «gobierno» estableciera su sede en Preza, cerca de Tirana, desde donde, en cualquier eventualidad, podía entrar «triunfalmente» en la capital.

En el Norte, el oficial inglés Simcox, con el feudal de Kosova Gani Kryeziu, preparaba otra maniobra. Si fracasaba el «gobierno nacional» de Preza, sería Gani Kryeziu quien crearía otro «gobierno nacional», con la participación de Muharrem Bajraktari, Gjon Markagjoni y otros desechos; en caso contrario la cosa se arreglaría llegando a un acuerdo con Abaz Kupi y Mithat Frashëri. Pero como el feudal de Kosova fue desarmado y quedó en manos de los yugoslavos, los ingleses depositaron ahora todas sus esperanzas en Abaz Kupi. Hay que señalar asimismo que la

pretensión del Cuartel General Aliado del Mediterráneo de lanzar en paracaídas «tropas especiales» en las periferias de Tirana, en Peza y Darsi, estaba coordinada con estos planes.

Pero nuestro Partido no dejaba que le engañasen ni los ingleses, ni los reaccionarios protegidos por ellos. Seguía cuidadosamente todas sus actividades y adoptaba medidas enérgicas. Informé a todos los comités regionales sobre estas maniobras de los enemigos, particularmente al camarada Gogo Nushi en Tirana y al Mando del I Cuerpo de Ejército. Les decía que se estaba creando idéntica situación a la del tiempo de la capitulación de Italia. Los traidores disparaban algunos tiros para justificar el apoyo de los angloamericanos. Les encomendé que difundieran octavillas explicando que Mithat Frashëri, Abaz Kupi, Mehdi Frashëri, Ali Këlcyra, Fiqri Dine, Lef Nosi y otros colaboradores suyos eran traidores y como tales serían juzgados. Di la instrucción de que se llamara por medio de octavillas a los engañados y descarriados a entregarse y a incorporarse al Ejército de Liberación Nacional. Mediante una orden especial encomendamos al Estado Mayor del I Cuerpo de Ejército que golpeara sin piedad a la reacción.

La ofensiva general comenzó. A principios de septiembre la I Brigada se lanzó sobre Kruja, derrotó a la guarnición alemana y a las bandas

reaccionarias, incendió la casa de Abaz Kupi y marchó junto con un batallón de la III Brigada hacia Preza para atacar al «estado mayor» de la reacción y no permitirle que saliera del agujero en que se había metido. A finales de agosto la IV Brigada había atacado Mirdita, había incendiado la mansión fortificada de Gjon Markagjoni y de allí pasó a Lura limpiando la comarca de reaccionarios. La V Brigada, después de arreglar cuentas en la región de Lumë con Muharrem Bajraktari, marchó sobre Malësia e Gjakovës. Las demás brigadas emprendieron operaciones análogas en diversas zonas del país.

La impetuosa ofensiva de nuestro Ejército contra los alemanes y los reaccionarios desconcertó también a los círculos políticos de Londres interesados en Albania. Lo único que les quedaba ahora a los ingleses era entrar en contactos directos con el mando alemán, para obtener la rendición de sus fuerzas. El Intelligence Service había encomendado esta tarea al mayor inglés Neil que había establecido su cuartel en Shkodra. Nosotros sospechábamos que algo se estaba tramando, pero fueron las declaraciones del oficial alemán Helmut Mauth, capturado por nosotros, lo que nos reveló sus cartas. Según él, con la mediación de un agente de la Gestapo, Neil había establecido contactos con el mando del XXI cuerpo de ejército alemán y, en nombre del gobierno bri-

tánico, le había propuesto que las tropas alemanas no se retirasen hasta el desembarco de las fuerzas británicas, y que fuera creado un estado mayor común para los dos ejércitos, que combatirían conjuntamente a los guerrilleros. Había ofrecido al mando alemán en Albania que, después de ser derrotado el Ejército de Liberación Nacional, se facilitaría a las tropas alemanas todas las posibilidades para regresar a su país. El general alemán Fitztum, que no cifraba esperanzas en aquellas promesas y que además no creía en la «generosidad» del «león británico», había respondido obstinadamente al oficial inglés que él sólo recibía órdenes de su mando y que ejecutaba exclusivamente dichas órdenes.

Los oficiales ingleses habían hecho varias tentativas de este género, pero las relaciones y la colaboración anglo-alemana fueron cortadas por el fusil guerrillero, que no dio tiempo a que los anglo-americanos desembarcaran en el Cabo de Rodon, ni a que los alemanes resistieran más. El Ejército de Liberación Nacional hizo volar en pedazos los planes de los ingleses.

Nuestro Partido redujo a cenizas los proyectos de los imperialistas que pretendían convertir a Albania en su esclava. Asimismo finalizaron en el estercolero los planes de los «padres» de la patria que Albión metió en unos cuantos barcos y se los llevó para librarles del odio de un

pueblo que había triunfado sobre los ocupantes italianos y alemanes, los zoguistas, los ballistas, los quislings, los agentes del Intelligence Service inglés y la OSS[1] americana y para utilizarlos después como espías y agentes de subversión contra Albania.

McLean terminó igualmente con un vergonzoso fracaso su segunda empresa en Albania, como jefe de la misión inglesa junto a Abaz Kupi y otros traidores, a quienes los ingleses no podían dejar caer en nuestras manos[2].

En una negra noche de octubre, en algún lugar de la costa, Kupi fue salvado por un torpedero, que le condujo a Italia para no volver jamás. Su marcha y la de los demás cabecillas reaccionarios dispersó los rebaños del Legaliteti y del Balli Kombëtar. Algunos se entregaron, otros emprendieron la huida, y finalmente otros, si

---

1 Oficina de Servicios Estratégicos.

2 En el radiograma de Bari, del 28 de octubre de 1944, enviado a Caserta, para el secretario de Estado, se dice:

«A. Kupi ha pedido ser evacuado de Albania con sus dos hijos y tres de sus más fieles seguidores.

2. ...recomiendo vivamente que su demanda sea aceptada.

3. Ha prestado un considerable servicio a la causa aliada desde junio de 1940, una misión británica ha estado junto a él desde agosto de 1943 y su nombre está estrechamente ligado a Inglaterra... por eso considero que no puede ser abandonado a su suerte sin una considerable pérdida de prestigio para Inglaterra». *(Radiograma N° 372, FO 371/43566-3517. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

guiendo las orientaciones de sus «pastores», se escondieron en los bosques y las montañas en espera de nuevas órdenes. Esos últimos constituirían el contingente de las bandas que, después de la Liberación, perpetrarían crímenes contra el nuevo poder popular, hasta ser aniquilados por el puño de acero del pueblo y de la División de Defensa.

VI

TRES TENTATIVAS DE DESEMBARCO — TRES FRACASOS

El nuevo jefe de la misión inglesa de rostro «más amable». La ayuda: «Mucho ruido para nada». El primer «éxito» de Palmer. Ultimátum: ¡o nos envían armas o váyanse! Radiograma del frente de combate: Los hermanos Kryeziu, el inglés Simcox y Fundo, prisioneros de los guerrilleros. «Coincidencia» anglo-titista. Propuesta concreta de ayuda: ¡«Lancemos comandos en Peza, en Ishëm y Darsi, para liberar Tirana»! «No, señor Palmer, ¡jamás!» La segunda tentativa: Spilé. El tercer fracaso: Saranda.

Nuestra lucha contra el ocupante alemán y la reacción local que colaboraba con él, continuaba encarnizadamente y había adquirido amplias proporciones. En esa época, primavera de

1944, la iniciativa operacional había pasado en general a manos de nuestro Ejército de Liberación Nacional[1]. Este había salido de los violentos combates y los innumerables sufrimientos del invierno de 1943-44, más aguerrido y mejor preparado para nuevas y encarnizadas batallas contra el ocupante y sus instrumentos en Albania. Siguiendo la orden del Estado Mayor General, se desencadenó en todas partes una ofensiva, conocida como la «ofensiva de primavera». Se habían formado también brigadas de choque, además de batallones, destacamentos y mandos sólidos que coronaban siempre victoriosamente las operaciones contra el enemigo. En todas las zonas liberadas se habían formado consejos de liberación nacional, en tanto que órganos del poder popular, que actuaban intensamente. Hasta en las zonas ocupadas, en las ciudades, habían sido creados consejos clandestinos de liberación nacional, como organismos de com-

1 En el informe semanal del 8 de marzo de 1944 sobre la situación en Albania, se notificaba al Foreign Office:
«9. La reanimación de los guerrilleros se debe a la agilidad de maniobra y a la habilidad de las brigadas del MLN, cuya mayoría, según se ha informado hace un mes, se encontraban o dispersas como resultado de las operaciones alemanas o estaban al borde de la desaparición. La fuerza de los guerrilleros radica por lo que parece en su disciplina, su energía y su claridad de objetivos, cualidades de las que, asombrosamente, carecen sus adversarios nacionalistas». *(FO 371/43550-3372. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

bate que agrupaban a todas las fuerzas papulares antifascistas y ayudaban a la Lucha de Liberación Nacional.

Los gobiernos colaboracionistas caían como las hojas de los árboles en otoño. La gente comprometida con los italianos fue reemplazada por los que habían trabajado bajo cuerda, los cabecillas del Balli Kombëtar y del resto de las corrientes reaccionarias, que entraron a formar parte de la regencia, del gobierno y los demás órganos superiores creados por los ocupantes, es decir pasaron a ser colaboradores declarados.

La Alemania hitleriana era consciente de que la guerra estaba perdida y estaba obligada a defender las fuerzas que mantenía en Albania de nuestros incesantes ataques, retirar asimismo sus tropas de Grecia, y por otro lado, mantener abiertas las vías de comunicación hostigadas por nuestras brigadas y divisiones. Es por eso que los alemanes desencadenaban contra nosotros ofensivas parciales y generales, aterrorizando a la población e incendiando regiones enteras. Los ocupantes contaban con el apoyo de la reacción albanesa: los ballistas, los zoguistas, los bajraktars, los colaboracionistas, antes proitalianos y ahora proalemanes, con los que habían acordado exterminar conjuntamente a los comunistas y al Ejército de Liberación Nacional. La reacción ayudaba a su aliado, a Alemania, al ejército nazi, y al mismo tiempo preparaba el

«porvenir», es decir la toma del poder, cuando las fuerzas alemanas se marcharan. Además de combatir sin descanso al enemigo, seguíamos con vigilancia las maniobras de los colaboracionistas, del Balli Kombëtar, de los zoguistas; respondíamos a sus acciones con las armas, con contraataques armados, frustrábamos sus planes mediante una propaganda intensa entre el pueblo, en oposición a la propaganda alemana que declaraba ruidosamente que ¡Alemania había sido siempre y continuaría siendo amiga del pueblo albanés, que el ejército alemán estaba aquí únicamente de paso y que cada una de sus acciones estaba dirigida a reforzar la libertad y la independencia de Albania! Esta demagogia iba acompañada de medidas, por así decirlo, «albanesas»: de la formación de una «asamblea nacional», de la organización de la «gendarmería albanesa», ya que «la milicia fascista albanesa era no albanesa», etc., etc.

Los ingleses habían fracasado en sus intrigas. Al ver que sus planes eran descubiertos y desbaratados continuamente, pensaron que podían remediar la situación lanzándonos algunas armas más. Pero nosotros no nos dejábamos meter en su juego. Yo advertía a los comisarios y comandantes: Ninguna ilusión, ninguna esperanza, ninguna confianza en que los ingleses vayan a enviarnos armas. Unicamente debemos confiar en nosotros mismos, en el Partido, en el pueblo

y en nuestra Lucha de Liberación Nacional. Ataquemos al enemigo, derrotémosle, arrebatémosle armas, municiones, ropa y alimentos. Sólo así lograremos disponer de nuestros propios arsenales. No esperemos nada del cielo. Continuaremos solicitando armas a los ingleses, porque son nuestros aliados, pero las que nos envían no representan nada teniendo en cuenta las necesidades de nuestra gran lucha. Les explicaba a los comisarios en las reuniones: Si bien es cierto que los ingleses y los norteamericanos son nuestros aliados en la guerra, ya que combaten contra los alemanes, no deben pensar jamás que nos ayudan sinceramente en nuestra lucha. No quieren armarnos porque saben que haciéndolo cavan la tumba a sus verdaderos amigos. Quieren que nosotros nos crucemos de brazos, que no luchemos, que seamos débiles, para que mañana les resulte fácil esclavizarnos. Por eso —les llamaba—, lucha, lucha incesante, política correcta, diplomacia revolucionaria y vigilancia, vigilancia permanente.

Dos o tres meses después de caer prisionero el general Davies, Inglaterra solicitó enviar junto a nuestro Estado Mayor General, a un nuevo representante, un tal mayor Palmer, que más tarde fue ascendido a teniente coronel. Concedí la autorización y en abril de 1944 fue lanzado en paracaídas, si no me equivoco, en la zona de Korça. Iba acompañado del jefe de su

estado mayor, un radiotelegrafista y algún otro oficial.

Según pudimos constatar más tarde por la propia actitud de Palmer, éste había recibido la instrucción de presentarse con un rostro «más amable», es decir que no diera señales de zorrería ni se mostrara arrogante como McLean, ni como un pretendido simple militar como el general, quien no se comportó en absoluto como tal, contrariamente a lo que pretendía hasta que se entregó a los alemanes.

Palmer se presentó ante mí con la sonrisa en los labios. Era de mediana edad, unos 40 años, de buena presencia, rostro fino y ojos despiertos y sonrientes. Después de los saludos de costumbre, me dijo que había venido para reemplazar al general Davies, junto al Estado Mayor General del Ejército Guerrillero, y a contribuir en lo posible a fortalecer la amistad entre nuestros dos países y nuestros ejércitos aliados, contra el mismo enemigo, la Alemania hitleriana, y otras pamplinas por el estilo. Por mi parte le respondí también con generalidades. Le pregunté asimismo si los ingleses tenían la intención de ayudarnos con armas y vestimenta, lo que representaba un problema muy importante para nosotros, pero que «usted —le dije—, olvidó mencionar». Le presenté un breve cuadro de las escasas ayudas que nos habían lanzado.

—Su Shakespeare —le dije— ha escrito

una comedia titulada *Mucho ruido para nada.* Pero lo que se está jugando hoy a expensas de un pueblo sediento de libertad, rebasa los límites de la comedia y del drama, es una terrible tragedia. Un pequeño pueblo como el nuestro lucha y lo sacrifica todo en aras de la victoria de esa lucha. Pide únicamente ayuda en armas, nada más, y, aunque ustedes arman mucho ruido acerca de ella, estamos viendo poco, muy poco, casi nada, de esa ayuda. Palmer rió, aunque en realidad no había cesado de tener la sonrisa entre los labios. Al parecer habían elegido deliberadamente a este tipo sonriente para evitar una mayor agudización de los asuntos con nosotros.

—Creo que ahora que hemos desembarcado en Italia podremos solucionar mejor este asunto. Deben comprender también nuestras dificultades —trató de explicar Palmer.

En su actitud, en su conducta, en su forma de hablar, era mucho más maduro, más prudente, más serio y más afable que el resto de los oficiales ingleses que conocí durante la guerra. Fingía simpatizar con nuestra lucha, pero con seguridad ni aprobaba ésta ni nuestras actitudes políticas, sólo que no tenía más remedio que comportarse así, y ni manifestaba abiertamente su desaprobación como McLean, ni decía mentiras flagrantes como el general Davies.

En distintas ocasiones sostuve debates con Palmer, incluso llegué a exasperarme hablando

con él sobre la actitud de las demás misiones inglesas, del Cuartel General Aliado del Mediterráneo y del general Wilson, pero Palmer, como buen inglés, no perdía su calma, tomaba nota, reflexionaba antes de hablar y me respondía con tacto y diplomacia.

Naturalmente la cuestión de las armas era siempre la manzana de la discordia entre nosotros. De hecho, nunca habíamos cifrado esperanzas en recibir armas de ellos ni esperábamos que nos las lanzaran, pero insistíamos en esa cuestión para ponerles en evidencia sus sabotajes y las acciones que pretendían emprender contra nosotros.

Nuestras contradicciones con los ingleses a causa de sus escasos suministros de armas se agudizaron considerablemente. Finalmente, Palmer me presentó una propuesta del Cuartel General del Mediterráneo en relación con este problema. Según ella, para solucionar correcta y rápidamente la cuestión de los suministros de armas por parte de los aliados, dicho Cuartel proponía que enviáramos una delegación militar a Bari, que presentara allí nuestras demandas. Examinamos y discutimos la propuesta largo y tendido con los camaradas.

Convoqué a Palmer y le comuniqué nuestra decisión. Se alegró de haber logrado este «éxito» y, satisfecho, me dijo que «ahora confío en que todo será solucionado». Sin embargo yo estaba

convencido de que no se haría nada. Y ocurrió tal como habíamos previsto. Nuestra delegación, según escribí en el capítulo precedente, regresó únicamente con promesas, con las manos vacías.

Palmer se veía a menudo en grandes aprietos y esperaba ansioso el momento en que nos lanzaban cinco fusiles para presentarse sonriente ante nosotros y damos la buena nueva.

Los alemanes sufrían golpes mortales en el frente soviético, el principal frente de la guerra, y donde se selló la completa derrota de la Alemania hitleriana. El Ejército Rojo había penetrado en los Balcanes y avanzaba hacia Occidente. Los anglo-americanos habían desembarcado en Italia. Las fuerzas alemanas se encontraban en dificultades en la Península de los Apeninos, mientras los aliados avanzaban con gran lentitud. Los ejércitos de Kesselring se batían en retirada y al parecer querían hacer de los Alpes un reducto inexpugnable. La permanencia de las fuerzas del éjercito alemán diseminadas por Grecia era ya prácticamente imposible. Unicamente podían encontrar salida a través de Macedonia y Albania, para unirse en Montenegro, Bosnia, Sandjak, Servia, Croacia, Eslovenia, y pasar luego a Austria, donde se encontrarían con las fuerzas de Kesselring que se replegaban hacia los Alpes.

Analizando a fondo la situación de la guerra en general y previendo la evolución de los acontecimientos, nuestro Estado Mayor General plan-

teó ante el Ejército de Liberación Nacional la importante tarea de redoblar sus ataques contra las fuerzas alemanas y ballistas. Planteó asimismo la tarea de templar y armar aún mejor a nuestras brigadas de choque y de crear unidades de combate de mayores dimensiones, divisiones y más tarde cuerpos de ejército, ya que se preveían encarnizados combates con los nazis alemanes, quienes desesperados en la retirada, desencadenarían violentos ataques para debilitarnos y aniquilamos y conservar así abiertas las vías de retirada.

El Partido preveía al mismo tiempo que el día de la victoria estaba próximo. Era preciso disponer los preparativos previos para la liberación de la patria, que tanta sangre, lágrimas y sacrificios nos estaba costando. Había que fortalecer los consejos de liberación nacional en todas partes. Era igualmente indispensable celebrar un gran congreso que adoptara importantes decisiones políticas, organizativas, militares, en relación con la situación interna y con la política exterior. El congreso debía definir las formas legales del poder popular, erigir el nuevo Estado de democracia popular y reforzar su dirección. Por decisión unánime de una gran asamblea (la primera asamblea popular), elegida de forma democrática, se debía cortar el camino, legalmente, a cualquier tentativa exterior de formar algún llamado gobierno albanés en el exilio, etc.

Estos y otros problemas del momento fueron planteados en el Pleno del Comité Central del Partido reunido en el mes de mayo en Helmës, Skrapar, que adoptó las decisiones pertinentes e impartió directrices de cara al futuro. Estas directrices establecían la intensificación de la Lucha de Liberación Nacional contra el ocupante y los traidores, para avanzar en todos los frentes hasta su completa derrota, hasta la liberación de toda Albania; la creación y el fortalecimiento del poder político, estatal, administrativo y legislativo, es decir la instauración del poder de democracia popular en todo el país. Esto fue lo que se planteó y se debatió igualmente en el Congreso de Përmet y se materializó en las decisiones adoptadas por él.

Se trataba de grandes tareas. Naturalmente nosotros sabíamos perfectamente y el Partido había explicado con claridad a todos los guerrilleros y al pueblo que nuestro camino no estaría regado de flores, que deberíamos derramar aún mucha sangre, superar innumerables dificultades y hacer grandes sacrificios. Sólo luchando alcanzaríamos todo esto. La victoria nacería de la boca del fusil y de la política correcta, de principios, marxista-leninista del Partido.

El ejército hitleriano y la reacción, los dos principales enemigos que debíamos vencer y liquidar a la vez, definitiva y totalmente, eran contra quienes librábamos una lucha a muerte. La

reacción quisling, ballista, zoguista, bajraktar y seudodemócrata, como expliqué más arriba, nos combatía junto a los alemanes, a fin de que cuando éstos fueran expulsados del país estuviera organizada y en condiciones de tomar el poder. Nuestro Ejército de Liberación Nacional se había reforzado considerablemente. La reacción se daba perfecta cuenta de que estábamos a punto de derrotar al ocupante y sentía temblar el suelo bajo sus pies. No sólo expulsamos al enemigo de nuestra patria, sino que lo perseguimos combatiendo incluso más allá de nuestras fronteras estatales.

Cuantos más reveses sufrían los nazis y cuanto más se robustecía la Lucha de Liberación Nacional en el nuestro y en otros países, tanto más peligroso se tomaba el imperialismo angloamericano. Este enemigo era feroz, estaba enmascarado tras consignas democráticas, se autodenominaba «antifascista», pero era pérfido, actuaba enérgicamente, siempre camuflado, y trataba de obtener beneficios de la situación para establecer su propia hegemonía sobre los pueblos del mundo. Muchos olvidaban a este enemigo, le subestimaban, pero el Partido Comunista de Albania y su dirección, jamás relajaron la vigilancia. Nos mantuvimos en todo momento despiertos para frustrar sus planes, y los frustramos uno tras otro. Los ingleses acentuaban su

presión contra nosotros; nosotros, por nuestra parte, arreciábamos nuestros golpes contra ellos.

Habían advertido los preparativos del Partido para organizar el Congreso de Përmet y estaban muy preocupados. Es por ello que enviaron a un emisario, un alto oficial, el teniente coronel Leake, para que tomara contacto con su agente Mustafa Gjinishi, y le diera instrucciones para sabotear el Congreso. (Ya he escrito sobre este episodio de la guerra secreta de los ingleses contra nosotros en la parte de mis memorias donde hablo de Mustafa Gjinishi, por tanto no voy a extenderme aquí.)

Las presiones, los chantajes y las intervenciones brutales de los anglo-americanos sobre nuestro Movimiento de Liberación Nacional se intensificaron en el verano y sobre todo en el otoño de 1944. Y ello por varias razones. Las decisiones del Congreso de Përmet, especialmente la que prohibía el regreso de Zogu a Albania, la negativa de reconocer todo otro gobierno en el país o en el exilio, la anulación de todos los acuerdos que Zogu había concluido con ellos en detrimento de los intereses de nuestro pueblo, etc., les hirieron profundamente. Pero lo que más enfureció a los anglo-americanos fue, por un lado, la expresión de gratitud de los delegados hacia la Unión Soviética y el Ejército Rojo de Stalin, que había destrozado al ejército hitleriano

y marchaba victorioso sobre Alemania, y, por otro, nuestra condena pública de las tentativas de los aliados anglo-americanos de meter las narices en los asuntos internos de nuestro país.

El gran empuje de nuestra lucha, la ofensiva general de nuestro Ejército de Liberación Nacional y el desarrollo victorioso de esta ofensiva en el Norte, alarmaron a los círculos dirigentes de Londres y de Washington. Ellos habían conseguido poner las cosas en su punto con la Yugoslavia de Tito y con Grecia a través de Santos y del resto de sus agentes en el Partido Comunista Griego. Pero con la pequeña Albania, con la que se imaginaban un trabajo más fácil, estaban dando traspies, se les escurría de las manos. En estas circunstancias se vieron obligados a reexaminar la cuestión y elaborar nuevos planes, más sutiles.

Entre tanto las fuerzas guerrilleras luchaban furiosamente en el Norte contra los ocupantes y la reacción. Nuestras brigadas habían trabado combates con las tropas alemanas y ballistas en las regiones de Dibra y de Kukës. El mando de la I División de Choque nos hizo saber que se le estaba agotando la munición. Habían pasado más de 10 días desde que Palmer me prometiera que vendría armamento.

Por la noche hice llamar al jefe de la misión inglesa al centro de nuestro Estado Mayor. Tranquilo, pero fría y tajantemente, le dije:

—Señor Palmer, hace más de dos semanas que le presenté una demanda de armas, municiones y proyectiles de mortero. Ud. sabe perfectamente que necesitábamos estos materiales con urgencia ya que le indiqué también el objetivo. Le señalé asimismo el lugar en que pensábamos actuar, de forma que las armas, como acordamos, fueran lanzadas en el lugar y el día fijados. Usted acogió sonriente mi demanda y me dijo que la transmitiría inmediatamente al Cuartel General Aliado del Mediterráneo, al general Wilson. Cuatro días después vino Ud. a decirme que la demanda había sido aceptada y que las armas serían lanzadas en el momento y en el lugar establecidos. Confiando en su palabra, tomamos de inmediato las medidas necesarias, ordenamos actuar a nuestras fuerzas y ahora han entrado en combate. Usted no está cumpliendo su palabra, señor Palmer, y está causando un gran perjuicio a nuestro Ejército de Liberación Nacional. Si no toma medidas para que ahora sean lanzadas las armas prometidas, consideraremos esto como un gesto hostil, que perjudica y ocasiona pérdidas a un ejército aliado. Si las armas no son enviadas cuanto antes, no sólo haremos que asuman la responsabilidad ante la opinión antifascista mundial, sino que adoptaremos severas medidas con todas las misiones inglesas que se encuentran junto a nosotros.

Palmer frunció el ceño, cosa poco frecuente en él, pero con su flema inglesa, rápidamente adoptó un aspecto sonriente, y en actitud defensiva, como para calmarme, me dijo:

—Señor Hoxha, se irrita usted...

No pude contenerme y le corté:

—¿Qué quiere usted? ¿que me ría? ¿que no me indigne? ¿que no me irrite cuando mis camaradas caen combatiendo?

—Comprendo la difícil situación tanto para sus fuerzas como para nosotros, pero creo, y estoy seguro de ello, que a nuestro Cuartel del Mediterráneo no le falta la voluntad de ayudarles, deben ser las condiciones atmosféricas las que lo impiden. En cualquier caso, señor Hoxha, tengo la obligación de informar nuevamente sobre lo que me ha dicho y de insistir también por mi parte en que las municiones sean enviadas.

Se trataba de un ultimátum al jefe de la misión inglesa. Evitaría los encuentros con él hasta que viniera a anunciarme si las armas habían llegado o no, y eso fue lo que hice. Habíamos decidido expulsar a la misión inglesa de nuestro Estado Mayor si no nos enviaban las armas. Esto no les interesaba y, como habían empezado a conocemos, temían que sucediera. Habían pasado sólo tres o cuatro días cuando me avisaron que Palmer solicitaba una entrevista conmigo. Los camaradas me habían dado ya

la noticia del lanzamiento de las armas, que había tenido lugar después que hubiéramos rechazado a las fuerzas alemanas y ballistas. El teniente coronel vino al encuentro y, sonriendo como siempre, me dijo:

—Señor Hoxha, el deseo de ambos ha sido satisfecho, las armas fueron lanzadas.

—Me informaron los camaradas —le dije—. Gracias, particularmente a Ud. por sus esfuerzos. Usted que está aquí conoce mejor la situación que los de Italia —añadí. Palmer se sintió muy complacido y, después de tomar el té y las frutas que le ofrecí, se marchó contento.

Los imperialistas anglo-americanos tenían en la mano dos o tres cartas para utilizarlas en el momento apropiado. La carta que en los últimos tiempos tenía más probabilidades de vencer pasaba a ser para ellos el señor feudal de Kosova, Gani Kryeziu, que, según se rumoreaba, se disponía a crear un «gobierno», al menos para la Albania del Norte. Pero muy pronto les hicimos arder también esta carta en las manos.

Estábamos en Odriçan, Përmet. El grueso de las fuerzas de nuestro Ejército llevaba a cabo victoriosas operaciones de combate en Albania Central y Septentrional. El 20 de septiembre de 1944 recibí un radiograma urgente con el que el camarada Manush Myftiu me informaba qué las fuerzas de la V Brigada habían cercado al

destacamento de Gani Kryeziu, habían capturado a Seit Kryeziu, Llazar Fundo, alias Zai Fundo, al oficial inglés destacado junto a ellos, Simcox, y los tenían detenidos en espera de nuestras instrucciones sobre qué hacer con ellos. Un día después capturamos también a Gani Kryeziu.

Se entiende que esta noticia nos alegrara. Estos enemigos de la Lucha Antifascista de Liberación Nacional, del Partido Comunista de Albania y del comunismo internacional, por fin, rendirían cuentas. Al leer el radiograma surgió ante mí, como en una pantalla, toda la vida llena de infamias y la actividad hostil de aquella gente, rememoré todo lo que había visto y leído acerca de ellos.

Zai Fundo había nacido de una familia de comerciantes de Korça, que se daba aires de «arconte». Demócrata en la juventud, había sido miembro de la sociedad progresista «Bashkimi» y había participado a comienzos de los años veinte en el movimiento antifeudal.

Zai entró en la marea de la actividad política y parecía emprender un camino diferente al de la familia, «tomar partido por la democracia y contra los feudales».

Cuando, con la ayuda de las potencias extranjeras, Zogu entró en Tirana, los principales sostenedores del gobierno de Fan Noli se exilaron. Zai Fundo hizo lo mismo. Finalmente aparece en la Unión Soviética junto a un grupo de

albaneses entre los que estaban Ali Kelmendi, Koço Tashko, etc.

Algunos años más tarde, Ali Kelmendi nos hizo saber que Zai Fundo había traicionado al comunismo, que había pasado a ser un renegado, un trotskista peligroso y muy hábil, pero que había escapado a las depuraciones contra los trotskistas, bujarinistas y demás renegados, porque cuando fue descubierta su actividad y sus puntos de vista trotskistas no se encontraba en la Unión Soviética. Ahora vagaba unas veces por Suiza, otras por Francia y otros países, donde llevaba a cabo, como representante de la IV Internacional trotskista, una abierta y rabiosa lucha contra el comunismo, contra Stalin y contra la Unión Soviética y se había colocado al servicio de quién sabe qué Estados imperialistas que organizaban los actos de sabotaje y la guerra contra la Unión Soviética. Por eso, no nos sorprendimos al saber que estaba al servicio de los ingleses. Incluso regresó a Albania en vísperas de la ocupación fascista, con la autorización del gobierno de Zogu, después de darle garantías de que no tomaría parte en actividades políticas. Zai Fundo no venía sin objetivos premeditados. No era un emigrante económico, ni un simple emigrante político, sino que era «conocido» como antizoguista y antifeudal y sobre todo como «comunista».

La resistencia de nuestro pueblo contra el

régimen sátrapa de Zogu se revitalizaba, los grupos comunistas ensanchaban sus filas y su actividad, la Italia fascista había clavado sus garras sobre nuestra patria y preparaba la invasión. La situación en Europa era turbulenta. El nazismo alemán y el fascismo italiano hacían sonar las botas y las bayonetas. La guerra de rapiña había comenzado.

Precisamente en estos tiempos turbulentos, como el lobo en busca de la niebla, regresó a Albania Zai Fundo, con seguridad enviado por las agencias extranjeras para preparar el terreno al enemigo, para sabotear la creación del partido comunista albanés y la resistencia armada de nuestro pueblo.

Nos dábamos cuenta del peligro que representaba ese renegado y es por ello que adoptamos las medidas necesarias para combatirlo hasta el fin. Yo me hice cargo de desenmascararlo entre los profesores y los estudiantes y al mismo tiempo de descubrir sus maniobras y sus métodos de trabajo, dónde crearía sus bases y cómo extendería su red. El resto de los camaradas asumieron la tarea de dejar en claro a los obreros y a los campesinos quién era ese traidor. Observamos desde el comienzo la actividad de este conocido elemento entre la burguesía comercial, la intelectualidad liberal y «democrática» de Korça. Le resultaría difícil penetrar entre los obreros de la ciudad ya que, para ellos, hacía

tiempo que estaba quemado. En caso de que intentara establecer vínculos con el campo, lo haría a través de los beyes «liberales» y los agas. Así comenzamos la actividad contra él con la vieja guardia del grupo comunista de Korça a la cabeza.

Zai Fundo comenzó a trabajar de forma sistemática, tomó contacto con todos aquellos individuos de quienes el prefecto y sus agentes no tenían ninguna duda, legalizando así su actividad de acuerdo con las «promesas» que había dado antes de su regreso a Albania.

Estableció vínculos con los cabecillas de la burguesía comercial de Korça, ligados a los beyes y a los agas musulmanes, quienes estaban más en contacto con el campo y se contaban entre la gente de más confianza de Zogu y de sus esbirros. Se vinculó además con las personas que formaban la opinión de la «élite musulmana» de Korça, quienes pasaron a ser sus más íntimos amigos. Asimismo, Zai Fundo encontró apoyo entre algunos intelectuales de Korça, especialmente los profascistas. Descubrimos esto rápidamente ya que seguíamos con atención tanto sus encuentros fuera de la ciudad como sus frecuentes visitas a las familias.

Nos resultaba difícil enterarnos de sus conversaciones con esa gente, pero a veces lo conseguíamos a causa de sus propias fanfarronerías. Zai se jactaba de ser un «político capaz», un

«hombre de gran cultura». Les decía que «era favorable a las reformas pero de forma moderada, ya que el momento de emprender reformas profundas no había llegado aún», que «el país estaba atrasado en el aspecto educativo», etc., etc., pero no quería entrar a fondo en argumentaciones sobre lo que se debía hacer. Hablaba «en bien de la juventud», evitaba las alusiones directas a la Unión Soviética y a Stalin y declaraba: «Soy comunista y todo el mundo, incluso el prefecto, lo sabe, no puedo ocultarlo»(!).

Nos reuníamos de vez en cuando, informábamos sobre su actividad y después de los debates, tomábamos la decisión de desenmascararle aún más a fondo, en tanto que enemigo de los obreros y de la verdadera reforma agraria que vendría a ser la salvación del campesinado. Naturalmente a Zai y sus amigos no les sentaba bien esta guerra que les hacían los bolcheviques, según nos llamaban. Tampoco era del agrado de Koço Tashko, que se presentaba como «jefe» de nuestro Grupo. Trataba de imponernos que no combatiéramos a Zai Fundo porque, según él, ¡abrigaba «sentimientos antifascistas»! Pero nosotros continuábamos nuestro trabajo.

Zai Fundo me expresó también a mí sus «sentimientos antifascistas» cuando en una ocasión nos encontramos por la calle en Korça. Aproveché el momento para soltarle en la cara todo lo que llevaba dentro contra él. ¡Qué no le dije!

Le llamé de todo lo que se merecía: trotskista, enemigo del socialismo y de Stalin, enemigo del pueblo albanés, etc. Desde aquel día ya no volví a verle.

Poco después de la ocupación italiana desapareció. No se oía hablar más de él, no se sabía dónde estaba, qué hacía, si era legal o clandestino. ¿Quizás el ocupante o algún grupo «nacionalista» o trotskista le había encomendado alguna misión secreta? Era absolutamente necesario descubrirlo.

Por último llegó la noticia de que Zai Fundo se encontraba en la «clandestinidad» en Kosova, donde se había unido con los cabecillas de la reacción kosovar, con los hermanos de Ceno Beg Kryeziu de Gjakova, con Gani y Seit Kryeziu. Estos habían formado un destacamento y, según la información de que disponíamos, permanecía junto a ellos una misión inglesa. Esta no dependía del resto de las misiones inglesas establecidas en otras zonas de Albania, o en caso contrario lo mantenían bajo gran secreto.

Durante la ocupación italiana, los territorios de Kosova quedaron bajo el dominio de Italia, creándose así demagógicamente, la «Gran Albania», la «Albania étnica». Para nosotros estaba claro que el fascismo no pensaba en Albania y los albaneses, sino en sus propios intereses. Se trataba de un estímulo para la reacción albanesa de forma que sirviera mejor a su patrón fascista

italiano. Podría así obtener mayores ganancias económicas, y de hecho los quislings albaneses, en colaboración con la reacción fascista kosovar, organizaron bajo la dirección de los italianos el saqueo sistemático de Kosova. Pero los fascistas italianos, al igual que los nazis alemanes posteriormente, con la consigna de «Kosova por fin unida a Albania», calculaban engañar al pueblo albanés y al mismo tiempo a todos los albaneses de Kosova, diciéndoles que su sueño se había hecho realidad, y que se lo debían únicamente al fascismo, que, por tanto, «no era a Italia a quien debían combatir, sino a los comunistas». Tanto nosotros como los kosovares combatimos esta demagogia del fascismo, a excepción de algunos cabecillas a los que tenía sin cuidado la suerte de Albania. El pueblo albanés no se dejó engañar jamás por esta demagogia infame y funesta. Nuestro Partido y el Frente de Liberación Nacional mantuvieron actitudes enérgicas y justas sobre este problema. El pueblo nos comprendió y nos siguió en nuestro camino, mientras que la reacción y sus cabecillas nos combatieron hasta el fin.

En la categoría de los cabecillas de la reacción se incluía la familia kosovar de los Kryeziu. Estos eran conocidos en Kosova como feudales reaccionarios, como opresores y explotadores del campesinado, adversarios de los poderosos movimientos de liberación de los kosovares con-

tra los turcos y los gran-servios. Los Kryeziu, los Draga y demás estarían siempre, no sólo en oposición, no sólo en lucha disimulada, sino en lucha abierta contra los esfuerzos y los combates revolucionarios por la liberación de Albania de Isa Boletini, Bajram Curri, Hasan Prishtina, Azem y Shote Galica, y otros.

Ceno Beg Kryeziu, el mayor de los hermanos y jefe del clan, era amigo y agente de los gran-servios, del rey de los servios, croatas y eslovenos que dominaba también en Kosova, amigo y agente de Pašić, entonces primer ministro de Yugoslavia. Sirvió bien a sus amos servios a expensas de Albania. Fue uno de los principales auxiliares y enlaces de Ahmet Zogu, otro agente de los servios en aquel entonces. Expulsado de Albania por la Revolución de Junio de 1924, Zogu no perdió el tiempo en Yugoslavia. Con la aprobación y el apoyo directo de Pašić y del rey Alejandro, él y Ceno Beg regresaron a Albania. En compensación, Zogu, como he señalado antes, cedió a los servios Vermosh y Shën Naumi, tierras albanesas, y dio por esposa a Ceno Beg Kryeziu a una de sus hermanas.

Así, con el regreso de Ahmet Zogu, entró en Albania y en la familia de éste, como yerno respetado, un agente de los servios, Ceno Beg, quien debía vigilar las maniobras políticas de su «eminente» cuñado y mantenerle bajo el control de los servios. Pero la astucia del futuro rey de

opereta no tenía límites. Estaba cambiando de pesebre. Ante las «brillantes» perspectivas que le abrían las negociaciones con la Italia fascista, el servio ya no le era de ninguna utilidad. Incluso el agente de los servios, Ceno Beg, el «querido» yerno, que entraba y salía libremente en palacio, se transformaba en un obstáculo. Así una mañana, en Praga, Ceno Beg fue muerto por unos desconocidos. ¡Zogu lo «sintió» mucho y se guardó duelo en su «corte»! Pero nadie se tragó la farsa y mucho menos los servios y los Kryeziu. Asesinado Ceno, ocupó su lugar Gani Beg, también éste agente de los servios, feudal antialbanés, dispuesto a servir a cualquier príncipe, a aquél que fuese el mejor postor.

En la época de la ocupación alemana, un día, Gani Beg Kryeziu, fingiéndose patriota, «se echó a las montañas con su destacamento para luchar contra los ocupantes», pero se trataba de una resistencia imaginaria y «de principio», ya que de hecho su «destacamento» no disparó ni un solo tiro, no trabó un solo combate contra ellos. Pero lo que nos asombraba era que Radio Londres y el pingajo «Mundimi» (El esfuerzo)[1] de Bari, hablaban mucho de los «combates» imaginarios de este «destacamento» y de su comandante. Le acompañaban dos «comisarios»: el ofi-

1 Publicado por los anglo-americanos en albanés. Hacía propaganda deformando los hechos y los acontecimientos en su provecho. Era lanzado en Albania desde el aire.

cial inglés Simcox, agente del Intelligence Service, y el trotskista de la IV Internacional Zai Fundo. Así, Gani, Zai y Simcox constituían un trío del Intelligence Service. Gani contaba también con su hermano, Seit, que se hacía pasar por socialdemócrata, comprometido hasta los ojos con la agencia inglesa. Cuando el destacamento de Gani Kryeziu se encontraba en un aprieto en Kosova, pasaba a las regiones de Tropoja y de Kukës.

La tarea de Gani, de Zai y de los ingleses consistía en combatir contra los guerrilleros, sabotear nuestra Lucha Antifascista de Liberación Nacional, establecer y reforzar sus vínculos con Muharrem Bajraktari, Cen Elezi, Fiqri Dine y otros cabecillas reaccionarios en Albania del Norte. Junto con ellos, preparaban el terreno para el futuro, a fin de que, una vez derrotada Alemania, pudieran tomar el poder. Naturalmente su fe se fundaba en Inglaterra, ya que cifraban esperanzas en que ésta interviniera con su ejército en los Balcanes y, dado que las fuerzas guerrilleras saldrían «extenuadas» de los combates con los alemanes, «serían fácilmente liquidadas». La historia, según ellos, se repetiría. Crearían también un «gobierno» y por fin los señores feudales dominarían nuevamente a nuestro país y a nuestro pueblo. «Por eso, pensaban, reservémonos. conservémonos, no nos metamos en la guerra

y mantengamos nuestras fuerzas vivas y frescas para el día de tomar el poder». Este era el pensamiento y el plan de la reacción y de los ingleses. Pero habían hecho mal sus cálculos. Nuestro Partido frustró sus planes.

El destacamento de Gani Kryeziu era incapaz de actuar sin ser detectado por nuestras fuerzas, quienes de forma continua perseguían y golpeaban a los alemanes y a los cabecillas reaccionarios del interior.

Descubrimos que Gani y Zai, con un pequeño destacamento y el oficial inglés que les acompañaba, provistos de un radiotransmisor, intentaban, por medio de la reacción kosovar y de los bajraktars de Albania del Norte, crear un movimiento contra nuestro Partido y la Lucha Antifascista de Liberación Nacional. Dimos a nuestras fuerzas la orden de acecharlos, perseguirlos, capturarlos y desbaratar su actividad antes de que cuajara. Gani Kryeziu actuaba en la clandestinidad, se ocultaba de nosotros y, cuando se veía en apuros a causa de nuestros guerrilleros, pasaba a Kosova, donde tenía sus puntos de apoyo. Nosotros no podíamos circular allí libremente a causa de las intrigas de los yugoslavos y en especial de Vukmanović Tempo y nos veíamos obligados a acechar el momento en que Gani Kryeziu pasara nuestra frontera. Es por lo que habíamos dado una orden especial y de máximo secreto a nuestras fuerzas para que siguieran

atentamente sus movimientos y los capturaran apenas entrasen en nuestro territorio.

La orden fue cumplida, los traidores habían sido apresados: Zai Fundo, Seit Kryeziu y el mayor inglés Simcox en el monte de Dobrej, Gani Beg, por su parte, en el llano de Bytyç, donde había instalado las tiendas del «cuartel general de combate», traídas de Inglaterra. Más tarde me enteré de la historia de su captura, pero no cabe aquí relatarla.

Entretanto había llegado a nuestro país el coronel Velimir Stojnić, acompañado de un mayor llamado Nijaz Dizdarević, y de una o dos personas más de rango inferior. Llegaron agregados al Comité Central de nuestro Partido y al Estado Mayor General como delegados de Tito, del CC del PCY y del Estado Mayor General yugoslavo, con fines de «enlace», «para intercambiar experiencia» de combate y de trabajo de partido.

En aquella época les considerábamos como amigos, ya que simulaban ser comunistas y todavía no habían sido descubiertos ni se habían mostrado abiertamente como renegados del marxismo-leninismo. Sin embargo, algunos signos de su actividad nos indicaban que no estaban en regla. Incluso habíamos tenido con ellos contradicciones de principio, pero no nos imaginábamos que hubieran llegado tan lejos y . caído tan bajo como para colaborar con los ingleses entre bastidores en perjuicio nuestro.

Nuestro primer encuentro con ellos tuvo lugar en Helmës. Nos pusieron al corriente de la situación en Yugoslavia y nosotros, igualmente, les hablamos de la situación en nuestro país. Tras nuestro primer encuentro y algunas otras conversaciones con ellos, nuestras impresiones, las mías y las de Miladin Popović, al que llamábamos Ali, no eran muy entusiastas.

—Tengo la impresión de que no nos han dicho muchas cosas —le dije a Ali—, todo lo que nos indicaron lo sabíamos ya y lo habíamos puesto en práctica.

—No sólo eso —dijo Miladin—, sino que las maneras autoritarias, la arrogancia y la presunción de Velo (Stojnić) no me gustan en absoluto. Presume de saberlo todo, y parece querer decirnos que debe alimentarnos con biberón. Pero nosotros no aceptamos esto, deben comportarse con nosotros como camaradas.

—El otro —le dije a Ali refiriéndome a Nijaz Dizdarević— parece más inteligente y más astuto.

—No te equivocas —me dijo—, pero ya veremos.

—Mantén la sangre fría —le dije a Miladin—, tú tendrás la ocasión de conversar continuamente con ellos, por eso cuando te veas en un aprieto, interrumpe la conversación y diles que «debe decidir Enver y no nosotros».

En esto quedé con Miladin Popović, con ese

camarada yugoslavo verdaderamente querido y comunista, quien profesaba un cariño ardiente y puro a nuestro Partido y a nuestro pueblo. Pero nuestras relaciones con Velimir Stojnić tienen una larga historia. Relataré ahora únicamente las fricciones que tuvimos con él y su gente en relación con la cuestión de Gani y Seit Kryeziu, Zai Fundo y el inglés.

Apenas recibí el radiograma de nuestros camaradas sobre su captura, nos reunimos, tratamos el asunto y tomamos una decisión. Las pruebas contra todos ellos eran flagrantes. Enviamos un radiograma a nuestros camaradas en el Norte, con la instrucción de hacer comparecer a Zai y a los Kryeziu ante un tribunal militar, que debían constituir. Debían desarmar a su banda, y después de haber efectuado un trabajo de esclarecimiento entre sus componentes, enviarlos a sus casas. Por lo que se refiere al mayor Simcox, debía ser entregado a alguna misión inglesa en nuestro territorio. Ali fue a la casa donde se había establecido Velimir Stojnić para ponerle al corriente de lo ocurrido y de nuestra decisión.

Esperé horas enteras a Ali para almorzar, finalmente vino furioso.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—¿Qué me va a pasar? —me contestó—. Son unos miserables, no están de acuerdo con nuestra decisión y si no la anulamos, han dicho, rompe-

rán las relaciones con nosotros, recogerán sus trastos y volverán a Yugoslavia.

—¿Cómo pueden llegar a eso por un renegado y unos traidores feudales? —le dije.

—Ya ves que es posible —dijo Miladin—. Me fue imposible entenderme con ellos y me fui diciéndoles: «Este asunto concierne a los albaneses, vengan a conversar con Enver y convénzanle». De forma que vendrán a verte.

—De acuerdo —le contesté.

Llegaron a la hora fijada Velimir Stojnić y Nijaz Dizdarević. Miladin estaba conmigo. Nos saludamos, nos estrechamos la mano y les ofrecimos cigarillos. Velo fumaba, Dizdarević no. Estábamos serenos, ellos fingían estarlo.

Fui yo quien abrí la conversación, diciéndoles que Ali me había puesto al corriente de sus puntos de vista sobre los prisioneros capturados en el Norte.

—Me asombró —les dije—, puesto que el interés de nuestros dos partidos y de nuestra lucha común exige que estos enemigos sean severamente castigados, tal como se merecen.

Recuerdo, como si fuera ayer, que Velimir Stoinić, al que el talco que utilizaba le hacía parecer aún más blanco de lo que era, se puso todo negro y, con los ojos furiosos, se levantó y me dijo:

—Nosotros, yugoslavos, representantes de Tito y del Comité Central del Partido Comunista

de Yugoslavia, no permitiremos que sean fusilados.

—Me asombra extraordinariamente —le contesté— verle defender así a estos enemigos. Disculpe, pero es posible que no sepa bien quiénes son. Nosotros les haremos comparecer ante el tribunal militar y el tribunal decidirá. Gente como ésta merece un tiro en la cabeza —y comencé a exponerles sus antecedentes. Velimir Stojnić me interrumpió:

—No es necesario que nos hable de ellos, sabemos quiénes son, y si da la orden de juzgarlos y fusilarlos, romperemos nuestras relaciones con ustedes y volveremos a Yugoslavia.

—Cometen Uds. un grave error —repliqué a Velimir Stojnić— colocando en una misma balanza nuestras relaciones fraternales y comunistas junto a la actitud hacia estos enemigos, estos señores feudales que han chupado la sangre al pueblo de Kosova, y hacia un renegado de la Internacional Comunista, un trotskista, un enemigo de la Unión Soviética y de Stalin, un enemigo de nuestro pueblo y de nuestro Partido.

—Yo no discuto quiénes son —dijo Velimir Stojnić—, lo que quiero es que nos los entreguen, porque son kosovares. Es pues una cuestión de principios, tenemos nuestro partido, nuestro frente, nuestras leyes, nuestros tribunales. Deben entregárnoslos y nosotros decidiremos qué hacer con ellos. En caso contrario nos iremos.

—No rompemos nuestras relaciones con los pueblos de Yugoslavia que luchan contra el nazismo —le respondí—. Pero ustedes se equivocan cuando dicen que son kosovares. Sólo Gani y Seit Kryeziu son de Kosova, y puesto que quieren tanto a estos beyes de siniestro renombre, lléven-selos, quédense con ellos. En cuanto a Zai Fundo, que ni es ciudadano yugoslavo, ni tiene domicilio en Yugoslavia ni tampoco es de origen yugoslavo, sino que es de Korça, no les pertenece, según su propia tesis.

—Están juntos —dijo Velimir Stojnić— y tienen su centro en Kosova.

—¡Pero el hecho es que los hemos capturado cuando actuaban contra nuestro Partido y nuestro Frente en el territorio albanés! Siempre de acuerdo con su tesis le respondí—, si nosotros capturásemos al quisling Xhafer Deva, ¡deberíamos entregárselo a ustedes, ya que es de Kosova, para que le procesen por los crímenes que ha perpetrado en Albania! Esto no tiene ninguna base. Sin embargo —proseguí—, yo no creo que el PC de Yugoslavia y Tito (en esa época no teníamos ninguna duda sobre él, sino al contrario) piensen como ustedes. Y puesto que ustedes ponen en una misma balanza nuestras relaciones fraternales junto a la actitud que se debe adoptar hacia los traidores, hacia los feudales, se los entregaremos, daré inmediatamente la orden. Zai Fundo, enemigo del Partido Comunista de Albania y del

Partido Comunista de Yugoslavia, será juzgado y, si el tribunal guerrillero dictamina su ejecución, será fusilado inmediatamente.

Velimir Stojnić abandonó así la casa del tío Mehmet en donde yo estaba alojado, tras haber librado de la muerte a los feudales Gani y Seit Kryeziu, agentes de los chovinistas servios y de los ingleses, enemigos de nuestra lucha.

A continuación recibí la visita de Palmer[1]. Al parecer el enviado de Tito y el del imperio británico se habían entendido entre sí. Este último, pero con un tono más moderado, me rogó que liberara a los Kryeziu, a Fundo y a Simcox. Para convencerme, agregó:

—General, libérelos y nosotros les ayudaremos con armas.

—En cuanto a sus «ayudas» —le respondí— sabemos desde hace mucho tiempo que son pura

---

1 El cuartel general del SOE en Bari, Italia, transmitía el 8 de octubre de 1944 a la Misión «Consensus II» en Albania el siguiente mensaje:

«...Llazar Fundo ha sido capturado junto con Simcox y Seit... Su vida puede estar en grave peligro. Insistimos en que se haga todo lo posible a fin de que sea liberado y evacuado a Italia. Estamos convencidos de que Fundo es sinceramente probritánico. Sus conocimientos sobre los Balcanes, Europa Central y la organización del partido comunista le hacen más que útil para el ISLD» (Intelligence Service Liaison Departament — Sección de enlace del Servicio Informativo). *(Signals from SOE Headquarters in Bari, Italy to Mission Consensus II, May-Oct. 1944; N° 60, pp. 122-123.)*

palabrería. Usted mismo me ha informado personalmente en varias ocasiones que los aviones británicos arrojarían material bélico en Staravecka y otros puntos. Es verdad que los aviones han sobrevolado nuestro país, pero no para traernos ayuda, sino con otros fines. Les hemos visto cruzar nuestras fronteras de Korça hacia Grecia.

—Sí, pero han encontrado resistencia y se han visto obligados a cambiar de ruta —me dijo, justificándose.

—Comprendo perfectamente —le dije— por qué han cambiado de ruta, pero estamos hartos de esas fábulas. Usted se refería a los que hemos capturado en el Norte. Ya he dado nuestra respuesta al representante yugoslavo sobre la cuestión de los dos traidores kosovares. En cuanto a Zai Fundo, nosotros sabemos lo que vamos a hacer con él, y en lo que se refiere a su oficial, he dado la orden de que les sea devuelto. Creo que ya está claro, esto es todo —le dije y me levanté para hacerle entender que no podía perder tiempo con él.

Me asombró esta «coincidencia». Ignorábamos que hacía tiempo que Tito se entendía a las mil maravillas con Churchill. Sabíamos que el hijo de Churchill había estado junto a Tito, estábamos igualmente al corriente de los lazos de este último con Subašić y de su viaje a Italia, donde había desarrollado conversaciones con personalida-

des inglesas, pero no sabíamos lo que había tramado ni lo que tramaba con los ingleses.

De forma que esta cuestión tuvo un vergonzoso fin para los yugoslavos y los ingleses. Di la orden a los camaradas de entregar a Gani y Seit a las fuerzas guerrilleras yugoslavas y, en cuanto a Zai Fundo, de ponerle en manos de la justicia y condenarle severamente. Así se hizo.

Este es sólo un aspecto de la vasta actividad hostil que desarrollarían los yugoslavos contra nuestro Partido, contra la República Popular de Albania, contra el socialismo en Albania, en vísperas de la liberación de nuestra patria y posteriormente. Eran precisamente Velimir Stojnić y su compañero, Nijaz Dizdarević, los encargados por Tito de desarrollar esta actividad hostil que se intensificaría aún más en Berat. Pero esta es otra larga historia, que trataré en un escrito aparte.

Pero ya que viene a cuento, detengámonos un momento en la cuestión de los Kryeziu, ya que no terminó aquí.

Cuando fuimos a Berat para celebrar la importante reunión del II Pleno del CC del Partido, mientras Velimir Stojnić y Nijaz Dizdarević, junto con Nako Spiru, Koçi Xoxe, Sejfulla Malëshova, Pandi Kristo y otros conspiraban entre bastidores, para atacar la justa línea del Partido, recibí la visita de Velimir Stojnić acompañado por Seit Kryeziu.

Velimir me lo presentó.

—Conozco a Seit Kryeziu de la época en que fui estudiante en París —le dije—. No sé si él se acuerda de mí.

—Sí —respondió Seit—, me acuerdo de usted.

Entonces Velimir Stojnić me dijo:

—Seit ha venido aquí por recomendación de Tito, quien le ruega que le ayude a pasar a Bari, Italia, pues tiene el encargo de conseguir armas de los aliados (es decir, de los ingleses) para Kosova. Era evidente. Gani Kryeziu no perdía su tiempo y tampoco los ingleses. A uno de los Kryeziu lo tenían junto a Tito, y al otro lo enviaban al extranjero, quizás a Londres.

¿Cómo va a viajar y qué ayuda pide de nosotros? —le pregunté—. No tenemos línea con Bari.

—Todo ha sido arreglado entre el Estado Mayor General del Ejército Yugoslavo y el Cuartel General Aliado del Mediterráneo —me respondió Stojnić.

—Bien —le dije al representante de Tito—, dado que las cosas han sido arregladas, no nos queda más que ayudarle a llegar a la costa sur.

Todo se comprobaría mejor y con mayor claridad más tarde, al ponerse al descubierto qué peligroso enemigo y qué agencia activa del imperialismo era el titismo yugoslavo. Pero percibi-

mos y detectamos a tiempo su brutal hostilidad hacia nosotros por medio de su actividad que iba de infamia en infamia.

Eran numerosos los que no se daban cuenta de la dura lucha que desarrollábamos contra los ingleses, contra su guerra secreta y sus diabólicos planes contra nosotros, por eso se precisaba de nuestro Partido una gran determinación, una alta vigilancia y ninguna vacilación a la hora de actuar. Y cumplió con honor y con éxito esta difícil pero gloriosa misión, venciendo los numerosos peligros que surgían en su camino. Tras el «ultimátum» que me dirigió el general Wilson y después de mi respuesta, esperábamos su reacción, por eso estábamos alerta, dispuestos a contraatacar.

Los ingleses no tardaron en reaccionar. Comenzaron a ejercer nuevas presiones, aún más peligrosas para la independencia de nuestro país. Como se sabe los aliados occidentales prometieron que en 1942 abrirían el segundo frente en Europa. Pero no lo hicieron ni siquiera en 1943, sino en junio de 1944, cuando la Alemania hitleriana caminaba irremediablemente hacia su ruina. Con el pretexto de la apertura de este frente quisieron desembarcar también en Albania. Y comenzaron sus intentos para lograrlo.

Nuestro Partido comprendió que las tentati-

vas de desembarco no tenían por objetivo combatir a los alemanes en Albania, ya que esto lo estaba haciendo con éxito el Ejército de Liberación Nacional Albanés, que era enteramente capaz de liberar su propio país sin la ayuda de las fuerzas armadas de los «amigos». Su único objetivo era clavar sus garras en Albania. El Partido no se lo permitió y, como señalaré más adelante, rechazó firmemente las sucesivas propuestas de desembarcar tropas «aliadas» en nuestro país, dónde, cuándo, en la cantidad y la forma en que quisieran. Se trataba de un terrible peligro que amenazaba a nuestro país.

Nosotros teníamos la firme determinación de resistir, aunque tuviéramos que sostener un enfrentamiento armado con nuestro aliado «sincero». El Partido no podía permitir la repetición del 7 de abril de 1939, ni la masacre de la Borova mártir. Decidimos que «a ningún ejército extranjero, aunque sea aliado, se le permitiría actuar en nuestro país a su antojo». El dueño del país era ahora el pueblo con su Partido a la cabeza y su Ejército de Liberación Nacional. La situación cambiaba de día en día. Los nazis alemanes vivían sus últimos momentos. Nuestras fuerzas armadas les atacaban por todos lados. La reacción no encontraba madriguera en qué meterse. Tirana estaba todas las noches bajo el fuego de nuestras armas y la única vía de escape de los alema-

nes era Shkodra. Era también la vía de los reaccionarios, un camino lleno de peligros para ellos.

La primera tentativa. Como ya he señalado, la respuesta de nuestro Estado Mayor General a las presiones y al ultimátum de los ingleses en el sentido de que no atacáramos a sus amigos en Albania representó un fracaso para ellos. Después pensaron enviar tropas a las proximidades de Tirana en vísperas de su liberación. Los británicos, junto con los reaccionarios, pretendían con esto imponérsenos para alcanzar su gran objetivo y, en la imposibilidad de lograrlo, poder al menos escoltar a los cabecillas traidores Lumo Skëndo, Abaz Kupi y otros hasta alguno de nuestros puertos, desde donde poder embarcarlos para Italia u otros países.

Con este fin vino Palmer a verme en la base de Odriçan. Con su sonrisa acostumbrada comenzó a hablarme de que los hunos (así llamaban a menudo los ingleses a los alemanes) estaban agonizando, que el frente aliado se ampliaba y otras consideraciones parecidas. Esperé a que abordara lo que tenía en mente, comprendiendo que sus primeras palabras no eran más que un preámbulo; es por ello que no intervine desde el comienzo. Tras numerosos rodeos fue al grano.

—Señor Hoxha —me dijo—, hasta el presente ha existido entre nosotros una satisfactoria colaboración. Naturalmente, tampoco han faltado

los desacuerdos. Esto ocurre incluso entre amigos, pero nosotros somos aliados en defensa de una gran causa y ambas partes combatimos desde hace varios años en el mismo frente contra un enemigo común. Tanto ustedes como nosotros hemos combatido y combatimos denodadamente y nos hemos prestado ayuda mutua con esta lucha. Por nuestra parte hemos hecho esfuerzos por ayudarles con armas y municiones, aunque lo reconozco, no han sido suficientes. Nuestro Cuartel General ha pensado —prosiguió— prestarles una mayor ayuda de ahora en adelante y les propone enviar, además de armas, una ayuda en *tommies**, que, encuadrados en comandos, si lo permiten, podrían ser lanzados en la región de Peza, Ishëm y Darsi. De esta forma nuestros dos ejércitos aliados confraternizarán y juntos golpearemos y aniquilaremos con más rapidez esta peste. Al proponerles esta ayuda también tenemos en cuenta que de este modo acudimos en ayuda de los yugoslavos, amigos tanto suyos como nuestros, ya que así conseguirán pasar menos alemanes a su territorio.

Palmer dio por terminadas sus palabras. Su famosa sonrisa, que comenzaba a ser detestable para mí, se le había helado en los labios y parecía decirme: «¡¿Ve Ud. qué gran noticia le traigo?!».

---

* Inglés en el original — soldados.

Pensativo encendí un cigarrillo. Aceptar su proposición conducía a la primera fase de la invasión inglesa. Sin embargo, debía responderle con la misma moneda: Sonrisa por sonrisa.

—Se lo agradezco mucho —le dije sonriente— a su Cuartel General y también a usted por ser el portador de esta propuesta de ayuda concreta, incluso en *tommies,* que quieren lanzar en paracaídas en tomo a Tirana. Es verdad que hemos sido y somos aliados de una gran causa común. Es igualmente verdad, estoy de acuerdo, que Inglaterra lucha, pero también el pueblo albanés se bate e inició la lucha contra las potencias del Eje antes que la Gran Bretaña, lo hizo incluso en solitario y así continúa. Inglaterra hizo oídos sordos cuando nos invadió Italia. Continuamos la guerra descalzos, casi desnudos y hambrientos, sin doblegarnos. El enemigo ha devastado aldeas, ciudades y regiones enteras, ha asesinado a muchas de nuestras gentes, pero también nosotros hemos hecho estragos entre ellos. A los italianos los combatimos medida por medida hasta su rendición y hacemos lo mismo con los nazis. Tanto ustedes como el resto de los aliados han combatido también en otros frentes. Sabemos eso, **pero aquí**—y alcé el tono—, **en esta tierra, es únicamente el pueblo albanés quien ha luchado y luchará hasta las últimas consecuencias.** Ustedes no nos daban crédito cuando decíamos que el pueblo estaba con el

Frente de Liberación Nacional, que estaba y está con nosotros porque somos sus verdaderos hijos. ¿Ve ahora lo que está ocurriendo? Todo el pueblo se ha puesto en pie. En el fragor de las batallas creamos un ejército poderoso, invencible y, ahora que se anuncian días mejores para nosotros, ¡usted me propone que vengan sus tropas a nuestro país! Esto es como «la mostaza después de la cena». No, señor Palmer, no aceptamos su propuesta, porque no existe ninguna razón para que envíen tropas aquí. Usted mismo puede ver con sus propios ojos las proporciones que ha adquirido nuestra lucha, hace tiempo que hemos pasado de la fase de acciones aisladas, a una guerra frontal contra los nazis y sus colaboradores. ¿No es así?

—Sí, así es, pero...

Quiso decir algo pero yo continué sin permitírselo.

—En Peza, en Darsi, en Ishëm y en todos lados disponemos de fuerzas en abundancia y no necesitamos ninguna clase de ayuda en hombres, en comandos; por tanto no permitimos que los lancen. Son suficientes las misiones que tienen aquí. Nunca hemos mantenido en secreto ante ustedes las informaciones acerca de nuestros combates y acerca de todo lo relacionado con el enemigo. Por lo tanto, transmita a su Cuartel General mi agradecimiento y nuestra categórica negativa a la propuesta que nos hace.

Palmer se fue sin decir una palabra.

Advertí inmediatamente a Peza y di la orden de que, en caso de que vieran descender paracaidistas, abrieran fuego sobre ellos y los aniquilaran. Este diabólico plan de los ingleses estaba relacionado con la propuesta que me había hecho tiempo atrás Mustafa Gjinishi de permitir la creación de brigadas en Peqin, en Darsi y en otros sitios, que no estuvieran bajo las órdenes y el mando de Myslim Peza. Yo había rechazado entonces la propuesta. He aquí como «se desenredaba la madeja». Aquellas fuerzas de Gjinishi debían colaborar con los paracaidistas ingleses.

La segunda tentativa. Tiempo después volvió Palmer y me propuso el desembarco simbólico de un pequeño comando en la costa sur. Esta vez en Spilé, Himara. Le pregunté:

—¿Por qué quieren realizar este desembarco?

—En señal de colaboración con ustedes y también para aniquilar a la guarnición alemana acantonada en Spilé que, pese a no tener ninguna importancia militar, controla los movimientos de nuestros buques —me respondió.

—Ya sé que la guarnición carece de importancia —le contesté—, sin embargo le daré la respuesta dentro de dos o tres días, el tiempo nece-

sario para informarme más al detalle de la situación.

Conversé con los camaradas y decidimos darles esta vez a los ingleses una satisfacción, sin consecuencias peligrosas para nosotros. Di la orden de que nuestras fuerzas de la costa sur ocuparan posiciones en Pilur, Nivica-Bubar y Llogara, y si los ingleses se llegaban a encontrar en peligro durante el ataque contra la guarnición alemana, acudieran en su ayuda.

Hice llamar a Palmer y le comuniqué que aceptábamos. Le advertí al mismo tiempo que la operación debía tener como único objetivo la guarnición alemana y que, una vez concluida, las fuerzas británicas debían embarcar y volver por donde habían venido. No se les permitiría dispersarse en la zona y sentar sus reales. Esta era una orden categórica.

—Hagamos juntos esta acción —propuse a Palmer.

—Gracias —contestó—. La haremos solos.

—De cualquier forma —le dije—, los nuestros se encontrarán en los alrededores y controlarán los caminos de forma que ningún nazi salga de la ratonera y que todos sean exterminados como ratas. Estaremos allí para cubrir su desembarco y su partida después de la acción —añadí, para que lo pensara bien y no se imaginara que bromeábamos con nuestras órdenes.

La acción se llevó a cabo. Los alemanes

hicieron prisioneros a 9 ingleses y casi aniquilaron por completo al comando inglés. Pero intervino nuestra XII Brigada que atacó y desbarató a la guarnición alemana, liberó Himara y puso en libertad a los prisioneros. El resto del comando inglés se reembarcó y se retiró al lugar de donde había venido.

Sería más tarde, con motivo de una nueva tentativa, la operación de desembarco de comandos ingleses en Kakome, región de Saranda, cuando entendimos el porqué de esta acción de los ingleses, carente de interés para ellos y sin ninguna importancia estratégica.

La tercera tentativa. Nuevamente la misma cantilena. Palmer vino, hizo su preámbulo y después su propuesta. Le pregunté:

—¿Qué interés tienen para emprender semejante acción? La pequeña fuerza alemana acantonada en Saranda está destinada a desaparecer, no le queda más salida que el mar y nosotros tenemos planificado desalojarla pronto y así liberar definitivamente el Sur.

—Justamente— dijo Palmer—, acepten que realicemos juntos esta acción, porque además, de esta forma, cortamos el paso a las fuerzas alemanas derrotadas que puedan penetrar desde Grecia.

También esta tentativa tendría el mismo fin que la de Spilé.

Tomada la decisión en el Estado Mayor General, pusimos al corriente a los camaradas Kahreman Ylli y Gafur Çuçi, les dimos instrucciones claras sobre cómo desarrollar las conversaciones con los ingleses, qué debían decirles y en qué forma debían actuar. Les recomendamos que en las conversaciones representaran a nuestro ejército tal como era, un ejército regular. «Al margen de estas recomendaciones —les ordenamos—. no se debe permitir que los ingleses den un solo paso adelante».

A continuación convoqué a Palmer.

—Aceptamos el ataque conjunto a la guarnición alemana de Saranda —le dije—, pero nosotros atacaremos por tierra y ustedes por mar, y una vez terminada la operación, sus fuerzas deberán retirarse cuanto antes de la zona.

Movió la cabeza, aparentemente descontento, sin embargo consideraba un «éxito» que aceptáramos la acción conjunta.

Dicho y hecho. Las fuerzas guerrilleras de las XIV, XII y XIX Brigadas de nuestro Ejército se abalanzaron con furia sobre el enemigo. Después de tres días de encarnizados combates aniquilaron a los alemanes y Saranda fue liberada. Más de 150 alemanes fueron hechos prisioneros, entre ellos el comandante con el grado de coronel. Los comandos ingleses, que habían «combatido» sólo con algunos disparos de artillería,

sobre la fortaleza de Lëkurs y sobre el Monasterio de Butrint, entraron también como «triunfadores» en la ciudad liberada. Sin embargo sufrieron numerosas pérdidas ya que la mayoría había llegado por mar; por el contrario nuestras pérdidas fueron reducidas.

Pero, una vez finalizada la operación, nuestro mando en Saranda me informó que el mando de las tropas inglesas le había pedido la entrega del coronel alemán para enviarlo a Italia, ya que, pretendía, de este modo «alcanzaría mayor eco el combate de Saranda». Me informó también que los soldados ingleses se comportaban mal, rompían los cristales de las ventanas, saqueaban las tiendas, se llevaban las mercancías a sus buques y existía el peligro de que se produjeran choques armados entre los ingleses y los guerrilleros. El mando inglés había demandado que se prosiguiera el «ataque» en profundidad, hasta Delvina y Gjirokastra, de forma que los soldados ingleses pudieran desfilar ante el pueblo como ¡libertadores! Pero nuestros camaradas les habían respondido que aquellas regiones estaban ya liberadas y que ahora debían retirarse. Posteriormente el mando inglés había planteado al mando guerrillero la propuesta de un ataque conjunto sobre Corfú.

Estas eran cuestiones muy serias y preñadas de peligros. Avisamos a nuestro mando que reco-

mendara a los guerrilleros mantener la serenidad y proteger la ciudad, que reforzara sus posiciones en el collado de Gjashtë, en Butrint, en Bogaz y tuviera dispuesta la artillería en las colinas circundantes de Saranda y en el Monasterio de Butrint, que vigilara y siguiera atentamente cualquier movimiento en el mar. Si avistaban otros buques ingleses debían informamos inmediatamente y, en caso de que se aproximaran a la costa, esperar nuestras órdenes, mientras las fuerzas guerrilleras disparaban salvas de advertencia. Di la orden de que el coronel alemán fuera enviado bajo escolta a Berat.

Por otra parte, convoqué urgentemente a Palmer y protesté enérgicamente por las exigencias del mando inglés y por la reprochable conducta de sus soldados. Le dije que la misión conjunta había finalizado, Saranda había sido liberada y que, según nuestra decisión, las fuerzas inglesas debían retirarse de inmediato.

Palmer fingía indignarse por la mala conducta de los soldados británicos y me dijo que informaría para que las fuerzas se retiraran inmediatamente.

Esperamos la retirada de los ingleses, pero nada se hacía en este sentido. Aplazaban de un día para otro su marcha. Al parecer, su objetivo era permanecer allí y tener a Saranda como base

propia en la costa y en el territorio albanés[1]. También a Mussolini le había gustado esta perla de nuestro país hasta el punto de llamarla «Porto Edda», el nombre de su hija. Pero los tiempos habían cambiado. La perla tenía dueño.

Hice llamar varias veces a Palmer para presentarle nuestras protestas. El siempre me aseguraba que informaría al centro para que ordenaran la retirada. El vaso ya se desbordaba. No podíamos soportar más. Le di el ultimátum con el encargo de que lo transmitiera inmediatamente al Mando Aliado del Mediterráneo. «Si los comandos ingleses no se retiran de Saranda en la fecha fijada, los guerrilleros entrarán en combate contra ellos» —le comuniqué.

Ordené a nuestras fuerzas que se mantuvieran alertas y a la espera de la orden de atacar a los ingleses y que les dieran a entender que habíamos adoptado todas las medidas y estábamos resueltos a arrojarlos al mar. En sus filas cundió el pánico.

---

1 Inmediatamente después del desembarco de los comandos ingleses en la zona de Saranda, el 29 de septiembre de 1944, Bari informaba entre otras cosas al Foreign Office:
«2. El futuro desarrollo de la operación depende de cierto número de factores, que por el momento no pueden ser apreciados. Pero es posible, si todo marcha bien, que estemos en condiciones de mantener una base permanente en el territorio albanés al igual que en Corfú.» *(Radiograma N°. 722. FO 371/43572-3584. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

Vino Palmer y me propuso:

—Nuestras fuerzas están dispuestas a retirarse, pero solicitamos su autorización para no harcelo por mar, sino pasando por Delvina, Muzina, Dropull y Pogon.

El plan diabólico de los británicos era evidente. Querían hacer gala de libertadores, crear disturbios entre la minoría griega, establecer relaciones con las fuerzas de Zerva, pasearse por nuestras zonas liberadas, etc.

—De ningún modo podemos permitir que su brigada siga ese itinerario —le dije—. Debe volver cuanto antes por donde ha venido, por el mar. Una cosa debo advertirle: no hagan ninguna tentativa de pasar por nuestras zonas fortificadas pues en caso contrario serán atacados. Si ocurre esto, la responsabilidad no será nada más que suya. Estamos decididos a defendernos y a defender la soberanía de nuestro país. Les hemos considerado como amigos, y así deseamos que continúen en el futuro. Deben cumplir inmediatamente la decisión que hemos adoptado en común.

Finalmente los ingleses embarcaron y... ahuecaron el ala. Precisamente en aquellos días de octubre desembarcaron en Grecia, cuando el país se encontraba en una situación análoga a la nuestra, en vísperas de la liberación. Entraron allí libremente según el acuerdo de Caserta,

cuya suscripción enterró las victorias del PC Griego y del EAM y la libertad del pueblo griego.

Los objetivos del desembarco habían fracasado uno tras otro frente a la vigilancia y la determinación de nuestro glorioso Partido. Pero a pesar de ello, los ingleses no renunciaron a sus esfuerzos por intervenir en nuestro país. Tras la formación del Gobierno Democrático de Albania, el 22 de octubre de 1944, permanecimos algún tiempo en Berat. Las misiones de los aliados se encontraban también allí. Las viviendas ocupadas por los anglo-americanos se habían transformado en avisperos. Entraba y salía toda clase de gente. Se daban y se recibían informaciones secretas. Se estaban elaborando nuevos planes.

—Ha venido a verme el inglés —me informó el camarada Spiro Moisiu.

—¿Qué te dijo, alguna noticia sobre el reconocimiento de nuestro Gobierno? —le pregunté. Habían transcurrido varios días desde la entrega a las misiones extranjeras de una nota destinada a sus gobiernos en la que se solicitaba el reconocimiento de nuestro Gobierno Democrático[1]. Pero esto había caído en saco roto.

---

1 En la carta del embajador británico en Moscú, Archibald Clark Kerr, dirigida a Molotov, se dice: «Querido Sr. Molotov: 1. Mi gobierno me ha encomendado informar al gobierno

—No, me respondió el general Moisiu—, ni siquiera trató de ello, pero sí me dijo que procediéramos a disponer el aeropuerto de Kuçova porque solicitarían la venida de aviones transportando ¡ayuda para el pueblo!

—¿Y tú que respondiste? —le pregunté.

—Hoy por hoy, le respondí, no podemos arreglarlo porque tenemos otros problemas más urgentes. «Les ayudaremos nosotros», me dijo el inglés y quedamos en que yo conversaría contigo.

—De acuerdo —le respondí—, sólo que hay que ver bien, cuál es su objetivo. En cuanto a lo que te ha dicho de las «ayudas», ya nos imaginamos muy bien lo mucho que se preocupan por nuestro pueblo. Posiblemente lo que más les interesa es nuestro petróleo. Al parecer piensan darnos unas cuantas libras esterlinas y considerar como comprados nuestros campos.

El peligro existía. Kuçova había sido en el pasado una concesión de la «Anglo-Persian Oil Company» que la vendió a la sociedad italiana

---

soviético que, en la confusa situación reinante en Albania, no tiene la intención de reconocer al «Gobierno Provisional» instituido por el FLN.

2. Mi gobierno espera que el gobierno soviético adoptará la misma actitud.

3. La misma comunicación será enviada al gobierno de los EE. UU.» *(FO 371/43564-3530, No. 2179. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

AIPA para que la explotara durante 99 años. Ahora que Italia se encontraba en una situación difícil, podrían pensar que era la ocasión para adquirirla de nuevo, esta vez a precio de ganga.

Nuevamente vino a verme el camarada Spiro y me dice muy indignado:

—Resultó tal como lo habías previsto, camarada Enver. El inglés se entrevistó conmigo y, con el mayor descaro, me dijo: «He aquí nuestra ayuda, 40 libras esterlinas. Infórmenos cuándo terminen de reparar la pista para que vengan los aviones».

—No te preocupes, camarada Spiro —le dije—, ahora les conocemos hasta las entrañas, estamos hartos de sus «ayudas».

—Este dinero no basta ni para dos días de alimentación de los que trabajen allí, le dije al inglés —añadió él—, por tanto guárdeselo. La arreglaremos cuando podamos y cuando nos haga falta.

Así se había separado del «filántropo» inglés.

Aún no sabíamos que el teniente coronel Palmer, a través de Taraskoni, director de la AIPA en Kuçova, se había apoderado de los «grifos» del petróleo. Esta actividad había de ser descubierta y condenada más tarde.

A fin de alcanzar sus objetivos de rapiña,

los ingleses solicitaron igualmente la ayuda de los Estados Unidos de América, en su calidad de aliados.

Disponíamos de informaciones según las cuales una misión militar norteamericana estaba adjunta a uno de los jefes del Balli Kombëtar en Dukat, Vlora, Skënder Muço. Este se hacía pasar por «patriota» y corrían voces sobre que pretendía crear el «partido socialdemócrata», del que sin embargo no se vio ni la sombra. Skënder Muço tenía dos caras. Se había puesto al servicio de los anglo-americanos y también de los alemanes. Estos últimos se dieron cuenta y lo liquidaron.

A fines de abril o comienzos de mayo de 1944, no recuerdo bien, se presentó ante nuestro Estado Mayor en Helmës, el teniente Thomas Stefan acompañado de dos adjuntos. Debía tener más de 30 años, era de baja estatura y obeso. Se expresaba unas veces en inglés otras en albanés, pero no hablaba bien ni uno ni otro, lo hacía como si tuviera la boca llena. Tenía mucha lengua pero poco seso.

—He sido enviado junto a los guerrilleros albaneses por el Cuartel General de las Fuerzas Aéreas, en calidad de oficial de enlace —me dijo el teniente norteamericano en el encuentro que tuvimos con él.

—¿Cuándo han partido? —le preguntamos.

—Cosas de la guerra, señores. Hace tiempo

que partimos pero en un comienzo nos vimos obligados a pasar algunos meses en Karaburun, Dukat, y, más tarde, como invitados del señor Muço, pero éste...

—Estamos al corriente —le interrumpí—, cosechó lo que había sembrado. En varias ocasiones le invitamos a que se uniera a nuestro Movimiento de Liberación Nacional, pero no quiso... y acabaron por matarlo como a un perro en una cacería...

—Los tres somos de origen albanés —se apresuró a decirnos Thomas Stefan para no extender más la conversación sobre Skënder Muço—, somos de Korça.

—Esto nos alegra, como albaneses nos entenderemos bien —le dijimos.

—En primer lugar soy norteamericano, después albanés, señores, ése es mi deber.

—Y ¿cuál es su deber? —le preguntamos.

—Como oficial de enlace garantizaré las relaciones entre ustedes y mi cuartel general e informaré de tiempo en tiempo según el caso. Tengo el encargo especial del general Stawell —prosiguió— de seguir las operaciones del servicio de información sobre el enemigo, sobre todo la cuestión de las matrículas y otras informaciones que contribuyan a apoyar las acciones de sus formaciones militares contra el ocupante.

Esta era la «misión» de este albanés bastardo que con tanta ligereza se enorgullecía ante

nosotros de ser «en primer lugar norteamericano». Pero sabíamos que había sido enviado para engañar a las familias albanesas que tenían emigrantes económicos en América y para decirles:

«Vean, también nosotros hemos venido a ayudar al pueblo albanés». Había venido para preparar el terreno y la sede al tristemente célebre mister Fultz, que desde los primeros meses tras la Liberación de Albania organizaría complots y chantajes contra nuestro poder popular.

Este ex policía, al que más tarde los norteamericanos dieron el grado de capitán, se convirtió en el eje de los «alumnos» y los «muchachos» de Fultz, quien había abierto una oficina de la OSS norteamericana para Albania, en Bari.

Los ingleses y los americanos creyeron que sus asuntos marcharían sobre ruedas y proseguían su acción. Pero el Partido respondía de inmediato a sus planes; luchó contra ellos y los desbarató uno tras otro. El trabajo del Partido tenía como único objetivo la defensa de los intereses del pueblo albanés, de la libertad, la independencia y la soberanía de nuestra querida patria.

Con la liberación de Albania las misiones de Palmer y de Thomas Stefan desaparecieron al mismo tiempo que los cabecillas de la reacción. Su lugar sería ocupado por la misión del general inglés Hodgson y la de los norteamericanos Ja-

cobs y Fultz, misiones anglo-americanas que tenían por objetivo organizar la oposición política, la intervención económica a través de la UNRRA[1] y los actos de sabotaje contra la reconstrucción de nuestro país.

1 United Nations Relief and Rehabilitation Administraron— Administración de las Naciones Unidas de Ayuda y Reconstrucción.

VII

MANIOBRAS INFRUCTUOSAS

29 de noviembre de 1944. La victoria — todo el país en fiesta. Medidas revolucionarias. ¡Misiones para el «reconocimiento» de nuestro Gobierno Democrático! Fultz: los «alumnos» y los «muchachos». Instrumentos de «beneficiencia»: El ML y la UNRRA. «No aceptamos condiciones. No consentimos que ningún oficial desembarque en el muelle». La «oposición» — actores sin ventura de un drama fracasado. Nadie puede imponer condiciones a Albania. París: «Que todo el mundo sepa que el pueblo albanés no consiente que sean puestas en discusión sus fronteras...» Los saboteadores entregados a la justicia. «¿Por qué se ha ido Mr. Fultz?» El incidente del Canal de Corfú. En la Haya —acusados sin culpa. ¿Por qué se ha bloqueado nuestro oro? — Un acto de saqueo. Los «cangrejos» en acción. Nuestra vida es lucha — ¡vigilancia!

El 28 de noviembre de 1944, el Gobierno Democrático de Albania entró en la Tirana liberada, reducida a escombros. Aún se sentía en el

aire el olor a pólvora. El Gobierno fue acogido con indescriptible entusiasmo por las masas de la capital, con canciones, danzas, flores. Era el primer Gobierno surgido del seno del pueblo, de la boca del fusil de los guerrilleros.

Al siguiente día, 29 de noviembre, era liberada Shkodra, antigua capital de la reina iliria Teuta. Ese día marcó la completa liberación de Albania. La bandera de Skënderbeu y de Ismail Qemali flameó orgullosa en toda Albania. Representaba la victoria más grande en la historia del pueblo albanés. Esta victoria se debía a su heroísmo sin par, se debía a la dirección clarividente y resuelta del Partido Comunista de Albania, a los hijos de este pueblo, que se abrieron paso en medio de tempestades y tormentas sin doblegarse jamás, ni ante la horca ni ante las balas en el campo de batalla, ni ante las intrigas, las maquinaciones y los planes diabólicos de los imperialistas y que jamás habrían de doblegarse en el futuro.

La lucha del pueblo albanés ocasionó a los ocupantes nazifascistas considerables daños en hombres y material. Sobre nuestro suelo el enemigo tuvo 26.594 muertos, 20.800 prisioneros y decenas de miles de heridos. La victoria costó muy cara a Albania. Para que el país viera ese día, 28.000 de sus hijos e hijas, es decir un mártir por cada kilómetro cuadrado, ofrendaron sus vidas en la flor de la juventud; a ellos hay que

sumar 12.600 heridos y 10.000 internados en los campos de concentración.

Comarcas, ciudades y aldeas enteras fueron reducidas a cenizas. La situación de la economía, extremadamente atrasada y abandonada a su suerte durante el régimen feudal del rey Zogu, se agravó aún más con las devastaciones causadas por la guerra. La agricultura estaba casi completamente destruida, extensas superficies habían quedado baldías. La ganadería había sido diezmada. Todos los puentes habían sido volados. Las carreteras, las pocas escuelas, centrales eléctricas y conducciones de agua existentes, los puertos, y en particular las minas, habían quedado inutilizables. El país estaba amenazado por el hambre, el comercio paralizado, el erario público estaba exhausto.

Esta es la situación que el pueblo albanés y su Gobierno Democrático, surgido del fragor de una lucha desigual de cinco años de duración, había heredado de los regímenes reaccionarios del pasado y de la ocupación nazifascista.

Ante el Partido, el pueblo y su gobierno se planteaban grandes tareas. Una nueva lucha, tan ardua, si no más, nos esperaba — la lucha para reconstruir el país, para curar las heridas que nos habían dejado los enemigos y el amargo pasado.

Estábamos convencidos de que ganaríamos también esta lucha y para ello debíamos, en pri-

mer lugar, reforzar el Partido y el poder popular. templar la unidad de todas las masas trabajadoras alrededor del Partido y del gobierno. La victoria sobre los ocupantes y los traidores fue conquistada a precio de sangre; también ahora, para defenderla y afianzarla, habría que derramar ríos de sangre y de sudor.

Para el Partido se planteaba igualmente en el orden del día el reforzamiento del Frente Democrático. El Frente, como organización revolucionaria que era, debía, como ayer durante la guerra, jugar también en la construcción de la nueva Albania un papel decisivo en la unión combativa de las masas para el cumplimiento de las nuevas tareas históricas. Bajo la dirección del Partido, representaría el principal apoyo del nuevo poder en su actividad dirigida a aniquilar las tentativas de los enemigos de crear «partidos democráticos» como partidos de oposición, a romper la unidad del pueblo y arrebatarle el poder.

Pusimos manos a la obra para la reconstrucción de la patria. Todo había que comenzarlo de cero, desde las tareas menos importantes hasta la industria que, en la verdadera acepción de la palabra, era inexistente en nuestro país. Debíamos ponerla en pie con nuestros propios medios. Hicimos de la reconstrucción un asunto de todas las masas, en particular de la juventud, que se colocó al frente de las acciones. En todas partes

se desencadenó un ímpetu sin precedentes. La marejada revolucionaria crecía de día en día. Conquistábamos éxitos en todos los sectores.

Gracias a todo ello, las graves heridas fueron restañadas con relativa rapidez. Las casas incendiadas fueron reconstruidas, las minas, las centrales eléctricas, las escasas fábricas que habíamos heredado, las instituciones educativas y culturales fueron puestas en funcionamiento. La agricultura emprendió su vida normal.

Pero al nuevo régimen político, en la forma y en el contenido, debía corresponderle una nueva base económica, una economía avanzada. Sin esta base el régimen sería un castillo construido sobre la arena.

El gobierno resolvió el problema económico y financiero adoptando medidas revolucionarias tendentes no sólo a garantizar la reconstrucción del país, sino también a debilitar las posiciones económicas de la burguesía capitalista-mercantil. La ley del impuesto extraordinario sobre los beneficios de guerra permitió que una buena parte de los grandes capitales que los capitalistas habían acumulado durante la guerra, fuera puesta al servicio del pueblo, de la reconstrucción del país. Por medio de esta medida el Partido golpeó duramente a los grandes comerciantes, a los usureros y especuladores. Junto con ello se procedió a la nacionalización de los principales medios de producción, de las minas, la Banca, los

bienes de los exiliados políticos y de las sociedades anónimas de los capitalistas extranjeros. Se puso fin a la dependencia económica del país respecto a las potencias imperialistas y se reforzó su independencia política. Con la consigna del Partido «la tierra para el que la trabaja», la Reforma Agraria se convirtió en una realidad.

Posteriormente, las transformaciones económicas y sociales habrían de adquirir una mayor amplitud.

Al calor de la lucha y el trabajo por el progreso del país, el Partido y el pueblo albanés habrían de chocar, como de hecho ocurrió, con la reacción interna, que, en las nuevas condiciones, había depositado todas sus esperanzas en el apoyo de los anglo-americanos. Estos, por medio de sus agentes y de los elementos que reclutaban, desde hacía tiempo desarrollaban contra nosotros una lucha bajo cuerda. Los anglo-americanos no habían renunciado a sus planes. Lo que no habían podido lograr durante la Lucha de Liberación Nacional, se esforzaban en conseguirlo después de la Liberación, combatiéndonos con las más diversas formas y medios en la arena internacional y en el interior del país, para privar de todo respaldo a nuestro nuevo Estado de democracia popular y derrocarlo.

Con la liberación de Albania por su propio pueblo y su ejército, nosotros pensamos que los

oficiales ingleses y americanos, diseminados durante la guerra en distintas regiones de nuestro país, habían terminado su «misión». Durante ese tiempo sus objetivos habían aparecido con claridad: Habían venido no para auxiliar a nuestra lucha, sino para espiarla, sabotearla, organizar y reforzar la reacción interna y ayudarla a tomar el poder después de la marcha de los nazis. Pero sus sueños del tiempo de la guerra habían sido enterrados. A pesar de ello continuaron elaborando nuevos planes con objeto de alcanzar sus viejos designios. Nuestras victorias les irritarían aún más y su lucha contra nosotros se tornaría más abierta y más enconada.

En febrero-marzo de 1945 se amplió la misión británica, que estaría ahora encabezada por el general Hodgson. Por su parte los americanos enviaron poco después una misión civil, dirigida por Jacobs, asistido por Harry Fultz, antiguo agente americano en Albania.

El general Hodgson puso sus ojos en una casa que había sido habitada por el tío de Zogu, un edificio próximo al actual estadio «Qemal Stafa». Se la dimos. Fue a hacemos una visita al hotel «Dajti», ya que aún no teníamos oficinas. Le devolví la visita en su «residencia» acompañado del doctor Omer Nishani.

—Espero, general, que no estará lejano el día en que se instale en esta casa la embajada de la Gran Bretaña —le dije.

—Señor Hoxha —dijo Hodgson—, nuestro gobierno no tiene costumbre de apresurarse. Esperemos hasta que una asamblea constituyente elegida de la manera más democrática determine la forma de régimen del nuevo Estado albanés.

—Eso no tardará —le dije—. Es algo decidido por el Congreso de Përmet: «Edificar la nueva Albania democrática y popular según la voluntad del pueblo». Como usted sabe —continué—, allí se sentaron los fundamentos del poder político en beneficio del pueblo insurgente, es el pueblo mismo quien ha decidido su destino. El Gobierno Democrático surgido de la Reunión de Berat, que es expresión de las auténticas aspiraciones del pueblo, en su programa difundido públicamente considera la cuestión de las elecciones a la Asamblea Constituyente como tarea primordial y le aseguramos que nuestras elecciones serán de las más democráticas. El voto será libre, directo y secreto, según establece la ley electoral. La Asamblea Constituyente, expresando la voluntad y las aspiraciones del pueblo, determinará la forma de Estado.

—¡Pero, señor Hoxha, entre ustedes no existe más que un solo partido, su Partido Comunista! —exlamó Hodgson.

—Eso es verdad —le repliqué—, no existe más que un solo partido, el Partido Comunista de Albania. Es un partido muy fuerte y su pro-

grama expresa la voluntad y las aspiraciones de un pueblo sediento de libertad como es el nuestro. Se creó en el fuego de la guerra más encarnizada que haya visto la humanidad y en particular nuestro pueblo. El Partido Comunista de Albania ha defendido heroicamente los intereses de su pueblo, que está con él y por quien siente un gran cariño. Ese pueblo le ha seguido en el camino más difícil y, lo que es esencial, ha visto con sus propios ojos que el Partido ha estado a la cabeza de la gran Lucha de Liberación Nacional y la ha dirigido valientemente. De ahí la confianza inquebrantable que deposita en él. ¿Por qué no siguió el pueblo a los ballistas, zoguistas y otros reaccionarios y, por el contrario, sí reconoció al Partido Comunista como su único guía? —le pregunté.

—Porque ustedes no le han dejado, señor Hoxha —dijo el general en tono de reproche, clavándome su mirada con insistencia en espera de respuesta.

—Esa es su visión, general, pero no tiene base —le dije—. Admitamos por un momento su razonamiento, yo le pregunto entonces: ¿Por qué los italianos, los alemanes, los ballistas, los zoguistas y otros, que cometieron tantos crímenes contra nuestro pueblo, no le impidieron seguirnos? La respuesta es muy sencilla: el pueblo les odiaba por la infame actividad que realizaron a costa suya y luchó con heroísmo y abnegación

contra ellos. Se unió con todas sus fuerzas físicas y morales en torno al Partido Comunista de Albania, le pidió que le dirigiera y el Partido le condujo hasta la victoria, y hoy, general, es el pueblo dirigido por el Partido Comunista, fiel y firme defensor de sus intereses, quien está en el poder.

—El pueblo, señor Hoxha —continuó el general—, tiene sus ideas y quiere expresarlas.

—Los comunistas saben mejor que nadie que el pueblo tiene sus ideas —le dije—, incluso no puede usted imaginar la fuerza de las ideas de nuestro pueblo. Si no escucháramos sus pensamientos y su voz no nos querría, ni nos seguiría como lo está haciendo. Los comunistas parten siempre de un gran principio, que jamás dejan de aplicar: no basta con escuchar los pensamientos y los deseos del pueblo, es necesario hacerlos realidad en la vida. Nosotros, los comunistas, lo hemos hecho y continuaremos haciéndolo.

—Pero, señor Hoxha —me replicó el general—, ustedes no permiten la formación de otros partidos políticos. El pueblo podrá expresarse libremente sólo si existen también otros partidos.

—Al parecer, señor Hodgson —le dije riendo— no puede Ud. conciliar el sueño a causa de que el «infeliz» pueblo albanés no dispone de varios partidos para poder expresarse. ¿Los ofi-

ciales de sus misiones le han informado cómo nuestro pueblo hizo escuchar la voz de su fusil y contra quién? Su preocupación acerca de la existencia de otros partidos políticos, ¿es por el pueblo o por los beyes, los feudales, los zoguistas, los traidores y especuladores?

—No, por el pueblo y los demócratas —dijo el general.

—Es el propio pueblo quien está en el poder, dispone de su gran organización, el Frente Democrático, en el seno del cual se expresa libremente. A través de él realiza todo lo que anhela su corazón, la confiscación del capital de los comerciantes ricos que le han chupado la sangre durante toda su vida, la realización lo antes posible de la reforma agraria y de otras grandes reformas, así como el castigo de los traidores. Ha sido puesta en pie la organización de las Uniones Profesionales. La juventud y las mujeres disponen de sus propias organizaciones.

—Pero todas ellas están dirigidas por el Partido Comunista —dijo el general.

—Pues ¿por quién piensa usted, general, que deben estar dirigidas, por Zogu y Abaz Kupi?

—No —dijo el general frunciendo el ceño. Ahí era donde le dolía—. Yo pienso que por un partido democrático, aunque también podría estar en la oposición.

—Oh —le dije yo—, están ustedes obsesionados con la creación de un partido «democrático». Se preocupan en vano. No se intranquilicen tanto. Deje que seamos los albaneses quienes resolvamos este asunto. Escuche lo que voy a decirle, general: nosotros no tenemos necesidad de que nos ayuden desde fuera.

Hay «amigos» en el mundo que nos acusan de que ¡aquí «no hay democracia»! Si estos «amigos», general, entienden la democracia como la libertad para los que han colaborado con los ocupantes, como la libertad para los criminales, los especuladores, los usureros, que han chupado como sanguijuelas la sangre del pueblo en sus días más negros, como la libertad para los que han oprimido la libertad y los derechos del pueblo sencillo, que se enteren bien esos señores que esa clase de libertad ni la hay ni la habrá nunca en la nueva Albania democrática. Usted tal vez ha seguido a través de la prensa los juicios populares que se desarrollaron últimamente en nuestro país contra los restos del fascismo, contra los quislings y los traidores. De su propia boca ha escuchado el pueblo todas las infamias que han cometido sobre sus espaldas laceradas. Los juicios populares han arrancado esas malas hierbas, para que el árbol florezca y crezca saludable. El puño de hierro de la democracia popular caerá siempre de forma implacable sobre esta clase de elementos.

Desde el tiempo de la guerra —continué— el pueblo y su gobierno han estado llamando a la gente equivocada a volver al buen camino. Se ha utilizado con ellos una razonable clemencia, pero no deben abusar de ella. Se equivocarán gravemente si interpretan esto como debilidad, deben emprender honradamente el camino del pueblo. Eso es lo que les salvará.

Esas fueron en sustancia las cuestiones políticas sobre las cuales conversé con el general inglés.

Más abiertamente él no podía manifestar sus ideas, que por lo demás no eran desconocidas para nosotros. Lo importante era que debíamos mantenernos constantemente vigilantes, porque los ingleses y los americanos intentarían organizar a los restos de la reacción para combatirnos a cada paso en nuestra tarea de la construcción del país.

Responderíamos a las maniobras con maniobras, sin caer nunca en el oportunismo, sin hacer la menor concesión en detrimento de los intereses del pueblo. Maniobrar en interés del pueblo quiere decir fortalecer sus posiciones y debilitar las del enemigo. Bajo este prisma enfocaríamos nuestra política exterior. Pero el reforzamiento de nuestras posiciones en el interior del país estaría en primer plano. Era claro para nosotros que los imperialistas intentarían realizar ahora, después de la guerra, con los restos del Balli Kom-

bëtar y del Legaliteti que representarían a la reacción interna, lo que no habían podido lograr durante ella. Por eso el fortalecimiento de las posiciones en el interior del país dependía estrechamente del fortalecimiento del Frente, del poder y de la economía, que sería lo que haría fracasar todos los esfuerzos de los enemigos.

Al día siguiente de la Liberación, la reacción exterior e interior dio comienzo a las más variadas maniobras.

A pesar de haber fracasado en repetidas ocasiones durante la guerra en sus intentos de desembarcar en Albania bajo el pretexto de la ayuda, los ingleses en particular, no renunciaron a este objetivo después de la Liberación. Intentaron ponerlo en práctica a través de una organización denominada «Military Liaison» (ML)[1], que habían creado años atrás, con el supuesto objetivo de ayudar a los países de los Balcanes.

Como se descubriría más tarde, el plan de acción en Albania asignado al ML tenía dos variantes. La primera preveía que, despreciando por completo a nuestro gobierno y sin pedir su autorización, desembarcaran personal militar en todos nuestros puertos. Tras ellos la marina inglesa se mantendría dispuesta a intervenir. En el caso de que los oficiales del ML tropezaran

1 «Enlace Militar».

con resistencia armada de las fuerzas albanesas, entablarían combate y éste constituiría un *casus belli,* un buen pretexto para la intervención de sus tropas de desembarco. De este modo la ocupación sería un *fait accompli.*

Pero, viendo que el Gobierno Democrático y el pueblo albanés estaban en pie, los anglo-americanos juzgaron irrealizable esta variante y se vieron obligados a ensayar la otra, que consistía en negociar la «ayuda». Para que pudiéramos recibir dicha «ayuda» pusieron dos condiciones: la venida de 1500-1700 oficiales y especialistas para «distribuirla» y la instalación de centros del ML en todos nuestros puertos para desde allí poder «pasearse» por todo el país. No podíamos dar un paso semejante. Sería extremadamente arriesgado. Aceptar 1500-1700 oficiales sería como aceptar el Caballo de Troya, «un pequeño ejército» en nuestro hogar, tras del cual llegaría el grande. Por ello nuestra respuesta fue un «no» categórico. Al fracasar con el plan del ML, los anglo-americanos ofrecieron a Albania la otra cara de la misma moneda, la UNRRA.

Con esta misión fue enviado a Albania el coronel Oakley Hill. Era la tercera vez que venía a nuestro país este alto oficial inglés, cuyo corazón «ardía» por Albania. La primera vez había venido para organizar la gendarmería del rey

Zogu; la segunda, junto a un grupo de «patriotas» albaneses —vía Yugoslavia— intentó organizar al pueblo «contra el fascismo»; y ahora, la tercera vez, venía en calidad de representante de la UNRRA , ¡«para ayudar a la reconstrucción de Albania»! Apenas llegó a Tirana, solicitó entrevistarse conmigo para discutir sobre el acuerdo que debía establecerse con la UNRRA. Como no disponía de tiempo para ocuparme de él, le dejé esperar unos quince días. Finalmente, le recibí. Me habló largamente de la UNRRA, ¡de su objetivo y de su papel!

— Ustedes pretenden que sea yo quien firme el acuerdo en calidad de Comandante en jefe del Ejército de Liberación Nacional y de Primer Ministro del Gobierno de Liberación Nacional —le dije—. Sus superiores emplean todavía los términos del tiempo de la guerra. No creo que ignoren que hace cerca de un año que Albania tiene a su cabeza un Gobierno Democrático. ¡¿Cómo se explica entonces esto?! —le interrogué.

—Debe ser un lapsus, general. Lo esencial es la admisión del personal para el que solicitamos la entrada en Albania con el fin de distribuir el material entre la población —me contestó.

—Los materiales, señor Hill, los distribuiremos nosotros mismos —respondí—. Pueden enviar la gente precisa para entregar las mercancías y basta. Es tarea nuestra distribuirlas entre

el pueblo según sus necesidades. No puede ser de otra forma.

—De acuerdo —dijo Hill—, informaré al centro.

—Por último, en lo que concierne al personal del ML, debe marcharse inmediatamente —añadí.

—Les rogaríamos —dijo él— que permitieran quedarse a algunos del ML para ayudar a la UNRRA.

—De ninguna manera —le interrumpí de forma categórica—. Todo el personal del ML debe marcharse.

—De acuerdo —repitió Hill—, informaré al centro.

No tardé en recibir la visita de Jacobs que venía a conversar pausadamente, con la clara idea de calarnos lo más posible.

Desde el comienzo me habló de las «razones» de la llegada de la misión y la demora en el reconocimiento del Gobierno Democrático de Albania, que para mí era un *lieu commun**, ya gastado por su colega Hodgson.

—Las explicaciones que me da sobre la llegada de su misión y sobre la tardanza del reconocimiento de nuestro gobierno, señor Jacobs, no nos resultan convincentes. Su fórmula de que «el reconocimiento vendrá después de aclarada

---

* Francés en el original

la situación en Albania» es absurda. El reconocimiento debe ser resultado de la lucha que hemos librado contra el nazifascismo. A pesar de todo, eso es asunto suyo. El pueblo albanés está profundamente indignado y apenas puede contener su cólera por la injusticia de que fue objeto al negársele el legítimo derecho de enviar sus representantes a la Conferencia de San Francisco.

—Tampoco otros países han tomado parte en la conferencia, señor Hoxha —dijo él.

—Sí, pero Albania ha ocupado un importante lugar en el bloque de naciones antifascistas. Esto incluso lo han reconocido personalidades de su país. Entre los asistentes había de los que no sólo no han contribuido a la lucha, sino que por el contrario, directa o indirectamente, han colaborado con los hitlerianos, mientras Albania aún hoy está fuera de la ONU. Albania no mendiga a nadie este derecho que ha conquistado al precio de su sangre y de sacrificios sobrehumanos, volcándose sin reservas en la lucha por su libertad y la de otros pueblos, por los derechos de la humanidad. A pesar de eso, el pueblo albanés continuará, fiel hasta el fin a la alianza antifascista, aportando su contribución a la justa solución de los problemas que conciernen al futuro de los pueblos.

—Soy de su misma opinión, general —añadió Jacobs diplomáticamente— y tengo la cer-

teza de que eso será revisado, pero también deseo hablar con usted sobre la cuestión de la UNRRA. Como sabe, ha sido creada para ayudar a los pueblos que han luchado.

—Lo sé —le dije—. Lo he escuchado también de otros.

«Vaya, vaya con el aliado», pensaba para mí, «ya sé lo que estás pensando». Pero él tenía razón. Como servidor del imperialismo debía necesariamente esforzarse para encontrar a ese instrumento de los anglo-americanos un sitio en Albania, porque confiaban precisamente en ella para presionar sobre nuestro gobierno, para corroer desde dentro el poder popular.

—Debo sin embargo decirle que ustedes no» deben ser una excepción respecto a otros países, señor Hoxha. La UNRRA tiene sus reglas —continuó— y éstas deben aplicarse. Donde ha enviado su ayuda, la ha distribuido ella misma, en cada lugar, ciudad o aldea. Es así como se actúa en Yugoslavia y en otras partes. Sin embargo ustedes, según he creído entender, no están de acuerdo.

Con seguridad Hill le había puesto al corriente de su conversación conmigo. La constatación general era que en la UNRRA estaba prevaleciendo la influencia norteamericana sobre la inglesa y así el contorno de las garras del imperialismo americano aparecía cada vez con mayor claridad. El tío Sam le estaba arrebatando, si no

lo había hecho ya, las riendas a John Bull, y haría restallar con más fuerza su látigo sobre las espaldas de los pueblos.

—Señor Jacobs, Ud. está en Albania y Albania tiene sus propias leyes. Le repito también a usted —le dije— lo que ya veo le han informado: En caso de que verdaderamente quieran hacer llegar la ayuda de la UNRRA, aquí estamos. Enviénla a Durrës y entréguensela a las autoridades del puerto. No se inquieten por su destino. Nosotros somos el gobierno del pueblo y es por el pueblo por quien nos preocupamos. Las ayudas llegarán a su destino, allí donde las necesidades sean mayores.

—La UNRRA no es una organización inglesa ni americana y eso usted lo sabe bien. Es una organización internacional —dijo sonriendo como si nada—. Ni usted ni yo, ninguna de las partes tiene derecho a violar sus reglamentos.

—Dejémonos de cuentos —dije yo indignado—. En pocas palabras: no permitimos la entrada en Albania de esa legión de oficiales. Aceptamos que vengan las mercancías y que les sean entregadas a nuestras autoridades en presencia de uno o dos oficiales de su misión en Tirana. Al representante de la UNRRA se le dará el recibo de las mercancías que nos sean entregadas. Con esto termina su trabajo y el de ustedes en este asunto.

—Ah, no —dijo Jacobs—, eso es inaceptable.

—Muy bien —le dije, entonces nosotros no queremos las ayudas de la UNRRA. No aceptamos condiciones. No consentimos que ningún oficial desembarque en el muelle.

Ya antes, durante la guerra, nos habían llegado «aliados» y «amigos» de esta clase, a sonreímos, a hacemos muecas de disgusto, a traernos ultimátums o «buenas nuevas» y a entretenernos con promesas de ayuda. McLean, Davies, Palmer, Thomas Stefan y ahora Hodgson, Hill, Jacobs y Fultz, todos empollados por la misma gallina, todos con los mismos planes y los mismos caminos.

Con unos cuantos trastos viejos que pretendían enviarnos como «ayuda», América e Inglaterra querían decirle a los albaneses: «Somos nosotros quienes les mantenemos vivos, su gobierno está en la bancarrota, no puede vivir sin nosotros, por eso prepárense para oponérsele, si no es con la rebelión, al menos en las elecciones a la Asamblea Constituyente.» Y esta propaganda, naturalmente, la harían sus oficiales, quienes supuestamente distribuirían la «ayuda» de la UNRRA, los trastos viejos, las habas y los cacahuetes podridos, e intentarían espiarnos y extender su red de espionaje y de saboteadores. Su lógica imperialista les hacía imaginarse que nuestro pueblo vendería su independencia y su libertad por la ayuda material que pudieran enviarnos. Su maniobra era clara. Pero no podían en-

gañamos, para nosotros sus designios estaban claros como el agua.

Quedamos de acuerdo en que la «ayuda» viniera no según sus condiciones sino según las nuestras. Sin embargo mantuvimos los ojos abiertos y frustramos todas sus tentativas maliciosas.

Finalmente, como de pasada, Jacobs me preguntó:

—En los documentos que han publicado se dice que revisarán todos los acuerdos políticos, económicos y militares que concluyó el rey Zogu con otros Estados y los anularán. ¿Se entiende con ello también los acuerdos con el gobierno americano?

—Sí —le dije—. Esos acuerdos son como el clavo de Nastradin[1], señor Jacobs, pero nuestro pueblo ya ha arrancado ese clavo en el Congreso de Përmet. Con toda seguridad usted estará al corriente de la celebración de este Congreso y de las históricas decisiones que adoptaron allí los representantes del pueblo. Asistió a él como observador el jefe de su misión militar y escuchó con sus propios oídos lo que se dijo y se decidió acerca de esta cuestión y quién lo hizo. A propósito, nosotros invitamos a Përmet a un

---

1 Expresión popular que muestra como alguien, mediante engaño, se reserva la propiedad de algo ínfimo y sin importancia en la propiedad de otro, para utilizarla como pretexto a fin de apoderarse gradualmente de todo.

miembro de la misión inglesa, recomandándole que no hiciera públicos el lugar y la fecha de la celebración del Congreso. El lo consideró «ilegal» y no asistió, pero los alemanes y los traidores estuvieron a punto de acudir, y lo hubieran hecho si nuestras brigadas guerrilleras no hubieran organizado una defensa heroica. Pero este es otro asunto, volvamos a su pregunta. El Congreso adoptó una decisión respecto a lo que Ud. ha mencionado. En Berat el Gobierno Democrático juró que llevaría hasta el fin las tareas que le habían sido encomendadas, entre las que figura el examen y la anulación de los acuerdos concluidos por Ahmet Zogu, ese «payaso del progreso». Esta es la decisión y la voluntad del pueblo, que serán cumplidas, quienquiera que resulte afectado, grande o pequeño. Pero usted, señor Jacobs, al mencionarlo, «olvidó» la parte final del texto de esa decisión: «...los que vayan en detrimento del pueblo y del Estado albanés». Esto significa que alguno de ellos, especialmente los bilaterales, podrían ser revisados con el gobierno norteamericano tras el establecimiento de las relaciones diplomáticas, introduciendo las modificaciones necesarias en un espíritu de equidad y de reciprocidad y despojándolos de todo contenido nocivo para la independencia política y económica de Albania. Den luz verde al reconocimiento de nuestro gobierno y al establecimiento de relaciones diplomáticas, señor Jacobs, y

entonces consideraremos con calma esas cuestiones.

—Esperemos y confiemos —me respondió él.

Esas misiones se decían pacíficas, misiones de aliados que «informarían» a sus gobiernos sobre la «evolución de la situación en Albania», el «nivel de la democracia» que se iba a establecer en el país, «informarían» sobre el carácter de las reformas que llevaría a cabo el nuevo gobierno albanés, a fin de «preparar» su reconocimiento por parte de los gobiernos inglés y norteamericano.

Así eran en apariencia.

En esencia perseguían otros objetivos. Pero nosotros no nos tragaríamos las patrañas del general Hodgson, ni de Jacobs y Fultz. Ya durante la guerra habíamos calado sus objetivos, cuando nos decían «primero debemos conocer la situación, después les suministraremos armas». Tras de las nuevas frases se escondían los viejos designios, nuevamente bajo la misma máscara de aliados, pero ahora con personas y métodos distintos. Las dos partes se sonreían mutuamente y al mismo tiempo estaban en guardia, ellos porque tramaban planes para atacarnos y nosotros para defendernos; mientras ellos complotaban, nosotros vigilábamos, debíamos descubrir a sus agentes secretos y destruir su actividad de zapa.

Las misiones anglo-americanas se dieron cuenta con rapidez de la vitalidad de nuestro poder popular y la firme e indoblegable actitud de nuestro gobierno ante sus artimañas. Les espantaba ver con sus propios ojos el fortalecimiento constante de los lazos del pueblo con el gobierno, el fortalecimiento del poder popular y las primeras victorias significativas que se lograban en el trabajo de reconstrucción del país. Se consagraron al trabajo de sabotaje esforzándose por abarcar todos los terrenos de la nueva vida que nacía en Albania, para rebajar el prestigio del Gobierno Democrático y derrocar al poder popular.

Su primera tarea era establecer los contactos, la organización de todos los enemigos del pueblo: los criminales de guerra, los beyes, los comerciantes golpeados por nuestras reformas, los intelectuales reaccionarios, los espías, las mujeres inmorales, en resumen, toda la hez de la sociedad. Reunieron en torno suyo a sus agentes y comenzaron a financiarles, a alentarles e instigarles contra el poder popular. Pronto las sedes de sus misiones se transformaron en centros de espionaje, de sabotaje y de complots armados.

El primer objetivo que se plantearon alcanzar fue suscitar la confusión política, pero en eso se estrellaron contra la fuerza de nuestro Partido

y de nuestro pueblo. Pretendían crear entre las masas la opinión de que Albania no podía sobrevivir sola, sin la ayuda política y material de Inglaterra y de los Estados Unidos. Esos dos grandes Estados no podían soportar la existencia de un Estado comunista como Albania, donde el poder pertenecía al pueblo dirigido por su Partido Comunista. Hacían una propaganda a la vez abierta y enmascarada.

Con seguridad las misiones inglesas y americanas habían creado durante la Lucha de Liberación Nacional su red de agentes con elementos reaccionarios del Balli Kombëtar y del Legaliteti, y que tras la Liberación continuaban, camuflados, su actividad hostil.

Con el objetivo de combatirnos, la misión inglesa, con el general Hodgson a la cabeza, se valía de estos agentes para difundir consignas como «los guerrilleros no tienen experiencia en el gobierno del país, ni en la gestión de la economía», «provocarán la bancarrota», «no podrán durar mucho, necesitarán nuestra ayuda», «esta ola pasará, y nosotros volveremos al poder», «Inglaterra y los Estados Unidos no tolerarán esta situación», etc.

Fultz, por su parte, confiaba en que todos los antiguos estudiantes de la Escuela Técnica de Tirana, de la que había sido director por largo tiempo durante el régimen de Zogu, se unirían a él. No podía imaginar que la mayoría de ellos,

del mismo modo que toda la juventud albanesa, había estado al frente de la lucha contra los ocupantes. A pesar de eso, entre las filas de los ex estudiantes se encontraban algunos que él había logrado reclutar anteriormente como agentes, e incluso les había dado un curso especial, por las noches, en la casa del vicedirector de la Escuela Técnica, Hollingstand. Con seguridad esos «alumnos» no habrían olvidado a su «maestro». Fultz tenía incluso datos de que habían pasado a la acción. Este, pues, sería el principal contingente de mister Fultz en sus esfuerzos por cumplir las tareas que le habían encomendado sus superiores en Washington.

La misión norteamericana creía asimismo que las familias de los emigrantes económicos albaneses en los EE.UU. representarían para ella un apoyo y una fuente de información y de agentes. Pero en eso Fultz se engañó.

También depositaba esperanzas en otra fuente. Durante la guerra Fultz había preparado «muchachos» en el curso especial de espionaje organizado en Italia por el SBS[1], con ex internados albaneses después de que fueran liberados. Algunos de estos elementos lograron infiltrarse en el ejército guerrillero, e incluso en las filas de nuestro Partido.

---

1 Secret Balkan Service — Servicio Secreto (norteamericano) para los Balcanes, filial de la OSS.

Serían también una fuente de información para la misión norteamericana algunos ex estudiantes que habían recibido sus primeras lecciones de espionaje en diversas escuelas extranjeras como el «Robert College» de Estambul, bajo la dirección de un tal Fisher, etc.

Con estos contingentes Fultz emprendió la tarea de hacer que Albania volviese los ojos hacia el Occidente «democrático», hacia los Estados Unidos.

El encargaría nuevas tareas a sus «muchachos» y a sus «alumnos». Debían ocupar puestos importantes en el nuevo poder estatal, y trabajar solapadamente para preparar un golpe de Estado, y, en caso de no lograrlo, promover disturbios internos e incluso provocaciones en las fronteras para justificar una intervención armada. Llevarían a cabo sabotajes por todas partes y difundirían consignas contra el poder popular, haciendo correr el rumor de que la Carta del Atlántico no había sido respetada en Albania, de que no existían más partidos que el Partido Comunista, ni periódicos que reflejaran las diversas tendencias políticas.

La agencia anglo-americana había pasado a la acción.

El mayor inglés Neil proseguía su «misión», iniciada ya durante la guerra, de organizar a los clérigos reaccionarios de Shkodra. Les empujó a que provocaran serios disturbios que condujeran

a la «guerra civil», que a su vez, proporcionaría a las «grandes democracias» el pretexto para intervenir militarmente con el fin de sofocarla. El clero reaccionario, según las recomendaciones del oficial de la misión inglesa, había entrado en contacto con los elementos fugitivos en las montañas, así como con elementos descontentos y había comenzado a trabajar con los creyentes, sembrando el descontento entre ellos y difundiendo consignas hostiles, desorientadoras. Comenzaron las acciones armadas. El arzobispado de Shkodra, aplicando también las órdenes del Vaticano, se transformó en el centro del «estado mayor» de los insurrectos reaccionarios. Pero los destacamentos de nuestro ejército desbarataron la «insurrección» en dos días. El plan de desembarco, como durante la guerra, fracasó una vez más.

La misión británica, a través de su agente Tarasconi, un fascista italiano que se había quedado en Albania, intentó destruir los pozos y la refinería de petróleo en Kuçova. El agente fue descubierto. En el juicio declaró todas las canalladas de sus «amigos».

Los agentes de los anglo-americanos estimulaban el mercado negro con el fin de provocar entre las masas el descontento y la pobreza. Las clases derrocadas, exasperadas, no podían soportar las grandes transformaciones puestas en marcha por el poder popular y entraron en acción. No podían tolerar la Reforma Agraria, las nacio-

nalizaciones, el impuesto extraordinario sobre los beneficios de guerra, el desarrollo de la enseñanza y la cultura, por eso los combatían, a veces con arrogancia, otras con astucia; dirigían peticiones y quejas a sus «paraguas», las misiones anglo-americanas, para que intervinieran contra estas «injusticias» que les hacía el pueblo. Y los «paraguas», a pesar de sus deseos y sus esfuerzos, se daban cuenta de que les resultaba imposible socorrerlos abiertamente. Todavía debían continuar en la sombra su lucha contra nosotros.

Sin renunciar a los métodos de acción anteriores, los anglo-americanos centraron la atención en crear la «Oposición». Se trataba de algo indispensable para ellos, ya que se aproximaba la campaña electoral. Tomaron contacto con elementos reaccionarios y traidores camuflados en el seno del Frente Democrático, como Shefqet Beja, Riza Dani, Gjergj Kokoshi, Selaudin Toto, Sami Qeribashi, Suat Asllani y algún otro. A alguno de ellos le darían la instrucción de aparecer abiertamente en el momento oportuno, mientras los demás permanecerían ocultos como en el «Caballo de Troya», en espera del momento propicio para minar desde dentro el Frente y golpearnos repentinamente por la espalda.

Se trataba de un plan de envergadura elaborado y coordinado por Londres y su aliado del otro lado del Atlántico.

Oíamos rumores de que la reacción hacía

lo imposible por crear un partido que se pronunciaría contra el programa del Frente. Y, como dice el pueblo, «cuando el río suena, agua lleva».

Las preguntas del general Hodgson durante la conversación que sostuvimos a su llegada a Albania no carecían de significado.

—¿Participará en las elecciones algún grupo de oposición fuera del Frente? —quiso saber el general después de mi respuesta en torno a los partidos políticos.

—A juzgar por los signos actuales, general —respondí—, no, y no existe razón para que sea de otra forma. ¿Y sabe por qué? Es la lucha del pueblo albanés la que solucionó esa cuestión. La «Oposición» fue barrida por la lucha, por la revolución popular, porque cayó en el regazo de los ocupantes y se comprometió.

—Pero, señor Hoxha, ¿no hay al menos candidatos independientes que vayan a participar en la campaña electoral? —me preguntó el general.

—Individuos a los que no les gusta la política del nuevo poder popular, puede haber, general, y además eso es lógico. El Frente agrupa a la inmensa mayoría del pueblo albanés. Esta es una gran victoria para la democracia. La ausencia de oposición no quiere decir en absoluto ausencia de democracia. Incluso es la democracia más amplia, es la democracia de la mayoría —continué yo.

—Estaba hablando de los candidatos independientes —intervino el general.

—La ley electoral garantiza el derecho de cualquiera a presentar su candidatura. Tienen derecho a elegir y a ser elegidos todos aquellos que hayan cumplido la edad prevista por la ley, excepto los ex ministros quislings y los que están privados de derechos cívicos. Si esos candidatos independientes quieren participar en la consulta electoral, por ejemplo en una circunscripción de 10-12 mil personas, deben reunir al menos 20 personas que apoyen su candidatura independiente. Si esos individuos no llegan a recoger siquiera ese reducido número de personas que les apoyen, no será culpa nuestra ni de la ley electoral. La culpa será de ellos, que se han granjeado el odio del pueblo y no consiguen obtener su apoyo.

—Aparte de la prensa oficial ¿no hay otra prensa aquí? —preguntó el general como si no lo supiera.

—Efectivamente general, no hay más organos de prensa que los oficiales, pero cualquiera tiene derecho a escribir en ellos, exceptuando a los enemigos.

Lo que aquel representante de la reacción exterior me decía diplomáticamente, poco tiempo después lo escucharíamos en otras formas, mucho más agresivas, de la reacción interna.

En Albania no pudieron crearse otros partidos, no sólo porque la burguesía fuera débil económicamente y no hubiese creado aún una tradición en este terreno, sino porque el Partido Comunista se fortaleció con rapidez ya durante la guerra y el pueblo le aceptó como su único dirigente. Después de la Liberación fue liquidada la base social de la burguesía, como resultado de las reformas del nuevo poder, y por tanto, también la base para sus partidos. No quedaba más que el recurso de la inyección desde fuera, y eso es lo que intentaron hacer los ingleses y los americanos.

Para lograrlo, los representantes de la reacción organizaron incluso reuniones en presencia de los extranjeros, que no eran sino miembros de las misiones «aliadas» y periodistas. Así pues, minipartidos, y apoyados como es de suponer sobre muletas, únicamente podían ser creados a iniciativa y con la instigación de los imperialistas, como en efecto sucedió. Como hongos después de la lluvia, aparecieron en escena grupos a los que los propios autores etiquetaron como «monárquico», «grupo de la resistencia» y «grupo socialdemócrata», actores sin ventura de un drama fracasado.

Según las orientaciones de Hodgson y de Fultz, los cabecillas de la «Oposición» debían levantarse abiertamente contra la Ley Electoral que iba a ser discutida por el Consejo Anti-

fascista de Liberación Nacional (CALN). Esa acción estrecharía las filas de la reacción, desorientaría a los vacilantes y daría oportunidad a los «amigos» de manifestarse de una u otra forma.

El día de la reunión del CALN en el cine «Kosova», el general Hodgson y mister Fultz seguían atentamente sus labores, en espera de que se abriese el huevo que ellos y sus colegas habían empollado con tanto cuidado. La reacción comenzó a asomar las orejas precisamente en el momento en que fue presentado el proyecto de ley electoral y se inició el debate en torno a él Manipulado por los ingleses, Gjergj Kokoshi expresó abiertamente el punto de vista de la reacción contrario al proyecto de ley. Los demás miembros del Consejo Antifascista de Liberación Nacional rechazaron la tesis del enemigo y Gjergj Kokoshi abandonó el Frente de forma demostrativa para convertirse, según los planes de los ingleses y los norteamericanos, en dirigente de la «Oposición» fuera del Frente.

Esta era, para la reacción, la señal de pasar a la acción abierta. Nosotros estábamos al corriente de sus actividades, y manteníamos los ojos abiertos, ya que no todos los nacionalistas que habían entrado en el Frente, sin excepción, eran honestos. Algunos se habían introducido en él para minarlo desde dentro. A pesar de ello nuestro trabajo se dirigía a descubrir al enemigo

y ganar enteramente para nuestra causa a los elementos vacilantes.

Nosotros proseguíamos nuestro avance.

El CALN decidió que las elecciones tuvieran lugar el 2 de diciembre de 1945. El Frente Democrático lanzó una proclama en este sentido. Comenzó la gran acción política, la campaña electoral. La reacción interna hizo todos los esfuerzos posibles por participar en ella con sus propias listas, pero no encontró arraigo en el pueblo y fracasó. El Frente publicó las listas de sus candidatos. Por todas partes, en los mitines, el pueblo, entusiasmado y en una atmósfera de alegría, aprobó las listas. La campaña se transformaba en un gran plebiscito popular.

Esto enfureció aún más a los enemigos, quienes intentaron que las elecciones fueran aplazadas. Al ver el fracaso de esta tentativa, se lanzaron a boicotearlas difundiendo consignas tales como «no hay democracia», «la Ley Electoral es antidemocrática», «hay dictadura de un solo partido» y otras consignas que, directa o indirectamente, habíamos escuchado de Hodgson, Jacobs y sus compañeros.

Dos audiencias en un solo día. Dos posiciones diametralmente opuestas.

El 10 de noviembre de 1945 recibí la visita del jefe de la misión militar soviética, que me entregó la nota del gobierno soviético en la que

se decía que éste había resuelto reconocer al gobierno albanés y establecer relaciones diplomáticas con él.

—Es una nueva prueba de la sincera amistad del pueblo soviético, de su gobierno y del generalísimo Stalin, hacia nuestro pueblo y su gobierno — dije a Sokolov—. El establecimiento de las relaciones diplomáticas fortalecerá aún más la amistad de nuestro pueblo con el soviético.

—Eso es lo que el pueblo soviético desea —dijo el coronel.

—Nos alegra infinitamente la elevada valoración que ha hecho su gobierno de la contribución del pueblo albanés a la lucha contra los ocupantes italianos y alemanes, así como del trabajo de reconstrucción del país.

—Es su deber hacerlo, porque su pueblo lo merece —dijo el oficial soviético.

—Le ruego que transmita al pueblo soviético, a su gobierno y al generalísimo Stalin, los saludos y el profundo agradecimiento del pueblo albanés y de su Gobierno Democrático por este alto gesto de amistad —le dije al final de la entrevista.

Dos o tres horas después, llegaron Hodgson y Fultz.

A la vista de la sana situación revolucionaria del país, el gobierno inglés y el norteamericano comprendieron que se desenmascaraban con

la historia de aplazar constantemente el reconocimiento de nuestro gobierno. Para no exponerse a un descrédito mayor se vieron obligados a recurrir a un subterfugio político.

El general Hodgson fue el primero en hablar.

—El Gobierno de Su Majestad —dijo— ha adoptado la decisión de reconocer a su gobierno y está dispuesto al intercambio de representantes diplomáticos...

—Me alegro mucho de que por fin el gobierno inglés se convenza de la gran realidad que existe en Albania...

—Pero —me interrumpió el general inglés— a condición de que su gobierno le asegure que las elecciones serán libres y secretas.

Fultz, después de mover la cabeza en señal de aprobación, volvió la mirada hacia mí esperando la respuesta.

—El Gobierno Democrático de Albania, señor, cuida él mismo de preservar esos principios. Los ha defendido y los defenderá con todas sus fuerzas porque están consagrados por la ley en las asambleas de los representantes del pueblo albanés, quien derramó su sangre precisamente por establecerlos y defenderlos. Esa es la más firme garantía de la aplicación de esos derechos y libertades. La Ley Electoral garantiza a todas las personas y grupos no fascistas el derecho de participar en ese importante acontecimiento en

la historia de nuestro pueblo. El secreto y la libertad del voto—señalé— serán rigurosamente respetados.

—El Gobierno de Su Majestad demanda que también la prensa sea libre —añadió el general.

—Le aseguramos, general, que la libertad de prensa ha sido y será siempre uno de los principios básicos de nuestra democracia —respondí.

—La última demanda, general Hoxha —dijo Hodgson—, es que se permita a los corresponsales extranjeros observar el procedimiento electoral.

De nuevo Fultz movió la cabeza.

— A los corresponsales extranjeros no se les ha prohibido venir a Albania, general, y nuestro gobierno les ha dado toda clase de facilidades. Que vengan y constaten *de visu* cómo nuestra democracia es amplia y auténtica.

—El gobierno norteamericano ha decidido también reconocer a su gobierno —dijo al final Fultz—. Espero recibir la nota de un momento a otro. Pero, según mis instrucciones, además de las demandas presentadas por el señor Hodgson, el gobierno norteamericano reclama la aplicación de los tratados o acuerdos establecidos entre los dos países antes del 7 de abril de 1939.

—Ya he explicado, señor Fultz, esa cuestión al señor Jacobs en una entrevista anterior con él. No cambiaré ni una sola coma de lo que dije entonces.

Después de responderle a Fultz, proseguí:

—Señores, transmitiré lo que me han comunicado al gobierno, pero deseo previamente decirles que la cuestión del reconocimiento del Gobierno Democrático de Albania no debía aplazarse tanto tiempo, y menos aún someterla a condiciones. Nuestro gobierno, surgido de la guerra y del seno de este pueblo sufrido, ha sido reconocido por la URSS, Yugoslavia y Polonia. Esto representa una gran satisfacción, plenamente merecida, para el pueblo albanés. Es lo que debían haber hecho ya los demás países y en primer lugar, los grandes aliados, Inglaterra y América, que son los testigos más proximos de su lucha. Nos asombra el hecho de que el reconocimiento y el establecimiento de relaciones diplomáticas sean sometidos a condiciones. ¿Cómo pueden ponerse condiciones al reconocimiento del gobierno de un pueblo heroico que dedicó todas sus energías a la conquista de la libertad, a la causa común de los aliados? ¿Cómo pueden ponerse en duda la libertad y la democracia en ese país cuando el carácter del régimen es democrático, cuando las decisiones y las leyes se hacen y se aplican en el mismo espíritu?

Eso me parece completamente irracional. Tanto ayer en la guerra como hoy en la paz es el pueblo quien decide todo aquí. No voy a extenderme más sobre ello. El pueblo dice: «Vino que es bueno, no ha menester pregonero». El pueblo ha solucionado y soluciona sus problemas

internos como dueño de sus destinos y de manera categórica no permite que nadie, sea grande o pequeño, se inmiscuya en sus asuntos internos.

El pueblo albanés, señores —proseguí—, no acogerá bien este género de reconocimiento por parte de los aliados; ya en otras ocasiones ha expresado su descontento ante ciertas posiciones suyas en cuanto a su representación en los foros internacionales. Está contrariado al ver que aún se le niega el derecho a ser miembro de la ONU, lo que es visto por los albaneses como una negación de los principios en nombre de los cuales se hizo la lucha antifascista, de los principios en cuya defensa fue creada precisamente la ONU.

El pueblo albanés escucha rumores sobre la preparación de una conferencia en la que serán examinados los tratados de paz con Alemania e Italia. Nuestro país, al igual que todas las demás naciones vencedoras, debe ser necesariamente un participante activo en esa conferencia. Pero desgraciadamente, según parece, se nos niega también ese derecho. No hemos recibido hasta ahora ninguna información, ninguna invitación. Quiero preguntarles, señores, ¿qué pueblo tiene más derecho que el nuestro a pedir cuentas a la Italia fascista? ¿No fue el pueblo albanés quien inmovilizó durante la guerra a más de 15 divisiones italianas y alemanas? ¿No fue esto una carga suficientemente pesada para sus espaldas? ¿Acaso no aportó una notable contribución, si tene-

mos en cuenta las dimensiones de su territorio y su población, al triunfo histórico sobre el fascismo? Cualquier persona honesta en el mundo reconoce hoy esos méritos del pueblo albanés. Italia y Alemania le deben mucho y deben pagar, sin olvidar nada, todas las innumerables atrocidades que han cometido contra él. El pueblo albanés reclamará con persistencia las reparaciones que le corresponden. Es un derecho legítimo que le pertenece y le disgusta ver que se anteponen obstáculos artificiales a su satisfacción, tanto más cuando escucha que esos obstáculos proceden de algunos aliados.

Como les dije, señores, daré a conocer a mi gobierno lo que me han expuesto y les daremos respuesta.

Informé a nuestro gobierno de la comunicación de los representantes de las misiones angloamericanas y de la conversación sostenida con ellos. Los camaradas discutieron en torno a ellas, establecieron bien la diferencia entre el reconocimiento por parte del gobierno soviético y el reconocimiento de los gobiernos inglés y norteamericano y les enviamos notas de respuesta[1].

---

1 En el espíritu de las respuestas dadas en el momento por el camarada Enver Hoxha y de los debates que tuvieron lugar en esta reunión, el Gobierno Democrático de Albania envió, los días 11 y 17 de noviembre de 1945, notas de respuesta a los gobiernos inglés y norteamericano. (Véase: Enver Hoxha. *Obras,* ed. albanesa, t. 3, págs. 174 y 177.)

Sólo Sejfulla Malëshova juzgó de modo diferente estos «reconocimientos». El consideraba las notas de la Gran Bretaña y los Estados Unidos, que eran de hecho maniobras políticas para estimular a la reacción interna, como un reconocimiento. Planteó tesis como: «Oficialmente debemos poner a la Unión Soviética, a Inglaterra y a los EE.UU. en el mismo plano», «la cuestión del reconocimiento de nuestro gobierno por parte de los anglo-americanos es una cuestión *sine qua non* para la existencia del régimen popular en Albania», «asegurar a toda costa el reconocimiento por parte de los anglo-americanos y la admisión en la ONU, incluso al precio de alguna concesión en su favor», etc. La aceptación de esas tesis constituía un grave peligro para la libertad y la independencia de nuestro país. Posando de gran teórico, Malëshova nos aconsejaba que «debemos comprender el desarrollo dialéctico de los acontecimientos, porque sólo así estaremos en condiciones de comprender las concesiones y no tener miedo de ellas». Infundió también el espíritu claudicante y el miedo ante la fuerza de los anglo-americanos entre algunos elementos predispuestos al oportunismo, quienes decían: «Albania, en tanto que pequeño país, no puede vivir sola, dependerá de ellos».

Sus «directrices», que comenzaban y terminaban con «debemos», no pasaron sin dejar huellas. Fueron el origen de las manifestaciones de

oportunismo que aparecieron a propósito de la inclusión de los representantes de la reacción en las listas de candidatos del Frente, así como de la propuesta de formar una coalición con el clero católico en las elecciones. Más tarde intentó orientar la política exterior y la política económica de nuestro país hacia Occidente. Pero las huellas de su acción fueron efímeras. El V Pleno del CC del Partido, en febrero de 1946, hizo enmudecer definitivamente su campana rota.

Independientemente de las maniobras, los esfuerzos y los planes de los enemigos externos e internos, la campaña electoral se desarrolló según el programa publicado por el Frente Democrático. El Partido desarrolló una propaganda intensa para desenmascarar y desbaratar esos planes, los golpeó a muerte y fortaleció aún más la unidad política de las masas en torno suyo. Las elecciones a la Asamblea Constituyente finalizaron con éxito. La participación electoral llegó al 90 por ciento y los candidatos del Frente obtuvieron el 93 por ciento de los sufragios. Las primeras elecciones celebradas sobre bases democráticas, que nunca había conocido nuestro país, representaban un triunfo colosal para la firme política marxista-leninista del Partido, para la justa línea política del Frente y a la vez un golpe demoledor para la reacción interna y externa.

En la primera reunión de la Asamblea, el camarada Hysni Kapo, en nombre de los dipu-

tados de Vlora, leyó la moción demandando que Albania fuese proclamada República Popular. Los miembros de la Asamblea la aprobaron por unanimidad y eligieron el nuevo gobierno, el Gobierno Democrático Popular. Este fue encargado de elaborar el proyecto de Constitución, que fue sometido a la discusión de las masas. Las observaciones y las propuestas presentadas en los debates, que se prolongaron durante dos meses, reforzaron el contenido revolucionario del proyecto. La Asamblea, tomando también en consideración la opinión de las masas, adoptó el proyecto. La nueva Constitución democrática colocó en los fundamentos de la estructura y de la actividad del nuevo poder el principio: el poder emana del pueblo y pertenece al pueblo.

Incluso tras estos grandes acontecimientos para la vida de nuestro pueblo, incluso tras la elección del nuevo gobierno, que era un gobierno constitucional, los «aliados» occidentales continuaron sin establecer relaciones diplomáticas con él. Por el contrario, se quitaron sus guantes de «aliado» y comenzaron a atacarnos abiertamente también en el plano internacional.

Al ser presentada la demanda de admisión de nuestro país en la Organización de las Naciones Unidas, fue apoyada por numerosos delegados. Pero el delegado norteamericano, Stettinius, y el ministro de asuntos exteriores de la Gran Bretaña, Bevin, traidor a los mineros en

1926, se expresaron sin embargo a favor de «aplazar el examen de esa demanda». Según ellos se trataba de «una cuestión seria» que requería un examen más atento, como si no hubiese sido el mismo Bevin quien había declarado antes hipócritamente: «Defendamos a los Estados pequeños», y el propio Stettinius quien en mayo de 1945 me dirigiera un mensaje en el que decía: «Conozco bien la lucha incansable librada por el pueblo albanés», «valoro plenamente los sacrificios que ha hecho», «yo sé que Albania aportará en el futuro la misma contribución a la causa de la paz». «Yo sé...», «Yo sé...». Antes nuestros «aliados» del tiempo de la guerra lo sabían todo, ahora sufrían de amnesia.

En la reunión del Consejo de Seguridad celebrada en Londres, en febrero de 1946, donde fue examinada por primera vez la admisión de Albania en la ONU, Cadogan se expresó a favor de las invenciones de la reacción griega contra nuestro país. «Grecia tiene intereses en Albania», dijo, mientras Bevin declaró: «Si me viese obligado a dar hoy mi opinión, tendría que votar en contra de la admisión de Albania». Dos veces, en agosto de 1946 y en el mismo mes de 1947, Cadogan vetó la admisión de Albania en la ONU. El delegado de Wall Street, Johnson, pidió en agosto de 1946 que el Consejo de Seguridad no adoptase ninguna decisión sobre Albania. «Albania», decían ellos, «¡no mantiene relaciones

diplomáticas con Gran Bretaña ni con los Estados Unidos de América, no reconoce los antiguos tratados, Grecia se encuentra en estado de guerra con ella, mantiene reivindicaciones territoriales hacia ella, Albania es quien rompe la paz en los Balcanes!», etc.

Esos eran los pretendidos argumentos de los señores imperialistas para negar a Albania su admisión en la ONU.

Se aproximaba la Conferencia de Paz que debía tener lugar en París. Albania tenía el legítimo derecho de participar en ella. Pero ¿qué sucedió? «Es imposible invitar a Albania», dijo el delegado norteamericano, Byrnes, quien fue plenamente apoyado por el delegado británico lord Alexander. Y no paró ahí la cosa. Lo peor fue que en los discursos de los representantes de Inglaterra y Estados Unidos, Albania era tratada como «colaboradora de Italia», «un país vencido», «no aliado», etc.

Presentamos dos protestas contra esas injusticias. Nuestra Asamblea Popular adoptó una resolución, rechazando indignada las monstruosas acusaciones que se hacían contra Albania y reclamando con insistencia el derecho de participar en la Conferencia, como miembro de pleno derecho y en pie de igualdad con el resto de las naciones vencedoras. La lucha entre los representantes de los países imperialistas y el delegado soviético, Vishinsky, sobre la cuestión albanesa,

se endureció. A pesar de ello, a través del mecanismo del voto, los anglo-americanos lograron su objetivo. Albania no fue invitada a participar en la Conferencia, sino únicamente a plantear sus puntos de vista sobre el Tratado de Paz con Italia.

Enviamos una delegación encabezada temporalmente por el camarada Hysni Kapo. Poco después, teniendo en cuenta la importancia de la cuestión, se juzgó necesario que fuese yo mismo quien presidiera la delegación. El pueblo francés nos recibió con su hospitalidad tradicional. Tomé la palabra el 21 de agosto de 1946, en la sesión plenaria de la Conferencia. En mi discurso, no sin intención, hice una breve exposición de la lucha de nuestro pueblo basada en cifras y hechos, y después de ello, en tono de protesta, señalé la injusticia que se le hacía al desconocer su sangre derramada y sus innumerables sacrificios contra el fascismo. Desde la tribuna de la Conferencia, citando documentos, confronté las declaraciones de los anglo-americanos en las que se expresaba el reconocimiento de nuestra lucha y de nuestros esfuerzos, con sus últimas declaraciones. La puesta en evidencia de estas actitudes contradictorias les desenmascaró severamente.

Después me detuve en las pretensiones del delegado de los monarcofascistas griegos, el entonces primer ministro griego, Tsaldaris, quien,

acusando a Albania de haber agredido a Grecia[1] (sólo por el hecho de que la Italia fascista la atacara desde territorio albanés), declaró que Grecia estaba en estado de guerra con ella y reivindicaba Albania del Sur pretendiendo que ese territorio le pertenecía. Para refutar sus tesis, le dirigí dos preguntas desde la tribuna de la Conferencia:

—¿Considera Ud. agresores, como hizo en el caso de Albania, a otros pueblos de Europa, cuyos quislings han enviado no sólo batallones sino que incluso han organizado expediciones enteras contra el heroico Ejército Rojo...?

—¿Consideraría el señor Tsaldaris como un país agresor a Francia, si Hitler hubiese emprendido desde allí, como preveía, la ofensiva contra Inglaterra?

---

1 Los designios que los monarcofascistas griegos mantenían durante la guerra hacia nuestro país son confirmados claramente por un telegrama del Gabinete de Guerra de los Estados Unidos de América enviado al Foreign Office el 10 de noviembre de 1944:

«El Departamento de Estado ha informado a un miembro de mi gabinete que ha recibido de la embajada griega, el 15 de agosto, un memorándum en el que se pregunta si estaría dispuesto el Departamento de Estado a aceptar que Albania sea considerada y tratada como un Estado enemigo, y que las tropas griegas participen en la ocupación de Albania hasta el río Shkumbin.» *(War Cabinet Distribution. From Washington to Foreign Office. Earl of Halifax, No. 6064, November 10, 1944, FO 371/43554-3370. PRO. Extraído de la copia del original depositada en los AIH, Tirana.)*

El representante de la reacción griega no podía responder a esas preguntas que cerraron igualmente la boca a sus patrones.

Al final de mi discurso describí el martirio sufrido por nuestro pueblo durante la ocupación nazifascista, las pérdidas humanas y materiales que había tenido en la guerra y planteé nuestras exigencias de indemnización respecto a Italia. El delegado británico, Hood, sin la menor vergüenza, declaró: «Albania no recibirá ni un dólar».

Sin embargo, en todas las instancias internacionales, nuestra causa era defendida firmemente por los representantes de la Unión Soviética, del gran Stalin, por Molotov, Vishinsky y Manuilsky, que tanta simpatía sentían por nuestro pueblo, por sus elevadas virtudes, por su valentía y fidelidad, por sus grandes sacrificios y por el camino justo y en favor de la paz que seguía. Nos apoyaron enérgicamente. Pero, los anglo-americanos y sus servidores, por medio del mecanismo del voto, y de otras maniobras, continuaron atacando a nuestro país. A pesar de ello, no perdimos el coraje, sino que proseguimos la lucha con nuevas fuerzas. En una conferencia de prensa en París, declaré:

«Ni la Conferencia de París, ni la Conferencia de los Cuatro, ni ninguna otra conferencia, tienen derecho a examinar la cuestión de las fronteras de nuestro país, en cuyo interior no hay ni un palmo de tierra extranjera. Nuestras

fronteras son indiscutibles y nadie se atraverá a tocarlas. Para conseguir apoderarse de un palmo de nuestra tierra los griegos deberán poner en movimiento otros mecanismos además del voto de la Conferencia de París. Que todo el mundo sepa que el pueblo albanés no consiente que sus fronteras y su tierra sean puestas en discusión.

«Por otro lado, manifiesto mi protesta contra la decisión adoptada en la sesión plenaria de la Conferencia de París. El pueblo albanés no ha enviado su delegación a París para rendir cuentas, sino para exigirlas a los que le han hecho tanto daño y contra los que ha luchado encarnizadamente hasta el fin. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber tanto como los grandes. Nuestros caídos y nuestros sacrificios son para nosotros tan sagrados como son los suyos para ellos, nuestros derechos son igualmente sagrados.»*

De hecho, la Conferencia de París representó para nosotros una tribuna desde la que dimos a conocer a la opinión internacional la lucha y los actos de heroísmo de un pueblo pequeño, que, a pesar de los esfuerzos de las potencias imperialistas por atropellarlo, les hacía frente con serenidad. Fue un éxito político y moral que exaltó aún más el coraje del pueblo albanés y su determinación de persistir en el justo camino emprendido.

---

* Véase: Enver Hoxha. *Obras*, ed. albanesa, t. 3, págs. 448-449.

A diferencia de lo que había declarado anteriormente, durante la preparación del Tratado de Paz con Alemania, el delegado norteamericano Murphy declaró sin ruborizarse que «Albania no participó en la guerra contra Alemania. Algunos albaneses aislados quizás hayan participado en ella, pero también hubo otros que lucharon junto a los alemanes». Ciertamente también hubo albaneses que lucharon del lado de los ocupantes, pero eran precisamente sus amigos, los ballistas y los zoguistas.

Cuando los gobiernos de los EE.UU., la Gran Bretaña y Francia firmaron el acuerdo sobre las reparaciones impuestas a Alemania, los representantes norteamericanos e ingleses se esforzaron, también en este caso, en negarle a Albania el derecho a ellas como miembro de la coalición antifascista, cosa que nadie podía hacer. Sin embargo, la citada conferencia reconoció a nuestro país el derecho a las reparaciones por las pérdidas sufridas durante la Segunda Guerra Mundial. A pesar de ello todavía no le han sido pagadas, mientras los demás han recibido indemnizaciones.

Según una notificación oficial, el gobierno británico había finalizado las formalidades del reconocimiento e incluso había designado a Thomas Cecil Rapp como su ministro en Tirana, pero no llegó jamás. Londres invocaba pretexto tras pretexto para no enviar su ministro a Tirana. Uno de ellos era que habíamos dado la pre-

tendida orden de abandonar Albania a un oficial británico, encargado de recoger los restos de los aviadores ingleses caídos en nuestro suelo durante la guerra. Era algo absurdo. De hecho le habíamos concedido la autorización que pedía, pero no apareció nunca para realizar el pretendido trabajo.

Otro pretexto utilizado para no enviar el ministro era la supuesta ausencia de condiciones para el desarrollo normal del trabajo de la misión. Nuestro comportamiento con las misiones americana e inglesa era correcto, aunque ellas eran hipócritas, no detenían un momento su actividad solapada contra nosotros. El general Hodgson, mister Jacobs y mister Fultz e igualmente otros miembros de estas misiones, se movían libremente por toda Albania y establecían contactos con quienes querían. Varias veces me había manifestado el general Hodgson las buenas impresiones que recibía de nuestra gente durante sus visitas. Mas, contrariamente a lo que se nos decía, se acusaba a nuestro gobierno de entorpecer a los miembros de la misión militar británica «en su trabajo», de que no se les permitía moverse libremente y se les había aislado «en las oficinas de la misión en Tirana», etc., etc.

El acto del gobierno inglés del 18 de mayo fue particularmente ridículo. En efecto, su representante en Belgrado entregó una nota a nuestra legación allí en la que se informaba que el Go-

bierno británico enviaría su ministro a Albania de forma inmediata. Antes de que transcurrieran 20 minutos el representante inglés se presentó de nuevo en nuestra legación solicitando retirar la nota, bajo el pretexto de que el 15 de mayo los buques de guerra ingleses *Superb* y *Orion* habían sido cañoneados «sin justificación e intencionalmente» por las baterías costeras albanesas de las cercanías de Saranda. Este fue el destino del «ministro» que debía venir a Tirana.

Tras estos acontecimientos la lucha de clases en el interior del país se agudizó aún más. La reacción se había lanzado a una amplia actividad especialmente tras la llegada de Fultz. Pero los hijos de Albania no dormían. Uno tras otro fueron descubiertos los grupos hostiles estimulados y organizados por las misiones americana e inglesa. La actividad ilegal que pretendía socavar el poder popular, la independencia y la soberanía del país, fue desenmascarada.

El proceso de Gjergj Kokoshi y el de Sami Qeribashi y sus compañeros arrancaron el velo a las «pacíficas» misiones de los «aliados».

Fue descubierta hasta sus raíces la actividad hostil del llamado «grupo de los diputados», encabezado por Shefqet Beja. Con el mandato de diputado en el bolsillo intentaron minar desde dentro el poder popular.

Ya antes de la Liberación, había venido de

Norteamérica un tal Llazar Papapostoli, con el nombre americanizado de Larry Post. Tendría la función de consejero político adjunto a la misión americana y al mismo tiempo la de tomar contacto con los antiguos agentes a fin de sentar las primeras bases de los grupos de espías y de saboteadores. Pero es sobre todo tras la llegada, en mayo de 1945, de mister Fultz, que asumió la dirección, cuando los citados grupos adquirieron una forma organizada. Recién llegado éste, Larry Post había organizado una reunión con los principales agentes. Estos le informaron de su actividad y de sus planes, aunque él ya estaba perfectamente al corriente de todo ello. Le informaron asimismo sobre su primera reunión[1] y sobre el memorándum que habían remitido en

---

1 Uno de los acusados en el proceso (K.K.) declaró: «Después de la primera reunión que tuvo lugar hacia el mes de marzo de 1945 y en la que se constituyó el Comité Central de nuestra organización, compuesto por mí, Selaudin Toto, Shefqet Beja, Gjergj Kokoshi y otros, fui a la misión americana donde di cuenta de todo nuestro trabajo y solicité su ayuda. Allí me prometieron ayuda sin reservas y me dijeron asimismo que una vez hubieran madurado las condiciones desembarcarían tropas en Albania. Luego me recomendaron que dijera esto a mis compañeros para que se esforzaran lo más posible a fin de ampliar las bases de nuestra organización y de combatir de manera organizada al poder hasta que se lograra derrocarlo con la violencia.» *(Extraído del diario «Bashkimi», 18 de septiembre de 1947.)*

abril a las misiones anglo-americanas, en el que, entre otras cosas, declaraban: «Nosotros, nacionalistas (léase: traidores), nos hemos reunido y hemos decidido combatir al Partido Comunista y a su dictadura (léase: el poder popular) y por esto necesitamos su ayuda.» Fultz estaba asimismo al corriente de la demanda de Sami Qeribashi en nombre del llamado «grupo de resistencia», dirigida a los ingleses: «Somos muy fuertes y con una chispa que haga estallar el incendio, asunto resuelto; si las tropas inglesas desembarcaran en Durrës, todo terminaría en 24 horas.» En la reunión, Fultz había aconsejado a los grupos la cooperación y la intensificación no sólo de la lucha política sino también de la económica porque «de este modo el gobierno se verá obligado a pedir ayuda a América, que la concedería con gravosas condiciones».

El programa de los grupos hostiles incluía asimismo el recurso a la acción terrorista. Se esforzarían por organizar el asesinato de dirigentes y de cuadros del Partido y del Estado. «Matemos a Myslim Peza» había instruido a su grupo Sami Qeribashi, «después difundid entre el pueblo que han sido los comunistas quienes lo han eliminado, de forma que se desate una ola de cólera y cunda la división en el Frente». Según las informaciones que recibíamos, perseguían los mismos fines respecto a mí y otros dirigentes. Pero no consiguie-

ron hacer nada ni contra Babë Myslim ni contra los otros, porque les defendía el Partido, les protegía todo un pueblo.

Estos enemigos confesaron ellos mismos sus designios ante el tribunal, reconocieron públicamente que las sedes de las misiones anglo-americanas se habían convertido en centros donde se fraguaban complots, atentados y sabotajes, donde se elaboraban planes para ataques armados y el desembarco. Su proceso iluminó toda la política subversiva del imperialismo anglo-americano, los planes, las tácticas y los métodos que utilizaban contra nuestra democracia.

El descubrimiento de los saboteadores de los trabajos de desecamiento del pantano de Maliq revistió particular importancia. Los vástagos plantados por Fultz no lograron echar raíces. Su actividad fracasó. Y junto a ellos fue desenmascarado y fracasó también el buen «conocedor» de Albania, Fultz. Algunos de sus ex «estudiantes», que siguiendo sus instrucciones habían saboteado durante largo tiempo las labores para secar el pantano, fueron descubiertos. El proceso les iba a desenmascarar definitivamente. Esto significó una grave pérdida para la misión norteamericana, particularmente para Fultz. Presas del pánico, Jacobs y Fultz abandonaron Albania antes de que se abriese el proceso contra los saboteadores del pantano de Maliq. Parte de la misión americana se quedó para seguir los acon-

tecimientos. La misión inglesa se había ido con anterioridad.

En vísperas de su marcha, la misión americana solicitó permiso para que un crucero y un destructor de su país entraran en el puerto de Durrës para recogerlos. La solicitud se hacía precisamente cuando los buques británicos desarrollaban sus actos de provocación en nuestra costa sur. Protestamos ante la ONU porque sabíamos que tras aquella propuesta se escondían nefastos objetivos en aquellos momentos de provocaciones contra nosotros. La misión marchó a mediados de noviembre de 1946, después de haber sido transbordada por nuestras lanchas hasta los dos navios americanos que esperaban fuera de nuestras aguas territoriales. Así se cerró el capítulo de esta misión pretendidamente pacífica, de hecho subversiva, que había venido a Albania más para estropear las cosas que para arreglarlas.

De las afirmaciones de los acusados en el citado juicio, se desprendía que además de Fultz y de los miembros de su misión, estaban comprometidos en la actividad de sabotaje de los trabajos de desecación del pantano de Maliq, dos miembros de la misión de la UNRRA con tareas de responsabilidad, Woodard y Jones. Dirigimos una nota a la misión señalándole que declarábamos personas no gratas a estos dos funcionarios suyos. La nota habría indignado profundamente al jefe de la misión, señor Floud, quien mediante

una carta me solicitaba una entrevista para protestar y para darme a conocer una decisión suya. Comprendí que también ellos habían decidido preparar las maletas. «Que se vayan al diablo», me dije. Estábamos hasta la coronilla y nuestra paciencia se había acabado.

Entre tanto me llega un radiograma de Koçi Xoxe y Nako Spiru, que se encontraban en Belgrado. Como desde lo alto del Olimpo me decían que «no está bien que la UNRRA se vaya y se hagan cuestiones políticas de los pequeños problemas de espionaje. Es por eso que creemos conveniente hacer la vista gorda con la UNRRA durante el proceso y solucionar el asunto de una u otra forma, incluso con alguna concesión»[1].

Puse al corriente a los camaradas del contenido del radiograma. Decidimos: «¡Ninguna concesión! Que se largue si quiere la misión de la UNRRA». De este modo nos liberaríamos también de estas zarzas que se nos habían enredado entre los pies.

Comuniqué a Floud que le recibiría.

Por lo que recuerdo, la entrevista tuvo lugar allá por la primera quincena de noviembre de 1946. Floud parecía nervioso y, después de haberme agradecido que satisficiera su demanda, fue directamente al grano:

—Solicité esta entrevista con Ud., señor pri-

---

1 Radiograma enviado al camarada Enver Hoxha, 12 de noviembre de 1946, ACP.

mer ministro, para aclarar una cuestión que para nosotros es seria y preocupante. Su gobierno ha reclamado que el señor Woodard abandone Albania y que el señor Jones, que en la actualidad cumple un servicio fuera del país, no se reintegre a su puesto aquí. Yo he informado de ello al señor La Guardia[1]. Le he informado asimismo que la misión se marchará de Albania la semana próxima. También he ordenado que se interrumpan los abastecimientos. Pero lo que más me preocupa es el hecho de que el gobierno albanés se haya basado en algunas declaraciones de los ingenieros y técnicos acusados de actos de sabotaje en el proceso que se está llevando a cabo aquí en Tirana. Si estos dos miembros de mi misión hubieran pretendido realmente sabotear el desarrollo económico de Albania, hubiese sido para ellos algo muy fácil recomendar la interrupción de los abastecimientos. La UNRRA les está ayudando en la aplicación de los proyectos de bonificación y esto se debe entre otras cosas a las recomendaciones de los señores Jones y Woodard.

La misión podrá proseguir su trabajo, después de estas muestras de desconfianza hacia la UNRRA —continuó él—, únicamente bajo la condición de que su gobierno publique una declaración en la que se afirme de forma categórica que la UNRRA

---

1 En esa época director general de la UNRRA.

y sus miembros no tienen nada que ver con las calumniosas acusaciones del proceso. En caso contrario, como ya le dije antes, no me queda otro remedio que retirar la misión, para lo cual he solicitado que me envíen un buque, para embarcar la semana próxima.

Estaba clara la intención de mister Floud con aquella entrada en forma de ultimátum. El y sus patrones pensaban que, vistas las dificultades con que chocábamos en la reconstrucción del país, nos íbamos a someter a sus presiones. A juzgar por los datos de que disponíamos y las declaraciones de los acusados en el proceso, que eran publicadas en el periódico *Bashkimi* y yo seguía atentamente todos los días, el objetivo de los imperialistas y de sus agentes, extranjeros o albaneses, dentro de Albania, era entorpecer los trabajos en las obras de bonificación y en otras actividades, rebajar la moral de los obreros creando dificultades artificiales, con el objetivo de que éstos abandonasen el trabajo y pensasen que sin la ayuda del exterior, que se recibía a través de la UNRRA, fracasaríamos en la tarea gigantesca que habíamos emprendido. Con este objetivo, sabotear nuestro trabajo, habían actuado asimismo miembros de la misión de la UNRRA bajo la dirección de Harry Fultz.

—Lo que me está diciendo me asombra, señor Floud —le dije—. Su decisión me parece imprudente, pero hagan Uds. lo que quieran.

Nuestra nota se refiere a dos miembros de su misión con cargos de responsabilidad, que se han comprometido en una actividad perjudicial para nuestro poder popular, para nuestra política y nuestra democracia. Ustedes pretenden que han venido a ayudarnos pero los hechos demuestran lo contrario. Ya se han producido en otras ocasiones casos semejantes con su personal. ¿No fue aquella periodista, la señora Cullen, quien con intenciones hostiles recogía informaciones de personas degeneradas? ¡¿No era la señora Pennington quien se expresaba con tanta hostilidad hacia nosotros cuando decía a nuestra gente que «el gobierno asesina a los buenos albaneses»?! ¿De qué «buenos» albaneses hablaba? ¿De los criminales de guerra y los quislings?

Usted está perfectamente al tanto de todo esto señor Floud —continué—. Le hemos informado en todas las ocasiones, pero Ud. no ha adoptado una posición correcta para prevenir estos actos y evitar que se transformaran en una práctica. Esos funcionarios de su misión se han unido abiertamente al coro de Hodgson, quien ha llegado incluso a declarar: «¡Fuera Hoxha!». Usted mismo ha declarado que la UNRRA es una organización apolítica. El señor Jacobs me ha expresado su pesar por el hecho de que en ocasiones los EE.UU. ven a la UNRRA únicamente desde el prisma político. Incluso el propio señor Rooks,

durante su visita a nuestro país, se expresó en los mismos términos.

—Pero su exigencia de que el señor Woodard abandone el país, señor Hoxha —dijo Floud—, significa que el gobierno albanés comparte las afirmaciones de los acusados y esto me lleva a la conclusión de que es precisamente esta actitud la que crea una situación en la que la permanencia de nuestra misión es imposible. ¿Tengo o no razón, señor Hoxha?

—En absoluto —le respondí—. Este asunto es ya de público dominio y no nos queda otro remedio que aconsejarles actuar como se sugiere en nuestra nota. Después de la publicación de las confesiones de los acusados en la prensa albanesa, de lo que no tenemos nosotros la culpa, ustedes deben tomar medidas para evitar que su misión se desacredite aún más. En mi opinión, este problema no puede esperar, reclama ahora una solución.

—Temo —me replicó— que los albaneses no hacen distinción entre los miembros de la UNRRA y los de la misión americana. ¿No habrá influido en ello el desarrollo insatisfactorio de sus relaciones con el gobierno de los Estados Unidos?

—El estado de las relaciones entre nuestro gobierno y el gobierno norteamericano no tiene por qué influir en nuestra actitud hacia su misión. Por el contrario, sospecho que nuestras relaciones con los gobiernos norteamericano e

inglés pueden haber influido en la actitud de su misión respecto a nosotros. Por lo que a nosotros respecta, el estado de esas relaciones no afecta en modo alguno a los buenos sentimientos del gobierno y del pueblo albanés hacia el pueblo norteamericano. Independientemente de las actividades del señor Fultz, el pueblo albanés y su gobierno continúan sintiendo simpatía por el pueblo norteamericano —le dije.

—Sin embargo —dijo Floud—, tras las declaraciones de los ingenieros ningún albanés acompaña a los miembros de nuestra misión; los propios funcionarios albaneses ni siquiera dirigen la palabra a nuestros observadores ni les proporcionan información. Es preciso por tanto que se explique a los albaneses que las relaciones entre el gobierno norteamericano y el gobierno albanés no influyen en absoluto en la actitud de este último hacia la misión de la UNRRA y que esta misión no tiene nada que ver con las acusaciones efectuadas durante el proceso. Esto puede hacerse únicamente mediante una declaración pública de su gobierno —concluyó Floud repitiendo la demanda que había hecho al principio.

Eso no se puede hacer —le dije tajantemente—. Ya le he explicado por qué hemos dado tal paso. Nuestro poder popular es lo suficientemente fuerte como para cortar las manos a quienquiera que atente, aunque sea mínimamente, contra los intereses del país, y no teme la pre-

senda aquí de dos agentes desenmascarados. No tienen ningún derecho a afirmar a priori que la acusación formulada en el proceso carece de fundamento; nuestros tribunales, señor Floud, no fabrican calumnias ni falsas acusaciones. Son los agentes al servicio de los extranjeros, cogidos con las manos en la masa, quienes de buen o mal grado exponen a plena luz del día los manejos de los que los instigan, los inspiran y les financian. ¿Por qué se ha marchado el señor Fultz precisamente cuando tienen lugar los procesos? Su nombre figura en la cabecera de la lista de los acusados de actividad hostil contra nuestro nuevo Estado.

¡Mister Floud no sabía qué responder!

Así terminó el último encuentro con el jefe de la misión de esta organización de «beneficiencia», que tanto se esforzó en «ayudarnos».

Más tarde nos volvieron a hacer ofertas de «ayuda» del otro lado del Atlántico, ¡esta vez por parte del mismo presidente Eisenhower! «El pueblo albanés puede pasar perfectamente sin las judías del presidente norteamericano», respondimos nosotros, «mejor sería que alimentara a los millones y millones de parados de los Estados Unidos de América». Al fracasar también esta forma de actuar, los imperialistas comenzaron a lanzar desde el aire «ayudas para el pueblo»: ¡pequeñas bolsas de plástico con dos terrones de azúcar, una bobina de hilo y dos o tres agujas de coser!

Nuestro pueblo solía decir, mofándose de las maniobras de los norteamericanos e ingleses «¡Qué bajo que han caído!».

La provocación de la Gran Bretaña contra nuestro país llamada «Incidente del Canal de Corfú», fue algo igualmente sin precedentes.

Después de la Segunda Guerra Mundial se creó el Comité para el dragado de minas en el Mediterráneo. Era una empresa justa y necesaria. Desgraciadamente, Albania, bañada por dos mares, se vio privada de representación en aquella instancia internacional, incluso a título de observadora. Los anglo-americanos que hacían la ley en el Comité, justificaron esta exclusión con el pretexto de que ¡no poseíamos dragaminas! Es verdad, nosotros no disponíamos de dragaminas, pero estábamos bordeados por una vasta superficie marítima minada por los alemanes, y las decisiones en relación con su limpieza debían ser adoptadas con nuestra participación. Bajo la inspiración de los anglo-americanos, el Comité había decidido que fuera la flota griega quien limpiara nuestras aguas. Pero, enviar a la flota griega a hacer esto mientras el gobierno monarcofascista griego declaraba públicamente estar en guerra con Albania, mientras los buques de su flota, con el pabellón izado o no, de forma brutal y continua, hacían provocaciones, penetraban en nuestros puertos, secuestraban barcos

y ciudadanos albaneses, mientras reivindicaba nuestras Korça y Gjirokastra, significaba echar leña al fuego, significaba para nosotros dejarle abierta al lobo la puerta del redil. Jamás haríamos eso. Por tanto estábamos en guardia día y noche y abríamos bien los ojos.

En esta situación tan compleja, en mayo de 1946, dos buques de guerra extranjeros, sin previo aviso ni pabellón, penetraron en las aguas territoriales albanesas, en las cercanías de Saranda. Nuestras baterías costeras, en estado de alerta por las razones que mencioné, les hicieron señales para que se alejaran, pero los buques continuaron su camino. Entonces, pensando que se trataba de una provocación a cargo de buques griegos, nuestras baterías hicieron disparos de advertencia. Sólo después de esto izaron la bandera inglesa y se retiraron.

Poco más tarde el gobierno inglés nos hizo responsables del incidente e insistió en que debíamos excusarnos públicamente. De forma muy correcta manifestamos al gobierno inglés nuestro pesar por lo ocurrido. Al mismo tiempo le indicábamos claramente que la culpa no era en absoluto nuestra, ya que en aquellas circunstancias cualquiera hubiese actuado de igual modo que nuestras baterías costeras, sin violar en absoluto las normas internacionales de navegación. Finalmente recordábamos al gobierno inglés que sus buques no debían entrar en las aguas territoriales

albanesas sin conocimiento y autorización de nuestro gobierno, no sólo porque se trataba de una violación de nuestra soberanía, sino también porque nuestras exigencias se ajustaban a las normas internacionales de navegación, que debían ser aplicadas rigurosamente en cualquier situación, tanto más en las circunstancias de nuestro país en aquel tiempo.

Insatisfecho por nuestra respuesta el gobierno inglés insistió en su exigencia, nos «reprendió», alegando que no teníamos derecho a proclamar de forma unilateral el estado de excepción(!). Esto le vino como anillo al dedo al chovinista Tsaldaris, primer ministro griego. Entre tanto nos enteramos de que lord Alexander había pedido a su gobierno que bombardease Albania como represalia. No lo aceptaron, pero el señor Attlee recomendó al Almirantazgo Británico «responder al fuego con fuego». Inglaterra se engañaba aún creyendo ser la *«Queen of the Seas»** y poder practicar tan fácilmente como antes su política de cañoneras. Pero los tiempos habían cambiado. Las aguas territoriales albanesas pertenecían a todo un pueblo que se había puesto en pie para defenderlas.

Pasaron algunos meses sin que se vieran buques ingleses en nuestras aguas territoriales. Pensamos que el gobierno inglés nos había comprendido. Pero dice bien el pueblo: «El lobo no

---

* Inglés en el original — reina de los mares.

muda de mientes». El 22 de octubre de 1946, aparecieron cuatro buques de guerra británicos en el Canal de Corfú, en dirección Norte. Dejando a la izquierda la ruta internacional penetraron nuevamente y sin ninguna advertencia en nuestras aguas. Era evidente, Inglaterra buscaba un pretexto para provocar un conflicto internacional. Recomendé a nuestras fuerzas que mantuvieran la serenidad y sólo abrieran fuego en caso de un intento de desembarco.

Me llegó un nuevo mensaje de Saranda: Cuando los buques se acercaban a nuestra costa, repentinamente se habían producido una serie de explosiones y dos de ellos habían sido presa de las llamas. Un guardacosta albanés había acudido en su auxilio con la intención de esclarecer el motivo de la violación de nuestras aguas territoriales. Los ingleses no se habían dignado a dar ninguna explicación por esta flagrante violación de nuestra integridad territorial, y habían despachado brutalmente a nuestra gente.

Los anglo-americanos quisieron utilizar este incidente como pretexto para un desembarco. Estos cuatro buques, dos cruceros y dos torpederos navegaban, según supimos más tarde, hacia el Golfo de Argostoli, al sur del Corfú. ¿Por qué razón se dirigían, hacia el Norte cuando su destino era el Sur? Es completamente absurdo ir en dirección a este Golfo y poner rumbo norte, dando un rodeo a la isla de Corfú.

Es lo mismo que agarrarse la oreja derecha con la mano izquierda por detrás de la cabeza. ¿Por qué tenían que navegar tan cerca de nuestras costas y tan lejos de las aguas internacionales? Un representante del Almirantazgo Británico declaró que el gobierno inglés quería probar con este «paseo» «si el gobierno albanés había aprendido a comportarse». Quizás las minas hubieran sido colocadas por los alemanes durante la guerra, pero tampoco se excluía la posibilidad de que lo hubieran hecho los ingleses con la intención de provocar el conflicto. Puede ser que los jerifaltes del Almirantazgo Británico hubieran enviado allí los buques partiendo del hecho de que no eran más que chatarra. Naturalmente la marinería ignoraba que navegaba hacia la muerte.

Algunos días más tarde, el gobierno inglés con un lenguaje extremadamente duro y amenazador ponía «en nuestro conocimiento» que muy pronto limpiaría de minas el Canal de Corfú. «De acuerdo», le respondimos, «pero en las aguas internacionales y no en las nuestras». Nuevamente en tono amenazador y de manera brutal informó que penetraría también en las aguas territoriales albanesas. Denunciamos públicamente esta decisión calificándola de violación de las normas internacionales, de atentado intolerable a la integridad y la independencia de nuestro país. Al mismo tiempo exigimos que la ONU interviniera de inmediato e impidiera este acto

de piratería de la Gran Bretaña. La ONU hacía de espectadora.

El 12 de noviembre aparecen 30 buques británicos de guerra que, en formación de combate y acompañados por la aviación, penetran en las aguas albanesas y navegan hacia la costa de Saranda. La situación se presentaba extremadamente crítica. Eramos todo ojos y oídos y seguíamos con preocupación las informaciones que nos llegaban. Persistimos en nuestra decisión: abriríamos fuego sólo si intentaban desembarcar.

Los buques de guerra «se paseaban» por nuestras aguas.

«Están dragando las minas» —me informaron los camaradas desde Saranda.

Lo mismo ocurrió el 13 de noviembre.

«Abran fuego sobre ellos», nos recomendó un general de Tito. Pero nosotros, como auténticos marxistas, no hicimos caso de la «orden» del general yugoslavo, sino que aplicamos el refrán de nuestro pueblo, quien aconseja: «Medir siete veces antes de cortar».

Por una parte seguíamos con atención todos los movimientos de los 30 buques de guerra británicos, y por otra presentábamos enérgicas protestas ante el gobierno inglés y ante la Organización de las Naciones Unidas por esta abierta provocación, por esta nueva violación flagrante de nuestra integridad territorial. Desgraciadamente, la Organización de las Naciones Unidas, como

en otras ocasiones, hizo oídos sordos y cerró los ojos ante estos peligrosos acontecimientos. Lejos de tomar medidas con la Gran Bretaña, salió en su defensa.

De manera completamente infundada Inglaterra acusó a Albania ante los organismos internacionales de ser responsable del «Incidente del Canal de Corfú», de que o bien había minado ella misma la zona, o bien sabía quién lo había hecho, y exigió indemnización por ello. Protestamos enérgicamente ante esta acusación. Nuevamente la historia del lobo y el cordero como en la fábula de La Fontaine.

A principios de 1947, el gobierno británico planteó la cuestión ante el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas. Este solicitó la presencia de una delegación albanesa a fin de esclarecer la cuestión. Así pues, enviamos a la ONU una delegación, encabezada por el camarada Hysni Kapo, que defendió allí dignamente la verdad. Pero el Consejo de Seguridad, pese a las protestas de nuestra delegación, por mayoría de votos, ¡cargó la responsabilidad sobre Albania! El representante de la Unión Soviética vetó la decisión y entonces el Consejo de Seguridad, bajo la presión y la influencia de Inglaterra, se vio obligado a redactar una resolución mediante la cual recomendaba que la cuestión fuera puesta en manos del Tribunal Internacional de la Haya.

Nuevamente en el banquillo de los acusados siendo inocentes.

En la Haya manifestamos públicamente una vez más que el gobierno albanés ignoraba quién había colocado las minas, que no disponíamos de ellas, ni de medios y especialistas para colocarlas. Nuestra delegación presentó pruebas sobre ello. El señor Pierre Cot, jurista y político francés destacado, se levantó en defensa de nuestro derecho, encontrando las raíces de este acontecimiento en la fórmula de los círculos reaccionarios británicos «de dar lecciones de comportamiento a los demás». Por eso manifestó ante el tribunal que también los grandes y los fuertes debían «aprender a comportarse», y no sólo los pequeños y los débiles.

El Tribunal de la Haya, de acuerdo con las pruebas presentadas por nuestra delegación y la defensa que hicieron de nuestro derecho amigos de nuestro país, se vio obligado a excluir la posibilidad de que nosotros hubiésemos colocado las minas, pero, bajo la presión y las maquinaciones de la Gran Bretaña, resolvió en abril de 1949 declarar culpable a Albania ¡«de tener conocimiento de su existencia y no haber informado»!

Se trataba de una injusticia descarada cometida por una institución de «justicia». El Tribunal llegó a la conclusión, no argumentada, de que «la Gran Bretaña había violado la soberanía de Albania el 12 y 13 de noviembre»

¡«mas no el 22 de octubre»! Era evidente que Albania debía ser a toda costa considerada culpable, porque ésas eran las órdenes y los deseos del «más grande». Y en el mes de diciembre de 1949 el Tribunal de la Haya dictaminó «en nombre de la justicia» que Albania debía pagar a Inglaterra como indemnización la cantidad de 843,947 libras esterlinas. Por nuestra parte rechazamos dicha decisión, no sólo porque no éramos culpables, sino también por la incompetencia de ese tribunal para establecer la cuantía de la indemnización. No pagamos esa suma ni la pagaremos jamás. No somos nosotros quienes deben pagar.

Pero ¿qué ocurrió con la «indemnización»? Como señalé líneas arriba nosotros no aceptamos pagar ni jamás lo hicimos. Entonces Inglaterra, de manera arbitraria, encontró otro camino para obtenerla. Y aquí empieza la historia de nuestro conflicto con ella por la cuestión del oro saqueado.

Tras la capitulación de la Italia fascista, en septiembre de 1943, el ejército nazi se apoderó del oro albanés depositado en la «Banca d'Italia» en Roma. La propiedad del Estado albanés sobre ese oro fue reconocida en el acta suscrita en la primavera de 1944 entre los representantes del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania y del gobierno quisling albanés. Por si esto no fuera suficiente, en octubre de 1944, el coman-

dante de las tropas hitlerianas en Tirana se apoderó del oro que quedaba en el Banco Nacional de Albania pretendiendo que lo depositaría en el Banco de Shkodra.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, en las salinas Merkers de Alemania se descubrió una considerable cantidad de oro oculto por los nazis alemanes, quienes lo habían robado a otros pueblos, incluyendo al albanés. Se creó una Comisión Tripartita encargada de restituir esta riqueza a los respectivos países. El gobierno albanés, sobre la base de los documentos de que disponía, presentó a dicha comisión una petición para que se le devolvieran 2.454 kg. y 874.5 gr. de oro de ley. Nuestra solicitud fue considerada justa. Sin embargo, de acuerdo con una distribución preliminar, la Comisión nos informó que devolvería a Albania aproximadamente la mitad de la cantidad solicitada. Pero, de hecho, no se nos entregó un solo gramo. La Gran Bretaña, que tenía también aquí las riendas en la mano, bloqueó este oro depositado en el Banco de Inglaterra, en concepto de «indemnización» por lo sucedido en el Canal de Corfú. Protestamos enérgicamente y, como consecuencia, se creó una comisión de arbitraje para volver a estudiar la cuestión. Esta la examinó y a pesar de llegar a la conclusión de que el oro pertenecía a Albania, resolvió anular su entrega, so pretexto de que era reivindicado por una tercera parte.

Nuestra lucha porque se hiciera justicia prosiguió con tesón. También más tarde, la Comisión Tripartita declaró que nuestra demanda de 2.454 kg. y 874.5 gr. de oro de ley era justa, y que se nos debían devolver 1.121 kg. y 451.7 gr. Esta cantidad, según nos informó nuevamente la Comisión, era «reivindicada por una tercera parte y el litigio estaba en vías de arreglo».

Se ha esperado mucho tiempo para que fuera restituida esta legítima propiedad del pueblo albanés, pero aún hoy continúa en las garras del león. A todos los países de la coalición antifascista se les pagaron las reparaciones correspondientes. Nosotros recibimos de Italia una suma irrisoria, mientras que Alemania no nos pagó un solo marco por los colosales daños en hombres y materiales que nos ocasionó el Reich hitleriano. La decisión adoptada sobre la restitución del oro saqueado por los nazis ha sido aplicada en favor de todos los países interesados, a excepción de Albania. Esto constituye una injusticia imperdonable, un saqueo monstruoso y una flagrante violación de los derechos y las decisiones internacionales. El oro debe ser devuelto íntegra e incondicionalmente al pueblo albanés junto con todos los intereses acumulados, incluidos los intereses moratorios, porque se trata de su sangre y su sudor. Esta cuestión no debe de ningún modo condicionarse a la pretendida indemnización por el «Incidente del Canal de Corfú», que

no es más que un pretexto que Albania no ha reconocido ni jamás reconocerá. Las tentativas del gobierno inglés de relacionar ambas cosas están fuera de lugar. No son más que artimañas y actos de piratería.

Hemos proclamado más de una vez públicamente que no entablaremos conversaciones para establecer relaciones con Inglaterra en tanto que ésta no restituya su patrimonio al pueblo albanés. Si en verdad el gobierno inglés desea establecer relaciones con Albania socialista, deberá, en primer lugar, cumplir la deuda que tiene con ella, devolverle el oro que mantiene bloqueado. Sólo después de renunciar a esta actitud arrogante, hostil y de piratería hacia nosotros, podrá demandar sentarse con Albania en torno a una mesa redonda. De otro modo, naturalmente no por nuestra culpa, y esto deben saberlo bien todas las fuerzas progresistas y el pueblo inglés, jamás aceptaremos sentarnos a discutir con el gobierno inglés, cualquiera que sea. La razón está de nuestra parte, tarde o temprano triunfará.

Las misiones anglo-americanas, militares, civiles y «filantrópicas» se largaron con viento fresco, pero la lucha de los imperialistas contra nuestro país no ha cesado por un momento.

En el momento de abandonar Albania el oficial inglés Neil y el norteamericano Henderson, declararon: «Volveremos, pero de otro modo».

Efectivamente continuaron la lucha bajo otras formas.

Todos los residuos del Balli Kombëtar y del Legaliteti en el exilio comenzaron a organizarse bajo el patrocinio de los oficiales de la CIA y del SIS. Al coronel norteamericano Herbert y a los ingleses Amery, McLean y otros les resultó muy difícil cumplir esta misión. Pronto comprendieron que habían que vérselas a la vez con una manada de chacales y un redil de conejos, pero... el trabajo es el trabajo. Cada uno de los cabecillas de la reacción en el exilio defendía los intereses del patrón que le mantenía. Querellas, injurias y riñas estallaron entre ellos desde el comienzo. No obstante se consiguió una cierta unión en el seno de un denominado «Comité de Albania Libre», adjunto al cual fue constituido también un «estado mayor militar» capitaneado por el «estratega» Abaz Kupi. Pero las disputas continuaban y las contradicciones se agravaron aún más. Los cangrejos en el exilio se devoraban entre sí. Había conflictos[1] entre los propios cabecillas, pero también entre éstos y la gente engañada que había sido arrastrada por la corriente de la trai-

1 El origen de estos conflictos se remontaba a los tiempos de la guerra. He aquí lo que dice Amery en su libro:

«El mismo peligro había unido a republicanos y monárquicos, pero su hostilidad mutua resucitó como consecuencia de la catástrofe común. Abaz Kupi acusaba a los ballistas de haber desacreditado la causa nacionalista a los ojos de los

ción y a la que los «padres de la patria» habían prometido el «paraíso». Estos se dieron cuenta del estado a que se veían reducidos y se tiraban de los pelos. Hubo quienes, arrepentidos, quisieron regresar y algunos lo hicieron, pero la mayoría, envenenados por la demagogia burguesa, fueron aún más lejos y terminaron en los campos de entrenamiento para ser utilizados como carne de cañón al servicio de los designios de los imperialistas y de los cabecillas de la reacción albanesa. Era lógico que así ocurriera, la historia de la lucha nos lo había enseñado. No obstante, planteamos demandas oficiales a los gobiernos inglés y norteamericano para que entregaran a los criminales de guerra, no sólo albaneses, sino también italianos y alemanes que tenían las manos manchadas de sangre del pueblo albanés y que ahora se encontraban bajo su jurisdicción.

---

británicos, uniéndose con los alemanes. Mithat Frashëri opinaba que los comunistas podían haber sido aplastados si los zoguistas se hubiesen unido a él al comienzo de la guerra civil. Semejantes acusaciones podrían aparecer académicas, pero en realidad encubrían un conflicto natural, inmediato, de intereses. Ninguno de los dos bandos podía ayudar al otro en Albania; ambos podían encontrar muy pronto la ocasión de despedazarse entre sí, y ahora que la resistencia había cesado, los zoguistas y los ballistas se comportaron más bien como rivales para obtener los favores de los británicos, que como aliados contra los guerrilleros.»
(«Sons of the Eagle», London, McMillan and Co. Ltd., 1948, pp. 320-321.)

Pero, contrariamente a sus declaraciones y a los compromisos comunes del tiempo de la guerra, así como a las decisiones adoptadas más tarde ai respecto, los aliados hicieron oídos sordos y se negaron a entregárnoslos, por el contrario, alojaron a los cabecillas en hoteles lujosos, mientras sus «bravos» recibían entrenamiento en campamentos y en cursos especiales de Roma, Munich, Londres, Atenas y otros lugares.

Al comienzo lanzaron desde el aire octavillas contra nosotros que el pueblo recogía, nos entregaba o quemaba. Los imperialistas actuaban así para preparar el terreno al lanzamiento de criminales albaneses y a su penetración en nuestro país a través de Italia y otro país vecino a fin de que llevaran a cabo actos de sabotaje, atentados, etc. Habían depositado todas sus esperanzas en estos elementos bastardos que, con el puñal en una mano y la bolsa de oro en la otra, intentaron intimidar o corromper a nuestra gente para que se uniera a ellos.

Creyendo que Albania era en esa época el eslabón más débil entre los países de democracia popular, los imperialistas norteamericanos e ingleses intentaron minar nuestro poder popular. No tuvieron en cuenta la fuerza de ese poder que se apoyaba en el pueblo, en la inteligencia, la vigilancia, la determinación y la agilidad de nuestros órganos de Seguridad y de Defensa Popular en sus acciones.

Obcecados por su hostilidad hacia nuestro país y sin conocimiento exacto de la realidad albanesa, los imperialistas no tardaron en verse en una situación francamente difícil. En aquellos momentos candentes, según afirmaban los mismos criminales ante los tribunales, volvieron a aparecer en escena Oakley Hill, Sterling y otros. A los agentes capturados les obligamos a ponerse en contacto por radio con sus centros de espionaje en Italia y otros países, a que hicieran nuestro juego, engañando por completo a sus patrones, que se mostraron enteramente incapaces y miopes. Conseguimos hacer que nos lanzaran todo lo que dictábamos a sus agentes caídos en la trampa. Las bandas de criminales lanzados en paracaídas en nuestro territorio o introducidos a través de la frontera, conforme a nuestros mensajes, se dejaban llevar como corderos al matadero. Las armas y todo el material que lanzaban o que traían consigo caían en nuestras manos. En una palabra, ellos lanzaban materiales y nosotros los recibíamos. Procesábamos a sus agentes y, después de obligarles a airear todos sus trapos sucios, les aplicábamos la condena merecida. Los centros de espionaje desde donde eran enviadas las bandas se alarmaron y trataron de cambiar la forma de actuar contra la nueva Albania y su gloriosa dirección, el Partido del Trabajo. Pero el desarrollo de los acontecimientos hasta hoy prueba que toda su actividad contra nosotros se ha estre-

liado contra una roca de granito haciéndose añicos. La historia les reserva la misma suerte para el futuro.

Han sido la famosa estratagema que montamos por radio, la inteligencia, la razón y la vigilancia revolucionaria del pueblo albanés y no el mérito de un tal Kim Philby[1], como algunos quisieran hacer creer, las que hicieron fracasar vergonzosamente los planes de los enemigos externos. Los que intentaron morder a Albania se dejaron no sólo los dientes, sino también los huesos en su sagrado suelo. Los órganos de Seguridad y nuestras fuerzas de Defensa Popular estaban siempre alerta y, con la ayuda del pueblo, dieron su merecido a los criminales y a los agentes subversivos. Algunos salvaron el pellejo alcanzando la frontera para dar la triste noticia a sus tutores, otros fueron sometidos a la justicia del pueblo.

Pese a que la reacción albanesa en el exilio quedó reducida a un estado lamentable, ha alzado las orejas cuantas veces se ha agudizado la lucha de clases dentro y fuera de nuestro país. El imperialismo le administraba las inyecciones necesarias y ella se reanimaba. Así ocurrió tras la aparición descarada de la traición de los revisionistas titistas, en 1948, repitiéndose en 1961 y posteriormente. Precisamente cuando nuestro país estaba

1 Trabajaba en el SIS y se había puesto al servicio de los órganos de información soviéticos.

empeñado en una lucha sin cuartel contra Jruschov en 1961, Abaz Kupi fue invitado a Londres y acogido con honores por Amery, ministro británico de aviación, por el diputado McLean, por el coronel retirado Smiley y por el periodista Kemp, mientras la mujer de Amery, hija del primer ministro McMillan, estaba presente en cada una de las reuniones organizadas en honor de Abaz Kupi por sus viejos amigos durante su estancia de tres días en la capital inglesa. Ese mismo año, la reacción montó una nueva farsa, «aprobó» la iniciativa del hijo de Zogu de autoproclamarse «rey», designando los norteamericanos al general Blomberg y los ingleses a Kemp como agregados.

Todas estas ingerencias, presiones, provocaciones sin escrúpulos como la del Canal de Corfú, el recurso al veto contra los derechos de nuestra República en la arena internacional, el bloqueo del oro y muchos otros actos hostiles, son continuación de la lucha feroz que los imperialistas norteamericanos, ingleses y otros y la reacción mundial han desarrollado sin un solo minuto de descanso contra nuestro país.

El afrontar esta actividad hostil, que, como una larga cadena, han desarrollado los enemigos del exterior en colaboración con la reacción albanesa y que yo me he esforzado, en la medida de mis posibilidades, por evocar aquí brevemente,

constituye sólo un fragmento de la historia de los combates de nuestro heroico Partido. La lucha contra estas tramas y los éxitos que hemos alcanzado conservan el valor de las grandes enseñanzas, tanto para la época en que han tenido lugar los acontecimientos que he mencionado, como para el camino futuro del Partido en defensa de la libertad, la independencia, la dictadura del proletariado y el socialismo en Albania.

Las amargas lecciones de la historia han hecho que agucemos constantemente nuestra vigilancia, por eso hemos podido descubrir, desenmascarar y desbaratar los planes diabólicos de nuestros falsos amigos.

La actitud justa, revolucionaria y consecuente del Partido Comunista de Albania, durante la guerra y en los primeros años tras la Liberación frente a la política y a las intervenciones hostiles, antialbanesas, de los anglo-americanos. como frente a cualquier otro problema, ha desempeñado un papel providencial para el logro y consolidación de la completa independencia del país. La experiencia adquirida en este enfrentamiento habría de servimos, como sirvió efectivamente, para definir y aplicar constantemente una política justa, de principios, abierta y consecuente hacia nuestros amigos y nuestros enemigos de toda clase. Cuando nuestro Partido se colocó a la cabeza de la Lucha Antifas-

cista de Liberación Nacional, era joven, recién formado. Creció, se fortaleció y se templó en las batallas, adquirió una rica experiencia y se modeló con la ciencia marxista-leninista. Esto es lo que le ha hecho invencible, capaz de descubrir y afrontar con éxito los peligros que le han amenazado en todas las etapas de la revolución. Si se hubiera sumido en el sopor, si se hubiera dormido en los laureles, tanto él como Albania socialista ya no existirían.

La Lucha de Liberación Nacional constituye una de las páginas más gloriosas de la historia de nuestro pueblo, pero es también una de las más grandes pruebas de la madurez política e ideológica de nuestro Partido, de la justeza de su línea marxista-leninista. El Partido inspiró a las masas de la ciudad y el campo para que se unieran, empuñaran las armas contra los ocupantes nazifascistas y los traidores del país y conquistaran la victoria y les hizo conscientes de la necesidad de hacerlo. Bajo la dirección del Partido, al precio de inmensos sacrificios, nuestro pueblo expulsó de su suelo a los ocupantes extranjeros, descubrió y desenmascaró las tramoyas de los «aliados» y de sus amigos, levantó una barrera infranqueable contra sus planes secretos, derrocó a las clases reaccionarias e instauró, por primera vez en su historia, su propio poder. Lo que se conquista con sangre, sudor y sacrificios es más querido y valioso; por eso hemos embellecido y

fortalecido a la Albania pobre y atormentada del pasado hasta convertirla en una dama que el mundo entero respeta, una fortaleza inexpugnable del socialismo y del comunismo en las costas del Adriático. Su fuerza invencible ha radicado y radica en la justeza de la causa que defiende. Nuestro Partido ha asumido y ha sabido defender esta causa con capacidad y clarividencia. Es la causa de un pueblo que vive y edifica su vida en libertad.

Nuestro país no molesta a nadie, pero tampoco ha permitido ni permitirá que nadie intervenga o se inmiscuya en sus asuntos internos, perturbe la vida libre y feliz que edificamos y disfrutamos. Son centenares de millones las personas que admiran, respetan y respaldan a Albania socialista porque defiende y aplica tal política. Pero también hay gentes, los imperialistas y sus lacayos, que pretenden que nos hemos aislado del «mundo civilizado». Estos señores se equivocan. Tanto la amarga historia pasada de nuestro país, como la realidad del «mundo» que tanto alaban, nos han convencido y nos convencen cada vez más de que ése no es en absoluto un «mundo civilizado», sino un mundo donde el más grande y el más fuerte oprime y esquilma al más pequeño y al más débil, donde el dinero y la corrupción hacen la ley, donde triunfan la injusticia, la bajeza y la puñalada por la espalda.

Las transformaciones de Albania socialista

son muy profundas, sus victorias son imponentes, nuestra fuerza es invencible, pero jamás debemos olvidar las enseñanzas de la historia. El Partido y el pueblo deben tener siempre presente la actividad hostil del exterior o del interior, no deben olvidarla nunca. No deben forjarse la menor ilusión sobre la posibilidad de que los imperialistas y capitalistas cambien de naturaleza, se vuelvan razonables, pacíficos, renuncien a sus designios. Que no se imaginen nunca que la lucha de clases entre nosotros y nuestros enemigos externos e internos puede atenuarse ni siquiera mínimamente.

Hemos sufrido a causa de los ocupantes, hemos sufrido a causa de los falsos amigos, pero esto no nos ha conducido ni nos conduce a aislarnos, según nos acusan. Permanecemos vigilantes frente a nuestros enemigos del exterior y del interior y adoptamos fuertes medidas de defensa. Ciertamente estamos desilusionados de los falsos amigos, pero tenemos certeza y confianza en centenares de miles de amigos y simpatizantes de Albania socialista. Nuestros amigos y simpatizantes han sido y son muy numerosos en el mundo entero. Nuestra lucha prolongada e intransigente contra los amigos desleales, sus manejos brutales y sus objetivos de zapa jamás nos han hecho perder la confianza en nuestros verdaderos amigos. Estos han podido apreciar siempre la firmeza de la palabra de honor del albanés,

y nuestros enemigos su cólera sin límites y su lucha sin cuartel.

Estamos enteramente convencidos de que gracias a una actitud valerosa y revolucionaria, en unidad de pensamiento y acción con los auténticos marxista-leninistas, en amistad con los pueblos oprimidos y explotados, así como con los hombres honestos y progresistas del mundo entero, haremos frente a todos los bloqueos y a todas las tormentas de dondequiera que procedan. La razón está de nuestra parte, el porvenir nos pertenece. Esto nos da coraje y fuerza para decir la verdad abierta y francamente, para responder con firmeza a todo el que nos sonría hipócritamente, a quienquiera que guarde el puñal oculto en el pecho y el veneno en el corazón. La nuestra no es una política de coyunturas. No se basa en una diplomacia tenebrosa y de tramoyas misteriosas, ni en negociaciones subterráneas, y mucho menos en la diplomacia del rublo y del dólar. No es una política que abra indiscriminadamente las puertas a amigos y enemigos. No hemos permitido ni permitiremos que el lobo entre en el redil. Lo hemos recibido y lo recibiremos a tiros, poco nos importa que nos acusen de estar aislados del «mundo civilizado». Un pueblo y un partido que edifican el socialismo, que defienden una causa que es la de todos los pueblos del mundo, no pueden quedar aislados sólo por no consentir que se atente contra su

libertad y su independencia, conquistadas al precio de su sangre.

El pueblo y el Partido de la clase obrera a su cabeza deben mantenerse vigilantes en todo momento, jamás deben dejarse engañar por las «buenas palabras» de la reacción, jamás deben pensar que los enemigos pueden «relajar su lucha» contra nosotros, jamás deben dejarse embaucar por las coyunturas internacionales, considerándolas y juzgándolas por lo que no son. Nosotros nos aprovechamos y nos aprovecharemos de ellas sin ceder jamás un solo milímetro a los enemigos, a los círculos de la burguesía reaccionaria y revisionista, de forma que nuestra actitud marxista-leninista revolucionaria no se «liberalice» nunca.

A la vez que ponemos en su sitio a nuestros enemigos de toda especie, al mismo tiempo y como hasta hoy, debemos querer a los amigos de Albania socialista, respetarles, ayudarles, y actuar en este sentido con juicio correcto, marxista-leninista, con lógica de hierro y jamás por la única razón de que «son nuestros amigos». En la vida hay amigos y amigos, y debemos saber distinguirlos. Albania es un Estado pequeño, un buque que navega en medio de un océano encrespado, por lo que es nuestro deber velar por que sea invencible, pilotarle bien, no perder el norte, en caso contrario naufragará entre las olas de este océano enfurecido.

La clase obrera y su Partido deben ante todo apoyarse en sus propias fuerzas, no olvidar jamás los intereses del pueblo, basarse siempre en sus capacidades creadoras, en su juicio, requerir constantemente su opinión, pero nunca de manera formal.

El continuo fortalecimiento de nuestro Estado de dictadura del proletariado, la ampliación y consolidación de la democracia socialista en nuestro país, su desarrollo económico-social ininterrumpido y multilateral, son la garantía de nuestro presente y de nuestro porvenir, la garantía para que Albania sea invencible e infranqueable para nuestros enemigos. La creación de una economía poderosa e independiente, capaz de cumplir todas las complejas tareas de la construcción socialista y comunista con sus propias fuerzas, en condiciones de afrontar con éxito las presiones y los bloqueos imperialistas y revisionistas y de mantenerse indemne frente a la crisis funesta que atenaza al mundo capitalista-revisionista, es una condición indispensable para la existencia de una Albania socialista, libre e independiente.

Nuestra fuerza radica en la línea justa, revolucionaria del Partido, en la unidad inquebrantable entre éste y el pueblo, basada en nuestra doctrina revolucionaria, el marxismo-leninismo. Frente a esta fuerza fracasarán todos los com-

plots y los ataques de nuestros enemigos, se desgarrarán todas las máscaras de los falsos amigos de Albania. La gente de nuestro país debe ser realista para todo, en la política, en la economía, en las inversiones y los gastos. Debe tener siempre presente que para hacer frente al peligro, antes debe adoptar medidas para no dejarse sorprender. Y para evitar ser sorprendido debe combatirse a la vez la euforia, la autosatisfacción y el optimismo sin fundamento.

¡Que «se compadezcan» los enemigos de nuestro pueblo porque hayamos estados siempre en pie de guerra! La vida misma es lucha y cuando se gana esta lucha, la vida se torna bella y próspera, cuando se la defiende luchando jamás se ensombrece y merece ser vivida. Esta es una gran enseñanza de nuestra historia. Esta es asimismo mi firme convicción, una convicción que el Partido, con su ideología, el marxismo-leninismo, ha forjado en mí, y que mi pueblo me ha inculcado. He servido y serviré a ambos sin escatimar nada, durante toda mi vida, luchando como su fiel soldado, con el arma en la mano, la llama revolucionaria en el corazón y la ideología marxista-leninista en la mente, contra todos los enemigos externos e internos del Partido, de la clase obrera, del pueblo, del socialismo y del comunismo.

Tengo la plena convicción de que nuestro Partido, nuestra clase obrera y nuestro pueblo

se mantendrán siempre en pie, siempre vigilantes, siempre a la ofensiva revolucionaria para superar las dificultades del crecimiento, para conjurar y vencer todos los posibles peligros.

Por este camino, su presente y su futuro serán seguros y radiantes.

1975

INDICE

saboteadores entregados a la justicia. «¿Por qué se ha ido Mr. Fultz?» El incidente del Canal de Corfú. En la Haya — acusados sin culpa. ¿Por qué se ha bloqueado nuestro oro? — Un acto de saqueo. Los «cangrejos» en acción. Nuestra vida es lucha —¡vigilancia!